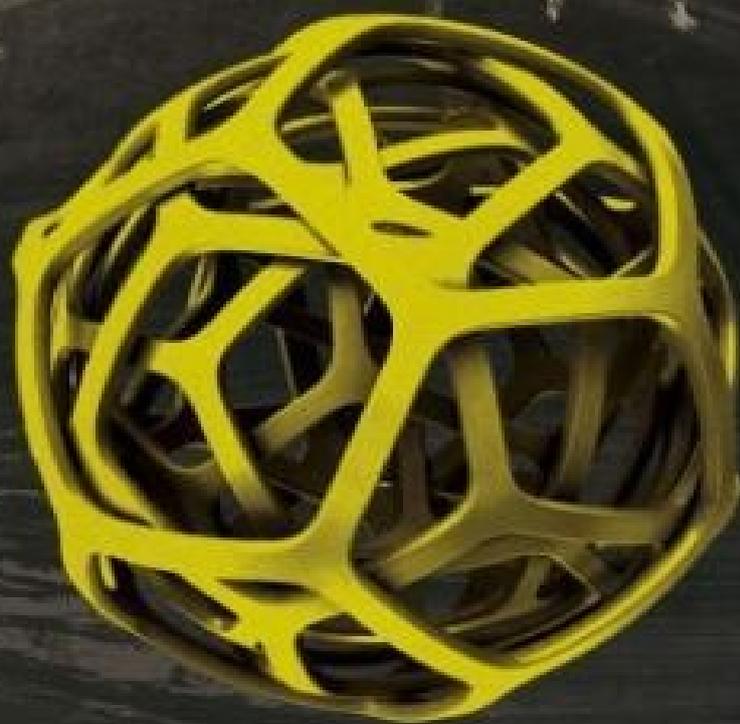
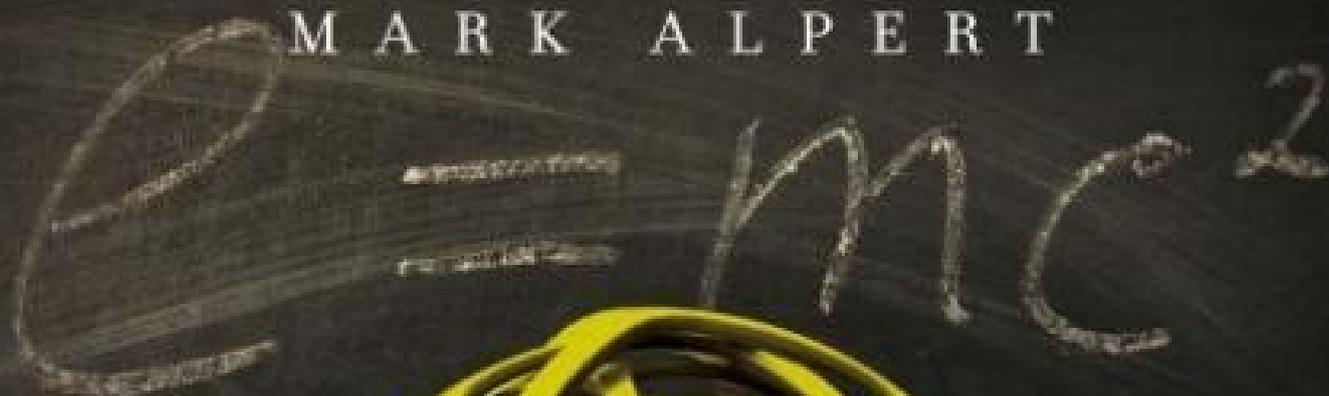


LA CLAVE DE EINSTEIN

MARK ALPERT



Lectulandia

Nueva York. David Swift, profesor de la Universidad de Columbia, acude al hospital para visitar a Hans Kleinman, físico retirado, compañero de Einstein y antiguo mentor suyo, que ha sido torturado brutalmente en su domicilio. Antes de morir, Kleinman le revela una serie numérica, en apariencia aleatoria, y dos palabras en alemán: *Einheitliche Feldtheorie*, la teoría del campo unificado. David pronto descubre que los números no son otra cosa que la clave para llegar a una Teoría a la que Einstein dedicó la mitad de su vida y que, de llevarse a la práctica, podría ser más poderosa que la que sirvió para construir la bomba atómica.

A pocas horas de la muerte de su mentor, David Swift tiene que entrar en la clandestinidad, perseguido por el FBI y por un despiadado mercenario que está tras la histórica teoría. Con la ayuda de una amiga de su juventud, ahora una brillante científica de Princeton, David tratará de revelar el alcance y las consecuencias de la última creación de Einstein.

Lectulandia

Mark Alpert

La clave de Einstein

ePUB v1.0

LeoLuegoExisto 10.05.12

más libros en lectulandia.com

Título de la edición original: *Final Theory*
© Mark Alpert, 2008
Traducción del inglés: Aleix Montoto, 2010

Para Lisa, que ha llenado de maravillas mi universo

El poder desatado del átomo ha cambiado todo excepto nuestra forma de pensar y, en consecuencia, nos dirigimos hacia una catástrofe sin precedentes.

ALBERT EINSTEIN

1

Hans Walther Kleinman, uno de los más grandes físicos teóricos de nuestro tiempo, se estaba ahogando en la bañera. Un desconocido de brazos largos y fibrosos mantenía sus hombros pegados al fondo de porcelana.

Aunque sólo había treinta centímetros de profundidad, los brazos del tipo lo habían inmovilizado e impedían que pudiera sacar la cabeza de debajo del agua. En un intento de liberarse de su presa, Hans arañó las manos del desconocido, pero era un joven *shtarker* ^[1] bruto y despiadado, mientras que Hans era sólo un anciano de setenta y seis años con artritis y el corazón débil. Se agitó frenéticamente, dando patadas a las paredes de la bañera y salpicándolo todo de agua tibia. No podía ver bien al atacante; su rostro era una imagen borrosa y acuosa que no dejaba de moverse. El *shtarker* debía de haber entrado al apartamento por la ventana abierta de la salida de incendios, y luego se debía de haber dirigido rápidamente hacia el cuarto de baño al darse cuenta de que Hans estaba dentro.

Mientras forcejeaba, Hans empezó a sentir una presión en el pecho, justo en el centro, debajo del esternón, y rápidamente se propagó por toda la caja torácica. Era una presión en negativo, que le oprimía hacia dentro desde todas partes, constriñéndole los pulmones. En unos segundos le subió al cuello, sofocándolo. Hans sintió que la presión lo asfixiaba y empezó a boquear. Esto hizo que tragara agua tibia, y entonces se transformó en una criatura presa del pánico que se retorció y se contraía como un animal primitivo sacudido por sus últimas convulsiones. ¡No, no, no, no, no, no, no! Finalmente se quedó quieto, y mientras su visión se iba apagando pudo ver las pequeñas olas de la superficie, apenas a unos centímetros de su rostro. Una serie de Fourier, pensó. Qué hermosa.

Pero no había llegado su final, no todavía. Cuando recuperó el conocimiento, Hans se encontró a sí mismo tumbado boca abajo en el frío suelo de baldosas, tosiendo y expulsando agua. Le dolían los ojos, sentía sacudidas en el estómago y respirar se le hacía insostenible. Regresar a la vida era más doloroso que morir. Entonces sintió un fuerte golpe en la espalda, justo entre los omóplatos, y oyó como alguien decía en un tono desenfadado:

—¡Hora de despertarse!

El desconocido lo cogió por los codos y le dio la vuelta. Hans se golpeó la cabeza contra las baldosas mojadas. Todavía respirando con dificultad, levantó la mirada para ver a su atacante, que se había arrodillado sobre la alfombrilla del baño. Era un tipo enorme, pesaba al menos cien kilos. Los músculos de los hombros se le marcaban bajo la camiseta negra y llevaba los pantalones de camuflaje metidos por dentro de las botas negras de piel. Era calvo, tenía la cabeza desproporcionadamente pequeña en comparación con el cuerpo y lucía una barba de pocos días en las mejillas

y una cicatriz en la mandíbula. Seguramente es un yonqui, supuso Hans. Cuando me mate pondrá todo patas arriba en busca de algún objeto de valor. Sólo entonces este estúpido *putz* ^[2] se dará cuenta de que no tengo un maldito centavo.

El *shtarker* extendió sus delgados labios, dibujando una sonrisa.

—Ahora tendremos una pequeña charla, ¿de acuerdo? Si quiere, puede llamarme Simon.

La voz del tipo tenía un acento poco común que Hans no supo ubicar. Sus ojos eran pequeños y marrones, tenía la nariz torcida y la piel de un color como de ladrillo erosionado. Sus rasgos eran poco agraciados e indefinidos: podía ser español, ruso, turco..., cualquier cosa.

—¿Qué es lo que quiere? —intentó decir Hans, pero al abrir la boca volvió a sentir arcadas.

A Simon parecía divertirle la situación.

—Ya, ya... Lamento todo esto. Tenía que demostrarle que la cosa va en serio. Mejor dejarlo claro desde el principio, ¿no?

Extrañamente, Hans ya no tenía miedo. Había aceptado el hecho de que este desconocido iba a matarlo. Lo que le molestaba era la insolencia del tipo, que no dejaba de sonreír mientras Hans permanecía tumbado y desnudo en el suelo. Estaba claro lo que iba a ocurrir a continuación: Simon le obligaría a darle el número de su tarjeta de crédito. Lo mismo le había ocurrido a uno de los vecinos de Hans, una mujer de ochenta y dos años que había sido atacada en su apartamento y a la que habían golpeado hasta que dio su número. No, Hans no tenía miedo, ¡estaba furioso! Tosió, expulsando los últimos restos de agua fuera de la garganta, y se apoyó sobre los codos.

—Esta vez ha cometido un error, maldito *gonif* ^[3]. No tengo dinero. Ni siquiera una tarjeta de crédito.

—No quiero su dinero, doctor Kleinman. Estoy interesado en la física, no en el dinero. Si no me equivoco, el tema le resulta familiar.

Al principio Hans todavía se enfadó más. ¿Acaso este *putz* le estaba tomando el pelo? ¿Quién creía que era? Un segundo más tarde, sin embargo, se dio cuenta de algo mucho más preocupante: ¿cómo había averiguado este tipo su nombre? ¿Y cómo sabía que era físico?

Simon pareció darse cuenta de lo que Hans estaba pensando.

—No se extrañe, profesor. No soy tan ignorante como parezco. Puede que no tenga estudios superiores, pero aprendo rápido.

A estas alturas, Hans ya se había dado cuenta de que este tipo no era un yonqui.

—¿Quién es usted? ¿Qué está haciendo aquí?

—Puede considerarlo un proyecto de investigación sobre un tema esotérico y que supone todo un desafío. —Sonrió de oreja a oreja—. Admito que algunas ecuaciones

me resultaron algo difíciles. Pero tengo algunos amigos, ¿sabe?, y me lo explicaron muy bien.

—¿Amigos? ¿Qué quiere decir?

—Bueno, quizá «amigos» no es la palabra correcta. «Clientes» sería más apropiada. Tengo algunos clientes que saben del tema y tienen dinero. Y me han contratado para obtener de usted cierta información.

—¿De qué está hablando? ¿Es una especie de espía?

Simon rió entre dientes.

—No, no, nada de eso. Algo mucho menos emocionante. Soy un contratista independiente. Dejémoslo así.

A Hans la cabeza le iba ahora a toda prisa. El *shtarker* era un espía, o quizá un terrorista. No tenía clara su filiación exacta —¿Irán? ¿Corea? ¿Al Qaeda?—, pero eso daba igual. Todos buscaban lo mismo. Lo que Hans no comprendía era por qué esos cabrones lo habían elegido a él entre todos los físicos nucleares posibles. Como muchos otros de su generación, en las décadas de los cincuenta y los sesenta Hans llevó a cabo algunos experimentos clasificados para el Departamento de Defensa, pero básicamente lo que realizó fueron estudios sobre la radiactividad. Nunca se ocupó del diseño o la fabricación de bombas, y se había pasado la mayor parte de su vida profesional dedicado a investigaciones teóricas completamente ajenas al mundo militar.

—Tengo malas noticias para sus clientes, sean quienes sean —dijo Hans—. Se han equivocado de físico.

Simon negó con la cabeza.

—No, no lo creo.

—¿Qué tipo de información cree que puedo darle? ¿Cómo enriquecer uranio? ¡Yo no sé nada sobre eso! ¡Ni sobre el diseño de cabezas nucleares! Mi campo es la física de partículas, no la ingeniería nuclear. ¡Todos los documentos de mis investigaciones se pueden consultar en internet, no son ningún secreto!

El desconocido se encogió de hombros, impasible.

—Me temo que ha sacado una conclusión precipitada. No me interesan las cabezas nucleares ni sus documentos. Estoy interesado en el trabajo de otra persona, no en el suyo.

—¿Entonces por qué ha venido a mi apartamento? ¿Acaso se ha equivocado de dirección?

El rostro de Simon se endureció. Empujó a Hans hacia atrás hasta tumbarlo, le colocó una mano sobre la caja torácica y se inclinó hacia delante para cargar encima todo su peso.

—Resulta que se trata de alguien a quien usted conocía. ¿Recuerda a un profesor suyo de Princeton, hace cincuenta y cinco años? ¿El judío errante de Baviera? ¿El

hombre que escribió *Zur Elektrodynamik bewegter Körper*? Estoy seguro de que no se ha olvidado de él.

Hans no podía respirar. La presión que ejercía la mano del *shtarker* era insoportable. *Mein Gott*, pensó. Esto no puede estar ocurriendo.

Simon se inclinó sobre él un poco más y colocó su rostro tan cerca del de Hans que éste podía verle los pelos negros de los orificios nasales.

—Él le admiraba, doctor Kleinman. Pensaba que era usted uno de sus asistentes más prometedores. Trabajaron estrechamente durante sus últimos años, ¿no es así?

Hans no hubiera podido contestar de haberlo querido. Simon presionaba con tanta fuerza que podía sentir cómo sus vértebras se aplastaban contra las frías y duras baldosas.

—Sí, le admiraba. Es más, confiaba en usted. Le consultaba acerca de todos los temas en los que estuvo trabajando durante esos años. Incluida su *Einheitliche Feldtheorie*.

En ese momento una de las costillas de Hans se rompió. Era en el costado izquierdo, en la curva exterior, donde la presión había sido mayor. El dolor le atravesó el pecho e hizo que abriera la boca para gritar, pero ni siquiera pudo coger suficiente aire para hacerlo. *Oh Gott, Gott im Himmel!* Su racional mente se desintegró de golpe y sintió miedo, ¡estaba aterrado! Ahora ya sabía lo que este desconocido quería de él, y era consciente de que al final sería incapaz de resistir.

Finalmente, Simon aflojó la presión y retiró la mano del pecho de Hans. Éste respiró hondo y al tomar aire volvió a sentir el punzante dolor en el costado izquierdo. Su membrana pleural se había rasgado, lo cual quería decir que pronto su pulmón izquierdo sufriría un colapso. Lloraba de dolor y se estremecía al respirar. Simon permanecía de pie junto a él, con los brazos en jarras y sonriendo, satisfecho de su trabajo.

—¿Le ha quedado claro? ¿Ya sabe lo que estoy buscando?

Hans asintió y luego cerró los ojos. Lo siento, *Herr Doktor*, pensó. Voy a tener que traicionarle. Mentalmente volvió a ver al profesor, tan claramente como si ese gran hombre estuviera allí mismo, en el baño. No se trataba del desaliñado genio de rebelde pelo blanco que todo el mundo conocía por las fotografías. El profesor que Hans recordaba era el de los últimos meses de su vida: las mejillas demacradas, los ojos hundidos, el aire derrotado, el hombre que atisbó la verdad pero que, por el bien de la humanidad, optó por no hacerla pública.

Hans sintió una patada en el costado, justo debajo de la costilla rota. El dolor le atravesó el torso y le hizo abrir los ojos de golpe. Una de las botas de piel de Simon se apoyaba en la cadera desnuda de Hans.

—No hay tiempo para dormir —dijo—. Tenemos trabajo que hacer. Voy a buscar papel a su escritorio y me lo va a poner todo por escrito. —Se volvió y salió del

cuarto de baño—. Y si hay algo que no entiendo, me lo explica. Como si se tratara de un seminario, ¿de acuerdo? Quién sabe, quizá incluso se lo pasa bien.

Simon cruzó el vestíbulo en dirección al dormitorio de Hans. Un segundo más tarde, Hans oyó como revolvió sus cosas. Con el desconocido fuera de su vista, Hans se tranquilizó un poco y pudo volver a pensar, por lo menos hasta que el bastardo regresó. Y le vinieron a la mente las botas del *shtarker*, esas relucientes botas militares negras. Hans sintió una oleada de indignación. Ese tipo intentaba parecer un nazi. En el fondo es lo que era, un nazi. No se diferenciaba mucho de los matones de uniforme marrón que Hans había visto desfilar por las calles de Frankfurt cuando tenía siete años. Y las personas para las que Simon trabajaba, esos «clientes» anónimos, ¿qué eran sino nazis?

Simon regresó con un bolígrafo en una mano y un cuaderno de hojas amarillas en la otra.

—Muy bien. Empecemos por el principio —dijo—. Quiero que me escriba la ecuación del campo revisada.

Se arrodilló y le ofreció el bolígrafo y el cuaderno, pero Hans no los cogió. Su pulmón estaba sufriendo un colapso y respirar era una tortura. No iba a ayudar a ese nazi.

—Váyase al infierno —le espetó.

Simon le reprendió con la mirada, como si se tratara de un niño de cinco años que no se porta bien.

—¿Sabe lo que pienso, doctor Kleinman? Que necesita otro baño.

Con un rápido movimiento, Simon levantó a Hans y lo sumergió otra vez en el agua. De nuevo Hans se resistió e intentó sacar la cabeza de debajo del agua, golpeándose contra las paredes de la bañera mientras arañaba los brazos del *shtarker*. Esta segunda vez era, si cabe, todavía más aterradora que la primera, pues ahora Hans sabía lo que le esperaba: la asfixiante agonía, el frenético forcejeo, el involuntario descenso a la oscuridad.

Esta vez se hundió más profundamente en la inconsciencia. Le supuso un tremendo esfuerzo regresar del abismo, e incluso después de abrir los ojos se sentía como si no estuviera consciente del todo. Veía los contornos borrosos y respiraba de forma entrecortada.

—¿Está ahí, doctor Kleinman? ¿Me puede oír?

Ahora la voz sonaba apagada. Cuando Hans alzó la vista vio la silueta del *shtarker*, pero su cuerpo parecía estar rodeado por una penumbra de partículas vibratorias.

—Me gustaría que fuera más razonable, doctor Kleinman. Si considera de forma lógica la situación, se dará cuenta de que todo este subterfugio es absurdo. No puede ocultar algo así para siempre.

Hans miró más atentamente la penumbra que rodeaba al tipo y vio que en realidad las partículas no vibraban: aparecían de la nada y volvían a desaparecer; parejas de partículas y antipartículas que surgían como por arte de magia del vacío cuántico y luego desaparecían con la misma rapidez. Esto es increíble, pensó Hans. ¡Ojalá tuviera una cámara!

—Aunque no nos ayude, mis clientes conseguirán lo que buscan. Quizá no lo sepa, pero su profesor tenía otros confidentes. Pensó que lo más inteligente sería repartir la información entre ellos. Ya nos hemos puesto en contacto con algunos de estos caballeros y han sido francamente serviciales. De un modo u otro, terminaremos consiguiendo lo que necesitamos. Así que, ¿por qué complicar las cosas?

Las partículas evanescentes parecían aumentar de tamaño mientras Hans las miraba fijamente. Al observarlas con mayor atención se dio cuenta de que no eran partículas, sino cuerdas infinitamente finas que se estiraban de una cortina espacial a otra. Las cuerdas vibraban entre las cortinas ondulantes, que a su vez se transformaban en tubos, conos y colectores. Y todo este complejo baile se desarrollaba tal y como había sido predicho, exactamente como *Herr Doktor* lo había descrito.

—Lo siento, doctor Kleinman, pero mi paciencia se está agotando. No disfruto con esto, pero no me deja otra opción.

El tipo le dio tres patadas en el costado derecho del pecho, pero Hans ni siquiera las sintió. Las diáfanas cortinas espaciales lo habían rodeado. Hans podía verlas tan claramente como si fueran mantas curvilíneas de vidrio soplado, brillantes e impenetrables, aunque de tacto suave. Obviamente el tipo no podía verlas. ¿Quién era este tipo? Se lo veía tan ridículo ahí de pie, con sus botas de piel.

—¿No las ve? —susurró Hans—. ¡Están delante de sus ojos!

El hombre dejó escapar un suspiro.

—Me temo que esto requiere una forma de persuasión mucho más enérgica. —Se dirigió hacia el vestíbulo y abrió la puerta del armario ropero—. Veamos qué tenemos por aquí. —Al cabo de un rato regresó al cuarto de baño con una botella de plástico de alcohol y una plancha eléctrica—. Doctor Kleinman, ¿podría decirme dónde se encuentra la tienda más cercana?

Hans se había olvidado del tipo. No veía nada más que los pliegues en forma de lazo del universo, curvándose alrededor como una suave manta infinita.

2

David Swift estaba de un inusual buen humor. Él y Jonah, su hijo de siete años, habían pasado una espléndida tarde en Central Park. Para rematar el día, David había comprado unos helados de cucurucho en un puesto ambulante de la calle 72, y ahora padre e hijo paseaban bajo el bochorno de un crepúsculo de junio en dirección al apartamento de la ex mujer de David. Jonah también estaba de buen humor porque en su mano izquierda —con la derecha sujetaba el cucurucho— blandía una recién estrenada *Super Soaker* de disparo triple. Mientras caminaba por la acera había ido disparando ociosamente con la escopeta de agua de última generación a diversos blancos al azar —ventanas, buzones de correo, unas cuantas bandadas de palomas—, pero a David no le importaba. Antes de salir del parque, el depósito de la escopeta ya estaba vacío.

De algún modo, Jonah había conseguido seguir comiendo el helado mientras estudiaba el cargador de la *Super Soaker*.

—¿Y cómo dices que funciona? ¿Por qué el agua sale con tanta fuerza?

David ya le había explicado el proceso un par de veces, pero no le importaba volver a repetirlo. Le encantaba tener ese tipo de conversación con su hijo.

—Cuando tiras de esa cosa roja, el mango rojo, el agua pasa del depósito grande al pequeño.

—Un momento, ¿dónde está el pequeño?

David señaló la parte posterior de la escopeta.

—Aquí. El depósito pequeño tiene aire, y al meter agua dentro queda menos espacio para el aire. Las moléculas de aire se comprimen y empujan el agua.

—No lo pillo. ¿Por qué empujan el agua?

—Las moléculas de aire están en continua agitación. Y al comprimirlas, ejercen presión contra el agua todavía con mayor fuerza.

—¿Puedo llevar la pistola a la escuela para enseñarla y hablar de ella en clase?

—Esto..., no sé si...

—¿Por qué no? Es ciencia, ¿no?

—No creo que en la escuela estén permitidas las escopetas de agua. Pero tienes razón, efectivamente, esta cosa está relacionada con la ciencia. El tipo que inventó la *Super Soaker* era un científico. Un ingeniero nuclear que trabajaba para la NASA.

Jonah apuntó con su escopeta de agua a un autobús que bajaba por la avenida Columbus. Parecía estar perdiendo interés en la física de las *Super Soaker*.

—¿Y tú por qué no te convertiste en científico, papá?

David se quedó pensativo un segundo antes de responder.

—Bueno, no todo el mundo puede ser científico. Pero escribo libros sobre la historia de la ciencia y eso también es divertido. Gracias a ello aprendo cosas sobre

gente famosa como Isaac Newton y Albert Einstein y puedo dar cursos sobre ellos.

—Yo no quiero hacer eso. Yo seré un científico de verdad. Inventaré una nave espacial que llegue a Plutón en cinco segundos.

Habría sido divertido hablar acerca de la nave espacial, pero ahora David estaba incómodo. Sentía una gran necesidad de mejorar la imagen que su hijo tenía de él.

—Hace muchos años, cuando estaba en la universidad, me dediqué a la ciencia de verdad. Sobre todo al espacio.

Jonah se volvió y se lo quedó mirando.

—¿Quieres decir naves espaciales? —preguntó esperanzado—. ¿Naves que pueden ir a millones de kilómetros por segundo?

—No, estudiaba la forma del espacio. El aspecto que tendría el espacio si hubiera dos dimensiones en vez de tres. Tenía un profesor, el doctor Kleinman, que era uno de los científicos más inteligentes del mundo. Escribimos un artículo juntos.

—¿Un artículo? —el entusiasmo parecía ir desapareciendo del rostro de Jonah.

—Sí, eso es lo que hacen los científicos, escribir artículos sobre sus descubrimientos para que sus colegas puedan ver qué es lo que han hecho.

Jonah se volvió para ver el tráfico. Le aburría tanto que ni siquiera se molestó en preguntar lo que quería decir la palabra «colegas».

—Le preguntaré a mamá si puedo llevar la *Super Soaker* a clase.

Un minuto después entraban en el edificio en el que vivían Jonah y su madre. David también había vivido allí, hasta que hace dos años Karen y él se separaron. Ahora él tenía un pequeño apartamento un poco más al norte, cerca de su trabajo en la Universidad de Columbia. Todos los días laborales recogía a Jonah en la escuela a las tres en punto y lo llevaba a casa de su madre cuatro horas más tarde. Este acuerdo les permitía evitar el gasto considerable de contratar una niñera. El corazón de David siempre se encogía al pasar por el vestíbulo de su viejo edificio y entrar en el lento ascensor. Se sentía como si fuera un exiliado.

Cuando finalmente llegaron al piso decimocuarto, David vio que Karen los esperaba de pie en la puerta del apartamento. Todavía iba vestida con la ropa del trabajo: zapatos negros de tacón y un traje de chaqueta gris, el clásico uniforme de los abogados corporativos. Con los brazos cruzados sobre el pecho, Karen examinó a su ex marido, observando con evidente desaprobación la barba de tres días de David, los vaqueros manchados de barro y la camiseta con el emblema de su equipo de *softball*, los «Historiadores sin pegada». Sus ojos se posaron entonces en la *Super Soaker*. Intuyendo problemas, Jonah le pasó la escopeta a David y pasó de largo por delante de su madre mientras se metía en el apartamento. «Voy a hacer pipí», gritó mientras se iba corriendo al baño.

Karen negó con la cabeza al ver la escopeta de agua. Un mechón de pelo rubio le caía sobre la mejilla izquierda. Todavía era hermosa, pensó David, pero se trataba de

una belleza fría; fría e inflexible. Ella levantó el brazo y se apartó el mechón de la cara.

—¿En qué narices estabas pensando?

David ya se esperaba esto.

—Espera, ya le he explicado a Jonah cuáles son las reglas. Nada de disparar a la gente. Hemos ido al parque y hemos estado disparando a las piedras y a los árboles. Ha sido divertido.

—¿Crees que una escopeta es un juguete apropiado para un niño de siete años?

—No es una escopeta, ¿vale? Y en la caja ponía que era para niños a partir de siete años.

Karen entrecerró los ojos e hizo una mueca con los labios. Era una expresión que hacía a menudo cuando discutían, y David siempre la había odiado.

—¿Sabes lo que hacen los niños con estas *Super Soakers*? —dijo ella—. Anoche vi una noticia sobre esto en la tele: un grupo de niños de Staten Island puso gasolina en la escopeta en vez de agua y la convirtieron en un lanzallamas. Casi incendian todo el barrio.

David respiró hondo. No quería volver a discutir con Karen. Ésta era la razón por la que se habían separado: se pasaban todo el día discutiendo delante de Jonah. No tenía sentido alguno continuar esta conversación.

—Muy bien, muy bien, tranquilízate. Dime qué quieres que haga.

—Llévate la escopeta. Puedes dejar que Jonah juegue con ella cuando esté contigo, pero yo no quiero esa cosa en mi casa.

Antes de que David pudiera responder, oyó que sonaba el teléfono dentro del apartamento. Jonah gritó, —¡Yo lo cojo!

Karen miró de soslayo y por un momento pareció que iba a salir disparada hacia el teléfono, pero en lugar de eso se limitó a prestar atención para oír qué decían. David se preguntó si se trataba de su nuevo novio. Ella había empezado a salir con otro abogado, un tipo campechano de pelo gris con dos ex esposas y mucho dinero. David no estaba exactamente celoso (hacía mucho que había perdido la pasión por Karen). Lo que no soportaba era imaginar a ese viejales de falsa sonrisa cogiendo confianza con Jonah.

Jonah vino hasta la puerta con el teléfono inalámbrico en la mano. Al llegar se detuvo en seco, probablemente extrañado por la preocupación que traslucían los rostros de sus padres. Entonces le pasó el teléfono a David.

—Es para ti, papá.

El rostro de Karen se descompuso. Se sentía traicionada.

—Qué raro. ¿Por qué habría alguien de llamarte aquí? ¿Acaso no tienen tu nuevo número?

Jonah se encogió de hombros.

—El hombre del teléfono ha dicho que es de la policía.

David iba sentado en el asiento trasero de un taxi en dirección al hospital Saint Luke. Estaba oscureciendo y las entusiastas parejas de los jueves por la noche hacían cola en la puerta de los restaurantes y los bares de la avenida Amsterdam. Mientras el taxi atravesaba el tráfico a toda velocidad, dejando atrás autobuses y camiones de reparto, David iba mirando los letreros de neón de los restaurantes y el refulgir intermitente de sus letras de color naranja.

Atacado, dijo el detective. El profesor Kleinman había sido atacado en su apartamento de la calle 127. Ahora estaba en estado crítico en la sala de emergencias del Saint Luke. Y había preguntado por David Swift. Les había susurrado su número de teléfono a los enfermeros.

—Será mejor que se dé prisa, —dijo el detective.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —preguntó David.

—Usted dese prisa —se limitó a contestar el detective.

La culpa reconcomía a David. No había visto al profesor Kleinman hacía más de tres años. El anciano se había convertido en un recluso desde que se retiró del Departamento de Física de la Universidad de Columbia. Vivía en un pequeño apartamento en la frontera con el Harlem West, y había donado todo su dinero al estado de Israel. No tenía esposa ni hijos. La física había sido toda su vida.

Veinte años atrás, cuando David estudiaba en la universidad, Kleinman había sido su tutor. A David le gustó desde el primer momento. No era distante ni severo, y salpicaba sus discursos sobre teoría cuántica con términos *yiddish*. Una vez a la semana, David acudía a la oficina de Kleinman para oírlo dilucidar los misterios de las funciones de onda y las partículas virtuales. Lamentablemente, todas sus pacientes explicaciones resultaron insuficientes; tras dos años de frustraciones, David tuvo que reconocer que le venía grande. Simplemente, no era suficientemente inteligente para ser físico. Así pues, dejó el curso de posgrado y lo cambió por lo mejor a lo que podía aspirar: un doctorado en Historia de la Ciencia.

Para Kleinman supuso una decepción, pero se mostró comprensivo. A pesar de las carencias de David como físico, el anciano le había cogido cariño. Estuvieron en contacto durante diez años, y cuando David empezó a investigar para su libro —un estudio sobre la colaboración de Albert Einstein con varios de sus asistentes—, Kleinman le contó sus recuerdos personales sobre el hombre al que él llamaba *Herr Doktor*. El libro, *Sobre hombros de gigantes*, obtuvo un éxito tremendo y le proporcionó a David una gran reputación. Ahora ejercía como profesor en el Departamento de Historia de la Ciencia de la Universidad de Columbia. Sin embargo, David sabía que eso no significaba demasiado. En comparación con un genio como Kleinman, no había conseguido nada.

Los frenos del taxi chirriaron al detenerse delante de la sala de emergencias del Saint Luke. Tras pagar al conductor, David cruzó a toda prisa las puertas automáticas de cristal e inmediatamente vio a tres oficiales del cuerpo de policía de Nueva York de pie junto al mostrador de recepción. Dos de ellos, un sargento panzón de mediana edad y un novato alto que parecía recién salido del instituto, iban uniformados. El tercero era un detective de paisano, un apuesto latino con el traje perfectamente planchado. «Ése es el hombre que me ha llamado», pensó David. Recordaba el nombre del detective: Rodríguez.

Con el corazón latiéndole con fuerza, David se acercó a los oficiales.

—Disculpe. Soy David Swift. ¿Es usted el detective Rodríguez?

El detective asintió con seriedad. Los dos agentes, sin embargo, parecían alegres. El sargento barrigudo sonrió a David.

—Oiga, ¿ya tiene permiso para esa cosa?

Señalaba la *Super Soaker*. David iba tan distraído que se le había olvidado que todavía llevaba en la mano la escopeta de agua de Jonah.

Rodríguez miró con desaprobación al sargento. No estaba para tonterías.

—Gracias por venir, señor Swift. ¿Es usted pariente del señor Kleinman?

—No, no, soy sólo un amigo. Un antiguo estudiante suyo, en realidad.

El detective pareció desconcertado.

—¿Fue profesor suyo?

—Sí, en Columbia. ¿Cómo se encuentra? ¿Está grave?

Rodríguez colocó una mano sobre el hombro de David.

—Venga conmigo, por favor. Está consciente, pero no responde a nuestras preguntas. Insiste en hablar con usted.

El detective guió a David por un pasillo mientras los dos agentes iban detrás. Pasaron junto a un par de enfermeras que se los quedaron mirando con gravedad. No era una buena señal.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó David—. ¿Es cierto que lo han atacado?

—Recibimos una llamada informando de que se estaba cometiendo un robo en su casa —dijo con serenidad Rodríguez—. Desde el otro lado de la calle alguien vio entrar a un hombre por la salida de incendios. Cuando los agentes llegaron, encontraron al señor Kleinman en el cuarto de baño, gravemente herido. Esto es todo lo que sabemos por ahora.

—¿A qué se refiere con gravemente herido?

El detective levantó la mirada.

—Quienquiera que hizo esto es un auténtico perturbado. El señor Kleinman tiene quemaduras de tercer grado en la cara, el pecho y los genitales. Además, un pulmón ha sufrido un colapso y tiene heridas en otros órganos. Los médicos dicen que ahora le falla el corazón. Lo siento mucho, señor Swift.

A David se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Y no pueden operarlo?

Rodríguez negó con la cabeza.

—No sobreviviría.

«Maldita sea», dijo David entre dientes. Sentía más rabia que pena. Apretó los puños al pensar en el doctor Hans Walther Kleinman, ese anciano amable y brillante, recibiendo una paliza de algún gamberro sádico.

Llegaron a una habitación que recibía el nombre de Sala de Urgencias. Al otro lado de la entrada David vio a dos enfermeras más con el uniforme verde, de pie junto a una cama rodeada por el equipo médico: un monitor cardíaco, un carro curativo, un desfibrilador, un pie de suero. Desde el pasillo, David no podía ver quién yacía en la cama. Cuando iba a entrar en la habitación, el detective Rodríguez le cogió del brazo.

—Sé que esto va a ser difícil, señor Swift, pero necesitamos su ayuda. Quiero que le pregunte al señor Kleinman si recuerda algo del ataque. Los paramédicos dicen que cuando estaba en la ambulancia no dejaba de repetir un par de nombres. —Rodríguez miró por encima del hombro hacia el guardia novato—. ¿Me repites los nombres?

El muchacho hojeó las páginas de su cuaderno.

—Esto... Espere un segundo. Recuerdo que eran nombres alemanes. Ah, vale, aquí están. Einhard Liggin y Feld Terry.

Rodríguez miró atentamente a David.

—¿Conoce a alguna de estas personas? ¿Eran acaso colegas del señor Kleinman?

David repitió para sí los nombres: Einhard Liggin, Feld Terry. No eran frecuentes, ni siquiera en alemán. Y de repente se dio cuenta.

—No son nombres —dijo—. Son dos palabras alemanas. *Einheitliche Feldtheorie*.

—¿Qué quieren decir?

—Teoría del campo unificado.

Rodríguez se lo quedó mirando.

—¿Y qué diantre significa eso?

David optó por darles la misma explicación que le habría dado a Jonah.

—Es una teoría que explicaría todas las fuerzas de la naturaleza. Todas, de la gravedad a la electricidad, pasando por la nuclear. Es el Santo Grial de la física. Los investigadores han estado trabajando en el problema durante décadas, pero todavía nadie ha conseguido elaborar la teoría.

El sargento panzón soltó una risita.

—Bueno, ya tenemos al culpable. Teoría del campo unificado. ¿Aviso a todas las unidades?

Rodríguez volvió a mirar con desaprobación al sargento, y luego se volvió hacia

David.

—Pregúntele al señor Kleinman qué recuerda. Cualquier cosa podría sernos de utilidad.

—Está bien, lo intentaré —dijo David, pero ahora se sentía perplejo. ¿Por qué Kleinman había repetido concretamente esas palabras? «Teoría del campo unificado» era un término en cierto modo pasado de moda. La mayoría de los físicos se referirían a ella como teoría de cuerdas, teoría M o gravedad cuántica, que eran los nombres que recibían los enfoques más recientes del problema. Es más, a Kleinman no le entusiasmaba ninguno de estos enfoques. Sus colegas no habían entendido nada, decía él. En vez de intentar estudiar cómo funciona el universo se dedicaban a construir extravagantes torres de fórmulas matemáticas.

Rodríguez lo miró con impaciencia. Le cogió la *Super Soaker* de las manos y lo empujó suavemente hacia la sala de urgencias.

—Será mejor que entre. Puede que no le quede mucho.

David asintió y entró en la habitación. Mientras se acercaba a la cama, las dos enfermeras se apartaron discretamente y centraron su atención en el monitor cardíaco.

Lo primero que advirtió fueron los vendajes, la gruesa gasa sujeta con cinta que había en el lado izquierdo de la cara de Kleinman y las vendas ensangrentadas que le envolvían el pecho. Los vendajes cubrían casi todo el cuerpo de Kleinman pero ni siquiera así le tapaban todas las heridas. David podía ver restos de sangre seca bajo el pelo blanco del anciano y moratones en los hombros. Lo peor, sin embargo, era el tono azul oscuro de su piel. David tenía los suficientes conocimientos de fisiología para saber lo que esto quería decir: el corazón de Kleinman ya no podía bombear sangre oxigenada de los pulmones al resto del cuerpo. Los médicos le habían puesto una máscara de oxígeno y lo habían sentado en una posición que favoreciera el drenaje pulmonar, pero no parecía que estas medidas tuvieran demasiado efecto. David sintió una presión en el pecho mientras observaba al profesor Kleinman. El anciano ya casi parecía un cadáver.

Unos segundos más tarde, sin embargo, ese cadáver se empezó a mover. Kleinman abrió los ojos y lentamente se llevó la mano a la cara. Con los dedos doblados dio unos golpecitos en la máscara de plástico que le cubría la boca y la nariz. David se inclinó sobre la cama.

—¿Doctor Kleinman? Soy yo, David. ¿Me puede oír?

A pesar de que el profesor tenía los ojos acuosos y apagados, posó la mirada sobre David. Kleinman le volvió a dar unos golpecitos a la máscara y luego asió la bolsa de vinilo que colgaba debajo, que se llenaba y se vaciaba de aire como un tercer pulmón. Tras tantear un momento, logró cogerla bien y empezó a tirar.

David se alarmó.

—¿Hay algún problema? ¿No le llega el aire?

Kleinman tiró con más fuerza de la bolsa y la retorció con las manos. Sus labios seguían bajo la máscara de plástico. David se inclinó para acercarse todavía más.

—¿Qué ocurre? ¿Cuál es el problema?

El anciano negó con la cabeza. Una gota de sudor le cayó por la frente.

—¿Es que no lo ves? —susurró debajo de la máscara—. ¿No lo ves?

—¿Ver el qué?

Kleinman soltó la bolsa y levantó la mano, girándola lentamente, como si estuviera mostrando un premio.

—Es tan bello —susurró.

David podía oír el húmedo estertor del pecho de Kleinman. Era el fluido que volvía a entrar en los pulmones.

—¿Sabe dónde se encuentra, profesor? Está usted en un hospital.

Maravillado, Kleinman seguía mirando fijamente su mano. O, más concretamente, el espacio vacío de la palma ahuecada.

—Sí, sí —carraspeó.

—Alguien le atacó en su apartamento. La policía quiere saber si recuerda usted algo.

El anciano tosió, rociando con baba rosada el interior de la máscara. Seguía observando, sin embargo, el premio invisible que sostenía su mano.

—Él tenía razón. ¡*Mein Gott*, él tenía razón!

David se mordió el labio. Ya no tenía duda alguna de que Kleinman se estaba muriendo. Ya había visto una agonía similar en otra ocasión. Diez años antes permaneció junto a la cama de su padre en el hospital y lo vio morir de cáncer de hígado. El padre de David, John Swift, era conductor de autobús y ex boxeador que había abandonado a su familia y se había dado a la bebida hasta morir. Al final ni siquiera era capaz de reconocer a su hijo. Pero, en cambio, sí lanzaba golpes bajo las sábanas y maldecía los nombres de los pesos medianos con los que había luchado hasta perder el sentido treinta años antes.

David cogió la mano de Kleinman. Era suave, sin fuerza, y estaba muy fría.

—Profesor, por favor, escuche. Esto es importante.

Los ojos del anciano volvieron a posarse sobre él. Eran la única parte que todavía parecía con vida.

—Todo el mundo pensaba... que había fracasado. Pero en realidad lo consiguió. ¡Lo consiguió! —Kleinman hablaba en breves arrebatos, respirando hondo entre cada uno—. Pero no podía... publicarlo. *Herr Doktor* se dio cuenta... del peligro. Mucho peor... que una bomba. Destructor... de mundos.

David se quedó mirando fijamente al anciano. ¿*Herr Doktor*? ¿Destructor de mundos? Sujetó con más fuerza la mano de Kleinman.

—Intente prestarme atención, ¿de acuerdo? Hábleme del tipo que le ha hecho

esto. ¿Recuerda qué aspecto tenía?

El rostro del profesor brillaba a causa del sudor.

—Por eso... vino el *shtarker*. Por eso... me torturó.

—¿Torturar? —David sintió una punzada de indignación.

—Sí, sí. Quería que yo... se lo pusiera por escrito. Pero no lo hice. ¡No lo hice!

—¿Poner por escrito el qué? ¿Qué quería?

Kleinman sonrió bajo la máscara.

—La *Einheitliche Feldtheorie* —susurró—. El último regalo... de *Herr Doktor*.

David estaba desconcertado. La explicación más sencilla era que el profesor estaba alucinando. El trauma del ataque había provocado que volvieran a aflorar a su mente recuerdos de medio siglo atrás, cuando Hans Kleinman era un joven físico en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Princeton, contratado como asistente del legendario pero ya enfermo Albert Einstein. David había escrito sobre ello en su libro: el incesante flujo de cálculos en la pizarra de la oficina de Einstein, la larga y fútil búsqueda de una ecuación del campo que englobara tanto la gravedad como el electromagnetismo. No era de extrañar que Kleinman, en su delirio final, volviera a esos días. Y sin embargo el anciano no parecía delirar. Respiraba con dificultad y sudaba profusamente, pero su rostro traslucía calma.

—Lo siento, David —carraspeó—. Lamento no haberte dicho nada. *Herr Doktor* fue consciente del... peligro. Pero fue incapaz..., fue incapaz... —Kleinman volvió a toser y todo su cuerpo se estremeció—. Fue incapaz de quemar... sus cuadernos. Su teoría era... demasiado hermosa. —Volvió a toser violentamente y de repente se dobló de dolor.

Rápidamente, una de las enfermeras se dirigió al otro lado de la cama de Kleinman. Cogió al profesor por los magullados hombros y lo volvió a reclinar sobre la cama. David, que todavía sujetaba la mano de Kleinman, advirtió que la máscara de oxígeno todavía estaba llena de espuma rosada.

La enfermera le quitó la máscara de inmediato y limpió los esputos. Pero cuando intentó ponérsela otra vez, Kleinman se negó. La enfermera lo sujetó por el cuello para que no se moviera, pero con la mano libre él apartó la máscara.

—¡No! —dijo con voz ronca—. ¡Déjelo estar! ¡Ya basta!

La enfermera se lo quedó mirando y luego se volvió hacia su colega, que todavía estaba observando el monitor cardíaco.

—Ve a buscar al residente —ordenó—. Hemos de intubar.

Kleinman se inclinó hacia David, que rodeó con su brazo al anciano para evitar que se cayera. El gorgoteo del pecho parecía ir en aumento y el doctor movía los ojos sin ton ni son.

—Me estoy muriendo —dijo con voz áspera—. No me queda... mucho tiempo.

David comenzó a sentir un escozor en los ojos.

—Todo va bien, profesor. Va a ponerse usted...

Kleinman levantó la mano y agarró a David por el cuello de la camisa.

—Escucha... David. Has de... tener cuidado. El artículo... ¿Recuerdas? ¿El que escribimos... juntos? ¿Recuerdas?

David tardó unos instantes en recordar a qué se refería el profesor.

—¿En la universidad? ¿«La relatividad general en un espacio-tiempo bidimensional»? ¿Ese artículo?

Kleinman asintió.

—Sí, sí... Te acercaste... mucho... a la verdad. Cuando yo me haya ido... puede que vengan a por ti.

David sintió una punzada de intranquilidad en el estómago.

—¿De quién está usted hablando?

Kleinman se aferró con más fuerza todavía al cuello de David.

—Tengo... una clave. *Herr Doktor* me hizo... este regalo. Y ahora te la voy a dar... a ti. Mantenía... a salvo. No dejes... que se apoderen de ella. ¿Lo entiendes? ¡Nadie!

—¿Una clave? ¿Qué...?

—No hay tiempo... ¡No hay tiempo! ¡Escúchame! —Y, con una fuerza sorprendente, Kleinman tiró de David para acercarlo a él. Los húmedos labios del anciano le rozaban el oído—. Recuerda... los números. Cuatro, cero..., dos, seis..., tres, seis..., siete, nueve..., cinco, seis..., cuatro, cuatro..., siete, ocho, cero, cero.

En cuanto pronunció el último dígito, el profesor soltó el cuello de David y se desplomó sobre el pecho.

—Ahora repite... la secuencia.

A pesar de su confusión, David hizo lo que se le pedía. Acercó los labios al oído de Kleinman y repitió la secuencia. Aunque nunca había dominado las ecuaciones de la física cuántica, sí era capaz de memorizar largas secuencias de números. Cuando hubo terminado, el anciano asintió.

—Buen chico —murmuró, apoyado en la camisa de David—. Buen chico.

La enfermera seguía de pie junto al carro de curas, preparando la intubación. David vio como cogía un instrumento plateado con forma de guadaña y un tubo de plástico largo con pequeñas marcas negras. Iban a meter esa cosa por la garganta del profesor, pensó. Entonces David sintió algo caliente en el estómago. Bajó la vista y vio que un viscoso fluido rosa salía de la boca de Kleinman y le caía por la barbilla. El anciano había cerrado los ojos y su pecho había dejado de gorgotear.

Cuando el residente de urgencias finalmente llegó, echó a David de la sala y pidió refuerzos. Pronto media docena de médicos y enfermeras rodearon la cama de Kleinman, intentando resucitar al profesor. David sabía que era inútil. Hans Kleinman

había muerto.

Rodríguez y los dos agentes lo interceptaron mientras avanzaba tambaleándose por el pasillo. La expresión del detective, que todavía llevaba la *Super Soaker* en la mano, era comprensiva. Le devolvió la escopeta a David.

—¿Cómo ha ido, señor Swift? ¿Le ha dicho algo?

David negó con la cabeza.

—Lo siento. La cabeza le iba y le venía. Lo que decía no tenía mucho sentido.

—Bueno, ¿y qué le ha dicho? ¿Querían robarle?

—No. Me ha dicho que lo habían torturado.

—¿Torturado? ¿Por qué?

Justo cuando David iba a contestar, desde el final del pasillo un hombre gritó:

—¡Oiga! ¡Usted! ¡Quédese donde está!

Era un tipo alto, rubicundo, de cuello grueso, con el pelo al rape y vestido con un traje gris. Iba flanqueado por otros dos ex jugadores de fútbol americano con más o menos la misma pinta. Los tres se acercaron por el pasillo con paso enérgico. Al llegar a la altura de los policías, el tipo que iba en medio sacó su identificación de la americana y mostró la placa.

—Agente Hawley, FBI —anunció—. ¿Son ustedes los agentes al mando del caso Kleinman?

El sargento gordo y el guardia novato dieron un paso al frente y se colocaron hombro con hombro con Rodríguez. Adoptaron a la vez un aire desdeñoso hacia los agentes federales.

—Sí, es nuestro caso —contestó Rodríguez.

El agente Hawley le hizo una señal con la mano a uno de sus colegas, que inmediatamente se dirigió a la sala de urgencias. Entonces Hawley volvió a meter la mano en el bolsillo de la americana y sacó una carta doblada.

—A partir de ahora nos encargamos nosotros —dijo mientras le mostraba la carta a Rodríguez—. Aquí tiene la autorización del fiscal general de Estados Unidos.

Rodríguez desdobló la carta. Su lectura le hizo fruncir el ceño.

—Esto son gilipolleces. Aquí no tienen jurisdicción.

El rostro de Hawley permanecía impassible.

—Si tiene alguna queja, puede transmitírsela al fiscal general.

David estudió al agente Hawley, que volvía su inexpresivo rostro de un lado a otro, inspeccionando el pasillo. A juzgar por su acento, definitivamente no era de Nueva York. Parecía un granjero de Oklahoma que hubiera aprendido aptitudes conversacionales en el Cuerpo de Marines. David se preguntó por qué este circunspecto agente del FBI estaba tan interesado en el asesinato de un físico retirado. Volvió a sentir una punzada en el estómago.

Como si hubiera notado su incomodidad, el agente Hawley le preguntó a

Rodríguez mientras señalaba a David.

—¿Quién es este tipo? ¿Qué está haciendo aquí?

El detective se encogió de hombros.

—Kleinman preguntó por él. Su nombre es David Swift. Acaban de hablar y...

—¡Será hijo de puta! ¿Ha dejado que este tipo hablara con Kleinman?

David frunció el ceño. Ese agente era un auténtico gilipollas.

—Sólo intentaba ayudar —dijo—. Si se hubiera callado un minuto, el detective se lo habría explicado.

Hawley se volvió de golpe hacia David. Entornó los ojos y avanzó hacia él.

—¿Es usted físico, señor Swift?

El agente se acercó a David, pero éste mantuvo su tono de voz firme.

—No, soy historiador. Y, si no le importa, doctor Swift.

Mientras Hawley se lo quedaba mirando fijamente, regresó el agente que había ido a la sala de urgencias, se acercó sigilosamente a su compañero y le susurró algo en el oído. Durante una fracción de segundo los labios de Hawley se tensaron e hicieron una ligera mueca. Luego su rostro volvió a ser inexpresivo y severo.

—Kleinman ha muerto, señor Swift, lo cual quiere decir que usted vendrá con nosotros.

A David casi se le escapa la risa.

—¿Ir con ustedes? No lo creo.

Pero, antes de que las últimas palabras salieran de su boca, el tercer agente del FBI se le acercó por detrás, le colocó las manos en la espalda y le puso unas esposas alrededor de las muñecas. La *Super Soaker* cayó al suelo.

—¿Se puede saber qué narices está haciendo? —gritó David—. ¿Me está arrestando?

Hawley no se molestó en contestar. Cogió a David por el brazo, justo por encima del codo, y le dio la vuelta. El agente que lo había esposado recogió la *Super Soaker*, sosteniéndola a cierta distancia, como si se tratara de una arma de verdad. Los tres agentes del FBI escoltaron a David por el pasillo, moviéndose con rapidez por entre los estupefactos médicos y enfermeras. David miró por encima del hombro al detective Rodríguez y a los dos policías, pero los agentes se limitaron a quedarse de pie sin hacer nada.

Uno de los agentes se adelantó y abrió una puerta que daba a una escalera. David estaba demasiado asustado para protestar. Mientras bajaban a toda prisa la escalera en dirección a la salida de emergencia recordó algo que el profesor Kleinman le había dicho unos minutos antes. Era parte de una cita famosa de J. Robert Oppenheimer, otro gran físico que había trabajado con Einstein. Las palabras no habían dejado de dar vueltas en la cabeza de Oppenheimer tras ser testigo de la primera prueba de la bomba atómica.

«Ahora me he convertido en la Muerte, destructora de mundos».

3

Simon jugaba al tetris en el asiento del conductor de su Mercedes, con un ojo puesto en el juego electrónico de su teléfono móvil y otro en la entrada del hospital Saint Luke. El tetris era el juego perfecto en situaciones como ésta. Entretenía sin desconcentrarle a uno del trabajo. Apretando las teclas del móvil, Simon podía colocar fácilmente en su sitio las piezas del tetris mientras al mismo tiempo observaba los coches y taxis que paraban delante de urgencias. Relajado pero vigilante, empezó a observar como si fueran piezas gigantes del tetris —cuadrados, zigzags y piezas en forma de T o L— los vehículos de la avenida Amsterdam que bajaban por la calle a medida que se hacía de noche.

Todo consiste en saber adaptarse, pensó Simon. Da igual a qué juegue uno, siempre hay que estar dispuesto a modificar la estrategia. Era lo que había ocurrido con Hans Kleinman esa misma noche. Al principio el trabajo parecía sencillo, pero la mente de Kleinman se reblandeció antes de que Simon pudiera obtener nada útil. Encima, para empeorar las cosas, un par de coches de policía se detuvieron delante del apartamento del profesor. A Simon le sorprendió, pero mantuvo la calma; se limitó a modificar su estrategia. Primero eludió a la policía subiendo por la salida de incendios hasta el tejado, y de ahí saltando al almacén contiguo. Luego había seguido con su Mercedes a la ambulancia que había llevado a Kleinman al Saint Luke. Tenía un nuevo plan: esperar a que los agentes de policía abandonaran la sala de urgencias, y entonces —si Kleinman todavía estaba vivo— volver a intentar sacarle la *Einheitliche Feldtheorie*.

De hecho, Simon admiraba al profesor. Ese cabrón era un tío duro. Le recordó a su antiguo superior en la *Spetsnaz* ^[4], el coronel Alexi Latypov. Alexi había sido oficial de las fuerzas especiales rusas durante casi tres décadas. Rápido, inteligente y despiadado, dirigió la unidad de Simon durante los peores años de la guerra de Chechenia, enseñando a sus hombres cómo burlar y derrotar a los insurgentes, hasta que un día, durante una incursión en uno de los campos chechenos, un francotirador le voló la cabeza. Un hecho terrible, pero no inesperado. Simon recordó algo que su superior había dicho en una ocasión: la vida no es más que una mierda, y lo que venga después probablemente será peor.

Las piezas del tetris se apilaban en la parte inferior de la pantalla del móvil, formando una montaña escarpada con un profundo agujero en el extremo izquierdo. Entonces empezó a descender una barra. Simon la dirigió a la izquierda y cuatro filas desaparecieron con un suspiro generado electrónicamente. Altamente satisfactorio. Como clavarle suavemente un cuchillo a alguien.

Un momento después Simon vio que un Chevrolet Suburban negro con los cristales tintados bajaba por la avenida Amsterdam. El coche fue aminorando la

marcha a medida que se acercaba al hospital y finalmente aparcó en la zona de carga. Tres corpulentos hombres vestidos con el mismo traje gris salieron del coche y marcharon en formación hasta la entrada de servicios del hospital, donde mostraron sus placas a los desconcertados guardias de seguridad. A pesar de que se encontraban a casi treinta metros de distancia, Simon reconoció a los hombres por su forma de andar: ex marines y ex rangers asignados a labores de oficina, probablemente con el FBI. Al parecer, la inteligencia norteamericana también estaba interesada en el profesor Kleinman. Eso explicaría por qué la policía había llegado con tal rapidez a su apartamento. Los agentes federales debían de tener micrófonos ocultos en las paredes del apartamento de Kleinman y habrían oído la conversación de Simon con el profesor.

Los agentes entraron en el hospital, presumiblemente para hablar con Kleinman antes de que el anciano falleciera. A Simon no le agradaba especialmente este desarrollo de los acontecimientos, pero tampoco le perturbaba demasiado. Aunque sentía un sano respeto por los agentes norteamericanos —estaban bien entrenados y eran disciplinados—, sabía que podía eliminarlos a los tres sin demasiados problemas. Simon tenía una ventaja: como trabajaba solo, sus instintos eran más agudos. Ésa era una de las dos grandes ventajas de ser autónomo.

La otra era el dinero. Desde que dejó la *Spetsnaz*, Simon podía ganar más dinero en un día que todo un pelotón de paramilitares rusos en un año. El truco era encontrar clientes que fueran ricos y estuvieran desesperados. Una cantidad sorprendentemente elevada de personas, corporaciones y gobiernos entraban en esta categoría. Algunos estaban desesperados por conseguir poder; otros, respeto. Algunos querían misiles; otros, plutonio. A Simon le daba igual en qué consistía la misión, jamás ponía reparos. Para él todo era lo mismo.

Mientras esperaba que salieran los agentes del FBI, Simon pensó en ponerse en contacto con su cliente actual. La misión se había desviado un tanto del plan original, y a sus clientes normalmente les gustaba estar informados de estos cambios. Al final, sin embargo, decidió que no era necesario. Este cliente estaba quizá más desesperado que ningún otro con el que hubiera trabajado antes. La primera vez que lo llamó, Simon pensó que se trataba de una broma; le parecía ridículo pagar esa cantidad de dinero por una teoría científica. Pero cuando supo más acerca de la misión, Simon empezó a ver las posibles aplicaciones de esta teoría, militares o de otro tipo. Y cayó en la cuenta de que este trabajo le podía proporcionar algo infinitamente mejor que el dinero.

Antes de lo esperado, los tres agentes salieron por una de las salidas de emergencia del hospital. Llevaban un prisionero con ellos. Era un poco más bajo que los hombres del FBI, pero aun así esbelto y atlético. Llevaba zapatillas deportivas, vaqueros y una de esas camisetas de equipos de béisbol que a los norteamericanos

tanto les gustan. Tenía las manos esposadas a la espalda, y volvía la cabeza de un lado a otro, como un pájaro asustado, mientras dos de los agentes lo llevaban hacia el Suburban. El tercer agente llevaba una escopeta de juguete de colores vivos. Simon se rió entre dientes, ¿acaso ahora el FBI se dedicaba a probar escopetas de agua? Toda esta escena le parecía un poco extraña, y por un momento se preguntó si este arresto estaba relacionado con Kleinman. Quizá este prisionero no era más que un excéntrico neoyorquino que había amenazado a los médicos con su *Super Soaker*. Pero justo antes de que los agentes metieran al prisionero en el coche, le taparon la cabeza con un capuchón negro que le ajustaron bajo la barbilla. Muy bien, pensó Simon. No se trata de un loco cualquiera. Es alguien a quien los agentes quieren interrogar.

El conductor del Suburban encendió las luces y arrancó. Simon se agazapó en su asiento cuando el coche pasó a su lado. Iba a dejar a los hombres del FBI una ventaja de un par de edificios antes de ir detrás de ellos. No había razón alguna para permanecer más rato delante del hospital; que los agentes se hubieran ido sin Kleinman indicaba claramente que el anciano había muerto. Afortunadamente, parecía que el profesor había compartido sus secretos con un colega más joven.

Simon presionó el botón de apagado de su teléfono móvil, poniendo fin a la partida de tetris, y en la pantalla apareció brevemente una fotografía que había sido programada para aparecer cuando se apagaba o encendía el teléfono. Era una estupidez tener una fotografía personal en el teléfono que utilizaba para los negocios, pero bueno. No quería olvidarse de sus caras. El pelo sedoso y pajizo y los ojos azules de Sergéi. Los rizos rubios de Larissa, a pocas semanas de su cuarto cumpleaños.

La pantalla se apagó. Simon se guardó el teléfono en el bolsillo y arrancó el motor del Mercedes.

Era la voz de una mujer con marcado acento sureño.

—Está bien, Hawley, ya se lo puedes quitar.

David dio unas cuantas boqueadas cuando le quitaron el capuchón. Sentía náuseas después de respirar tanto rato a través de la tela negra, ahora húmeda a causa de su sudor. Tuvo que entornar los ojos unos instantes hasta que se adaptaron a la luz fluorescente.

Estaba sentado delante de una mesa gris, en una habitación sin muebles ni ventanas. De pie junto a la silla estaba el agente Hawley, que enrolló el capuchón y se lo guardó en el bolsillo. Los dos colegas de Hawley estaban inspeccionando la *Super Soaker*, abriendo metódicamente los cargadores de la escopeta e inspeccionando cada uno de los agujeros. Sentado al otro lado de la mesa había alguien nuevo, una mujer de hombros amplios y mucho busto, de unos sesenta y tantos y con un impresionante

casco de pelo rubio platino.

—¿Se encuentra usted bien, señor Swift? —preguntó ella—. No tiene buena cara.

David no se encontraba bien. Tenía miedo, estaba desorientado y todavía iba esposado. Encima, ahora se sentía tremendamente confuso. Esta mujer no parecía un agente del FBI. Con esa chaqueta roja brillante y la blusa blanca parecía más bien una abuela arreglada para ir al bingo.

—¿Quién es usted? —preguntó él.

—Soy Lucirle, encanto, Lucille Parker. Pero puede llamarme Lucy. Todo el mundo lo hace. —Extendió el brazo para coger una jarra de agua y un par de vasos de papel que había en la mesa—. Hawley, quítale las esposas al señor Swift.

El agente Hawley le quitó las esposas de mala gana. David se acarició las doloridas muñecas mientras estudiaba a Lucille, que servía agua en los vasos de papel. El color del lápiz de labios era el mismo que el de la chaqueta. Su rostro era agradable, tenía muchas líneas de expresión alrededor de los ojos. De una cadenita que llevaba alrededor del cuello colgaban unas gafas de leer. También llevaba un cable colgando de la oreja izquierda, uno de esos auriculares que llevan todos los agentes del gobierno.

—¿Estoy arrestado? —preguntó David—. Porque si lo estoy quiero hablar con mi abogado.

Lucille sonrió.

—No, no está arrestado. Le pido perdón si le hemos dado esa impresión.

—¿Impresión? ¡Sus agentes me han puesto unas esposas y una maldita bolsa en la cabeza!

—Deje que me explique, encanto. Este edificio es lo que llamamos unas instalaciones secretas. Y tenemos un procedimiento estándar para traer gente. No podemos divulgar su localización exacta, de modo que tenemos que utilizar el capuchón.

David se puso de pie.

—Bueno, si no me han arrestado, puedo irme cuando quiera, ¿no?

El agente Hawley sujetó a David por el hombro. Todavía con una sonrisa en los labios, Lucille negó con la cabeza.

—Me temo que las cosas no son tan sencillas —dijo mientras le alcanzaba uno de los vasos de papel—. Siéntese, señor Swift. Tome un poco de agua.

La mano que sujetaba el hombro de David le apretó con más fuerza. Él captó la indirecta y se sentó.

—Doctor Swift —dijo él—. Y no tengo sed.

—¿Le apetece algo más fuerte, quizá? —Ella le sonrió de forma inquietantemente coqueta, luego metió la mano dentro de la chaqueta y sacó una petaca plateada del bolsillo interior—. Aquí dentro hay genuino *White Lightning* ^[5] de Texas, de noventa

grados. Un amigo mío tiene una destilería en Lubbock. Obtuvo una licencia especial de la ATF, de modo que es legal. ¿Le apetece un trago?

—No, gracias.

—Ah, claro. Se me había olvidado —dijo mientras volvía a poner la petaca dentro de la chaqueta—. Usted nunca bebe, ¿no? Por lo de su padre, ¿no es así?

David se puso tenso. Algunos de sus amigos y colegas sabían que había dejado la bebida hacía tiempo, pero sólo su ex esposa y unos pocos amigos íntimos sabían por qué. ¿Y ahora esta Lucille lo dejaba caer como si nada?

—¿Qué es todo esto? —preguntó.

—Tranquilícese, encanto. Está en su expediente —Y extendió el brazo hacia un voluminoso bolso que colgaba de la silla para coger dos carpetas, una abultada y otra delgada. Se puso las gafas de leer y abrió la delgada.

—Vamos a ver. Historial familiar. Nombre del padre, John Swift. Boxeador profesional de 1968 a 1974. Apodo, el Terror de Dos Puños. ¡Eh, no está mal!

David no dijo nada. Su padre nunca hizo honor a su apodo en el ring. Las únicas personas a las que consiguió aterrorizar fueron los miembros de su propia familia.

Lucille saltó al final de la página.

—En total, cuatro victorias, dieciséis derrotas. Contratado como conductor de autobús por la Autoridad Metropolitana de Transporte en 1975. Suspendido tras ser arrestado por conducir bajo los efectos del alcohol en 1979. Sentenciado a tres años en Ossining por agresión en 1981. —Lucille cerró la carpeta y se quedó mirando a David—. Lo siento. Debió de ser horrible.

Hábil, pensó él. Probablemente se trataba de una técnica estándar que el FBI enseñaba en la academia. Primero demostrarle al sujeto que conoces sus secretos. Luego entrarle a matar.

—Tiene usted un buen departamento de documentación —observó David—. ¿Han encontrado todo esto en la última media hora?

—No, empezamos con su expediente hace unos días. Recopilamos información de todo aquel que hubiera trabajado con Kleinman, y usted aparecía como coautor de uno de sus artículos. —Cogió entonces la carpeta abultada—. Ésta es la carpeta sobre los últimos años del profesor. —La abrió, negando con la cabeza mientras pasaba las páginas—. Lo cierto es que hay cosas de física que son difíciles de pillar. ¿Qué narices es el efecto Kleinman-Gupta? Se menciona media docena de veces por aquí pero no consigo encontrarle ni pies ni cabeza.

David la examinó atentamente. Era incapaz de decidir si su ignorancia era sincera o sólo se hacía la tonta.

—Es un extraño fenómeno que tiene lugar cuando ciertas partículas se descomponen. El doctor Kleinman lo descubrió con su colega Amil Gupta en 1965. Me encantaría poder contarle más al respecto, pero no pienso hacerlo aquí. Llévenme

a mi oficina y allí podremos hablar.

Lucille se quitó las gafas.

—Ya veo que se está usted impacientando, señor Swift, pero tendrá que aguantar un poco más. Verá, el profesor Kleinman tenía acceso a información clasificada, y tenemos la sospecha de que puede haber tenido lugar una filtración.

David la miró con recelo.

—¿Qué está usted diciendo? Hace cuarenta años que dejó de trabajar para el gobierno. Dejó de hacer cosas para el ejército cuando terminó sus estudios sobre radiación.

—Bueno, no es la típica cosa que uno va contando por ahí. Después de jubilarse de Columbia, participó en un proyecto del Departamento de Defensa.

—¿Y cree usted que por eso lo atacaron?

—Lo único que le puedo decir es que Kleinman estaba en poder de un material extremadamente delicado cuyo paradero hemos de averiguar. Si en el hospital le ha dicho alguna cosa es necesario que nos la cuente.

Lucille se inclinó hacia él colocando los codos sobre la mesa. Ya no sonreía ni le llamaba encanto; su rostro había adoptado una expresión de total seriedad. Ahora a David no le costaba creer que se trataba de una agente del FBI. Pero no se creía lo que le estaba contando.

—Lo siento, pero todo esto no tiene mucho sentido. El doctor Kleinman no haría algo así. Se arrepentía del trabajo militar que había realizado. Dijo que era inmoral.

—Quizá no lo conocía tan bien como cree.

David negó con la cabeza.

—No, no tiene sentido alguno. Organizó manifestaciones en Columbia. Convenció a todos los físicos de la universidad para que firmaran una declaración en contra de las armas nucleares.

—En ningún momento he dicho que estuviera trabajando en armamento. Ofreció su ayuda al Departamento de Defensa después del 11-S para colaborar en la lucha contra el terrorismo.

David consideró la posibilidad. Era algo inverosímil pero no inconcebible. Kleinman era un experto en descomposición radiactiva, y sin duda esos conocimientos podían ser aplicados a la lucha contra el terrorismo.

—¿Y en qué estaba trabajando? —preguntó David—. ¿En un nuevo tipo de detector de radiación?

—No estoy autorizada a decírselo. Pero sí le puedo mostrar algo. —Cogió otra vez la carpeta de Kleinman y hojeó su contenido. Después de buscar un rato sacó una reimpresión de un viejo artículo sobre una investigación y se lo pasó a David. Tenía unas diez páginas y estaba algo amarillento a causa de su antigüedad—. Échele un vistazo a esto. Es una de las pocas cosas de este expediente que no están clasificadas.

El artículo había sido publicado en *Physical Review* en 1975. Su título era «Medidas del flujo de los mesones rho», y el autor H. W. Kleinman. David nunca había visto este artículo; su temática era bastante oscura, sobre algo que él ni siquiera había estudiado en la universidad. Además, el artículo estaba repleto de ecuaciones increíblemente complejas.

—Por esto lo hemos traído aquí, señor Swift. La prioridad fundamental en la lucha contra el terrorismo es asegurarse de que los terroristas no descubran lo que estamos haciendo. De modo que hemos de descubrir lo que Kleinman puede haberles contado.

David inspeccionó el artículo, esforzándose en comprenderlo. Al parecer Kleinman había descubierto que al disparar un rayo de radiación sobre átomos de uranio se podía generar una intensa lluvia de mesones rho. Aunque el artículo no decía nada de los usos prácticos de la investigación, las implicaciones parecían estar claras: con esta tecnología se podría detectar el uranio enriquecido en una cabeza nuclear aunque el artefacto se encontrara revestido de plomo. David volvió a pensar en su última conversación con Kleinman y empezó a preguntarse si no habría malinterpretado las últimas palabras del profesor.

Puede que cuando Kleinman le había advertido acerca del «destructor de mundos» en realidad estuviera pensando en una arma nuclear introducida de contrabando en Estados Unidos.

—¿Estaba trabajando en un sistema de detección activa? —preguntó David—. ¿Algo que pudiera detectar una cabeza nuclear escondida en un maletero o un contenedor?

—No puedo confirmar ni negar nada —contestó Lucille—. Pero creo que ahora se puede dar cuenta de por qué nos tomamos todo esto tan en serio.

David estaba a punto de levantar la mirada del artículo cuando advirtió algo en la última página. Había una tabla que comparaba las propiedades de los mesones rho con las de sus primos cercanos, los mesones omega y phi. Lo que llamó la atención de David fue la última columna de la tabla, en la que se listaba la vida de las partículas. Se quedó mirando los números unos segundos.

—¿Qué le dijo Kleinman, señor Swift? ¿Qué le contó? —Lucille se lo quedó mirando con gran seriedad, de nuevo actuando como si fuera una adorable abuelita. Sin embargo, ahora David la había calado.

—Está usted mintiendo —dijo él—. El doctor Kleinman no estaba trabajando en ningún detector. Ni siquiera trabajaba para el gobierno.

Lucille adoptó una expresión dolida y perpleja, abriendo mucho la boca.

—¿Qué? Está usted...

David señaló con el dedo la última página del artículo de Kleinman.

—La vida de un mesón rho es de 10^{-23} segundos.

—¿Y? ¿Qué significa eso?

—Significa que su departamento de documentación la ha cagado al preparar esta historia falsa. Aunque se desplazara a la velocidad de la luz, el mesón rho empezaría a descomponerse antes de haber recorrido una trillonésima de pulgada. No se podrían detectar estas partículas en una cabeza nuclear, de modo que resulta imposible construir un sistema de detección basado en este artículo.

Lucille mantuvo su expresión dolida, y por un momento David pensó que se iba a hacer la inocente. Un par de segundos después, sin embargo, cerró la boca, apretando con fuerza los labios. Las líneas que había alrededor de los ojos se hicieron más profundas, pero ya no eran líneas de la risa. Lucille estaba cabreada.

—Muy bien, volvamos a empezar —dijo David—. ¿Por qué no me cuenta la verdadera razón por la que están tan interesados en el doctor Kleinman? Se trata de alguna arma, ¿no? Una arma secreta sobre la que no dirá una palabra pero en la que se está gastando billones.

Ella no contestó. En vez de eso se quitó la chaqueta y la colgó del respaldo de la silla. A un lado de la blusa le colgaba una cartuchera, y en ella llevaba una flamante pistola negra.

David se quedó mirando el arma mientras Lucille se volvía hacia los dos agentes, que todavía estaban examinando la *Super Soaker*.

—¿Habéis terminado de una maldita vez con eso, chicos?

Uno de los agentes se acercó y dejó la escopeta de agua sobre la mesa.

—Está limpio, señora —informó.

—Qué descanso. Ahora pónganse en contacto con Logística y díganles que necesitaremos transporte al aeropuerto en diez minutos.

El agente se retiró hacia el fondo de la habitación y cuchicheó las instrucciones a un micrófono que llevaba escondido en la manga. Mientras tanto, Lucille se revolvía en su silla y volvió a meter la mano dentro de la chaqueta. Esta vez sacó un paquete de Marlboro y un encendedor Zippo con la bandera de Texas. Le lanzó una mirada a David mientras cogía un cigarrillo del paquete.

—¿Sabe que es usted un auténtico tocacojones? —Se volvió a Hawley, todavía de pie junto a la silla de David—. ¿A que sí, Hawley?

—De los grandes —respondió éste.

Lucille sostenía el cigarrillo en la comisura de los labios.

—Míralo. Seguro que tampoco aprueba el tabaco. Seguro que piensa que deberíamos salir fuera para fumar —con un golpe de muñeca abrió el Zippo y encendió el cigarrillo, echando la primera bocanada de humo a la cara de David—. Bueno, tengo noticias para usted, Swift. Podemos hacer lo que nos dé la puta gana. —Cerró el Zippo y lo volvió a meter dentro de la chaqueta—. ¿Lo entiende?

Mientras David se preguntaba qué responder, Lucille miró a Hawley y asintió. Un

segundo más tarde éste golpeó a David en la cabeza.

—¿Es que está sordo? —gritó—. La agente Parker le ha hecho una pregunta.

David apretó los dientes. El golpe había sido fuerte y le había dolido, pero en este caso el insulto fue peor que la herida. Sintió una punzada de indignación en el estómago al levantar la mirada hacia Hawley. Sólo la presencia de las semiautomáticas en las cartucheras de los agentes hizo que permaneciera sentado.

Lucille sonrió.

—Tengo más noticias para usted. ¿Recuerda la enfermera que estaba en la habitación de Kleinman? Bueno, pues uno de nuestros agentes ha hablado con ella.

—Dio una larga calada al cigarrillo y soltó otra bocanada de humo—. Y dice que Kleinman le ha susurrado al oído unos números.

Mierda, pensó David. La enfermera.

—Una larga serie de números, ha dicho. Ella no los recuerda, claro está. Pero estoy segura de que usted sí.

David repasó mentalmente la secuencia. Así era como recordaba largas series de números o ecuaciones complejas, casi como si estuvieran flotando en el aire, delante de él. Los dígitos cruzaron su campo de visión en el mismo orden en el que el doctor Kleinman los había mascullado.

—Nos va a decir esos números ahora mismo —dijo Lucille, subiéndose la manga izquierda de la blusa y dejando a la vista un reloj antiguo con correa de plata—. Tiene treinta segundos.

Mientras Lucille se recostaba en la silla, el agente Hawley se sacó el capuchón negro del bolsillo. David sintió un nudo en la garganta al verlo. Dios mío, pensó, ¿pero qué diablos está pasando? Estos agentes parecían estar convencidos de que tenían todo el derecho a ponerle un capuchón en la cabeza y darle una paliza. La única opción sensata que le quedaba era olvidar las advertencias del doctor Kleinman y decirles los números. De todos modos, puede que la secuencia no tuviera sentido alguno. E incluso si los números no eran aleatorios, incluso si eran la clave de algo terrible, ¿por qué diablos tenía que ser él responsable de guardar el secreto? No lo había pedido. Lo único que había hecho era escribir un artículo de investigación sobre la relatividad.

Se asió al borde de la mesa e intentó calmarse. Le quedaban cinco, quizá diez segundos. Lucille tenía la mirada clavada en su reloj y Hawley seguía alisando el capuchón negro. Al observarlos con atención David se dio cuenta de que, aunque les revelara los números, los agentes no lo dejarían ir. Mientras tuviera esos números en la cabeza, supondría un riesgo. Su única esperanza era hacer un trato, preferiblemente con alguien que estuviera por encima de los agentes Parker y Hawley en la cadena de mando.

—Antes de decir nada, necesito ciertas garantías —dijo—. Quiero hablar con un

superior.

Lucille frunció el ceño.

—¿Pero qué se ha creído que es esto? ¿Un centro comercial? ¿Piensa que se puede quejar al encargado si no está contento con el trato recibido?

—Necesito saber para qué quieren los números. Si ustedes no me pueden decir la razón, llévenme a alguien que sí pueda.

Lucille dejó escapar un largo suspiro. Se quitó el cigarrillo de la boca y lo ahogó en uno de los vasos de papel. Luego se puso en pie empujando la silla hacia atrás, e hizo una leve mueca de dolor al estirar las piernas.

—Muy bien, señor Swift, tendrá lo que pide. Lo vamos a llevar a un sitio donde podrá charlar con mucha gente.

—¿Adónde? ¿A Washington?

Lucille se rió entre dientes.

—No, el sitio del que le hablo está un poco más al sur. Se trata de un lugar encantador llamado Guantánamo.

David sintió que la adrenalina inundaba su cuerpo.

—¡Espere un segundo! ¡Soy un ciudadano! Usted no puede...

—En uso de las atribuciones que me confiere la Ley Patriota, le declaro combatiente enemigo —dijo, y se volvió hacia Hawley—. Vuelve a ponerle las esposas. Los grilletos ya se los pondremos en el coche.

Hawley lo cogió del brazo y gritó:

—¡Levántese!

David, sin embargo, se quedó quieto en la silla. El corazón le latía con fuerza y las piernas le temblaban. Hawley levantó todavía más la voz:

—¡He dicho que SE LEVANTE! —Y estaba a punto de tirar de David y arrastrarlo cuando otro de los agentes le llamó la atención con unos golpecitos en el hombro. Era el tipo que debía llamar a Logística por radio. Estaba pálido.

—Esto... ¿señor? —susurró—. Creo que tenemos un problema.

Lucille no pudo evitar oírlo. Se interpuso entre Hawley y su colega.

—¿Qué ocurre? ¿Cuál es el problema?

El agente, todavía pálido, estaba tan nervioso que durante un par de segundos no le salió la voz.

—No puedo ponerme en contacto con Logística. He probado todas las frecuencias, sin éxito. No hay más que estática en todos los canales.

Lucille lo miró con escepticismo.

—La radio debe de estar estropeada. —Cogió el micrófono sujeto al cuello de su blusa y apretó el botón de llamada—. Negro Uno a Logística. ¿Me copia, Logística?

Pero antes de obtener respuesta alguna, un tremendo estruendo hizo temblar las paredes.

Mientras caminaba hacia el garaje en el que estaba aparcado el Suburban negro, a Simon se le ocurrió que si alguna vez quisiera cambiar de carrera siempre podría trabajar como asesor de seguridad. Después de todo, ¿quién mejor para aconsejar sobre la defensa de instalaciones gubernamentales o privadas que alguien con experiencia en entrar por la fuerza en ellas?

Desde luego, él podía darle algunos consejos al FBI. En la caseta del guarda que había en la entrada del garaje sólo había un agente, un tipo joven, bajo y fornido que llevaba una cazadora naranja y una gorra de los *Yankees* de Nueva York: éste era su poco convincente intento de parecer un guarda de aparcamiento corriente. Destinar un solo agente en la cabina en vez de dos era un error, pensó Simon. Uno nunca debe quedarse corto en recursos defensivos, y menos todavía en el turno de noche.

Simon se había cambiado y ahora llevaba un elegante traje y un maletín de piel. Cuando llamó al cristal a prueba de balas de la cabina, el agente lo examinó y luego entreabrió la puerta.

—¿Qué quiere? —le preguntó.

—Lamento molestarlo —dijo Simon—, quería información sobre los precios mensuales del aparcamiento.

—Aquí no...

Simon abrió de golpe la puerta y se abalanzó sobre el agente, derribándolo con un golpe de hombro en la barriga. En la cabina sólo había una cámara de vigilancia y no cubría el suelo. Otro error. Echado encima del agente, Simon le clavó un cuchillo de combate en el corazón y lo mantuvo sujeto contra el suelo hasta que dejó de moverse. No era culpa suya, pensó Simon. Había sido un fallo institucional.

Antes de enderezarse, Simon se puso la cazadora y la gorra de los *Yankees*. También cogió una Uzi y munición de su maletín.

Ahora varias cámaras de vídeo lo enfocaban, de modo que avanzó con la cabeza gacha. Giró al llegar a una esquina y vio media docena de Suburbans aparcados cerca de una puerta de acero. Cuando se encontraba a unos diez metros, la puerta se abrió y apareció un exaltado hombre vestido con un traje gris.

—¡Anderson! —gritó—. ¡Qué diablos está...!

Simon levantó la mirada y disparó la Uzi al mismo tiempo. El agente cayó y su cuerpo postrado impidió que la puerta se cerrara. Simon se dirigió a toda prisa hacia la puerta, llegando justo a tiempo de reducir a un tercer agente que rápidamente había acudido en ayuda de su colega. Esto es lamentable, pensó Simon. Me lo están poniendo demasiado fácil.

Nada más cruzar la puerta estaba la sala de comando en la que los desafortunados agentes habían sido emplazados. Primero inutilizó la radio, luego examinó el panel de monitores de vídeo. Encontró su objetivo en la pantalla con el rótulo SUB-3A, en la

que aparecía una de las salas de interrogatorio del subsótano. Simon conocía bien la distribución del complejo; a lo largo de los años había conseguido, a través de diversas fuentes de la inteligencia norteamericana y por un módico precio, gran cantidad de información acerca del funcionamiento de sus agencias.

Sólo quedaba una barrera más, una segunda puerta de acero al fondo de la sala. Esta puerta tenía un teclado alfanumérico que controlaba la cerradura. Por un momento, Simon lamentó haber asesinado a los agentes: debería haber dejado por lo menos a uno con vida para sonsacarle el código de entrada. Afortunadamente, el FBI había cometido otro estúpido error al instalar una cerradura con pestillo único en vez de un mecanismo más resistente.

Simon sacó medio kilo de C-4 de su bolsa de municiones. Le llevó 83 segundos colocar el explosivo alrededor de la cerradura, insertar los detonadores y desplegar el cordel detonador hasta el otro lado de la sala de mando. Agazapado detrás de una columna, Simon gritó «Na zdorovya!», un brindis, el equivalente ruso de «¡Salud!», y luego detonó la carga.

En cuanto oyeron la explosión, Lucille y Hawley y los otros dos agentes sacaron sus Glock. No había ningún enemigo a la vista, pero aun así todos apuntaron su semiautomática hacia la puerta cerrada de la sala de interrogatorio. Por primera vez en su vida, David deseó tener una arma.

—¡Hostia puta! —gritó Hawley—. ¿Qué cojones ha sido eso?

Lucille parecía estar un poco más calmada. Hizo una seña con la mano a los agentes, levantando índice y corazón. Lentamente, los tres hombres se acercaron a la puerta. Entonces Hawley agarró el pomo y abrió la puerta de golpe. Sus dos colegas se precipitaron hacia el pasillo. Un segundo más tarde ambos gritaron: —¡Despejado!

Lucille soltó un resoplido de alivio.

—Muy bien, escuchad. Hawley se queda aquí para proteger al detenido. Los demás vienen conmigo para identificar la amenaza y restablecer las comunicaciones.

Cogió las carpetas que estaban sobre la mesa y se las metió debajo del brazo. Luego se volvió hacia David.

—Usted, señor Swift, siéntese en esa silla y estese calladito. El agente Hawley estará al otro lado de la puerta, vigilando. Como haga usted el más mínimo ruido, volverá a entrar y le meterá una bala por el culo. ¿Lo ha entendido?

No esperó la respuesta, pero tanto daba: David estaba demasiado aterrado para decir nada. En vez de eso salió disparada hacia el pasillo, pasando junto a Hawley, que todavía sostenía el pomo de la puerta.

—Esto... ¿señora? —preguntó—. ¿Cuál es el plan alternativo? ¿Qué ocurre si no puedo mantener la posición?

—Si eso ocurre, tiene autorización para tomar las medidas necesarias.

Hawley salió al pasillo y cerró la puerta tras de sí. David oyó como el pestillo se cerraba. El silencio que se hizo en la sala fue tal que podía oír el zumbido de las luces fluorescentes del techo.

Las medidas necesarias. El significado de esa frase se le hizo evidente mientras permanecía sentado ahí dentro. David poseía una información que el FBI, por la razón que fuera, consideraba valiosa. Tanto, de hecho, que el Bureau haría lo posible para asegurarse de que no caía en las manos equivocadas. Con toda seguridad, destruirían la información antes de dejar que nadie la obtuviera. Incluso si eso significaba destruirlo a él. Visualizó mentalmente al agente Hawley entrando de nuevo en la sala, apuntándole con su pistola.

David se incorporó de golpe. ¡No podía quedarse aquí, tenía que escaparse! Miró a su alrededor, buscando desesperadamente alguna forma de escapar, quizá un panel suelto del techo que levantar, un conducto de aire por el que reptar. Sin embargo tanto el techo como las paredes eran de hormigón macizo, lisos, sin nada. En la sala sólo había las sillas y la mesa gris, sobre la que estaba la jarra de agua, los vasos de papel, y la *Super Soaker* que tan concienzudamente habían examinado.

Entonces se dio cuenta de otra cosa. Con las prisas, Lucille se había dejado su chaqueta roja brillante en el respaldo de la silla. En sus bolsillos había un encendedor Zippo y una petaca con alcohol. David recordó lo que había dicho su ex esposa del peligro de las *Super Soakers*.

Simon tenía algo bueno que decir sobre la seguridad del complejo del FBI: por lo menos no habían puesto el interruptor diferencial en un lugar obvio, como la sala de comando. Tuvo que seguir los giros y vueltas de los cables hasta encontrar el cuarto de mantenimiento. Pero esta opinión favorable sobre la agencia se vino abajo cuando comprobó que el cuarto no estaba cerrado con llave. Negando con la cabeza, entró en el pequeño cuarto y localizó el panel eléctrico. Es increíble, pensó. Si pagara impuestos, estaría escandalizado.

Con sólo apagar el interruptor, el complejo se quedó a oscuras. Entonces Simon metió la mano en el bolsillo y sacó su nuevo juguete, unas gafas térmicas de rayos infrarrojos. Encendió el artefacto y reguló la correa para que las lentes binoculares se le ajustaran bien a los ojos. Su tecnología era muy superior a la de las gafas de visión nocturna del ejército de Estados Unidos, que funcionaban intensificando la luz que apenas era visible; las gafas térmicas, en cambio, mostraban calor, no luz, de modo que podían funcionar en total oscuridad. En la pantalla del visor los monitores de los ordenadores, todavía calientes, brillaban con intensidad mientras que el frío acero de la puerta se veía negro azabache. Si seguía las luces fluorescentes, recién apagadas y que todavía estaban enfriándose, llegaría fácilmente a las escaleras. Simon sonrió en la oscuridad. Adoraba las nuevas tecnologías. Ahora estaba listo para dar caza a su

presa, ese esbelto y atlético prisionero que le recordaba a un pajarillo asustado.

Tras bajar dos tramos de escaleras oyó pasos. Sin hacer ruido, retrocedió un tramo hasta el rellano y apuntó la Uzi a la entrada de la escalera. Unos segundos más tarde pudo ver tres haces de luz alumbrando el pasillo. Esto no se podía considerar exactamente un fallo de los agentes; teniendo en cuenta las circunstancias, no tenían otra opción que utilizar sus linternas. El resultado, sin embargo, era el mismo. En el visor infrarrojo Simon pudo ver una mano agarrada a un cilindro brillante y una cara espectral que parecía haber sido untada con pintura brillante. Antes de que el agente alumbrara a Simon con la linterna éste disparó dos balas a la resplandeciente cabeza.

—¡Apagad las luces! —exclamó bruscamente una voz—, y los otros dos haces de luz desaparecieron. Simon bajó las escaleras en silencio, sorteando el cuerpo del agente muerto, y sacó la cabeza por la esquina. En el pasillo vio dos siluetas en cuclillas, una a unos diez metros y la otra un poco más atrás. El agente más cercano estaba a distancia de tiro. Sostenía la pistola con ambas manos y la movía frenéticamente de un lado a otro, en busca de un objetivo en la oscuridad. La imagen infrarroja era tan precisa que Simon podía ver la estela gris de sudor frío cayendo por su cara blanca. Simon liquidó al pobre desgraciado de un disparo en la frente. Antes de poder eliminar al tercer agente, sin embargo, una bala le pasó rozando la oreja derecha.

Simon se escondió rápidamente detrás de la esquina al pasarle rozando otra bala. El tercer agente disparaba a ciegas en su dirección. No estaba mal, pensó. Por lo menos éste le ponía ganas. Esperó unos segundos y luego se volvió a asomar para localizar a su adversario. El agente se había puesto de lado para ofrecer menos blanco, y en el visor infrarrojo Simon vio una robusta y corpulenta silueta de piernas rollizas y enormes pechos. Vaciló antes de levantar la Uzi, ¡el agente era una *babushka*! ¡Podía ser su abuela! Y en este momento de vacilación ella disparó tres veces más.

Simon se pegó a la pared. ¡Dios, eso había estado cerca! Entonces levantó el arma y se preparó para devolver el fuego, pero la *babushka* había dado media vuelta y había desaparecido detrás de una esquina.

Ahora Simon estaba enfadado. ¡Esa vieja lo había humillado! Fue a por ella, caminando sigilosamente por el pasillo. No había avanzado mucho cuando oyó un grito apagado detrás de él. Se detuvo y se dio la vuelta. Oyó otro grito, una voz masculina, lejana pero muy alta, tanto que atravesaba las paredes y se pudo oír en todo el complejo:

—¡Ya me ha oído, Hawley! ¡Abra la maldita puerta!

A regañadientes, Simon abandonó la persecución de la *babushka*. Ya se encargaría de ella más tarde. Ahora tenía algo que hacer.

Las luces se apagaron justo cuando David metió la mano en el bolsillo de la chaqueta de Lucille. Se quedó helado cual carterista al que hubieran sorprendido robando. Al agente Hawley, de pie al otro lado de la puerta cerrada, también le sorprendió el repentino apagón; David le oyó exclamar «¡Me caguen...!» antes de quedarse callado y no decir nada más.

David respiró hondo. Muy bien, pensó. Esto no cambia las cosas. Tanto si las luces están encendidas como apagadas he de salir de aquí. Sacó la petaca del bolsillo interior de la chaqueta de Lucille y la dejó con cuidado encima de la mesa, procurando no hacer ruido. Luego buscó un poco más y encontró el Zippo. Consideró un momento la posibilidad de encenderlo para ver lo que estaba haciendo, pero sabía que Hawley vería la luz por la ranura de la puerta. No, tendría que hacerlo a oscuras. Puso el encendedor sobre la mesa, memorizando su posición, y luego cogió la *Super Soaker*.

Afortunadamente, a estas alturas ya era un experto en el manejo de la escopeta de agua. Jugando con Jonah, apenas unas horas antes, había rellenado el cargador de la escopeta por lo menos una docena de veces, así que ahora pudo encontrar con facilidad la abertura del depósito y quitar la tapa a ciegas. El recuerdo de la tarde que había pasado con Jonah lo hizo detenerse un segundo, y sintió un nudo en el estómago al preguntarse si volvería a ver a su hijo. No, se dijo a sí mismo, no pienses en ello. No te pares.

Cogió la petaca plateada y le quitó la tapa. Tenía capacidad para más o menos un cuarto de litro de licor y, tal y como había asegurado Lucille, era casi alcohol puro: los vapores le escocieron los ojos mientras lo vertía en la *Super Soaker*. Se preguntó si habría suficiente licor. Necesitaba por lo menos medio litro para generar suficiente presión en el segundo cargador. ¡Mierda!

Aunque la habitación se encontraba completamente a oscuras, cerró los ojos para pensar. Agua. Había dos vasos de papel con agua sobre la mesa. Podía diluir el alcohol hasta el cincuenta por ciento y todavía ardería. Con cuidado, buscó a tientas y encontró uno de los vasos de papel. Sacó la colilla de cigarrillo y vertió más o menos un litro de agua en el depósito. Luego localizó el otro vaso y vertió casi un litro más. Esto era lo máximo que podía poner. Esperaba que fuera suficiente.

David cerró el depósito de la escopeta y lo bombeó silenciosamente. En la oscuridad imaginó la mezcla de agua y alcohol pasando al segundo depósito y ejerciendo presión en las moléculas de aire. Después de bombear tanto como pudo, colocó el pulverizador de la escopeta en «chorro amplio». El alcohol ardería más fácilmente si salía en gotitas diminutas. Alargó entonces el brazo para coger el Zippo de donde lo había dejado, pero entonces oyó en los pasillos el eco de dos detonaciones. Eran tiros. Asustado, se le cayó el encendedor y lo perdió en la oscuridad.

Parecía que la habitación se hubiera inclinado. David se sentía como si se estuviera ahogando en lo más hondo del negro océano. Impotente, se quedó mirando fijamente hacia el abismo en el que había caído el Zippo, y entonces se puso a cuatro patas y empezó a buscarlo a tientas. Cubrió de forma metódica toda la zona que iba de la mesa a la pared, haciendo amplios arcos con los brazos en el frío linóleo, pero no hubo forma de encontrar el maldito encendedor.

En los pasillos retumbó el eco de más disparos, ahora todavía más cercanos. Frenético, David siguió rastreando el suelo, hurgando con los dedos por todos los rincones. ¡Por el amor de Dios! ¿Dónde diablos está? Entonces se dio con la cabeza en una de las sillas, y al meterse debajo de la mesa por fin encontró el Zippo.

Temblando, abrió el encendedor e hizo girar la ruedecilla contra la piedra. La llama surgió como si de un ángel se tratara, un pequeño milagro del cielo. David se puso en pie, cogió la *Super Soaker* y apuntó hacia la puerta. Oyó el estallido de un tercer disparo mientras posicionaba la llama delante del cañón de plástico, pero esta vez no se acobardó.

—¡Hawley! —gritó—. ¡Abra la puerta! ¡Tiene que dejarme salir!

Entonces oyó que una voz le susurraba al otro lado de la puerta.

—¡Cierra el pico, imbécil!

Era obvio que Hawley no quería llamar la atención de quien fuera que estuviera disparando. Pero David intuía que de todos modos se estaban acercando.

—¡Ya me ha oído, Hawley! ¡Abra la maldita puerta!

Pasaron unos segundos. Se está preparando, pensó David. Su posición se ha vuelto insostenible y ahora tiene que adoptar las medidas necesarias. Su única opción es matarme.

Entonces la puerta se abrió y David apretó el gatillo.

Simon llegó al cruce con otro pasillo y vio a otro agente federal más en el visor de infrarrojos. Estaba de pie delante de una puerta, cogido al pomo con una mano y sosteniendo una pistola en la otra. Con curiosidad, Simon se acercó un poco más, sin dejar de apuntar al tipo con su Uzi. El agente permaneció así durante varios segundos como si fuera un pretendiente nervioso, murmurando para sí «Me caguen todo, me caguen todo...» mientras intentaba tranquilizarse. Entonces abrió la puerta de golpe mientras metía la mano en el bolsillo para coger una linterna. De repente, de la entrada salió una brillante llamarada blanca.

Simon se quedó cegado. La abrasadora llamarada se había extendido por toda la pantalla, convirtiendo el visor en un rectángulo completamente blanco. Se quitó las gafas, ahora inútiles, se agachó y se colocó en posición defensiva, cruzando los brazos sobre la cabeza. Se trataba de algún tipo de artefacto incendiario, pero no olía a gasolina o a fósforo blanco. Parecía más bien vodka casero. La bola de fuego se

disipó en un par de segundos, dejando apenas unas pocas llamas azuladas ardiendo en algunos charcos del suelo. El agente del FBI se tambaleó y cayó de espaldas. Luego empezó a rodar por el suelo como un tronco, intentando apagar los restos del fuego azul de su chaqueta.

Entonces Simon oyó una rápida serie de chirridos como de goma. Al pasar a su lado se dio cuenta de qué se trataba: las zapatillas deportivas del prisionero. Inmediatamente, Simon levantó su Uzi y apuntó en dirección a los veloces pasos, pero no se atrevió a disparar. Quería al hombre vivo. Se puso en pie como pudo y empezó a perseguirlo por el pasillo completamente a oscuras. Cuando ya estaba a punto de alcanzarlo, sin embargo, oyó que caía algo al suelo, algo hueco y de plástico, y un segundo más tarde lo pisó y perdió el equilibrio. Era esa maldita escopeta de agua, comprendió mientras caía de espaldas y se golpeaba la base del cráneo en el marco de una puerta.

Se quedó tumbado en la oscuridad, aturdido, durante diez o quince segundos. Al abrir los ojos vio que el agente del FBI, todavía humeante, iba detrás del prisionero fugitivo. Un auténtico idiota norteamericano, pensó Simon. Entregado, pero insensato. Después de respirar hondo para aclararse la cabeza, Simon se puso en pie y se volvió a poner las gafas térmicas. El sistema de visión se había reiniciado y la pantalla volvía a funcionar con normalidad. Recogió la Uzi y empezó correr.

David se sumergió en la oscuridad. Sólo pensaba en huir. Después de tirar la *Super Soaker* oyó un ruido sordo detrás, pero no se volvió, siguió corriendo. Sin aminorar la marcha, encendió otra vez el Zippo, y la llama iluminó un pequeño círculo a su alrededor. Al principio no vio nada más que puertas lisas a ambos lados del pasillo, pero luego divisó el rellano del ascensor a su izquierda y un letrero luminoso de color rojo en el que ponía SALIDA. Se dirigió directamente hacia la puerta que había debajo del letrero y la embistió con el hombro. Para su consternación, sin embargo, la puerta no se abrió. Intentó girar el pomo, pero no se movió. ¡Increíble! ¿Cómo se les ocurría cerrar una salida de emergencia? Mientras estaba ahí de pie, intentando abrir la puerta infructuosamente, oyó un bramido lejano («Me caguen») y luego el eco de los pasos del agente Hawley.

David empezó a correr otra vez. Volvió a girar a la izquierda y recorrió a toda velocidad un nuevo pasillo, buscando desesperadamente otra salida. El complejo ocupaba toda la planta del edificio, de modo que tenía que haber otra escalera en algún lugar. Pero ¿dónde diablos estaba? Mientras corría tan rápido como podía, inspeccionando ambos lados del pasillo, tropezó con algo que parecía un saco de ropa sucia. David volvió a encender el Zippo y vio que era un cadáver. Uno de los agentes de traje gris que iban con Hawley. Había recibido dos disparos en la frente. Antes de ser presa del horror, sin embargo, David advirtió que el cadáver yacía al pie de una

escalera.

Un momento después Hawley torcía la esquina y aparecía al final del pasillo. Adoptó la posición de disparo en cuanto vio el Zippo, de modo que David apagó inmediatamente la llama y se apresuró a subir las escaleras. Lo hizo a oscuras, cogiéndose como podía a la barandilla y raspándose las espinillas con los peldaños, mientras Hawley iba apenas unos segundos por detrás. Después de subir tres tramos, advirtió un débil resplandor amarillento que provenía de una puerta entreabierta. Atravesó una habitación repleta de monitores de vídeo rotos y sorteó dos cadáveres más sin siquiera detenerse. Estaba en un aparcamiento y ya podía oler la dulce contaminación del aire de Nueva York. Echó a correr por la rampa en dirección a la gloriosa luz de la calle.

Pero había por lo menos treinta metros hasta el final de la rampa, y no veía ningún sitio en el que ponerse a cubierto, de modo que supo que ya no tenía nada que hacer cuando miró por encima del hombro y vio a Hawley en la base de la pendiente. En el rostro del agente, ennegrecido y con quemaduras, se advertía una amplia sonrisa. Lentamente levantó su Glock y apuntó con mucho cuidado. De repente, sin embargo, se oyó un disparo y Hawley cayó al suelo.

David se quedó mirando el cuerpo sin vida del agente, que se había quedado en posición fetal. Estaba demasiado confundido para sentir ningún tipo de alivio por este repentino giro de los acontecimientos, y durante un momento pensó incluso que alguien le estaba gastando una broma. Sin embargo, a pesar de su confusión, David no dejó de correr. Sus piernas lo llevaron al final de la rampa, y unos segundos más tarde estaba en una calle vacía, rodeado de altos edificios de oficinas. Leyó los nombres en una esquina: calles Liberty y Nassau. Estaba en el Lower Manhattan, apenas tres manzanas al norte de la Bolsa. Oyó sirenas de policía, así que siguió andando en dirección al este, hacia Broadway y el río Hudson.

Para cuando Simon llegó al final de la rampa, después de liquidar al chamuscado agente del FBI, media docena de coches patrulla bajaban ya por la calle Liberty. La *babushka*, pensó. Debía de haber llamado a la policía para pedir refuerzos. Se escondió detrás de un quiosco de prensa cerrado cuando los coches se detuvieron y los policías salieron disparados hacia el aparcamiento. El prisionero se encontraba a una manzana, en la esquina de Broadway con Liberty, pero Simon no podía arriesgarse a pasar entre todos esos policías. No con una Uzi escondida debajo de la cazadora. Decidió bajar por Nassau y correr hacia el norte, en dirección al callejón Maiden, con la esperanza de interceptar ahí a su presa. Cuando llegó a Broadway, sin embargo, no vio rastro del prisionero. Simon recorrió la avenida, sin dejar de mirar también las calles laterales, pero el tipo había desaparecido. «*Yobany v'rot!*» maldijo Simon mientras se daba un manotazo de frustración en la pierna.

Pero su furia apenas duró un momento. Es todo cuestión de saber adaptarse, se recordó a sí mismo. Tan sólo necesitaba modificar de nuevo su estrategia.

De pie en la esquina, todavía resollando como un perro, Simon pensó en el prisionero. Había pocos lugares a los que pudiera ir, y eran todos bastante predecibles. Lo primero era identificar al tipo y determinar su relación con el profesor Kleinman. Luego sólo tenía que localizar a sus conocidos. Estaba seguro de que tarde o temprano este tipo con zapatillas deportivas lo llevaría a la *Einheitliche Feldtheorie*.

Simon recobró el aliento mientras se dirigía a donde había aparcado el Mercedes. Sintió una sombría satisfacción al levantar la mirada hacia los rascacielos de Broadway y contemplar las oscuras torres que se cernían sobre la calle. Muy pronto, pensó, todo esto habrá desaparecido.

4

—¡Maldita sea, Lucy! ¿Qué diablos ha pasado?

Lucille estaba sentada en una sala de conferencias de las oficinas del FBI en el edificio Federal Plaza, hablando por una línea de teléfono segura con el director del Bureau. Había evacuado el complejo de la calle Liberty y establecido un puesto de mando temporal en la oficina central de Nueva York. Había sacado de la cama y dado nuevas órdenes a todos los agentes fuera de servicio que se encontraban en la zona. Ahora, quince minutos después de medianoche, Lucille afrontaba la difícil tarea de darle las malas noticias a su jefe.

—Nos han cogido por sorpresa —admitió ella—. Primero neutralizaron Logística, inutilizando nuestras comunicaciones. Luego cortaron la electricidad y fueron en busca del detenido. Hemos perdido a seis agentes. —A Lucille le sorprendió la calma con la que informaba de esto. Seis agentes. Era una jodida pesadilla—. Asumo toda la responsabilidad, señor.

—Mierda, ¿quién diablos ha hecho esto? ¿Hay alguna grabación?

—No, señor. Lamentablemente destruyeron los sistemas de vigilancia. Pero creemos saber a quién nos enfrentamos. Iban armados con Uzis y han utilizado C-4. Probablemente también llevaban gafas infrarrojas.

—¿Piensa que podría tratarse de Al Qaeda?

—No, demasiado sofisticado para ellos. Más bien los rusos. O quizá los chinos. O los norcoreanos. Joder, puede incluso que fueran los israelíes. Ha sido una operación muy elaborada.

—¿Qué hay del detenido? ¿Cree que está confabulado con ellos?

Lucille vaciló antes de contestar. Siendo honestos, no sabía qué pensar de David Swift.

—Al principio hubiera dicho que no. Al fin y al cabo, el tipo es un profesor de historia. No tiene antecedentes criminales, ni ha hecho el servicio militar, ni tampoco ha realizado viajes o llamadas internacionales inusuales. Sin embargo, sí ha admitido que Kleinman le ha dado una serie numérica, probablemente un código encriptado para acceder a algún archivo informático. Quizá querían vender la información pero el acuerdo se echó a perder.

—¿Cuáles son las posibilidades de atraparlo de nuevo? El secretario de Defensa está histérico con todo esto. Me llama cada media hora para que lo mantenga al tanto.

Lucille sintió una punzada de malestar. El maldito secretario de Defensa. Había obligado al Bureau a realizar el trabajo sucio de este caso, y aun así no quería revelar de qué se trataba.

—Dígale que está todo bajo control —dijo—. Tenemos a la policía de Nueva York realizando controles en puentes y túneles con perros detectores para que

rastreen cualquier resto de C-4. También hemos emplazado agentes en todas las estaciones de tren y autobús.

—¿Tiene alguna foto del detenido para identificarlo?

—Tenemos la fotografía de su carnet de conducir que nos ha proporcionado el Departamento de Vehículos Motorizados de Nueva York, y la de la sobrecubierta de un libro que escribió. *Sobre hombros de gigantes* es su título. Ahora estamos imprimiendo los folletos y en una hora o así los podremos distribuir entre nuestros agentes. No se preocupe, no llegará lejos.

David corrió hacia el norte siguiendo el recorrido del río Hudson. Tras escapar de los agentes del FBI, sentía un impulso primordial: huir tan lejos como fuera posible del complejo de la calle Liberty. Estaba demasiado nervioso para coger un taxi o el metro, y demasiado preocupado por si un coche patrulla o un policía de tráfico lo detenían, de modo que finalmente huyó por el carril bici que corría paralelo al río, entre fanáticos nocturnos del ejercicio: corredores, ciclistas y patinadores ataviados con sus brillantes cintas reflectantes.

No se detuvo hasta llegar a la calle 34, a casi cinco kilómetros de distancia. Respirando con dificultad, se apoyó contra una farola y cerró un momento los ojos. Dios mío, susurró, Dios todopoderoso. Esto no puede estar ocurriendo. Había escuchado durante cinco minutos las últimas palabras de un moribundo profesor de física y ahora tenía que huir para salvar la vida. ¿Qué le había dicho Kleinman que pudiera ser tan importante? *Einheitliche Feldtheorie*. Destructor de mundos. David negó con la cabeza. ¿Qué diablos estaba ocurriendo?

Una cosa estaba clara: los agentes del FBI no eran los únicos que iban detrás del secreto de Kleinman. Alguien había torturado al profesor, alguien había atacado el complejo de la calle Liberty. Y David no tenía ni idea de quién se trataba.

Alarmado por este pensamiento, abrió los ojos e inspeccionó el carril bici. No podía quedarse aquí. Tenía que planear algo. Sabía que no sería muy prudente ir a su apartamento, ni al de Karen; seguramente, el FBI ya tenía ambos lugares bajo vigilancia. Por la misma razón, tampoco podía correr el riesgo de ir a casa de alguno de sus amigos o colegas. No, tenía que salir de Nueva York. Necesitaba algo de efectivo, ponerse en marcha, y quizá pensar en algún modo de cruzar la frontera con Canadá. No podía alquilar un coche —los agentes federales descubrirían inmediatamente la transacción en su tarjeta de crédito y luego difundirían la matrícula del coche a todas las patrullas estatales—. Quizá, si tenía suerte, podría coger un tren o un autobús sin que lo descubrieran.

David encontró un cajero automático y extrajo tanto efectivo de su cuenta como pudo. El FBI también descubriría estas transacciones, pero no había forma de evitarlo. Luego se fue directo a la estación Penn.

En cuanto llegó a la entrada de la estación de la Octava Avenida, sin embargo, se dio cuenta de que ya era demasiado tarde. Toda la zona de las taquillas era un enjambre de agentes tanto de policía como de la Guardia Nacional. En los accesos a los andenes, la policía pedía la documentación a todos los pasajeros, y pastores alemanes entrenados en la detección de bombas inspeccionaban bolsas, maletines y perneras. Maldiciendo su suerte, David se dirigió al otro lado de la estación. Debería haber subido a un tren una hora antes, en la estación PATH del centro.

Al acercarse a la salida de la Séptima Avenida, un nuevo pelotón de agentes de policía entró en el vestíbulo, formando una hilera cerrada e impidiendo el paso hacia las escaleras y las escaleras mecánicas. «Mierda», susurró David. Uno de los policías sacó un megáfono.

—Muy bien —exclamó—. Hagan una fila delante de la escalera y saquen sus permisos de conducir. Para poder salir de la estación han de enseñarnos algún tipo de documentación.

Intentando comportarse con normalidad, David se dio media vuelta y volvió sobre sus pasos, pero ahora también había policías en las salidas de la Octava Avenida. Desprotegido y nervioso, empezó a buscar algún lugar para esconderse, algún quiosco de prensa o un chiringuito de comida rápida en el que pudiera ocultarse durante unos minutos y recomponerse, pero a estas horas la mayoría de las tiendas del vestíbulo estaban cerradas. Los únicos lugares todavía abiertos eran un *Dunkin' Donuts* repleto de oficiales de policía y un lúgubre y pequeño bar llamado *Station Break*. David hacía años que no entraba en un bar, y la mera idea de entrar en el *Station Break* le produjo náuseas. Pero tampoco era momento de ponerse quisquilloso.

Dentro del bar, una docena de fornidos y barbudos veinteañeros sentados en una mesa repleta de latas de *Budweiser* estaban de jarana. Todos llevaban la misma camiseta personalizada con las palabras «DESPEDIDA DE SOLTERO DE PETE» impresas sobre la silueta de unos pechos. Hacían mucho ruido y al parecer habían logrado echar del local a todo el mundo excepto al camarero, que permanecía detrás de la caja registradora con cara de pocos amigos. David se sentó a la barra sonriendo, haciendo ver que no pasaba nada.

—Una *Coca-Cola*, por favor.

Sin decir una palabra, el camarero cogió un vaso algo ajado y lo llenó de hielo. David observó que había dos puertas que daban a los servicios, pero no salida de emergencia. En la pared había un televisor con el sonido apagado. Una joven presentadora rubia miraba fijamente a la cámara mientras, a su lado, aparecían sobreimpresionadas las palabras «ALERTA TERRORISTA».

—¡Eh! ¡Esa tía está jodidamente buena! —exclamó uno de los participantes en la despedida de soltero. Tambaleándose, se puso de pie para poder ver mejor a la

presentadora—. ¡Oh, sí! ¡Léeme las noticias, muñeca! ¡Vamos, léelas a Larry! ¡Larry lo quiere saber todo, muñeca!

Mientras sus amigos reían a carcajadas, Larry se acercó a la barra. Su barriga era tan grande que parecía una pelota de playa colgando por encima del cinturón. Tenía los ojos inyectados en sangre, como de maníaco, la barba llena de restos de palomitas, y olía tanto a *Budweiser* que David tuvo que aguantar la respiración.

—¡Eh! ¡Camarero! —gritó Larry—. ¿Cuánto cuesta un chupito de *Jagermeister*? El camarero lo miró todavía peor.

—Diez dólares.

—¡Santo Dios! —Larry estampó su gordo puño sobre la barra—. ¡Por eso ya no vengo nunca a esta puta ciudad!

Ignorándolo, el camarero sirvió a David su *Coca-Cola*.

—Son seis dólares.

Larry se volvió hacia David.

—¿Ves lo que quiero decir? ¡Es un puto atraco! ¡Es tres veces más caro que en Jersey!

David no dijo nada. No quería que el tipo se envalentonara. Ya tenía suficientes preocupaciones. Le dio al camarero un billete de veinte.

—Lo mismo pasa en los bares de tías desnudas —prosiguió Larry—. Acabamos de estar en un lugar llamado *Cat Club*, en la calle 21. Las chicas pedían cincuenta pavos por un *lap dance*. ¿Te lo puedes creer? ¡Cincuenta putos pavos! Así que al final me he dicho: «¡Que le den, volvamos a Metuchen!». Hay un club en la Carretera 9, el *Lucky Lounge*. Las chicas están igual de buenas, y un *lap dance* sólo te cuesta diez pavos.

David quería estrangular a este tipo. Los agentes de policía y los guardias se estaban acercando, los podía ver patrullando justo enfrente del *Station Break* con sus pastores alemanes y sus M-16, pero en vez de planear una forma de salir de ésta, David tenía que escuchar a este palurdo de Nueva Jersey. Negó con la cabeza, frustrado.

—Perdona, pero justo ahora iba a...

—Eh, ¿cómo te llamas, colega? —Larry extendió la mano derecha.

A David le rechinaron los dientes.

—Phil. Escucha, estoy un poco...

—¡Encantado de conocerte, Phil! Yo soy Larry Nelson —Le cogió la mano a David y se la estrechó con fuerza. Luego, señalando a sus amigos, dijo—: Éstos son mis colegas de Metuchen. Ése de ahí es Pete. Se casa este domingo.

El novio se desplomó sobre la mesa, la cabeza apenas visible entre las latas de *Budweiser*. Tenía los ojos cerrados y la cara pegada al tablero de la mesa, como si estuviera intentando oír el ruido de los trenes que salían de la estación. David hizo

una mueca. Éste era yo hace veinte años, pensó. Un chaval estúpido bebiendo como una cuba con sus amigos. La única diferencia era que David no necesitaba excusas como una despedida de soltero para emborracharse. Durante sus últimos meses en la universidad, bebía hasta caer inconsciente todas las noches de la semana.

—Íbamos a coger el de las 12.20 de vuelta a Jersey —añadió Larry—, pero los polis se han puesto a pedir la documentación a la gente y por culpa de la puta cola que se ha formado en la estación hemos perdido el tren. Ahora tenemos que esperar al de la 1.35.

—¿Y qué ocurre si no llevas documentación? —preguntó David—. ¿No te dejan subir al tren?

—No, hoy no. Un tipo ha dicho que se había dejado la cartera en casa y los polis lo han sacado de la cola y se lo han llevado. Es una de esas putas alertas terroristas. Alerta Amarilla, Naranja, no recuerdo cuál.

David sintió una punzada en el estómago. Dios, pensó, no conseguiré salir de aquí. Todo el maldito país me está buscando.

—Lo único bueno de todo esto —añadió Larry—, es que mañana por la mañana no tengo que trabajar. Esta semana me toca turno de tarde, así que no tengo que estar en la comisaría de policía hasta las cuatro de la tarde.

David se lo quedó mirando un momento. La barda descuidada, la barriga cervecera.

—¿Eres poli?

Larry asintió orgulloso.

—Operador telefónico del Departamento de Policía de Metuchen. Empecé hace un par de semanas.

Increíble, pensó David. Había conocido al único poli de toda el área metropolitana de Nueva York que no lo estaba buscando. Al principio se quedó sólo con lo raro de este encuentro casual, pero unos segundos más tarde también se dio cuenta de la oportunidad que se le ofrecía. Intentó recordar lo poco que sabía sobre la geografía de Nueva Jersey.

—¿Sabes? Yo vivo muy cerca de Metuchen. En New Brunswick.

—¡No jodas! —Larry se volvió hacia sus amigos—. ¡Eh, tíos, oíd! ¡Este tío es de New Brunswick!

Sin demasiado entusiasmo, unos cuantos levantaron sus latas de cerveza a modo de saludo. Ya no estaban tan animados, pensó David. Necesitaban algo que les subiera la moral.

—Escucha, Larry, me gustaría hacer algo por tu amigo Pete. Por su boda y tal. ¿Qué te parece si os invito a todos a un chupito de *Jagermeister*?

A Larry se le pusieron los ojos como platos.

—¡Eso sería fantástico!

David bajó del taburete y levantó los brazos como si fuera un árbitro de fútbol americano confirmando un ensayo.

—¡Chupitos de *Jager* para todos!

De repente, los participantes en la despedida de soltero se reanimaron y soltaron un grito de alegría. Al volverse, en cambio, David comprobó que el camarero no parecía tan contento.

—Antes quiero ver el dinero —dijo—. Son ciento treinta dólares.

David sacó un grueso fajo de billetes de veinte del bolsillo y lo dejó sobre la barra.

—Siga sirviendo.

Karen estaba en la cama junto a Amory Van Cleve, el socio administrador de Morton McIntyre & Van Cleve, escuchando el extraño silbido que emitían los agujeros de la nariz del abogado cuando dormía. A pesar de que ya llevaba unas semanas saliendo con Amory, no se había dado cuenta hasta ahora. El silbido estaba formado por tres notas bien diferenciadas: un fa por encima del do central al inspirar, pasando luego a un re y finalmente, al espirar, a un si (Karen había estudiado música antes de ir a la Facultad de Derecho). Al cabo de un rato se dio cuenta de por qué le resultaba tan familiar: eran las tres primeras notas del *Star-Spangled Banner* [\[6\]](#). Karen reprimió una carcajada. En el fondo, su nuevo novio era un patriota chapado a la antigua.

Amory estaba tumbado boca arriba, con las manos, de cuidada manicura, entrelazadas sobre el pecho. Karen se acurrucó a su lado sin dejar de observar su pelo gris, así como su nariz y mentón patricios. Lo cierto es que su aspecto era verdaderamente fantástico para los sesenta años que tenía, decidió Karen. A pesar de algunos defectos, como ese silbido nocturno, ciertas dificultades auditivas o que no fuera el amante más vigoroso del mundo, sus virtudes hacían irrelevantes todos esos defectos. Amory era elegante, educado y jovial. Y lo mejor de todo era que sabía lo que ella quería. Lo que le importaba. Algo que David nunca pareció llegar a comprender a pesar de sus tres años de cortejo y nueve de matrimonio.

Oyó una sirena que bajaba por la avenida Columbus. Parecía haber muchas esa noche. Seguramente se dirigía hacia algún incendio, o quizá se había reventado un colector de agua. Mañana lo leería en los periódicos.

Claro que tampoco podía echarle las culpas de todo a David. Karen no llegó a saber bien lo que quería hasta bien entrado el matrimonio. Cuando se conocieron, ella no era más que una joven ingenua de veintitrés años, una estudiante de piano en *Julliard* inmersa en una batalla perdida de antemano contra rivales de más talento. David tenía cinco años más y ya era un reconocido profesor del programa de Historia

de la Ciencia de la Universidad de Columbia. Karen se enamoró de él porque era divertido, además de apuesto e inteligente, y empezó a imaginar el futuro que construirían juntos. Tras la boda, ella dejó *Julliard* y se matriculó en la Facultad de Derecho. El nacimiento de Jonah interrumpió sus estudios durante un año, pero una década más tarde ya era asociada sénior de Morton McIntyre & Van Cleve, y ganaba el doble que su marido. Entonces, además, ya sabía lo que quería: un comfortable hogar para su familia, una escuela privada para su hijo y una posición más elevada en los círculos sociales de la ciudad.

Karen le podía perdonar a David que no compartiera estos intereses; en el fondo, él era un científico, de modo que no le importaban las apariencias. Lo que no le perdonaba, sin embargo, era la total indiferencia que mostraba hacia sus deseos. Parecía obtener un perverso placer en ir lo más desaliñado posible. Vestía vaqueros y zapatillas deportivas para ir a clase, y podía estar días sin afeitarse. Sin duda alguna, en parte esto se debía a su caótica educación. Había crecido con un padre violento y una madre medrosa que había sido maltratada. Aunque se esforzó por superar ese trauma, la victoria había sido parcial. David había demostrado ser un maravilloso padre, pero un marido francamente deficiente. Siempre que ella tenía una idea, él se la echaba por tierra. Ni siquiera tomaba en consideración mudarse a un apartamento más grande o presentar solicitudes para que Jonah pudiera ir a una escuela privada. El límite llegó cuando rechazó una oferta para convertirse en el director del Departamento de Historia. Ese puesto les hubiera supuesto 30.000 dólares más al año; dinero suficiente para renovar la cocina o afrontar la hipoteca de una casa en el campo. David, sin embargo, lo rechazó porque según él hubiera «interferido en su investigación». Después de eso, Karen tiró la toalla. No podía vivir con un hombre que no tenía intención de ceder un ápice por ella.

Bueno, mejor será que deje de pensar en David, se dijo a sí misma. ¿Para qué perder el tiempo? Ahora tenía a Amory. Ya habían hablado de comprar un apartamento. En el East Side no estaría mal. Quizá un apartamento de tres habitaciones en uno de esos edificios de Park Avenue. O una casa unifamiliar con un jardín en la azotea. Costaría un dineral, pero Amory se lo podía permitir.

Karen estaba tan ocupada fantaseando acerca del apartamento perfecto que no oyó el primer timbrado de la puerta. Pero sí el segundo, que acompañaron con unos cuantos golpes en la puerta.

—¿Señora Swift? —exclamó con premura una voz grave—. ¿Está usted ahí, señora Swift?

Se sentó en la cama con el corazón latiendo aceleradamente. ¿Quién narices llamaba a su puerta a estas horas? ¿Y por qué la llamaban por su nombre de casada? No lo utilizaba desde hacía dos años. Alarmada, sacudió el hombro de Amory para despertarlo.

—¡Amory! —susurró—. ¡Despierta! ¡Hay alguien en la puerta!

Amory se dio la vuelta y farfulló algo. Tenía el sueño profundo.

—¡Abra, señora Swift! —exclamó otra voz grave—. Somos del FBI. Necesitamos hablar con usted.

¿El FBI? ¿Qué era esto, una broma pesada? Entonces recordó la llamada que había recibido unas horas antes, la del policía que había preguntado por David. ¿Era eso? ¿Se había metido David en algún lío?

Volvió a sacudir el hombro de Amory, esta vez más fuerte, hasta que finalmente abrió los ojos.

—¿Qué? —dijo con voz ronca—. ¿Qué quieres? ¿Qué pasa?

—¡Despierta! ¡Hay unos hombres en la puerta! ¡Dicen que son del FBI!

—¿Qué? ¿Qué hora es?

—¡Levántate y ve a ver quién es!

Tras dar un suspiro, Amory cogió sus gafas y salió de la cama. Se puso un albornoz marrón sobre el pijama amarillo y se ató el cinturón. Karen optó por una vieja camiseta y unos pantalones de chándal.

—¡Es su última oportunidad! —se oyó gritar a una tercera voz—. ¡Si no abre la puerta la echaremos abajo! ¿Me oye, señora Swift?

—¡Ya va, ya va! ¡Espere! —contestó Amory—. Un momento.

Karen salió de la habitación detrás de él, pero se quedó a unos metros de distancia. De forma instintiva, mientras Amory se dirigía al vestíbulo, ella se colocó delante de la puerta de la habitación de Jonah. Su hijo, gracias a Dios, también tenía el sueño profundo.

Amory se inclinó un poco para ver por la mirilla.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó a través de la puerta principal—. ¿Y qué hacen aquí a estas horas?

—Ya se lo hemos dicho, somos del FBI. Abra la puerta.

—Lo siento, pero antes necesito ver sus placas.

Karen se quedó mirando fijamente la espalda de Amory mientras éste seguía inclinado sobre la mirilla. Unos segundos más tarde, él levantó la mirada por encima del hombro.

—Efectivamente, son agentes del FBI —dijo—. Voy a ver qué quieren.

—Espera, no... —empezó a decir Karen, pero ya era demasiado tarde.

Amory abrió el pestillo y empezó a girar el pomo. Un instante más tarde la puerta principal se abrió de golpe y dos tipos enormes vestidos con traje gris se abalanzaron encima de Amory, lo tiraron de espaldas al suelo y lo inmovilizaron. Dos agentes más pasaron por encima y se pusieron de cuclillas delante de Karen. Uno era rubio, alto y de espaldas anchas, el otro un hombre negro de cuello grueso. Le llevó unos segundos darse cuenta de que ambos la estaban apuntando con sus pistolas.

—¡No se mueva! —gritó el rubio. Su rostro estaba tenso y pálido, su apariencia era monstruosa. Sin quitarle la vista de encima a Karen, le hizo una señal con la cabeza a su compañero.

—Ve a inspeccionar las habitaciones.

Karen dio un paso hacia atrás. Podía sentir la puerta de la habitación de Jonah en la columna.

—¡No, por favor! ¡Mi hijo! Está...

—¡He dicho que NO SE MUEVA! —le dijo el tipo rubio mientras se acercaba a ella. La pistola que llevaba en la mano temblaba como si tuviera vida propia.

Al otro lado de la puerta del dormitorio, Karen oyó unos pasos, y luego un débil y asustado «¿Mamá?», que los agentes en cambio no parecieron oír. Los dos se fueron acercando a ella con las pistolas en alto y los ojos fijos en la puerta, como si quisieran ver a través de ella.

—¡APÁRTESE! —ordenó el rubio.

Karen no se movió, estaba paralizada, no podía siquiera respirar. ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío, le van a disparar! Entonces oyó los pasos de Jonah detrás de ella y el chirrido del pomo al girar. Con un rápido movimiento se dio la vuelta, abrió la puerta y se lanzó encima de su hijo.

—¡NO, NO! —gritó—. ¡NO LE HAGAN DAÑO!

Los agentes permanecieron de pie bloqueando con sus enormes cuerpos la entrada y apuntándolos con sus pistolas. Pero ahora todo estaba bien, todo estaba bien: ella cubría por completo el cuerpo de Jonah con el suyo. Había encajado la cabeza del niño debajo de su barbilla y los hombros bajo sus pechos. Podía notar cómo temblaba, asustado y confundido.

—¡Mamá, mamá! —gritaba mientras permanecía tumbado contra el suelo de madera. Pero ahora ya estaba a salvo.

Mientras el agente rubio los vigilaba, el negro entró en la habitación y abrió la puerta del armario.

—¡Está limpio! —exclamó. Y procedió a inspeccionar las demás habitaciones. De fondo, por debajo de los lloros de Jonah y los gritos de los agentes, Karen pudo oír los gritos de indignación de Amory.

—Pero ¿qué creen que están haciendo? —dijo—. ¡No pueden registrar nada sin una orden judicial! ¡Esto es absolutamente ilegal!

Unos segundos más tarde, el agente negro regresó e informó al rubio, que parecía estar al mando.

—Aquí no hay nadie —dijo—. Y este vejestorio no encaja con la descripción.

El agente rubio se apartó de Karen y se dirigió al vestíbulo para reunirse con sus compañeros. Karen miró por encima del hombro y vio que volvía a meter su pistola en la cartuchera. Entonces se sentó y estrechó a Jonah contra su pecho mientras se

estremecía aliviada. Amory estaba unos metros más allá, tumbado boca abajo y con las manos atadas a la espalda con una especie de plástico.

—¡Lamentarán todo esto, caballeros! —exclamó—. ¡Soy íntimo del fiscal general!

El agente rubio lo miró con el ceño fruncido.

—¡Cierra el pico, abuelo! —le dijo, y luego se volvió hacia Karen—. ¿Dónde está su ex marido, señora Swift?

Curiosamente, Karen ya no tenía miedo. Ahora que el agente había guardado el arma, no sentía más que desprecio.

—¿Por esto han irrumpido así? ¿Están buscando a David?

—Limítese a responder la...

—¡Será hijo de puta! ¡Ha apuntado con un arma a un niño de siete años!

Mientras Karen fulminaba con la mirada al tipo del FBI, Jonah seguía aferrado a su camiseta. Tenía la cara húmeda y manchada.

—¿Dónde está papá? —dijo entre sollozos—. ¡Quiero ver a papá!

Por un momento pareció que el agente titubeaba. Su nuez de Adán se movió al ver a Karen y Jonah abrazados en la entrada de la habitación. Pero pronto sus facciones se volvieron a endurecer.

—Buscamos a David Swift por asesinato. Había que adoptar las precauciones necesarias.

Karen se tapó la boca con la mano. No, pensó Karen, no es posible, David tenía muchos defectos, pero la violencia no era uno de ellos. Lo más violento que le había visto hacer era golpear el interior de su guante de *softball* después de que su equipo perdiera un partido. Nunca dejaba que sus sentimientos le hicieran perder el control. Había aprendido de su padre lo que podía pasar en caso contrario.

—¡Eso es mentira! —dijo ella—. ¿Quién le ha dicho eso?

El agente entornó los ojos.

—Yo conocía a algunos de los hombres que ha asesinado, señora Swift. Dos de ellos eran amigos míos —dijo, y se quedó mirándola unos segundos, frío e inmutable. Luego habló por el micrófono escondido en una de las mangas de su americana—. Aquí el agente Brock. Traeremos a tres con nosotros. Póngase en contacto con la oficina central y dígales que hay una mujer y un menor.

Karen estrechó con más fuerza a Jonah.

—¡No! ¡No puede hacer esto!

El agente negó con la cabeza.

—Es por su propia seguridad. Hasta que encontremos a su ex marido —entonces metió la mano en el bolsillo de su americana y sacó un par de bridas de plástico.

—¡Por Phil! ¡Eres el amo, Phil! ¡El puto AMO!

Alrededor de la mesa del *Station Break*, los participantes en la despedida de soltero de Pete alzaron sus vasos de *Jagermeister* para brindar en honor del alter ego de David, el generoso Phil, de New Brunswick. Ésta era la tercera ronda de chupitos que David pagaba y ahora los ánimos volvían a estar caldeados. Larry levantó un vaso en cada mano y canturreó «¡Phil! ¡Phil! ¡Phil!» antes de beberse los dos chupitos uno detrás de otro. Incluso Pete, el novio borracho, levantó brevemente la cabeza de la mesa y farfulló:

—¡Eres el amo!

David le correspondió, rodeando a Pete con su brazo y gritando a su vez:

—¡No, TÚ eres el amo! ¡El puto AMO, pedazo de cabrón!

Aunque David cantaba y reía con todos ellos, en realidad no había probado siquiera una gota de alcohol. Disimuladamente le había ido pasando sus chupitos a Larry, que había dado debida cuenta de ellos.

En cuanto los coros de tú-eres-el-amo se apagaron, Larry se puso en pie.

—No nos olvidemos de Vinnie —exclamó—. ¡Por Vinnie, ese calzonazos, que no ha podido estar con nosotros esta noche porque su novia piensa que somos una mala influencia!

Todos soltaron variaciones diversas de «¡Que le jodan a esa zorra!». Mientras tanto, Larry abrió una bolsa de plástico que había sobre la mesa y sacó una camiseta azul cuidadosamente doblada. Era una de las camisetas personalizadas que llevaban todos, con las palabras «DESPEDIDA DE SOLTERO DE PETE» impresas en el pecho.

—¡Mirad esto! —soltó Larry—. ¡Como Vinnie no ha podido venir, ahora tengo una camiseta de más! —Negó con la cabeza, disgustado—. ¿Sabéis qué voy a hacer? ¡Voy a hacer que su jodida novia la pague!

—¡Sí, que la pague esa zorra! —gritaron los juerguistas entre otras expresiones similares. David, en cambio, se quedó mirando la camiseta. Después de pensarlo un momento golpeó la mesa con el puño para llamar la atención de todos y anunció:

—¡Yo te compro la camiseta, Larry! ¿Cuánto cuesta?

Larry se quedó sorprendido.

—Oh no, Phil. No tienes por qué hacerlo. Ya nos has invitado a todos estos chupitos y...

—No, no. ¡Insisto! ¡La quiero comprar! ¡Quiero ser un miembro oficial de la jodida despedida de soltero de Pete!

Se puso en pie y deslizó un billete de veinte dólares en la mano de Larry. Luego cogió la camiseta y se la puso por encima de la de su equipo de *softball*.

—¡Phil! ¡Phil! ¡Phil! ¡Phil! —lo aclamaron todos, claro, hasta que alguien exclamó—: ¡Eh, que ya es la una y media, vamos a perder el puto tren otra vez! —Y los juerguistas de la despedida se levantaron a trompicones de sus asientos.

—Vamos —ordenó Larry.

—¡Hemos de llegar al *Lucky Lounge* antes de que cierre! ¡Que alguien ayude a Pete!

Mientras dos de los juerguistas agarraban a Pete por los codos, David fue consciente de la oportunidad que se le presentaba.

—¡Esperadme! —exclamó arrastrando la voz, y luego se dejó caer de bruces al suelo, con cuidado de frenar la caída con las palmas de las manos.

Larry se agachó a su lado. Apestaba a *Jagermeister*.

—Eh, Phil, ¿te encuentras bien?

—Estoy un poco... pasado —contestó David, intentado sonar lo más borracho posible—. ¿Me puedes... echar una mano?

—Claro, colega, ¡ningún problema!

Larry cogió a David del brazo, lo levantó y lo condujo hacia la puerta del *Station Break*. David se cogió al ancho hombro del tipo y salieron tambaleándose del bar. Aunque hacía veinte años que David no se emborrachaba, podía imitar con facilidad el paso vacilante y la postura encorvada de un borracho. Tenía el recuerdo grabado en lo más hondo.

En el vestíbulo de la estación ya no había prácticamente viajeros, pero todavía estaba lleno de agentes de policía. Media docena de polis estaban apostados delante del acceso al andén número diez, que era hacia donde se dirigían los juerguistas de la despedida. Al acercarse a los agentes, Larry levantó el puño y gritó.

—¡Viva el Departamento de Policía de Nueva York! ¡Estamos con vosotros, tíos! ¡A por los putos terroristas!

—¡A por ellos! —gritó alguien más—. ¡MATÉMOSLOS A TODOS!

Un adusto sargento de policía les hizo una señal con la mano para que se detuvieran.

—Muy bien, amigos, tranquilícense —dijo—. Enseñenme sus permisos de conducir.

Mientras los demás sacaban sus carteras David sintió cómo su estómago se revolvió. Muy bien, pensó. Allá vamos. Con grandes aspavientos hizo ver que buscaba algo en los bolsillos de sus vaqueros, primero los de delante, luego los de detrás.

—¡Mierda! —exclamó—. ¡Oh, mierda! Y, haciéndose el borracho, se puso a cuatro patas en el suelo y empezó a buscar la cartera.

Larry se volvió a agachar junto a él.

—¿Ocurre algo, Phil?

—La cartera —dijo jadeante, mientras se colgaba del hombro de Larry—. No la encuentro... mi puta cartera.

—¿No te la habrás dejado en el bar?

David negó con la cabeza.

—Mierda... No sé... Podría estar... En cualquier parte.

El sargento de policía advirtió el alboroto y se acercó.

—¿Qué ocurre aquí?

—Phil ha perdido su cartera —dijo Larry.

David levantó la mirada hacia el sargento y, con la mandíbula colgando y la cabeza ladeada, le dijo:

—No... lo entiendo..., hace un momento... estaba... aquí mismo...

El poli frunció el ceño. Su boca adoptó un rictus tirante y severo. Oh, oh, pensó David. Este tipo es duro de roer.

—¿No lleva ningún tipo de documentación encima?

—Se llama Phil —explicó Larry—. Es de New Brunswick. —Y señalando la camiseta de la «DESPEDIDA DE SOLTERO DE PETE», añadió—: Va con nosotros.

El sargento frunció el ceño.

—Sin la documentación no puede subir al tren.

Como a propósito, el sistema de megafonía de la estación emitió entonces un timbre agudo.

—Atención —anunció una voz pregrabada—. Último aviso para el tren de la línea Northeast Corridor, estacionado en el andén número diez, con paradas en Newark, Elizabeth, Rahway, Metuchen, New Brunswick y Princeton Junction. Embarquen en el andén número diez.

—¡Tenemos que coger ese tren! —gritó Larry. Frenético, se metió la mano en el bolsillo y sacó la cartera, abriéndola para que el sargento de policía pudiera ver su placa—. Mire, pertenezco al Departamento de Policía de Metuchen. Aquí está mi placa. Ya se lo he dicho, Phil va con nosotros. Es colega mío.

El sargento miró la placa, todavía con el ceño fruncido y renuente a dejarlos pasar. En ese momento, David oyó los ladridos de un perro. Volvió la cabeza y vio a un guardia nacional y a su pastor alemán debajo del panel de llegadas y salidas, a unos quince metros. El perro se dirigía directo a ellos, tirando de la correa con un entusiasmo tal que el guardia tenía que inclinarse hacia atrás para mantener el equilibrio. Oh, Dios mío, pensó David. El jodido animal huele algo en mí.

Cerró los ojos y sintió una náusea. Estoy perdido, pensó. Me arrestarán, me entregarán al FBI y me llevarán de vuelta a una de sus salas de interrogatorio. Ya lo visualizaba mentalmente: la habitación desnuda, sin ventanas y con luces fluorescentes, y los agentes del FBI con sus trajes grises alrededor de la mesa de metal. Sintió entonces otra náusea, ésta tan fuerte que de repente David se dobló por la mitad y tuvo una arcada. Un delgado hilo de saliva cayó de la boca al suelo de linóleo.

—¡Cuidado! —avisó Larry—. ¡Phil va a vomitar!

Rápidamente, el sargento de policía retrocedió.

—Oh, mierda —exclamó—. ¡Apártenlo!

David levantó la cabeza y miró al sargento. Éste tenía el gesto torcido, visiblemente asqueado. Sin pensarlo, David se acercó tambaleante al agente e hizo ver que tenía arcadas, haciendo un húmedo y gutural «¡Uhhhhhhh!».

El sargento apartó a David, empujándolo hacia Larry.

—¡Mierda, llévense a este tipo! —exclamó—. ¡Vamos, métenlo en el tren!

—¡Sí, señor! —contestó Larry, agarrando a David por debajo de las axilas. Juntos se fueron corriendo al andén diez y cogieron finalmente el tren de la una y media en dirección a Metuchen.

Simon estaba sentado delante de un escritorio de época en una de las exageradamente caras suites del *Waldorf Astoria*. El hotel cobraba dos mil dólares la noche por un recargado salón con vistas a Park Avenue y un dormitorio decorado como un burdel zarista. Simon se podía permitir estas tarifas, pero por meros principios se negaba a pagarlas; lo que hacía, en cambio, era birlar en internet el número de una tarjeta de crédito. Sin siquiera saberlo, un tal Neil Davidson de Oregón estaba pagando la estancia de Simon en el *Waldorf*, así como las costillas de cordero y la botella de *Stolichnaya* que había pedido al servicio de habitaciones.

Mientras se tomaba otro vaso de vodka, Simon tenía la mirada puesta sobre la pantalla de su ordenador portátil, que mostraba la página web del Departamento de Física de la Universidad de Columbia. La lista de los miembros del departamento incluía una fotografía a color de cada uno de los profesores, conferenciantes y becarios. Simon fue bajando la página, estudiando las caras una a una. Tenía lógica que el cómplice de Kleinman fuera un profesor de física. Sin duda la *Einheitliche Feldtheorie* era demasiado intrincada para alguien profano en la materia; sólo para ser capaz de reconocer los términos matemáticos de las ecuaciones de campo revisadas era necesaria una profunda base en teoría de la relatividad y mecánica cuántica. Y sin embargo Simon no veía al tipo de las zapatillas deportivas en la página web del Departamento de Física. Procedió entonces a comprobar los listados de profesores de otras veinte universidades que contaran con un Departamento de Física de importancia —Harvard, Princeton, MIT, Stanford y demás—, pero siguió sin encontrar rastro de su presa en las galerías de fotos de sonrientes científicos. Una hora más tarde cerró el ordenador portátil y tiró la botella de vodka, ya vacía, a la papelera. Era exasperante. Lo único que necesitaba era el nombre del tipo.

Para calmarse, Simon se acercó a la ventana y se quedó mirando las luces de Park Avenue. Aunque ya eran las dos de la mañana, los taxis seguían recorriendo la calle. Mientras observaba las maniobras que hacían para aparcar en su zona, se preguntó si se le habría pasado algo, algún dato biográfico crucial en la vida del profesor

Kleinman que le revelaría la identidad de su colega. Quizá era un sobrino o un ahijado de Kleinman, o el hijo natural de una antigua relación. Simon se dirigió entonces al armario, abrió su talego y cogió el libro que había utilizado para localizar a Kleinman. Era un libro extenso, de más de quinientas páginas, repleto de información útil sobre todos los físicos que habían ayudado a Albert Einstein en los últimos años de su vida. *Sobre hombros de gigantes* era su título.

Al abrir el libro le pareció ver algo que le resultaba familiar. Se fijó entonces en la solapa interior de la contraportada. Ahí, justo debajo de una elogiosa cita del *Library Journal*, había una fotografía del autor.

Simon sonrió.

—Hola, David Swift —dijo en voz alta—. Encantado de conocerlo.

A pesar de las súplicas de Larry, Pete y los demás jueguistas de la despedida de soltero, David no quiso bajarse en Metuchen. Dijo que su esposa lo mataría si no iba directo a su casa, en New Brunswick, pero prometió ir con sus nuevos amigos al *Lucky Lounge* alguna otra noche. Todo el grupo de borrachos le chocó la mano al salir y cantó «¡Phil! ¡Phil! ¡Phil! ¡Phil!» desde el andén. David agradeció sus vítores levantando el pulgar y luego se desplomó en el asiento, exhausto.

Mientras el tren se alejaba de la estación, David comenzó a temblar. El aire acondicionado le parecía insoportablemente frío. Cruzó los brazos y se frotó los hombros para darse algo de calor, pero seguía sin dejar de temblar. Entonces se dio cuenta de lo que le pasaba: era una reacción de estrés postraumático, su cuerpo había aplazado la respuesta a todos los terribles acontecimientos que había vivido en las últimas cuatro horas. Cerró los ojos y respiró hondo. Está todo bien, se dijo. Ahora estás lejos de Nueva York. Ya lo has dejado todo atrás.

Abrió los ojos cuando el tren entraba en la estación de New Brunswick. Ya no temblaba, así que ahora podía pensar con más claridad. Decidió permanecer en el tren hasta llegar a Trenton. Ahí cogería un autobús hacia Toronto. Sin embargo, cuando las puertas se cerraron y el tren emprendió la marcha en dirección oeste, David comenzó a encontrarle defectos a su plan. ¿Y si le pedían la documentación en la estación de autobuses? No podía contar con otra despedida de soltero. Y seguro que cuando el autobús llegara a la frontera con Canadá la policía también lo estaría buscando ahí. No, coger un autobús era demasiado arriesgado, a no ser que consiguiera un permiso de conducir falso. Pero ¿cómo narices iba a conseguir eso?

Demasiado inquieto para permanecer sentado, David comenzó a caminar por el pasillo del tren, que iba prácticamente vacío. Sólo había otros tres pasajeros: un par de adolescentes vestidas con pantalones cortos y un anciano con un suéter de rombos que hablaba en voz baja por su teléfono móvil. Por un momento David contempló llamar a Karen y Jonah desde su propio teléfono, pero sabía que tan pronto como encendiera el aparato, éste enviaría una señal al repetidor más cercano, y el FBI sabría inmediatamente dónde se encontraba. Lo que resultaba más frustrante era que David estaba preocupado por su ex esposa. Intuía que los hombres de traje gris querían interrogarla.

—Estamos llegando a Princeton Junction. Conexión con el ramal de Princeton con dirección a Princeton —anunció poco después el conductor. Fue la repetición, los tres Princeton seguidos, lo que le hizo caer en la cuenta. De repente a David se le ocurrió quién lo podía ayudar. No la había visto desde hacía casi veinte años pero sabía que todavía vivía en Princeton. Había pocas posibilidades de que el FBI lo estuviera esperando en su casa; aunque era obvio que el Bureau había realizado una

concienzuda investigación de su pasado, no creía que hubieran descubierto nada sobre ella. Y lo mejor de todo es que también era física, una de las pioneras de la teoría de las cuerdas. David sospechaba que sólo un físico podía desentrañar algo de la historia que tenía que contar.

El tren se detuvo y las puertas se abrieron. David bajó al andén y caminó hacia la vía del ramal que iba a la Universidad de Princeton.

En 1987, cuando David todavía era un estudiante de física en la universidad, acudió a una conferencia en Princeton sobre la teoría de cuerdas. Por aquel entonces, la comunidad científica andaba revolucionada con esta nueva teoría que prometía resolver una problemática que venía de largo. Aunque la teoría de la relatividad de Einstein explicaba la gravedad a la perfección, y la mecánica cuántica podía dar cuenta del mundo subatómico con todo detalle, las dos teorías eran matemáticamente incompatibles. Durante treinta años, Einstein había intentado unificar los dos sistemas de leyes físicas con el propósito de crear una única teoría general que pudiera explicar todas las fuerzas de la naturaleza. Todas las soluciones que publicó Einstein, sin embargo, resultaron ser imperfectas, y, tras su muerte, muchos físicos concluyeron que su búsqueda había ido desencaminada.

En la década de los setenta, sin embargo, algunos físicos habían resucitado la idea de una teoría unificada al conjeturar que todas las partículas fundamentales no eran sino minúsculas cuerdas de energía, la longitud de cada una de las cuales era menor que una billonésima de una billonésima de milímetro. En la década de los ochenta los físicos de la teoría de cuerdas habían refinado su modelo al afirmar que las cuerdas vibraban en diez dimensiones, seis de las cuales formaban variedades en espiral, demasiado pequeñas para ser vistas. Esta teoría estaba indefinida, incompleta y era increíblemente rígida, y sin embargo espoleó la imaginación de investigadores de todo el mundo. Uno de ellos era Monique Reynolds, una estudiante universitaria de veinticuatro años del Departamento de Física de Princeton.

David la vio por vez primera en la sesión de clausura de la conferencia, que tuvo lugar en un gran auditorio de Jadwin Hall. Monique se encontraba encima del escenario, preparándose para realizar una presentación sobre variedades multidimensionales. Lo primero que advirtió fue lo alta que era, le sacaba una cabeza al arrugado director del Departamento de Física, que presentó a Monique como «la joven estudiante más brillante con la que he tenido el placer de trabajar». David se preguntó si el anciano no le habría cogido demasiado cariño, porque además de alta era una mujer bellísima. Su rostro parecía el de uno de esos retratos antiguos de Atenea, la diosa griega de la sabiduría, pero en vez de un casco, Monique llevaba una corona de trencitas intrincadamente entrelazadas, y su piel tenía el color del licor de café. Un largo vestido de tela Kente amarilla y roja le colgaba de los hombros, y

llevaba unas cuantas pulseras de oro en ambos brazos. En medio de la monotonía de Jadwin Hall ella resplandecía como una lluvia de partículas.

En la década de los ochenta todavía era infrecuente que las mujeres se dedicaran a la física, pero que una mujer negra investigara la teoría de cuerdas era un fenómeno francamente extraño. Los científicos del auditorio la observaban como hubieran hecho con cualquier otro fenómeno extraño, con una mezcla de intimidación y escepticismo. En cuanto comenzó su presentación, sin embargo, la aceptaron como una de los suyos. Hablaba su mismo idioma, el abstruso lenguaje de los matemáticos. Tras acercarse a la pizarra garabateó una larga secuencia de ecuaciones, todas repletas de símbolos que representaban los parámetros fundamentales del universo: la velocidad de la luz, la constante gravitacional, la masa del electrón, la potencia de la fuerza nuclear. Entonces, con una soltura que David no podía más que envidiar, manipuló y transformó los densos matorrales de símbolos en una única y elegante ecuación que describía, condensada, la forma del espacio alrededor de una cuerda vibratoria.

David fue incapaz de seguir todos los pasos de su argumentación; a esas alturas de su carrera universitaria ya se había dado cuenta de cuáles eran los límites de su capacidad matemática, y solía sentir una insoportable frustración no exenta de celos cuando era testigo del talento de un genio como Monique. Sin embargo, al verla desplegar su magia sobre la pizarra y contestar tranquilamente las preguntas de sus colegas, David no sintió ningún tipo de amargura. Se rindió a su poder sin ofrecer la más mínima resistencia. En cuanto terminó la presentación, David salió disparado de su asiento y se abrió camino hasta al escenario para poder presentarse.

Monique enarcó las cejas cuando David mencionó su nombre. Una expresión de sorpresa y agrado cruzó su cara.

—¡Yo te conozco! —exclamó ella—. Hace poco leí el artículo que escribiste con Hans Kleinman. «La relatividad en un espacio-tiempo dos-más-uno», ¿no? No estaba nada mal.

Monique le estrechó con fuerza la mano. David se había quedado atónito; no podía creer que ella hubiera leído su artículo.

—Bueno, tampoco es para tanto, la verdad —contestó él—. No si lo comparamos con tu trabajo, quiero decir. Tu presentación ha sido absolutamente impresionante. —Intentó pensar en algún otro comentario inteligente, pero no se le ocurrió ninguno—. Me he quedado anonadado. De verdad.

—¡Oh, por favor, déjalo ya! —dijo ella, y dejó escapar una carcajada, una maravillosa y sonora risotada—. ¡Harás que me sienta como una estrella de cine! —Y entonces se acercó un poco más a él mientras dejaba descansar una mano sobre su antebrazo, como si fueran viejos amigos—. Así que estás en Columbia, ¿no? ¿Qué tal es el departamento de allí?

La conversación duró varias horas. Se trasladaron primero al salón de la facultad, donde David conoció a algunos de los otros estudiantes del Departamento de Física de Princeton, y luego a un restaurante local llamado *Rusty Scupper*, donde el pequeño grupo de físicos en ciernes pidió margaritas y debatió los pros y los contras de las teorías de cuerdas quirales y no quirales. Después de unas cuantas copas, David le reconoció a Monique que no había entendido algunas partes de su presentación. Ella no tuvo inconveniente alguno en aclarar sus dudas y le explicó pacientemente cada procedimiento matemático. Después de unas copas más él le preguntó cómo había empezado a interesarse por la física, y ella le contó que la culpa la tuvo su padre, un hombre que nunca llegó a pasar de noveno, pero que siempre estaba elaborando interesantes teorías sobre el mundo. A medianoche David y Monique eran los últimos clientes que quedaban en el restaurante, y una hora más tarde se estaban manoseando el uno al otro en el sofá del pequeño apartamento de Monique.

Para David esta secuencia de acontecimientos era bastante habitual. Se encontraba en mitad de la juerga de seis meses que nubló su segundo año en la universidad, y cuando bebía con una mujer solía intentar llevársela a la cama. Monique era más inteligente y hermosa que la mayoría de las mujeres con las que se había acostado, pero bastante típica en otros aspectos: era impulsiva, solitaria y parecía ocultar cierta infelicidad. Todo avanzaba según los parámetros habituales, pues. Sin embargo, cuando Monique se levantó del sofá y se bajó la cremallera del vestido de Kente, que al caer formó un colorido y arrugado rebujo alrededor de sus tobillos, algo empezó a ir mal. En cuanto David la vio desnuda comenzó a llorar. Era todo tan repentino e inexplicable que al principio David pensó que le ocurría a Monique, no a él. ¿Por qué se pone a llorar? ¿He hecho algo mal?, pensó. Pero no era ella quien lloraba. Los sollozos provenían de su propia garganta, y las lágrimas caían de sus mejillas. Rápidamente se puso en pie y, humillado, se dio la vuelta. Dios, pensó, ¿qué diablos me ocurre?

Unos segundos más tarde sintió la mano de Monique sobre el hombro.

—¿David? —susurró—. ¿Te encuentras bien?

Él negó con la cabeza, intentando desesperadamente ocultar la cara.

—Lo siento —balbuceó él, apartándose—. Será mejor que me vaya.

Pero Monique no lo dejó marchar. Puso los brazos alrededor de su cintura y lo acercó a sí.

—¿Qué ocurre, cariño? Me lo puedes contar.

Su piel era suave y fría. Él sintió que algo cedía en su interior y de repente supo por qué estaba llorando. En comparación con Monique Reynolds se sentía inútil. Una semana antes había suspendido los exámenes finales, lo cual significaba que pronto el Departamento de Física de Columbia le iba a pedir que dejara el programa de posgrado. Sin duda la bebida había contribuido a su fracaso —resulta prácticamente

imposible comprender la teoría cuántica de campos cuando tu resaca es crónica—, pero, aunque hubiera estado absolutamente sobrio durante el semestre, estaba seguro de que el resultado habría sido el mismo. Lo peor era que su padre había predicho que esto pasaría. Cuando visitó al viejo dos años antes, en la sórdida habitación que John Swift ocupaba desde su salida de prisión, éste se rió cuando David le comentó sus planes de convertirse en físico.

—Tú nunca serás un científico —le advirtió su padre—. Ya verás como la cagas.

David no podía contarle todo esto a Monique. Lo que hizo fue quitar las manos de Monique de su cintura.

—Lo siento —dijo otra vez—. Me tengo que ir.

Siguió llorando mientras se alejaba del apartamento de Monique y atravesaba el campus de Princeton. Eres un idiota, mascullaba, un completo idiota. Es todo culpa de la bebida, la maldita bebida. Ya no puedes pensar con claridad. Se detuvo al lado de uno de los dormitorios para estudiantes de la facultad y se apoyó un momento en el gótico edificio de piedra para aclararse la cabeza. Se terminó la bebida, se dijo. Hoy has tomado tu última copa.

Sin embargo, cuando al día siguiente regresó a Nueva York, lo primero que hizo fue ir a la *West End Tavern*, en Broadway, y tomarse un chupito de *Jack Daniels*. Todavía no había tocado fondo. No sería hasta dos meses más tarde, después de ser oficialmente expulsado del Programa de Física de Columbia, que David descendió a un nivel de degradación tan lamentable que dejaría de beber para siempre.

Durante los años siguientes, mientras ponía en orden su vida y obtenía su doctorado en historia, alguna que otra vez pensó en ponerse en contacto con Monique para explicarle lo que había ocurrido. Nunca llegó a hacerlo. En 2001 vio por casualidad un artículo suyo en *Scientific American*. Todavía estaba en Princeton, y todavía se dedicaba a la teoría de cuerdas, que había avanzado considerablemente desde la década de los ochenta pero seguía siendo tan indefinida, incompleta y rígida como siempre. Ahora Monique estaba explorando la posibilidad de que las dimensiones adicionales predichas por la teoría de cuerdas no formaran infinitesimales variedades en espiral sino que se encontraban detrás de una barrera cósmica que evitaba que las pudiéramos ver. A David, sin embargo, no le interesaban tanto las cuestiones relativas a la física como los datos biográficos de los últimos párrafos del artículo. Al parecer, Monique se había criado en Anacostia, el barrio más pobre de Washington, D.C. Su madre había sido adicta a la heroína y su padre murió de un disparo durante un robo cuando ella apenas tenía dos meses. David sintió una punzada en el centro del pecho al leer esto. Ella le había dicho que había sido su padre quien la había animado a dedicarse a la física, pero resulta que en realidad nunca había llegado a conocerlo.

David volvió a pensar en Monique cuando su matrimonio se fue a pique, y alguna

vez estuvo a punto de llamarla. Pero al final optaba por colgar el teléfono y buscarla en Google; tecleaba su nombre en el buscador y visitaba las páginas web que la mencionaban. Así descubrió que ahora era profesora de física, que había participado en un *chat* en internet sobre historia africana, y que había completado el maratón de Nueva York en tres horas y cincuenta y dos minutos, un tiempo más que aceptable para una mujer de cuarenta y tres años. El descubrimiento más importante, sin embargo, fue encontrar una fotografía suya en la versión on line del *Princeton Alumni Weekly*. En ella aparecía de pie delante de una modesta casa de dos pisos y con un amplio porche delantero. David reconoció el lugar de inmediato: era el 112 de la calle Mercer, la casa en la que Albert Einstein había vivido durante los últimos veinte años de su vida. En su testamento, Einstein había insistido en que la casa no se convirtiera en un museo, de modo que siguió siendo una residencia privada para los profesores vinculados al Instituto de Estudios Avanzados de Princeton. Según el pie de foto, la profesora Reynolds se había mudado recientemente a la casa, donde reemplazó a un miembro docente ya jubilado.

Ahí era adonde se dirigía David tras bajar del tren en la estación de Princeton. De nuevo volvió a cruzar el campus a oscuras, ahora totalmente sobrio, pero todavía desesperado, y con la duda de si Monique se alegraría de verlo.

Lucille estaba hablando por teléfono con sus agentes de Trenton cuando el secretario de Defensa irrumpió en la sala de conferencias. Su sorpresa fue tal que casi se le cae el teléfono. Sólo había visto al secretario en una ocasión, durante una ceremonia en la Casa Blanca en la que se presentó una nueva iniciativa contra el terrorismo, y apenas intercambiaron un apretón de manos y unas cuantas cortesías. Ahora el tipo aparecía inesperadamente delante de ella. Su cabeza, cuadrada y desafiante, proyectaba una cierta beligerancia; sus ojos, pequeños y entornados, miraban con desaprobación por detrás de las gafas sin montura. Aunque eran las tres de la mañana, llevaba el fino pelo gris cuidadosamente peinado y la corbata caía recta de un impecable nudo Windsor. Un general de División de las Fuerzas Aéreas iba detrás con el maletín del secretario.

—Esto... Ahora vuelvo a llamar—dijo Lucille a su interlocutor. Colgó y, diligente, se puso en pie—. Señor secretario, yo...

—Siéntese, Lucy, siéntese —le dijo, haciéndole una señal con la mano para que se volviera a sentar—. Dejémonos de formalidades. Sólo quiero ver por mí mismo cómo se está desarrollando la operación. Y las Fuerzas Armadas han sido tan amables de traerme hasta Nueva York.

Fantástico, pensó Lucille. Ya me podría haber avisado alguien.

—Bueno, señor, creemos que tenemos localizado al detenido. Según nuestras informaciones, ahora se encuentra en Nueva Jersey y estamos...

—¿Qué? —el secretario se inclinó hacia delante, volviendo la cabeza a un lado, como intentando compensar cierta sordera en un oído—. Creía que lo tenían acorralado en Manhattan. ¿Qué ha pasado con los controles en puentes y túneles?

Lucille se revolvió incómoda en su asiento.

—Lamentablemente se produjo un retraso en la entrega de la fotografía de David Swift a la policía. En cuanto distribuimos los folletos, un agente asignado en la estación Penn reconoció al sospechoso. Dijo que Swift había subido a un tren con dirección a Nueva Jersey sobre la una y media.

—¿Y cómo consiguió subir al tren? ¿Llevaba documentación falsa?

—No. Al parecer el sospechoso se unió a un grupo de gente que tenía prisa por subir al tren. Una pandilla de palurdos borrachos, básicamente. En la confusión del momento, el agente no llegó a ver su documentación.

El secretario frunció el ceño y torció la comisura izquierda de la boca hacia abajo, formando una especie de anzuelo.

—Esto es imperdonable. Si esto fuera un ejército, ese agente sería ejecutado al amanecer por los miembros de su propia unidad.

Lucille no estaba segura de cómo contestar a eso. Decidió ignorar el extraño comentario.

—Acabo de hablar con nuestros agentes de Nueva Jersey. Subieron al tren en Trenton, pero no encontraron al sospechoso. Ahora estamos contemplando la posibilidad de que Swift se bajara del tren con los borrachos. El agente de la estación Penn dice que eran de Metuchen.

—Eso no suena demasiado esperanzados ¿Qué otras pistas tiene?

—Tenemos emplazados equipos de vigilancia en las residencias de los colegas de Swift del Departamento de Historia de Columbia. Algunos de ellos viven en Nueva Jersey, de modo que es bastante probable que pida ayuda a alguno de ellos. Y hemos traído a la ex esposa de Swift aquí para interrogarla. Está en el piso de abajo con su hijo y su novio, un tipo mayor llamado Amory Van Cleve. Vamos a...

—Un momento, ¿cómo ha dicho que se llama el tipo?

—Amory Van Cleve. Es un abogado, socio administrador de Morton McIntyre &...

—¡Dios mío! —el secretario se llevó la mano a la frente—. ¿Pero es que acaso no sabe quién es? ¡Por el amor de Dios! ¡Van Cleve fue uno de los principales donantes en las pasadas elecciones! ¡Recaudó veinte millones de dólares para la campaña presidencial!

Lucille se puso tensa. No le gustaba cómo sonaba eso.

—Me limito a seguir órdenes del director del Bureau, señor. Me dijo que actuara con todo el vigor necesario, y eso es lo que estoy haciendo.

Haciendo una mueca, el secretario se quitó las gafas y se pellizcó el puente de la

nariz.

—Créame, Lucy, quiero que sea agresiva. Quiero que eche el resto en este caso. Este proyecto es una de las mayores prioridades del Pentágono. Si la información cayera en manos de los iraquíes, de los norcoreanos o de los chinos, las consecuencias serían catastróficas. —Se volvió a poner las gafas y la miró con los ojos entornados. Parecían dos francotiradores—. Pero no puede utilizar las técnicas habituales de interrogación con alguien como Amory Van Cleve. Es uno de los más importantes recaudadores de fondos del partido republicano de todo el país.

—¡Pero si cuando el presidente vino a Nueva York la pasada primavera jugaron juntos al golf!

—Bueno, ¿entonces qué sugiere, señor?

El secretario miró por encima del hombro al general de las Fuerzas Aéreas. Sin decir una palabra, éste abrió el maletín, sacó una carpeta y se la dio al secretario, que se puso a buscar entre las páginas que contenía.

—A ver. Aquí dice que este tipo, Swift, tiene un historial de drogadicción.

—De joven tuvo problemas con la bebida —precisó Lucille.

El secretario se encogió de hombros.

—Borracho una vez, borracho siempre. Podemos decir que ahora el tipo le daba a la cocaína. El Bureau estaba a punto de arrestarlo en su guarida de Harlem, pero él y sus amigos sorprendieron a los agentes y mataron a media docena. ¿Qué le parece esta historia?

Lucille intentó pensar en una respuesta diplomática.

—No termina de funcionar. En primer lugar, habitualmente el Bureau no...

—No necesito saber los detalles. Limítese a arreglarla y véndesela a Van Cleve y su ex esposa. Quizá dejen de sentir simpatía por Swift y nos digan dónde puede estar escondido. Cuénteles la misma historia a la prensa. Así la búsqueda de Swift pasará a ser nacional.

Lucille negó con la cabeza. La madre que lo parió. Mantener informado al secretario de Defensa era una cosa; recibir órdenes suyas, otra. ¿Qué le hacía pensar a este tiparraco que era capaz de dirigir una operación policial?

—No estoy segura de que éste sea el enfoque adecuado —dijo ella—. Quizá deberíamos ponernos en contacto con el director del Bureau y...

—No se preocupe, el director estará de acuerdo. Hablaré con él tan pronto como regrese a Washington. —Cerró la carpeta y se la devolvió al general de las Fuerzas Aéreas. Luego dio media vuelta y salió de la sala de conferencias, seguido de cerca por el general.

Lucille se puso en pie, indignada.

—¡Espere un minuto, señor secretario! ¡Creo que debería reconsiderarlo!

El secretario ni siquiera se dio la vuelta. Se limitó a levantar el brazo a modo de

despedida mientras salía por la puerta.

—No hay tiempo para darle más vueltas. Tendrá que ir a la guerra con el ejército del que dispone.

David ya había estado en la casa de Einstein de la calle Mercer antes, cuando escribió *Sobre hombros de gigantes*. Como se trataba de una residencia universitaria, la casa no estaba abierta al público, pero David hizo una solicitud especial explicando sus motivos y el Instituto de Estudios Avanzados le concedió autorización para una visita de media hora cuyo valor resultaría incalculable para su investigación. Se pasó la mayor parte del tiempo asignado en el estudio de la segunda planta, que era donde Einstein había realizado prácticamente todas sus investigaciones durante sus últimos años. Tres de las paredes de la habitación estaban forradas con estanterías del suelo al techo, y en la cuarta había una ventana desde la que se veía el patio trasero. David sintió un extraño mareo al observar el escritorio desde la ventana. Su mente retrocedió medio siglo y prácticamente podía ver a Einstein encorvado sobre este escritorio, garabateando con su estilográfica durante horas y horas, rellenando página tras página con métricas espacio-temporales y tensores de Ricci.

Ahora, al acercarse a la casa a oscuras, David advirtió que en algún momento de la pasada década habían arreglado el jardín. Alguien había puesto macetas en el porche y podado la rebelde enredadera que antaño subía por la tubería bajante. Procurando no hacer ruido, David subió los peldaños del porche hasta la puerta principal. Tocó el timbre, que sonó sorprendentemente alto, y esperó. Para su consternación, no se encendió ninguna luz. Medio minuto más tarde volvió a llamar, prestando atención por si había alguna señal de vida dentro de la casa. Mierda, pensó, quizá no hay nadie. Quizá Monique se había ido a pasar el fin de semana fuera.

Ya casi desesperado, David iba a llamar al timbre por tercera vez cuando advirtió una cosa extraña: el marco de la puerta era nuevo. Las nuevas jambas todavía estaban sin pintar y habían instalado una nueva cerradura, a juzgar por el todavía reluciente ojo de latón. Parecía un trabajo hecho con prisas y se veía chapucero, muy distinto de la cuidada apariencia del resto de la casa. Antes de poder seguir reflexionando sobre ello, sin embargo, oyó que alguien le gritaba a pocos metros de distancia:

—¡Eh, gilipollas!

David se dio la vuelta y vio a un joven descalzo y con el torso desnudo que subía la escalera del porche. Iba vestido únicamente con unos pantalones vaqueros, tenía el pelo rubio y largo, y lucía unos impresionantes músculos pectorales. Lo que más llamó la atención de David, sin embargo, fue el bate que llevaba en las manos.

—Sí, hablo contigo —dijo innecesariamente el tipo—. ¿Qué narices estás haciendo? ¿Asegurándote de que no hay nadie en casa?

David se apartó de la puerta con las manos en alto para dejar claro que estaban

vacías.

—Siento molestar tan tarde. Soy David...

—¿Que lo sientes? ¿Dices que lo sientes? Ahora sí que lo vas a sentir, capullo.

En cuanto el tipo llegó al último escalón, intentó golpear a David. El bate le pasó a apenas unos centímetros de la cara. Pudo incluso oír el silbido.

—¡Joder! —gritó, apartándose—. ¡Para! ¡Soy un amigo!

El tipo seguía avanzando.

—Tú no eres amigo mío. No eres más que un jodido nazi. —Y echó hacia atrás el bate para volver a intentar golpearlo.

No había tiempo para pensar, de modo que los instintos de David tomaron el control. Sabía pelear. Su padre le había enseñado la regla fundamental: no temas jugar sucio. Se mantuvo fuera de alcance hasta que el tipo rubio volvió a arremeter con el bate y entonces se le acercó a toda prisa y le dio una patada en los huevos. Mientras el tipo se doblaba de dolor, David aprovechó para golpearle en el pecho con el antebrazo, tumbándolo. La espalda desnuda del tipo rubio resonó al caer al suelo del porche. Mientras intentaba recuperar el aliento David le quitó el bate de las manos. En menos de tres segundos todo había terminado.

David se inclinó hacia el tipo, ahora postrado.

—Muy bien. Volvamos a intentarlo —dijo—. Siento molestar a estas horas. Me llamo...

—¡Quieto, hijo de puta!

David levantó la mirada y vio a Monique en la entrada, apuntándole con una arma. Sus preciosos ojos lo miraban con ira y sostenía un revólver de cañón corto con ambas manos. Llevaba puesto un camisón amarillo brillante que le llegaba hasta media pierna y que la brisa nocturna ondeaba suavemente.

—Tira el bate y apártate de él.

David hizo lo que le decían. Dejó caer el bate al suelo del porche y retrocedió tres pasos.

—Monique—dijo—. Soy yo, David. Estoy...

—¡Cierra el pico! —Ella seguía apuntándolo con el arma. Obviamente no lo había reconocido—. ¿Te encuentras bien, Keith?

El tipo del torso desnudo se incorporó sobre los codos.

—Sí, estoy bien —dijo, aunque se le veía un poco aturdido.

—Soy yo, Monique —repitió David—. David Swift. Nos conocimos en la conferencia sobre cuerdas del 89, cuando presentaste tu artículo sobre las variedades Calabi-Yau.

—¡He dicho que cierres el pico! —gritó ella. David advirtió, sin embargo, que había llamado su atención, pues había enarcado las cejas.

—David Swift —volvió a decir—. Estudiaba en Columbia. «La relatividad en un

espacio-tiempo dos-más-uno». ¿Recuerdas?

Monique se quedó boquiabierta cuando por fin lo reconoció, pero tal y como David había supuesto, no se alegró. Es más, ahora parecía todavía más enfadada. Frunció el ceño al bajar el revólver y ponerle el seguro.

—¿Qué cojones sucede? ¿Qué haces aquí en medio de la noche? Casi te vuelo la tapa de los sesos.

—¿Conoces a este tipo, Mo? —preguntó Keith, que había conseguido ponerse en pie.

—Lo conocí en la escuela de posgrado. Brevemente —dijo, y con un golpe de muñeca abrió el cilindro de la pistola y dejó caer las balas en la palma de la mano.

Se encendió una luz en la casa de al lado. Mierda, pensó David. Si no bajamos la voz alguien terminará llamando a la poli. Entonces miró a Monique con expresión suplicante.

—Escucha, necesito tu ayuda. No te hubiera molestado si no fuera importante. ¿No podríamos hablar dentro?

Monique seguía con el ceño fruncido. Después de pensarlo unos segundos, sin embargo, dejó escapar un suspiro.

—¿Qué diantres. Entra. De todos modos ahora tampoco podría volverme a dormir.

Monique sostuvo la puerta para que entrara. Keith, por su parte, recogió el bate. Por un momento David pensó que iba a volver a intentar golpearlo, pero en vez de eso le estrechó la mano.

—Eh, tío, lo siento —dijo—. Pensaba que eras uno de esos nazis de mierda que han estado molestando a Mo.

—¿Nazis? ¿De qué estás hablando?

—Ya lo verás cuando entremos.

David cruzó la entrada y pasó a un pequeño salón con una chimenea de ladrillo a un lado y un ventanal en el otro. Recordaba de su anterior visita la bonita repisa de madera de la chimenea. Ahora, sin embargo, parecía como si alguien la hubiera atacado con una hacha. Se podían ver los surcos de profundos cortes. La chimenea también había sido destrozada: habían roto o arrancado por lo menos media docena de ladrillos. En las paredes del salón había unos boquetes enormes, seguramente hechos con un mazo, y en varios lugares habían levantado las tablas del suelo, creando oscuros e irregulares cráteres bajo los pies. Y por si no fuera suficiente, había esvásticas por todas partes: grabadas sobre la repisa de la chimenea y en las tablas del suelo restantes, o pintadas con spray en las paredes. En el techo había dos grandes esvásticas rojas y, entre ambas, la frase «VETE A TU CASA, NEGRATA».

—Oh, no —susurró David, y se volvió hacia Monique, que había dejado la pistola y las balas sobre la repisa de la chimenea y ahora miraba al techo.

—Gamberros *skinheads*, probablemente chavales del instituto —dijo ella—. Los

he visto por la parada de autobús, con sus cazadoras de piel y sus botas *Doc Martens*. Seguramente vieron una foto mía en el periódico y pensaron «eh, tío, ésta es nuestra gran oportunidad. Una zorra negra en la casa del judío más famoso del mundo». ¿Qué más podían pedir?

David se estremeció.

—¿Cuándo sucedió todo esto?

—El fin de semana pasado, cuando fui a visitar a unos amigos en Filadelfia. Los muy cabrones lo hicieron bien. Esperaron a que no hubiera nadie en casa, y entonces abrieron la puerta principal con una palanca. No pintaron las paredes exteriores para que no les pudiera ver nadie que pasara por la calle.

David pensó entonces en el estudio del segundo piso.

—¿Y las habitaciones del segundo piso, también las han destrozado?

—Sí, asaltaron prácticamente toda la casa. Incluso arrancaron el césped del patio trasero. Afortunadamente se dejaron la cocina, y no estropearon demasiado los muebles. —Y señaló un sofá negro de piel, una mesa de centro cromada y una silla Barcelona roja, cosas que, obviamente, no habían pertenecido a Einstein.

Keith pasó por encima de uno de los agujeros del suelo. Iba con los pulgares colgados de los bolsillos delanteros de sus vaqueros. Ahora David pudo advertir que en el hombro izquierdo llevaba un tatuaje de una serpiente de cascabel y que tenía el rostro fervoroso y lozano de un veinteañero.

—Cuando oímos que llamabas al timbre, pensamos que se trataba otra vez de uno de esos gamberros para comprobar si la casa estaba vacía. Supusimos que si encendíamos las luces los chavales saldrían corriendo, así que salí por el patio trasero para sorprenderlos.

Monique rodeó con su brazo la cintura de Keith y apoyó la cabeza contra su hombro tatuado.

—Keith es adorable —dijo ella—. Esta semana se ha quedado conmigo todas las noches.

Keith respondió cogiendo por la cintura a Monique y besándola en la cabeza.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Eres mi mejor cliente —y se volvió hacia David con una gran sonrisa en su juvenil rostro.

—Es que me ocupo del coche de Mo. En el taller mecánico de Princeton. Tiene un Corvette que te cagas, pero es un poco caprichoso.

David se lo quedó mirando durante un momento, confuso. ¿Monique, una reconocida teórica de cuerdas, salía con su mecánico? Parecía algo inverosímil. Pero rápidamente desechó el pensamiento. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse.

—Monique, ¿nos podemos sentar unos minutos? Sé que ahora no es un buen momento para ti, pero es que estoy metido en un problema serio y necesito entender

qué es lo que está pasando.

Ella enarcó una ceja y se lo quedó mirando atentamente, como dándose cuenta al fin de lo desesperado que parecía.

—Podemos ir a la cocina —dijo—. Está hecha un desastre pero por lo menos no hay esvásticas.

La cocina era grande y moderna; la habían añadido a la casa hacía unos años para reemplazar el estrecho cuarto en el que cocinaba Elsa, la esposa de Einstein. Un amplio mostrador de mármol se extendía bajo una hilera de armarios, y una mesa redonda ocupaba la zona de comedor. Aunque la cocina era grande incluso para los estándares suburbanos, todo el espacio estaba ocupado hasta arriba por cajas, libros, lámparas y trastos varios que habían traído de otras partes de la casa. Monique llevó a David hasta la mesa de desayunar y quitó una pila de libros de una de las sillas.

—Perdona el desorden —dijo ella—. El estudio es una zona catastrófica, así que he tenido que traer las cosas aquí.

David la ayudó a despejar la mesa y las sillas. Al llevar una pila de libros a la repisa de la ventana, reconoció uno de los ejemplares que había en lo alto. Era *Sobre hombros de gigantes*. Monique dejó escapar un resoplido de cansancio al sentarse. Entonces se volvió hacia Keith y cariñosamente le colocó una mano sobre la rodilla.

—Cariño, ¿nos podrías hacer un poco de café? Me muero por una taza.

Él le dio una palmadita en la mano.

—Claro que sí. Supremo Colombiano, ¿no?

Ella asintió, y luego se quedó observando cómo se dirigía hacia la cafetera que había al otro lado de la cocina. En cuanto estuvo segura de que no les podía oír se inclinó sobre la mesa en dirección a David.

—Muy bien. ¿Cuál es el problema?

Cuando Simon estaba en la *Spetsnaz*, dirigiendo operaciones contra la insurgencia chechena, aprendió una útil táctica para localizar al enemigo. Se podría resumir en diez palabras: para encontrar a alguien, hay que saber lo que quiere. Un rebelde checheno, por ejemplo, lo que quiere es matar soldados rusos, de modo que se le podrá encontrar en las montañas cercanas a las bases militares. Así de simple. Sin embargo, en el caso de David Swift había un factor que complicaba las cosas: los norteamericanos también lo andaban buscando. Si este profesor de historia tenía algo de sentido común, evitaría lugares como su apartamento, su despacho en Columbia o cualquier otro lugar en el que el FBI pudiera estar esperándolo. Así pues, Simon tendría que volver a improvisar. Con la ayuda de internet, comenzó a investigar los deseos secretos de David Swift.

A las tres de la mañana, Simon todavía permanecía encerrado en su sobrevalorada suite del *Waldorf Astoria* con la mirada puesta en su ordenador portátil. Había

conseguido *hackear* la red interna de la Universidad de Columbia y pronto hizo un feliz descubrimiento: el administrador de la red había estado controlando la actividad de los miembros del profesorado, probablemente para asegurarse de que no visitaran páginas pornográficas en horas de oficina. Simon se rió entre dientes; a los soviéticos les hubiera encantado esto. Pero lo mejor de todo era que los registros de actividad todavía no habían sido codificados. En unos pocos clics Simon se pudo descargar las direcciones de todas las páginas que David Swift había visitado en los últimos nueve meses.

En la pantalla de su portátil apareció una larga lista de direcciones de páginas web, 4.755 en total. Demasiadas para poder examinarlas una a una. Había, sin embargo, una forma de acortar la lista: mirar únicamente las búsquedas realizadas en Google. Lo que uno busca revela lo que desea, pensaba Simon. Google era la nueva ventana del alma humana.

Simon encontró 1.126 búsquedas. Seguían siendo demasiadas, pero ahora podía centrar su atención en los términos buscados. Tenía un programa en el portátil que podía identificar nombres de pila en cualquier muestra de texto. El análisis de las direcciones restantes mostraba que David Swift había tecleado un nombre en 147 de esas búsquedas. Ahora la lista de direcciones de páginas web era lo suficiente corta como para que Simon las pudiera inspeccionar una a una, aunque en realidad Swift le había puesto las cosas todavía más fáciles. Sólo un nombre aparecía más de una vez. En tres fechas distintas desde septiembre, David Swift había buscado a alguien llamado Monique Reynolds. Y en cuanto Simon buscó el nombre por sí mismo, rápidamente entendió por qué.

Llamó a la recepción del hotel y le dijo al conserje que tuviera listo su Mercedes en cinco minutos. Iría a Nueva Jersey a visitar la última casa del judío errante de Baviera.

David respiró hondo.

—Hans Kleinman ha muerto —empezó a decir—. Lo han asesinado esta noche.

Monique se echó hacia atrás como si hubiera recibido un golpe. Sus labios se abrieron formando una O de desconcierto.

—¿Asesinado? ¿Cómo? ¿Quién lo ha hecho?

—No lo sé. La policía dice que ha sido un robo que ha salido mal, pero yo creo que se trata de otra cosa —dijo, e hizo una pausa. Su teoría acerca del asesinato del profesor era, como mucho, vaga, y ni siquiera estaba seguro de cómo explicársela a Monique.

—He podido hablar con Kleinman en el hospital antes de que muriera. Así es como ha empezado toda esta pesadilla. —Iba a contarle lo que había ocurrido en el complejo del FBI en la calle Liberty, pero se detuvo. Sería mejor ir con calma. No

quería asustarla de buenas a primeras.

Ella negó con la cabeza, con la mirada fija en la brillante superficie de la mesa de la cocina.

—Dios —susurró ella—. Es espantoso. Primero Bouchet y ahora Kleinman.

David se sobresaltó al oír el primer nombre.

—¿Bouchet?

—Sí, Jacques Bouchet, de la Universidad de París. Sabes quién es, ¿no?

David lo conocía bien. Bouchet era uno de los nombres ilustres de la física francesa, un científico brillante con cuya ayuda se diseñaron algunos de los más poderosos aceleradores de partículas de Europa. También fue uno de los ayudantes de Einstein a principios de la década de los cincuenta.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Hoy su esposa ha llamado al director del Instituto. Bouchet murió la semana pasada y ella quería realizar una donación en su honor. Al director le ha sorprendido porque no había visto el obituario de Bouchet en ninguna parte. Su esposa ha dicho que la familia no lo había hecho público porque se había tratado de un suicidio. Al parecer se cortó las muñecas en la bañera.

David había entrevistado a Bouchet como parte de su investigación para *Sobre hombros de gigantes*. Compartieron un magnífico almuerzo en la casa de campo que el físico tenía en la Provenza, y luego jugaron a las cartas hasta las tres de la madrugada. Era un hombre sabio, divertido y despreocupado.

—¿Estaba enfermo? ¿Lo hizo por eso?

—El director no me ha dicho nada al respecto. Pero sí ha mencionado que su esposa parecía estar muy consternada. Como si todavía no se lo pudiera creer.

La mente de David se aceleró. Primero Bouchet y ahora Kleinman. Dos de los ayudantes de Einstein muertos en apenas una semana. Ciertamente eran todos bastante viejos, tenían entre setenta y muchos y ochenta y pocos. De modo que era de esperar que empezaran a fallecer. Pero no de este modo.

—¿Me dejas un momento tu ordenador? —preguntó él—. Necesito mirar una cosa en internet.

Confusa, Monique señaló un portátil negro que estaba junto a una caja sobre el mármol de la cocina.

—Puedes utilizar mi *MacBook*, que tiene conexión inalámbrica. ¿Qué quieres buscar?

David puso el portátil sobre la mesa, lo encendió y abrió la página principal de Google.

—Amil Gupta —dijo mientras tecleaba el nombre en el buscador—. También trabajó con Einstein en la década de los cincuenta.

En menos de un segundo aparecieron los resultados en la pantalla. David fue

desplazando la página hacia abajo con rapidez. La mayoría de las entradas hacían referencia al trabajo de Gupta en el Instituto de Robótica de la Universidad Carnegie Mellon. En la década de los ochenta, después de tres décadas como científico, Gupta abandonó repentinamente el mundo de la física y fundó una compañía de software. En apenas una década ganó varios cientos de millones de dólares. Se convirtió en filántropo, donaba su dinero a diversos proyectos de investigación de lo más extravagante, aunque su principal interés era la inteligencia artificial. Dio cincuenta millones de dólares al Instituto de Robótica y unos pocos años más tarde pasó a ser su director. Cuando David entrevistó a Gupta le costó horrores que le hablara de Einstein. Sólo le interesaban los robots.

David examinó la lista, y luego otros cien resultados antes de quedarse convencido de que no había malas noticias acerca de Gupta. Aunque tampoco se quedó especialmente tranquilo. Podía ser que estuviera muerto pero que el cuerpo todavía no hubiera sido descubierto.

Mientras David miraba fijamente la pantalla del portátil, Keith se acercó a la mesa con una taza de café en cada mano. Le dio una a David.

—Aquí tienes —dijo—. ¿Quieres leche o azúcar?

David cogió la taza agradecido. Se moría por tomar cafeína.

—No, no, lo tomaré solo. Muchas gracias.

Keith le dio la otra taza a Monique.

—Escucha, Mo, yo me voy a la cama. He de estar en el taller a las ocho de la mañana —le dijo, poniéndole la mano sobre el hombro e inclinándose un poco para acercar su cara a la de ella—. ¿Estarás bien?

Ella le cogió de la mano y le sonrió.

—Sí, estaré bien. Tú ve a descansar un poco, cariño —le dio un beso en la mejilla y luego una palmadita en la nalga cuando se iba.

David estudió el rostro de Monique mientras se tomaba el café. Era fácil ver cómo se sentía. Era obvio que le tenía cariño a ese cachas. Y, aunque tenía veinte años más que él, parecían de la misma edad. La cara de ella apenas había cambiado desde la última vez que David la había visto, sobre el sofá de su pequeño apartamento de la escuela de posgrado.

Unos segundos más tarde, Monique se dio cuenta de que David la estaba mirando fijamente. Avergonzado, éste se llevó la taza de café a los labios y se bebió la mitad en largos tragos a pesar de que todavía quemaba. Luego la dejó sobre la mesa y volvió al portátil. Quería buscar otro nombre. Tecleó «Alastair MacDonald» en el buscador.

MacDonald fue el menos afortunado de los ayudantes de Einstein. En 1958 sufrió un ataque de nervios que le hizo abandonar el Instituto de Estudios Avanzados. Regresó a Escocia, a casa de su familia, pero nunca llegó a recuperarse del todo; su

comportamiento empezó a ser errático, les gritaba a los transeúntes de las calles de Glasgow. Pocos años después atacó a un policía, y su familia lo envió a un manicomio. Allí fue donde David lo visitó en 1995, y aunque MacDonald le estrechó la mano y se sentó con él para la entrevista, no respondió ninguna de las preguntas de David sobre su trabajo con Einstein. Se quedó sentado mirando al frente fijamente.

En la pantalla apareció una larga lista de resultados pero, al examinarlos más atentamente, resultaron ser sobre distintas personas: el cantante folk Alastair MacDonald, el político australiano Alastair MacDonald, y así. Nada acerca del físico Alastair MacDonald.

Monique se puso de pie y miró por encima del hombro de David.

—¿Alastair MacDonald? ¿Quién es?

—Otro de los asistentes de Einstein. Éste desapareció del mapa, así que resulta difícil encontrar información sobre él.

Ella asintió.

—Ah, sí. Lo mencionabas en tu libro. El que se volvió loco, ¿no?

David se ruborizó, complacido. Ella se había leído *Sobre hombros de gigantes* con atención. Antes de contestar, sin embargo, se le ocurrió algo. Se dirigió al alféizar, cogió el ejemplar que Monique tenía de su libro, y lo abrió por el capítulo sobre MacDonald. Encontró el nombre del manicomio, Institución Mental Holyrood; entonces volvió al portátil y tecleó las palabras en el buscador, junto a «Alastair MacDonald».

Sólo obtuvo un resultado, pero era reciente. David hizo clic en la dirección de la página web y un momento más tarde apareció en la pantalla una página de la versión *online* del *Glasgow Herald*. Era una noticia breve fechada el 3 de junio, hacía tan sólo nueve días.

INVESTIGACIÓN EN HOLYROOD

El Departamento de Salud escocés ha anunciado hoy que llevará a cabo una investigación acerca del fatídico accidente que tuvo lugar en la Institución Mental Holyrood. Uno de los residentes, Alastair MacDonald, de setenta y nueve años, fue hallado muerto en la sala de hidroterapia del centro a primera hora del martes. Funcionarios de Salud han dicho que MacDonald se ahogó en una de las piscinas de terapia después de haber abandonado su habitación por la noche. El Departamento estudiará si la falta de supervisión del personal nocturno puede estar relacionada con el accidente.

David sintió un escalofrío mientras miraba atentamente la pantalla. MacDonald, ahogado en una piscina de terapia; Bouchet en la bañera con cortes en las muñecas. Recordó entonces lo que le había dicho el detective Rodríguez en el hospital Saint Luke: la policía había encontrado a Kleinman en el cuarto de baño. Los tres viejos

físicos estaban relacionados no sólo por su colaboración con Einstein, sino por un terrible *modus operandi*. Los mismos cabrones que habían torturado a Kleinman hasta matarlo también habían matado a MacDonald y Bouchet, disfrazando sus asesinatos como un accidente y un suicidio. Pero ¿y el motivo? ¿Cuál había sido el motivo? La única pista eran las últimas palabras de Kleinman: *Einheitliche Feldtheorie*. Destructor de mundos.

Monique se inclinó sobre David para poder leer la noticia por encima de su hombro. Su respiración se fue acelerando a medida que iba avanzando.

—Mierda —susurró—. Todo esto es muy extraño.

David se dio la vuelta y la miró a los ojos. Estuviera o no preparada, era el momento de exponerle su hipótesis.

—¿Qué sabes de los artículos de Einstein acerca de la teoría del campo unificado?

—¿Qué? —dio un paso hacia atrás—. ¿Artículos de Einstein? ¿Qué tiene eso...?

—Ahora lo verás, ten paciencia. Me refiero a sus intentos para derivar una ecuación de campo que incluyera la gravedad y el electromagnetismo. Ya sabes, su investigación sobre variedades de cinco dimensiones, geometría posriemanniana. ¿Conoces esos artículos?

—No mucho. El interés de todo esto es meramente histórico. No tiene ninguna relevancia para la teoría de cuerdas —dijo mientras se encogía de hombros.

David torció el gesto. Esperaba, quizá ingenuamente, que Monique conociera el tema al dedillo y pudiera así ayudarlo a examinar las posibilidades.

—¿Cómo puedes decir eso? Claro que está relacionado con la teoría de cuerdas. ¿Qué hay de las investigaciones de Einstein con Kaluza? Fueron los primeros en postular la existencia de una quinta dimensión. ¡Y tú te has pasado toda tu carrera estudiando dimensiones adicionales!

Ella negó con la cabeza. La expresión de su rostro era la de un resignado profesor explicando los rudimentos a un ignorante estudiante de primer año.

—Einstein intentaba obtener una teoría clásica. Una teoría basada estrictamente en relaciones causa-efecto y sin extrañas incertidumbres cuánticas. La teoría de cuerdas, sin embargo, deriva de la mecánica cuántica. Es una teoría cuántica que incluye gravedad, lo cual no tiene nada que ver con lo que Einstein estaba investigando.

—Pero en sus últimos artículos adoptó un nuevo enfoque —argumentó David—. Intentaba integrar la mecánica cuántica en una teoría más general. La teoría cuántica sería un caso especial en un marco clásico más amplio.

Monique hizo un gesto desdeñoso con la mano, rechazando esa idea.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero al final, ¿qué salió de todo esto? Ninguna de sus soluciones se sostenía. Sus últimos artículos son un absoluto disparate.

David notó como su rostro enrojecía. Odiaba el tono que había empleado ella.

Quizá no era un genio matemático como Monique, pero esta vez sabía que estaba en lo cierto.

—Al final, Einstein descubrió una solución, lo que pasa es que no la publicó.

Ella levantó la cabeza, alzó ligeramente las comisuras de sus labios y le dedicó una mirada inquisitiva.

—¿Ah, sí? ¿Acaso alguien te ha enviado un manuscrito perdido tiempo atrás?

—No, eso es lo que Kleinman me dijo antes de morir. «*Herr Doktor* lo consiguió». Éstas fueron sus palabras exactas. Y por eso ha sido asesinado esta noche, por eso todos ellos han sido asesinados.

Monique advirtió el tono apremiante de su voz y se puso seria.

—Mira, David, entiendo que estés alterado, pero lo que estás sugiriendo es imposible. Es imposible que Einstein pudiera formular una teoría unificada. Sus conocimientos se limitaban a la gravedad y al electromagnetismo. Los físicos no comprendieron la fuerza nuclear débil hasta la década de los sesenta y no descifraron la fuente hasta diez años después. ¿Cómo pudo Einstein elaborar una teoría del todo si no entendía dos de las cuatro fuerzas fundamentales? Es como armar un rompecabezas sin la mitad de las piezas.

David pensó en ello un momento.

—Pero no tenía por qué conocer todos los detalles para elaborar una teoría general. Sería más un crucigrama que un rompecabezas. Con las suficientes pistas puedes deducir el patrón, y más adelante ya rellenarás los espacios en blanco.

A Monique no le convencía. Por la cara que ponía, David podía ver que la idea le parecía absurda.

—Además, si finalmente consiguió elaborar una teoría válida, ¿por qué no la publicó? ¿Acaso no era el sueño de su vida? —dijo ella.

David asintió.

—Sí, lo era. Pero todo esto ocurrió unos pocos años después de Hiroshima. Y a pesar de que Einstein no tuvo nada que ver con la construcción de la bomba atómica, sabía que fueron sus descubrimientos los que la hicieron posible. Eso lo atormentaba. En una ocasión dijo que «de haber sabido que iban a hacer esto me hubiera hecho zapatero».

—Sí, sí, todo esto ya lo he oído.

—Bueno, piensa un momento en ello. Si Einstein hubiera descubierto una teoría unificada, ¿no habría temido que volviera a ocurrir lo mismo? Ahora era consciente de que debía tener en cuenta las implicaciones del descubrimiento, todas sus posibles consecuencias. Creo que previó el posible uso militar de la teoría. Quizá para crear algo todavía peor que una bomba nuclear.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué podría ser peor?

David negó con la cabeza. Éste era el punto más débil de su argumentación. No

tenía ni idea de lo que era la *Einheitliche Feldtheorie*, menos todavía lo que podía desencadenar.

—No lo sé, pero debe tratarse de algo terrible. Tanto como para que Einstein decidiera que no podía publicar la teoría. Pero tampoco pudo abandonarla. Creía que la física era una revelación de la obra de Dios. No podía olvidar la teoría y hacer ver que nunca había existido, de modo que se la confió a sus ayudantes. Seguramente, a cada uno de ellos les dio un fragmento de la teoría y les dijo que la mantuvieran a salvo.

—¿De qué serviría eso? Si la teoría era tan terrible, sus ayudantes tampoco podían publicarla.

—Pensaba en el futuro. Einstein era un optimista incorregible. Realmente pensaba que en unos años los rusos y los norteamericanos depondrían sus armas y formarían un gobierno mundial. Entonces la guerra sería prohibida y todo el mundo viviría en paz. Sus ayudantes sólo tendrían que esperar hasta ese día para poder revelar la teoría. —Inesperadamente, David empezó a sentir un escozor en los ojos—. Y tuvieron que esperar toda su vida.

Monique lo miró comprensiva mientras él recobraba la compostura. Sin embargo, estaba claro que seguía sin creer una sola palabra de lo que había dicho.

—Es una hipótesis extraordinaria, David. Y las afirmaciones extraordinarias requieren pruebas extraordinarias.

David se armó de valor.

—Kleinman me ha dado una serie de números cuando lo he visto esta noche en el hospital. Me ha dicho que era una clave que Einstein le había dado, y que ahora él me la daba a mí...

—Bueno, eso no...

—No, eso no es la prueba. La prueba es lo que ha pasado luego.

Le contó lo del interrogatorio en el complejo del FBI y la masacre posterior. Al principio ella se limitó a mirarlo fijamente, incrédula, pero al describirle cómo se apagaron las luces y el eco de los disparos por los pasillos, de forma inconsciente Monique se agarró al dobladillo de su camisón y lo arrebujó con el puño. Cuando David hubo terminado, ella parecía tan traumatizada como lo había estado él al salir del aparcamiento de la calle Liberty. Lo cogió del hombro.

—Dios mío —susurró—. ¿Quién ha atacado el lugar? ¿Eran terroristas?

—No lo sé, no he llegado a verlos. Sólo he visto, los agentes del FBI muertos. Pero estoy seguro de que se trata de la misma gente que ha asesinado a Kleinman, Bouchet y MacDonald.

—¿Cómo lo sabes? Quizá ha sido el FBI. Parece que el gobierno y los terroristas van detrás de lo mismo.

Él negó con la cabeza.

—No, el FBI los habría interrogado. Lo que yo pienso es que los terroristas descubrieron antes la existencia de la teoría unificada. Quizá se le escapó algo a Kleinman, a Bouchet o a MacDonald. De modo que los terroristas fueron a por ellos y los torturaron para obtener la información. Cuando dos aparecieron muertos, sin embargo, los servicios de inteligencia norteamericanos debieron de suponer que algo estaba pasando. Por eso los agentes del FBI habrían aparecido con esa rapidez en el hospital. Probablemente debían de tener a Kleinman bajo algún tipo de vigilancia.

David había ido subiendo el volumen de su voz a medida que iba detallando la situación, y sus últimas palabras habían traspasado las paredes de la cocina. Hizo una pausa y se quedó mirando a Monique para observar su reacción. Ya no había escepticismo en su rostro, pero todavía no estaba convencida. Ella retiró la mano del hombro y volvió a mirar atentamente la pantalla de su portátil, en la que había aparecido el salvapantallas, una animación de una variedad Calabi-Yau en movimiento.

—Sigue sin tener demasiado sentido —dijo ella—. Es decir, quizá tienes razón acerca de los asesinatos, quizá los terroristas iban detrás de Kleinman y los demás a causa de algún proyecto secreto en el que estuvieran trabajando. Pero no me puedo creer que este proyecto fuera una teoría del campo unificado que los ayudantes de Einstein hubieran escondido durante cincuenta años. Es demasiado inverosímil.

Él volvió a asentir. Podía comprender su incredulidad. No se trataba únicamente de la mera preferencia de la cuántica sobre las teorías clásicas. Lo que estaba en juego aquí era toda su vida profesional. Lo que David estaba sugiriendo era que todos los logros que tanto ella como sus colegas dedicados a la teoría de las cuerdas habían obtenido a lo largo de las últimas dos décadas, todos los laboriosos avances, los costosos descubrimientos y las brillantes reformulaciones, conseguidos con tanto esfuerzo, eran irrelevantes. Un científico fallecido antes de que la mayoría de ellos hubiera siquiera nacido ya había obtenido el premio gordo, la Teoría del Todo. Y esta posibilidad era, para decirlo suavemente, un poco difícil de aceptar.

Se acercó un poco más a Monique y se colocó entre ella y la enrevesada variedad que lentamente daba vueltas en la pantalla del portátil. Esto iba a doler.

—Mira a tu alrededor, Monique. Mira la cocina. Intacta, sin grafitis, ni esvásticas. ¿Por qué una pandilla de asquerosos *skinheads* de Nueva Jersey querría destruirlo todo excepto la cocina?

Ella se lo quedó mirando, sin comprender a qué se refería.

—¿Qué tiene eso que ver con...?

—No fueron *skinheads* quienes lo hicieron. Quien puso patas arriba este lugar lo hizo buscando los cuadernos de Einstein. Buscaron debajo de las tablas del suelo y cavaron en el patio trasero y golpearon el yeso en busca de espacios entre las paredes. Y luego pintaron esvásticas por todas partes para que pareciera un acto de

vandalismo. Pero dejaron intacta la cocina porque fue añadida a la casa mucho después de que Einstein muriera, de modo que no pudo haberlos escondido aquí. Y dejaron en paz tus muebles por la misma razón.

Monique se llevó la mano a la boca. Sus largos y esbeltos dedos le cubrieron los labios.

—A mí me parece —continuó David—, que fue el FBI quien realizó esta búsqueda. Los terroristas no se habrían tomado la molestia de esperar a que estuvieras fuera de casa un fin de semana. Te habrían matado mientras dormías. Y también me inclino a pensar que los agentes no encontraron ningún cuaderno. Einstein era demasiado inteligente para eso. No creo que dejara nada por escrito.

Aunque la mano de Monique le tapaba la mitad de la cara, David pudo ver cómo le cambiaba la expresión. Primero, los ojos se abrieron mostrando su miedo y sorpresa, pero en cuestión de segundos los entrecerró y apareció una profunda arruga vertical entre las cejas. Se tornó lívida y se puso tremendamente furiosa. Lo de los *skinheads* neonazis ya era malo, pero ¿agentes federales pintando esvásticas para encubrir una operación clandestina? Eso era un tipo de maldad absolutamente distinto.

Finalmente apartó la mano de la cara y volvió a ponerla sobre el hombro de David.

—¿Qué números te ha dado Kleinman?

Simon no tuvo problema alguno para cruzar el río Hudson. En un control que había en la entrada del túnel Lincoln, una pareja de agentes de policía le ordenaron que bajase la ventanilla y un perro detector asomó el hocico, pero Simon se había cambiado de ropa en el *Waldorf* y una ducha había eliminado cualquier rastro de C-4 de su piel, de modo que el pastor alemán se limitó a mirar tontamente el volante. Simon les enseñó la documentación a los agentes —una experta falsificación de un permiso de conducir del estado de Nueva York— y éstos lo dejaron pasar.

Cinco minutos más tarde ya estaba en la autopista de Nueva Jersey, conduciendo a toda velocidad por el paso elevado que atravesaba las oscuras y húmedas Meadowlands. Podía ir tan deprisa como quisiera porque a las cuatro de la madrugada la autopista estaba prácticamente vacía y la Policía Estatal estaba ayudando a la de Nueva York en los controles de túneles y puentes. Pasó junto al aeropuerto de Newark a 150 kilómetros por hora, y luego se dirigió hacia al oeste, en dirección a la cada vez más extensa refinería Exxon.

No había una alma, era noche cerrada. A lo lejos, las torres de destilación de la refinería se dibujaban en la oscuridad. De una de las chimeneas salía un fuego de gas, pero las llamas eran delgadas y parpadeantes, tan débiles como un piloto encendido. A medida que Simon avanzaba a toda velocidad por el laberinto de oleoductos y

tanques de petróleo la carretera parecía oscurecerse cada vez más, y por un momento se sintió como si condujera bajo el mar. En la pantalla en blanco de su mente vio dos caras, las caras de sus hijos, pero no se trataba de la reconfortante imagen que había descargado en su teléfono móvil. Ahora Sergéi y Larissa no sonreían. Sergéi tenía los ojos cerrados y yacía en una cuneta embarrada, los brazos llenos de quemaduras largas y negras y el pelo cubierto de sangre. Los ojos de Larissa, en cambio, estaban completamente abiertos, como si todavía estuviera viva, como si todavía estuviera mirando horrorizada la bola de fuego que la había envuelto.

Simon pisó el acelerador y el Mercedes aceleró. Pronto llegó a la Salida 9 y cogió a toda velocidad la Ruta 1 Sur. Llegaría a Princeton en 15 minutos.

40 26 36 79 56 44 7800

David escribió los números a lápiz en una hoja de papel de un cuaderno. Luego se la pasó a Monique y, casi de inmediato, sintió una poderosa necesidad de quitarle el papel de las manos y hacerlo pedazos. Tenía miedo de esos dieciséis dígitos. Quería destruirlos, enterrarlos, eliminarlos para siempre. Pero sabía que no podía. No tenía nada más.

Monique sostuvo el papel con ambas manos y examinó los números. Sus ojos iban a toda velocidad de izquierda a derecha en busca de patrones, progresiones, secuencias geométricas. Tenía la misma mirada de concentración que David le había visto durante su charla sobre las variedades Calabi-Yau en la conferencia de teoría de cuerdas. Como la de la diosa Atenea preparándose para la guerra.

—La distribución parece aleatoria —observó—. Hay tres ceros, tres cuatros y tres seises, pero sólo una pareja, los dos sietes. En una secuencia numérica de esta longitud, es improbable que haya más tripletes que parejas.

—¿No podría ser la clave para descodificar un archivo informático? Kleinman utilizó la palabra «clave», de modo que tendría sentido.

Ella siguió observando los números.

—La longitud sería la correcta. Dieciséis dígitos, cada uno de los cuales puede ser transformado en cuatro bits de código digital. Esto supondría un total de sesenta y cuatro bits, que es la longitud estándar para un código encriptado. Sin embargo, la secuencia ha de ser aleatoria para que funcione. —Ella negó con la cabeza—. Si no lo fuera, se podría descifrar el código con demasiada facilidad. ¿Por qué iba Kleinman a elegir una clave imperfecta como ésta?

—Bueno, quizá se trata de otro tipo de clave. Quizá es más una etiqueta identificativa. Algo que nos ayude a encontrar el archivo, en vez de descifrarlo.

Monique no contestó. Se acercó el papel a la cara, como si no viera bien los números.

—Has escrito esta secuencia de una forma extraña.

—¿A qué te refieres?

Cogió el papel. Tenía razón, los primeros doce dígitos estaban dispuestos en boques de dos dígitos. No lo había hecho conscientemente, pero así era.

—Vaya —masculló—. Esto sí que es extraño.

—¿Te dijo Kleinman que los agruparas así cuando te dio la secuencia?

—No, no exactamente —cerró los ojos y volvió a ver al profesor Kleinman, recostado en su cama del hospital mientras balbucía sus últimas palabras—. Le fallaban los pulmones, así que fue diciendo los números a boqueadas, de dos en dos. Y así es como ahora veo la secuencia mentalmente. Una media docena de números de dos dígitos y uno de cuatro al final.

—¿Y no sería posible que esta agrupación fuera intencionada? ¿Que Kleinman quisiera que organizaras los números de esta forma?

—Sí, supongo que sí. ¿Pero en qué cambiaría eso las cosas?

Monique cogió el papel y lo colocó sobre la mesa de la cocina. Luego cogió un lápiz y dibujó unas líneas entre los bloques de dos dígitos.

40 / 26 / 36 / 79 / 56 / 44 / 7800

—Si ordenas la secuencia de esta forma ya no parece tan aleatoria —dijo ella—. Olvídate por ahora del número de cuatro dígitos y observa los de dos. Cinco de los seis están entre el 25 y el 60. Sólo el 79 queda fuera. Es un margen bastante estrecho.

David observó los números con atención. A él todavía le parecían más bien aleatorios.

—No sé. Parece que los estás seleccionando deliberadamente para poder elaborar un patrón.

Ella torció el gesto.

—Sé lo que estoy haciendo, David. Me he pasado mucho tiempo estudiando los datos de experimentos de física de partículas, sé reconocer un patrón cuando veo uno. Por alguna razón, los números están agrupados en un margen estrecho.

David volvió a mirar atentamente la secuencia e intentó verla desde el punto de vista de Monique. Muy bien, pensó, los números parecen estar por debajo del 60, ¿acaso no podía ser esa disposición azarosa? A los ojos de David la secuencia parecía tan aleatoria como los números ganadores de la lotería de Nueva York, a la que jugaba de vez en cuando a pesar de las reducidísimas posibilidades. Los números de lotería también solían estar por debajo del 60, aunque eso era porque el más alto que se podía escoger era el 59.

Y de repente lo vio, tan claro como el día.

—Minutos y segundos —dijo.

Monique no pareció haberlo oído. Seguía inclinada sobre la mesa de la cocina,

estudiando la secuencia.

—Lo que ves son minutos y segundos —dijo, esta vez más alto—. Por eso los números están por debajo del 60.

Ella levantó la mirada.

—¿Qué dices? ¿Crees que es una especie de medida temporal?

—No, temporal no. Son dimensiones espaciales —David volvió a mirar la secuencia una vez más y su significado se abrió como una flor de seis pétalos perfectamente dispuestos—. Son coordenadas geográficas, latitud y longitud. Los dos primeros números de dos dígitos son los grados, los segundos números son los minutos y los terceros son los segundos.

Monique se lo quedó mirando atentamente un momento, y luego volvió a mirar los números. En su rostro se dibujó una sonrisa, una de las sonrisas más adorables que David había visto nunca.

—Muy bien, doctor Swift —dijo ella—. Probémoslo.

Fue hacia su portátil y empezó a teclear en el ordenador.

—Meteré las coordenadas en Google Earth, así podremos echarle un vistazo al lugar. —Encontró el programa y tecleó los números—. Presupongo que la latitud son 40 grados norte, no sur, o sería un punto del océano Pacífico. Y en cuanto a la longitud, que son 79 grados oeste, no este.

David permanecía de pie a su lado para poder ver la pantalla del portátil. La primera imagen que apareció fue una granulada fotografía de satélite. En la parte superior había un edificio grande con forma de H, y en la inferior una hilera de edificios más pequeños que formaban una L y signos de más. Las estructuras eran demasiado grandes para ser residencias, pero no suficientemente altas para ser oficinas. Y no formaban calles ni estaban cerca de una autopista; antes al contrario, los edificios estaban situados en la periferia de una larga explanada rectangular que recorrían varios senderos. Un campus, pensó David. Se trataba de un campus universitario.

—¿Dónde está este lugar?

—Espera, superpondré el mapa —Monique hizo clic en uno de los iconos y de repente aparecieron etiquetas de colores en cada uno de los edificios y calles.

—Está en Pittsburgh. Las coordenadas señalan este edificio de aquí —señaló un punto de la pantalla y entrecerró los ojos para poder leer bien la etiqueta.

—La dirección es 5000 de la avenida Forbes. Newell-Simon Hall.

David reconoció el nombre. Había visitado ese edificio antes.

—Es la Universidad Carnegie Mellon. El Instituto de Robótica. Ahí está Amil Gupta.

Monique siguió tecleando y encontró la página web del instituto. Abrió la página que contenía el listado de profesores.

—Mira los números de teléfono —dijo ella, mirando a David por encima del hombro—. Todos tienen una extensión de cuatro dígitos que empieza por 78.

—¿Cuál es la de Gupta?

—Su línea personal es 7832, pero es el director del instituto, ¿no?

—Sí, desde hace diez años.

—Mira esto. La extensión de la oficina del director es 7800 —sonrió triunfal—. Son los cuatro últimos dígitos de la secuencia de Kleinman.

Estaba tan entusiasmada por el éxito que alzó el puño al aire. David, sin embargo, seguía con la mirada puesta en el listado de profesores de la pantalla del portátil.

—Algo está mal —dijo—. Éste no puede ser el mensaje correcto.

Monique abrió la boca, incrédula.

—¿De qué estás hablando? Tiene sentido. Si efectivamente Einstein elaboró una teoría unificada, probablemente le habló de ello a Gupta. Lo que Kleinman te estaba diciendo era que acudieras a Gupta para salvaguardar la teoría. ¡Es obvio!

—Ése es el problema. El mensaje es demasiado obvio. Todo el mundo sabe que Gupta trabajó con Einstein. El FBI lo sabe, los terroristas lo saben, hay todo un maldito capítulo sobre ello en mi libro. ¿Por qué iba Kleinman a idear este complicado código si esto era lo único que me quería decir?

Monique se encogió de hombros.

—Joder, se lo estás preguntando a la persona equivocada. No tengo ni idea de lo que pasaba por la cabeza de Kleinman. Quizá éste es el mejor plan que se le ocurrió.

—No, no lo creo. Kleinman no era estúpido —cogió el papel de la mesa de la cocina y lo sostuvo en alto—. Esta secuencia oculta algo más. Algo que se nos escapa.

—Bueno, sólo hay una forma de averiguarlo. Tenemos que hablar con Gupta.

—No podemos llamarlo. Estoy seguro de que los federales ya le habrán pinchado el teléfono.

Monique apagó su portátil y lo cerró.

—Entonces tendremos que ir a Pittsburgh.

Llevó el portátil a la encimera de la cocina y lo metió dentro de una funda de piel. Luego cogió una pequeña bolsa de viaje y empezó a meter cosas de los armarios y cajones de la cocina: un cargador, un paraguas, un iPod, una caja de *Snackwells*. David la observó alarmado.

—¿Estás loca? No podemos aparecer así como así en casa de Gupta. Seguro que el FBI está vigilando el lugar. A no ser que ya hayan enviado a Gupta a Guantánamo. —O a no ser que los terroristas ya lo hayan torturado y asesinado, pensó—. En cualquier caso, no podremos acercarnos a él.

Monique cerró la cremallera de la bolsa de viaje.

—Somos dos personas inteligentes, David. Ya se nos ocurrirá cómo hacerlo. —Y

con la bolsa en una mano y la funda del portátil en la otra, salió de la cocina.

David la siguió hasta el salón.

—¡Espera un segundo! ¡No podemos hacer esto! ¡La policía ya me está buscando! ¡Es un milagro que haya podido salir de Nueva York!

Monique se detuvo delante de la chimenea destrozada y dejó las bolsas en el suelo. Cogió el revólver de la repisa y, con un golpe de muñeca, abrió el tambor. Volvía a tener una arruga vertical entre las cejas, y su boca adoptó un rictus tirante y severo.

—¡Mira esto! —dijo, señalando con el arma las dos esvásticas rojas y la frase «NEGRATA VUELVE A CASA»—. Estos cabrones han entrado en mi casa, ¡mi casa!, y han escrito esta mierda en mis paredes. ¿De veras piensas que lo voy a dejar estar? —Recogió las balas de la repisa de la chimenea y las empezó a meter, una a una, en el tambor—. No, voy a llegar hasta el final de todo esto. Voy a descubrir qué está pasando y luego voy a hacer que estos hijos de puta paguen por lo que han hecho.

David se quedó mirando el revólver que Monique sostenía en sus manos. No le gustaba el cariz que estaban tomando las cosas.

—Esa pistola no va a servirte de nada. Tienen cientos de agentes y miles de policías. No podrás abrirte camino a disparos.

—No te preocupes, no tengo intención de empezar ningún tiroteo. Seremos cuidadosos, no cometeremos estupideces. Nadie sabe que estás conmigo, así que el FBI no te buscará en mi coche. Tú mantén oculta la cara y todo irá bien —metió la última bala en el tambor y lo cerró con otro golpe de muñeca—.

Ahora voy a mi habitación a coger algo de ropa. ¿Quieres que te coja alguna maquinilla de afeitar de Keith?

David asintió. Ya no se podía discutir con ella. Era como una fuerza de la naturaleza, inflexible e imparable, que curvaba toda la textura espacio-temporal a su alrededor.

—¿Qué le vas a decir a Keith?

Monique cogió las dos bolsas con una mano y la pistola con la otra.

—Le dejaré una nota diciéndole que he tenido que ir a una conferencia o algo así. —Se dirigió al vestíbulo y empezó a subir las escaleras—. No creo que le moleste demasiado. Tiene otras tres novias con las que retozar. La resistencia de este chaval es increíble.

Simon conducía a toda velocidad por Alexander Road, a un kilómetro escaso de la casa de Einstein, cuando vio unas luces destellantes en el espejo retrovisor. Era un coche patrulla del Departamento de Policía del Municipio de Princeton. «*Yob tovyu mat!*», maldijo, golpeando el volante con el puño. Si esto hubiera ocurrido un minuto

antes, cuando estaba en la Ruta 1, simplemente hubiera acelerado —su Mercedes era un SLK 32 AMG: podía dejar atrás cualquier coche americano con facilidad— pero ahora estaba en las calles de una población y había demasiadas posibilidades de que lo atraparan. No le quedaba otra que parar.

Se detuvo en el arcén de un tramo desierto de carretera, a unos cincuenta metros de la entrada a un parque municipal. No había casas o tiendas a la vista, ni tampoco tráfico en la calle. El coche patrulla se detuvo a unos diez metros de distancia con las luces encendidas, y permaneció así durante unos cuantos segundos exasperantes. Seguramente el agente que iba dentro le estaba dando por radio al operador de policía una descripción del vehículo de Simon. Al fin, después de medio minuto, del coche de policía salió un tipo fuerte y musculoso vestido con un uniforme azul. Simon movió un poco el espejo retrovisor para poder examinar al agente. Era joven, de unos veinticinco años como mucho. Brazos y hombros musculosos, pero de cintura un poco regordeta. Seguramente se pasaba la mayor parte de su turno sentado en el coche, a la espera de que apareciera algún estudiante universitario conduciendo ebrio.

Simon bajó la ventanilla mientras el agente se acercaba al Mercedes. El joven apoyó las manos en la puerta del conductor y se inclinó sobre el coche.

—¿Tiene idea de la velocidad a la que iba, señor?

—Ciento cuarenta y tres kilómetros por hora —contestó Simon—. Más o menos.

El agente torció el gesto.

—Esto no es una broma. Podía haber matado a alguien. Enséñeme su permiso y los papeles del coche.

—Claro. —Simon buscó en su chaqueta. Tenía un permiso de conducir falso, pero no los papeles del Mercedes, pues lo había robado en un concesionario de Connecticut dos días antes. Así que en vez de coger la cartera sacó su Uzi y disparó al agente en la frente.

El tipo dio unos pasos tambaleantes hacia atrás. Simon arrancó el Mercedes y salió disparado. Unos minutos más tarde, algún motorista que pasara por ahí vería el cuerpo y en media hora la policía de Princeton estaría buscando este vehículo. Pero no pasaba nada. No pensaba quedarse demasiado tiempo en la ciudad.

Keith estaba soñando con el Corvette de Monique. Ella le traía el coche al taller y le decía que el motor se calentaba. Sin embargo, cuando él abría el capó el motor no estaba: en su lugar aparecía ese tipo, David Swift, acurrucado. Keith se volvía entonces a Monique para preguntarle qué estaba pasando, pero ella, juguetona, no dejaba de revolotear detrás de él.

Sintió una mano sobre el hombro. Era de verdad, no un sueño. La mano lo cogió del hombro y le dio la vuelta. Debía de ser Monique que volvía a la cama. Seguramente quería cariños. Era buena en la cama, pero estaba demasiado necesitada.

—Oh, Mo —refunfuñó, con los ojos todavía cerrados—. Ya te lo he dicho, tengo que despertarme pronto.

—Tú no eres David Swift.

Al oír una voz desconocida se despertó de golpe. Abrió los ojos y vio la silueta de una cabeza afeitada y un cuello grueso. La mano del tipo agarró entonces a Keith por el cuello y lo presionó, manteniéndolo sujeto en la cama.

—¿Dónde están? —preguntó Simon—. ¿Adónde han ido?

Los dedos de Simon aprisionaban la tráquea de Keith. Éste permaneció tumbado, inmóvil, demasiado aterrorizado para ofrecer resistencia.

—¡Abajo! —dijo con voz áspera—. ¡En la planta baja!

—No, ahí no están.

Keith oyó un crujido en la oscuridad y luego vio un resplandor fugaz. Era luz azulada del amanecer que entraba por la ventana de la habitación y se reflejaba en la larga y recta hoja de un cuchillo.

—Muy bien, amigo mío —dijo el tipo—. Tú y yo vamos a tener una pequeña charla.

6

Karen daba vueltas dentro de la sala de interrogatorio de las oficinas que el FBI tenía en el Federal Plaza. Primero pasó por delante de la puerta de acero, cerrada por dentro. Luego por delante de un espejo que ocupaba casi la totalidad de la pared, con toda probabilidad un espejo unidireccional para permitir ver los interrogatorios a los agentes que estuvieran al otro lado. Finalmente, pasó por delante de un escudo azul y dorado con el dibujo de una águila y las palabras «Federal Bureau of Investigation — Protegiendo América». Unas cuantas sillas rodeaban una mesa de metal que había en el centro de la habitación, pero Karen estaba demasiado nerviosa para sentarse. En vez de eso, dio al menos cincuenta vueltas a la habitación, mareada por el miedo, la indignación y la fatiga. Los agentes se habían llevado a Jonah.

A las cinco de la madrugada oyó pasos en el pasillo que había al otro lado de la puerta cerrada. Una llave abrió la cerradura, y un momento después el agente que la había arrestado entró en la habitación. Alto, rubio y musculoso, todavía llevaba esa horrible americana gris bajo la cual sobresalía la cartuchera. Karen recordó su nombre mientras se abalanzaba sobre él: agente Brock. El cabrón había esposado a un niño de siete años.

—¿Dónde está mi hijo? —le preguntó—. ¡Quiero ver a mi hijo!

Brock extendió los brazos, como si fuera a agarrarla. Tenía los ojos fríos y azules y una cicatriz hinchada en el mentón.

—¡Eh, tranquilícese! Su hijo se encuentra bien. Está durmiendo en una de las habitaciones del pasillo.

Karen no lo creyó. Jonah había gritado como una *banshee* ^[7] cuando los agentes lo arrancaron de sus brazos.

—¡Lléveme con él! ¡Necesito verlo ahora mismo!

Intentó rodear a Brock y llegar a la puerta, pero el agente se movió a un lado y se interpuso.

—¡Oiga, he dicho que se tranquilice! Podrá ver a su hijo dentro de unos minutos. Antes quiero que me conteste a unas cuantas preguntas.

—Mire, soy abogada, ¿de acuerdo? No me dedico al derecho penal, pero sí sé que esto es ilegal. No nos puede retener aquí sin cargos.

Brock hizo una mueca. Estaba claro que le daban igual los abogados.

—Podemos presentar cargos si eso es lo que quiere. ¿Qué le parece negligencia criminal de un menor? ¿Le parece eso suficientemente legal?

—¿Qué? ¿De qué está hablando?

—Hablo de la drogadicción de su ex marido. Y cómo se la financiaba vendiendo cocaína a sus alumnos de Columbia. La mayoría de sus trapicheos los hacía en Central Park, justo después de recoger a su hijo de la escuela.

Karen se lo quedó mirando fijamente. Era la mayor estupidez que había oído en su vida.

—¡Eso es ridículo! ¡Lo peor que han hecho en el parque es jugar con la *Super Soakers!*

—Tenemos vídeos de vigilancia en los que se le ve realizando las transacciones. Según nuestras fuentes, Swift ha estado traficando durante años.

—¡Por el amor de Dios! ¡Si David hubiera vendido droga en el parque, me habría enterado!

Brock se encogió de hombros.

—Quizá. O quizá no. Una cosa es segura: el Juzgado de Familia querrá averiguar si usted también estaba implicada. Puede que decidan retirarles la custodia de su hijo mientras investigan todo el asunto.

Karen negó con la cabeza. Brock mentía. Como abogada corporativa, se ganaba el sueldo negociando acuerdos de fusión, y solía tener claro cuándo la otra parte se estaba marcando un farol.

—Muy bien, demuéstremelo. Enséñeme esos vídeos de vigilancia.

Brock se acercó un paso.

—No se preocupe, los verá en las noticias de esta noche. Mire, su ex marido quería expandir el negocio, así que empezó a trabajar con los *Latin Kings*. Supongo que habrá oído hablar de ellos.

Ella lo miró con recelo.

—¿Me está diciendo que David se codeaba con una pandilla de gánsteres hispanos?

—Los *Latin Kings* controlan el negocio de las drogas en la zona norte de Manhattan. También son los hijos de puta que anoche asesinaron a nuestros agentes. Dispararon a tres agentes encubiertos que estaban realizando una indagación a Swift y a otros tres que formaban parte del equipo de vigilancia.

Karen dejó escapar un resoplido de indignación. Esa historia era absurda. Cualquiera que conociera a David se daría cuenta de eso inmediatamente. ¿Pero por qué el FBI se había inventado esas gilipolleces? ¿Qué intentaban ocultar? Apartándose de Brock, Karen se acercó a la mesa de metal y se sentó en una de las sillas.

—De acuerdo, agente Brock, por un momento me creeré lo que me está contando. ¿Qué es lo que quiere de mí?

Él sacó un cuaderno y un bolígrafo de su americana.

—Necesitamos información de los contactos de su ex marido. En concreto de cualquiera que viva en Nueva Jersey.

—¿Nueva Jersey? ¿Ahí es donde cree que se encuentra David?

Brock torció el gesto.

—Deje que sea yo quien haga las preguntas, ¿de acuerdo? Ya tenemos los nombres de sus colegas de Columbia. Ahora estamos haciendo una lista de amigos, conocidos, ese tipo de cosas.

—No soy la persona más adecuada a quien preguntárselo. David y yo llevamos dos años divorciados.

—No, sin duda sí es la persona idónea. Mire, ahora Swift es un fugitivo y probablemente buscará la ayuda de alguien. Alguien muy cercano, no sé si me entiende.

Él ladeó la cabeza y le dedicó una mirada de complicidad.

—¿Conoce a alguien así en Nueva Jersey?

Karen negó con la cabeza. Qué patético, pensó. Brock intentaba ponerla celosa.

—No tengo ni idea.

—Vamos. ¿No sabe nada de su vida sentimental?

—¿Por qué debería? Ya no estamos casados.

—Bueno, ¿y antes del divorcio? ¿Acaso David no se fue nunca de picos pardos? ¿No hizo ningún viaje a horas intempestivas al otro lado del puente George Washington?

Ella lo miró directamente a los ojos.

—No.

Brock se quedó de pie delante de la silla de Karen. Puso una mano sobre el borde de la mesa y se inclinó, acercando su cara hasta quedarse a unos centímetros de ella.

—No está usted colaborando demasiado, Karen. ¿Es que no quiere ver a su hijo?

Ella sintió una punzada en el estómago.

—¿Me está amenazando?

—No, para nada. Sólo quería recordarle lo del Juzgado de Familia. A no ser que les demos un informe favorable, puede que den a su hijo en acogida. Y usted no quiere perderlo, ¿verdad?

La cara de Brock estaba tan cerca que Karen podía oler su enjuague bucal, un nauseabundo olor a menta verde, y por un segundo creyó que iba a vomitar. En vez de eso empujó la silla hacia atrás y se puso en pie. Pasó a su lado, rozándolo, y se dirigió hacia el espejo unidireccional que había al otro lado de la habitación. Intentó mirar a través del cristal, pero lo único que podía ver era su reflejo.

—Muy bien, capullos —dijo ella, dirigiéndose al espejo—. ¿Han descubierto ya con quién están tratando?

En el espejo vio cómo Brock se acercaba a ella.

—Ahí no hay nadie, Karen. Estamos solos usted y yo.

Ella apuntó con el dedo hacia el cristal.

—Amory Van Cleve. ¿Les suena el nombre? Conoce a la mitad de los abogados del Departamento de Justicia, y no le hará ninguna gracia lo que me están haciendo.

Ahora Brock estaba a unos pocos centímetros de ella.

—Muy bien, ya basta. Será mejor que...

—¡Llévense a este gilipollas de aquí! —gritó Karen, señalando a Brock pero manteniendo la mirada en el espejo—. Voy a contar hasta diez, si este tío todavía está aquí cuando termine, Amory irá a por ustedes. ¿Me oyen bien? ¡Hablará con sus amigos del Departamento de Justicia y se asegurará de que todos ustedes vayan a la cárcel!

La habitación quedó en silencio durante unos cinco segundos. Incluso Brock mantuvo la boca cerrada mientras esperaba a ver qué sucedía. Luego Karen volvió a oír pasos en el pasillo. La puerta se abrió y una mujer mayor que llevaba una blusa blanca y gafas de leer entró en la habitación.

—¿Está usted bien, querida? —dijo con acento sureño—. He oído gritos y he pensado...

Karen se dio la vuelta.

—¡Ni se le ocurra empezar otra vez! —gritó—. ¡Llévenme con mi hijo!

David se despertó en el Corvette de Monique, cuyo asiento del acompañante estaba casi a ras de suelo. Grogui y desorientado, miró por el parabrisas. El coche iba por una autopista interestatal que atravesaba un paisaje exuberante y accidentado, de un verde intenso a la luz de la mañana. Un rebaño de vacas marrones pastaba en una amplia pradera en pendiente, junto a un gran establo rojo y un campo recién arado. Era bonito de ver, y durante largo rato David se quedó mirando el tranquilo e inmóvil ganado. Entonces sintió un dolor sordo en la parte baja de la espalda, provocado sin duda por todas las carreras de la noche anterior, y entonces recordó por qué estaba cruzando el país a toda velocidad.

Se removió en el incómodo asiento envolvente. Monique miraba la carretera con una mano sobre el volante y la otra hurgando dentro de una caja de galletas *Snackwells* de crema de vainilla. Antes de salir de casa se había cambiado y se había puesto una blusa campesina y unos pantalones cortos de color caqui, y ahora también llevaba puestos los auriculares del iPod, que descansaba en su regazo. Movía ligeramente la cabeza al ritmo de la música. Al principio no advirtió que David se había despertado, y durante unos segundos él pudo observarla por el rabillo del ojo, mirando fijamente su precioso cuello y sus largas piernas de color cacao. Al cabo de un rato, sin embargo, empezó a sentirse un voyeur, de modo que para llamar la atención de ella bostezó y se desperezó, estirando los brazos tanto como le permitía el estrecho espacio del interior del Corvette.

Monique se volvió hacia él.

—¡Al fin! —dijo—. Has estado tres horas durmiendo.

Se quitó los auriculares y David oyó un estridente fragmento de música rap antes

de que apagara el iPod. Luego le ofreció la caja de *Snackwells*.

—¿Quieres desayunar?

—Sí, claro, gracias. —En cuanto David cogió la caja se dio cuenta de que estaba hambriento. Se metió dos galletas en la boca, y cogió tres más—. ¿Dónde estamos?

—En la bella Pennsylvania occidental. Llegaremos a Pittsburgh en una hora, quizá un poco menos.

David vio la hora en el reloj del salpicadero: las 8.47.

—Estás haciendo un buen tiempo.

—¿Estás loco? —se burló—. Si condujera como suelo hacerlo ya habríamos llegado. No he pasado de ciento veinte por si nos cruzábamos con alguna patrulla estatal.

David asintió.

—Buena idea. Probablemente a estas alturas ya tienen mi fotografía.

Cogió dos *Snackwells* más de la bolsa. Luego miró otra vez a Monique y advirtió las bolsas debajo de sus ojos.

—Debes de estar agotada. ¿Quieres que conduzca yo un rato?

—No, estoy bien —respondió rápidamente—. No estoy cansada.

Ahora agarraba el volante con ambas manos, como queriendo corroborar su afirmación. Estaba claro que no le gustaba la idea de que otra persona condujera su coche. Bueno, era comprensible, pensó él. Su Corvette era una auténtica belleza.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy bien. Me gustan los viajes largos. Algunas de mis mejores ideas se me ocurren mientras estoy en la carretera. ¿Sabes mi último artículo en la *Physical Review*? ¿«Efectos gravitacionales de las dimensiones no compactas adicionales»? Se me ocurrió un fin de semana mientras conducía al D.C.

Ella es de ahí, recordó él, del barrio de Anacostia, Washington, D.C. Ahí fue donde su padre fue asesinado y su madre se convirtió en una yonqui. David quería preguntarle a Monique si todavía tenía familia ahí, pero no lo hizo.

—¿Y ahora en qué estabas pensando? —preguntó en vez de eso—. Antes de que yo me despertara, quiero decir.

—Variables ocultas. Algo con lo que seguramente estás familiarizado.

David dejó de comer y puso a un lado la caja de *Snackwells*. Las variables ocultas eran una parte importante de la búsqueda de Einstein en pos de una teoría unificada. En la década de los treinta se convenció de que en el extraño comportamiento cuántico de las partículas subatómicas había un orden subyacente. El mundo microscópico parecía caótico, pero eso sólo era así porque nadie podía ver las variables ocultas, los planos detallados del universo.

—¿O sea que intentas averiguar cómo lo hizo Einstein?

Ella frunció el ceño.

—Todavía no lo acabo de ver. La teoría cuántica simplemente no encaja dentro del marco clásico. Es como intentar meter un clavo cuadrado en un agujero redondo. Las matemáticas de los dos sistemas son completamente diferentes.

David intentó recordar lo que había escrito sobre las variables ocultas en *Sobre hombros de gigantes*.

—Bueno, yo no te puedo ayudar con las matemáticas. Pero Einstein estaba convencido de que la mecánica cuántica era incompleta. En todas sus cartas y conferencias siempre la comparaba a un juego de dados. La teoría no te indicaba cuándo exactamente un átomo radiactivo iba a entrar en descomposición, o dónde exactamente iban a parar las partículas expulsadas. La mecánica cuántica sólo ofrece probabilidades, y a Einstein eso le parecía inaceptable.

—Sí, sí, ya lo sé. «Dios no juega a los dados con el universo». —Puso los ojos en blanco—. Me parece una afirmación más bien arrogante, la verdad. ¿Qué le hizo pensar a Einstein que podía decirle a Dios qué hacer?

—Pero la analogía va más allá. —David acababa de recordar un párrafo de su libro—. Cuando tiras un par de dados, los números parecen aleatorios, pero en realidad no lo son. Si tuvieras el control total de todas las variables ocultas —la fuerza con la que tiras los dados, el ángulo de su trayectoria, la presión del aire de la habitación— podrías obtener sietes siempre que tiraras. No hay sorpresas si conoces el sistema a la perfección. Y Einstein pensaba que lo mismo valía para las partículas elementales. Podías llegar a conocerlas a la perfección si descubrías las variables ocultas que conectaban la mecánica cuántica a la teoría clásica.

Monique negó con la cabeza.

—Suena bien, pero créeme, no es tan sencillo. —Soltó una mano del volante y señaló el campo que tenían delante—. ¿Ves todo este paisaje? Es una buena imagen de una teoría de campo clásica como la relatividad. Hermosas y suaves colinas y valles trazan la curvatura del espacio-tiempo. Si ves una vaca que camina por el campo puedes calcular con precisión dónde estará en media hora. La teoría cuántica, en cambio, equivaldría a la parte más sucia y peligrosa del sur del Bronx. De la nada surge todo tipo de cosas raras e impredecibles que agujerean las paredes —movió la mano en zigzag, como dando a entender la locura cuántica—. Éste es el problema. No puedes hacer que por arte de magia el sur del Bronx aparezca en medio de un campo de trigo.

Monique estiró el brazo hacia la caja de *Snackwells* y cogió otra galleta. Mientras la masticaba siguió mirando fijamente la carretera, y a pesar de que acababa de decir que todo su esfuerzo era fútil, David sabía que todavía le estaba dando vueltas al problema. Se le ocurrió entonces que quizá ella tenía más de una razón para ir a Pittsburgh. Hasta ese momento él había creído que su principal motivación era la ira, el odio visceral a los agentes del FBI que habían invadido su casa, pero ahora

empezaba a sospechar que la razón era otra. Quería conocer la Teoría del Todo. Aunque no pudiera publicarla, aunque no se la pudiera decir absolutamente a nadie, quería conocerla.

Y David también quería conocerla. Entonces recordó algo de la noche anterior.

—Anoche el profesor Kleinman mencionó otra cosa. El artículo sobre la relatividad que hice en la escuela.

—¿El que coescribiste con Kleinman?

—Sí, «la relatividad general en un espacio-tiempo bidimensional». Aludió a él justo antes de darme la secuencia de números. Dijo que me había acercado a la verdad.

Monique levantó una ceja.

—Pero ese artículo no presentaba ningún modelo realista del universo, ¿no?

—No, analizamos *Planicie*, un universo de sólo dos dimensiones espaciales. Las matemáticas son mucho más fáciles si no te las tienes que ver con tres.

—¿Y cuáles fueron los resultados? Ya hace mucho que lo leí.

—Averiguamos que las masas bidimensionales no experimentan una atracción gravitacional mutua, pero sí modifican la forma del espacio a su alrededor. Y formulamos el modelo de un agujero negro bidimensional.

Ella lo miró desconcertada.

—¿Y cómo diantres hiciste eso?

David comprendía su confusión. En tres dimensiones, los agujeros negros nacían cuando las estrellas gigantes se desmoronan bajo su propio peso. En dos dimensiones, sin embargo, no habría atracción gravitacional que provocara ese desmoronamiento.

—Creamos un escenario en el que dos partículas colisionaban la una con la otra para formar el agujero. Era algo bastante complicado, así que no recuerdo todos los detalles. Pero hay una copia del artículo en internet.

Monique pensó en ello un momento mientras con el dedo daba golpecitos en el volante.

—Interesante. ¿Sabes lo que he dicho antes acerca de la belleza y la claridad de la teoría clásica? Bueno, los agujeros negros son la gran excepción. Su física es endiabladamente complicada.

Se volvió a hacer el silencio mientras avanzaban por la autopista de Pennsylvania. David vio una señal a un lado de la carretera: PITTSBURGH, 69 KILÓMETROS. Sintió una punzada de ansiedad al darse cuenta de lo cerca que estaban. En vez de ponderar las posibles directrices de la teoría unificada de Einstein, deberían estar pensando en cómo llegar hasta Amil Gupta. Lo más probable era que los agentes del FBI tuvieran el Instituto de Robótica bajo vigilancia e interceptaran a cualquiera que se acercara al Newell-Simon Hall. E incluso en el caso de que David y Monique consiguieran atravesar el cordón, ¿qué harían luego? ¿Avisar a Gupta del peligro y

convencerle de que abandonara el país? ¿Introducirlo de algún modo en Canadá o México, y llevarlo a algún lugar en el que estuviera a salvo tanto del FBI como de los terroristas? La tarea era de una envergadura tal que David apenas podía empezar a considerarla.

Un rato después, Monique dejó los cálculos mentales y se volvió hacia él. David pensó que le iba a hacer otra pregunta sobre su artículo y la *Planicie*, pero en vez de eso le dijo.

—Así que ahora estás casado, ¿no?

Ella había procurado que su tono fuera lo más natural posible, pero no le había salido del todo bien. David advirtió una ligera vacilación en su voz.

—¿Qué te hace pensar eso?

Ella se encogió de hombros.

—Cuando leí tu libro vi que estaba dedicado a alguien llamado Karen. Supuse que sería tu esposa.

Su rostro era inexpresivo, decididamente desinteresado, pero a David no lo engañó. Era algo francamente inusual recordar el nombre de una dedicatoria. Estaba claro que Monique había mantenido una sana curiosidad por él desde aquella noche que habían pasado juntos veinte años atrás. Seguramente lo había buscado en Google tantas veces como él a ella.

—Ya no estoy casado. Karen y yo nos divorciamos hace dos años.

Ella asintió, todavía inexpresiva.

—¿Y sabe ella algo de todo esto? ¿Sobre lo que te pasó anoche, quiero decir?

—No, no he hablado con ella desde que vi a Kleinman en el hospital. Y ahora no se lo puedo contar porque el FBI rastrearía la llamada. —Volvió a sentir una punzada de ansiedad al pensar en Karen y Jonah—. Sólo espero que esos malditos agentes no empiecen a acosarlos.

—¿Acosarlos?

—Tenemos un hijo de siete años. Se llama Jonah.

Monique sonrió. Aparentemente en contra de su voluntad, esa sonrisa desmontó su estudiada indiferencia, y de nuevo a David le volvió a sobrecoger lo encantadora que era.

—Eso es maravilloso —dijo ella—. ¿Cómo es?

—Bueno, le encanta la ciencia, aunque eso no es ninguna sorpresa. Ya está trabajando en un cohete que podrá ir más deprisa que la velocidad de la luz. Pero también le encanta el béisbol y los Pokémon y en general alborotar. Deberías haberlo visto ayer en el parque con la Super... —David se detuvo al recordar lo que había ocurrido con la *Super Soaker*.

Monique esperó unos segundos, mirando la carretera, claramente a la espera de oír el resto. Entonces se volvió hacia él y dejó de sonreír de golpe.

—¿Qué ocurre?

Él respiró hondo. Tenía el pecho tenso como una piel de tambor.

—Dios mío —susurró—. ¿Cómo diablos vamos a salir de ésta?

Ella se mordió el labio inferior. Con un ojo puesto en la carretera, estiró el brazo hacia el asiento de él y le puso la mano sobre la rodilla.

—Tranquilízate, David. Hagamos las cosas paso a paso. Lo primero que tenemos que hacer es hablar con Gupta. Luego ya pensaremos un plan.

Sus largos dedos le acariciaron la rodilla. Luego le dio un apretón reconfortante y volvió a centrar su atención en la carretera. A pesar de que estos gestos no habían calmado un ápice sus miedos, David se los agradeció.

Un minuto más tarde, Monique señaló otra señal de la carretera. En ésta ponía «ÁREA DE SERVICIO DE NEW STANTON A DOS MILLAS».

—Será mejor que paremos ahí —dijo ella—. Casi no tenemos gasolina.

David estuvo alerta por si veía a algún policía mientras se acercaban al área de servicio. Gracias a Dios no había ningún coche patrulla delante de la gasolinera *Shell*. Monique detuvo el coche delante de los surtidores y llenó el depósito del Corvette con *Shell Ultra Premium* mientras David permanecía agachado en el asiento del acompañante. Luego volvió a entrar en el coche y condujo hasta el aparcamiento del área de servicio. Pasaron por delante de un enorme edificio de hormigón en el que había un *Burger King*, un *Nathan's* y un *Starbucks*.

—Odio poner las cosas más difíciles, pero tengo que ir a mear —dijo ella—. ¿Tú no?

David escudriñó el aparcamiento y no vio ningún coche de policía. Pero ¿y si había algún agente dentro del edificio, apostado justo delante del servicio de caballeros? Las probabilidades eran remotas, pero era un riesgo.

—Yo me quedaré en el coche. Puedo mear en un vaso o algo así.

Ella le lanzó una mirada de advertencia.

—Muy bien, pero ten cuidado. Será mejor que no mojes el asiento del coche.

Aparcó en un rincón vacío del aparcamiento, a unos diez metros del vehículo más cercano. David le dio un par de billetes de veinte dólares.

—¿Podrías aprovechar para comprar algunas cosas? Quizá unos sándwiches, un poco de agua, unas patatas...

—¿Quiere eso decir que te has cansado de los *Snackwells*? —Ella volvió a sonreír mientras abría la puerta del conductor y se dirigía hacia los servicios.

En cuanto se hubo ido, David se dio cuenta de que necesitaba mear inmediatamente. Buscó dentro del Corvette algún tipo de recipiente, hurgando por debajo de los asientos en busca de una botella de agua vacía o una taza de café, pero no tuvo suerte: el coche estaba imaculado. No había basura, ni siquiera en la guantera. Podía esperar que Monique regresara con las botellas de agua que acababa

de comprar y vaciar una, pero no le gustaba la idea de mear delante de ella. Sin saber qué hacer, miró hacia el aparcamiento y entonces divisó a unos quince metros una zona de picnic con hierba y una arboleda. Una familia tomaba un desayuno *Burger King* en una de las mesas, pero parecían estar a punto de marcharse. La joven madre les decía a los niños que recogieran los despojos mientras el padre permanecía de pie, impaciente, con las llaves del coche ya en la mano.

Unos minutos después la familia se dirigió hacia su monovolumen y David salió del Corvette. Caminó hacia la zona de picnic, mirando antes por encima del hombro a un lado y a otro. La única persona a la vista era un anciano que paseaba con su dachshund por un extremo del aparcamiento. David pasó por delante de las mesas del picnic, se escondió detrás del árbol más grande y se bajó la bragueta. Cuando hubo terminado volvió al Corvette, por fin aliviado. Al salir de la zona de hierba, sin embargo, vio que el anciano del perro se acercaba a toda prisa hacia él.

—¡Eh, oiga! —le gritó.

David se quedó inmóvil. Durante un segundo pensó que se trataba de un policía disfrazado. Pero al acercarse David vio que era un anciano de verdad. Tenía saliva en los labios y su sonrosado rostro estaba tan arrugado como una pasa. Golpeó el pecho de David con su periódico enrollado.

—¡He visto lo que ha hecho! —le regañó—. ¿Es que no sabe que aquí tienen servicios?

Divertido, David sonrió al anciano.

—Mire, lo siento, era una emergencia.

—¡Es asqueroso, eso es lo que es! Lo que debería...

De pronto el anciano dejó de reprenderlo. Se quedó mirando a David fijamente, entrecerrando los ojos, luego miró hacia el periódico que llevaba en la mano. Su rostro empalideció. Se quedó quieto durante un segundo con la boca abierta, dejando a la vista una hilera de dientes torcidos y amarillentos. Entonces se dio la vuelta y empezó a correr, tirando frenéticamente de la correa del dachshund.

En ese mismo instante, David oyó que Monique le gritaba:

—¡Vuelve aquí!

Estaba de pie junto al Corvette, con una bolsa de plástico en la mano. Mientras él se acercaba apresuradamente, ella tiró la bolsa dentro del coche, se sentó en el asiento del conductor y arrancó el motor.

—¡Vamos, vamos métete dentro!

En cuanto David se deslizó en el asiento del acompañante, el Corvette arrancó. Monique puso a tope el motor y en unos segundos ya estaban fuera del área de servicio y cogiendo la rampa de entrada a la autopista.

—¡Joder! —gritó ella—. ¿Por qué has tenido que ponerte a hablar con ese anciano?

David estaba temblando. El anciano lo había reconocido.

La aguja del cuentakilómetros llegó a los ciento cincuenta. Monique pisó a fondo el acelerador y el Corvette avanzó a toda velocidad por la autopista.

—Espero que la siguiente salida esté cerca —dijo ella—. Tenemos que salir de esta autopista antes de que tu amigo llame a la policía.

En su mente, David visualizó al tipo del perro otra vez. El periódico enrollado, pensó. Así es como me ha reconocido.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Monique alargó el brazo hacia la bolsa de plástico que se encontraba entre los dos y sacó un ejemplar del *Pittsburgh Post-Gazette*.

—He visto esto en el quiosco que había al lado del *Starbucks*.

David vio la noticia en la parte superior de la primera plana. El titular decía: «SEIS AGENTES ASESINADOS EN NUEVA YORK DURANTE UNA REDADA DE DROGAS», y debajo, en letra más pequeña, «LA POLICÍA BUSCA A UN PROFESOR DE COLUMBIA». Y encima del titular reproducían la fotografía de David en blanco y negro que había aparecido en la solapa de *Sobre hombros de gigantes*.

Simon observaba el tranquilo río Delaware desde el parque Washington Crossing State de Nueva Jersey. Estaba de pie en un aparcamiento desierto que daba al río, apoyado en el lateral de un reluciente Ferrari amarillo.

Había cogido el coche —un Maranello 575 cupé— del garaje del *Princeton Auto Shop*. Keith, el mecánico que había conocido en la casa de Monique Reynolds, le había dicho dónde encontrar las llaves. Los acontecimientos se habían desarrollado de forma francamente afortunada, teniendo en cuenta que Simon se había visto obligado a abandonar su Mercedes después de su encuentro con el agente del Departamento de Policía de Princeton. Keith habría sido todavía de mayor ayuda si le hubiera dicho adónde habían ido David Swift y Monique Reynolds, pero el joven mecánico insistió en que no lo sabía, incluso después de que Simon le hubiera cortado tres dedos y le hubiera sacado las entrañas.

Simon negó con la cabeza. Lo único que tenía ahora era la nota que Monique había dejado en la encimera de la cocina. Sacó la hoja de papel doblada del bolsillo y la volvió a estudiar, pero no contenía ninguna pista.

Keith,

Lamento todo esto, pero David y yo tenemos que irnos ahora mismo. Tiene unos importantes resultados que hemos de evaluar. Te llamaré cuando vuelva.

P.D.: Hay zumo de naranja en la nevera y bagels en la cesta del pan. No te olvides de cerrar la puerta.

Las líneas finales habían quedado oscurecidas por una huella de sangre que Simon había dejado al coger la nota. Antes de salir de la casa, cogió los bagels. Keith ya nunca más volvería a comer.

Simon se volvió a meter la nota en el bolsillo y miró la hora: eran las 9.25. Quedaba poco para la conversación diaria con su cliente. Cada mañana, exactamente a las 9.30, Henry Cobb lo llamaba para estar al tanto de los progresos de la misión. Casi con toda seguridad «Henry Cobb» era un alias. Simon nunca lo había visto en persona —cerraron el contrato por teléfono, utilizando varios códigos que Henry había diseñado—, pero a juzgar por su acento, su verdadero nombre debía de ser Abdul o Muhammad. Aunque Simon todavía no había descubierto la nacionalidad del tipo, lo que sí tenía claro era que sin duda su residencia estaba en algún lugar entre El Cairo y Karachi. Dado que Simon se había pasado tantos años matando insurgentes musulmanes en Chechenia, le sorprendió un poco que un grupo islámico quisiera contratarlo. Pero quizá no les había dado a los yihadistas suficiente crédito. Si estaban de verdad comprometidos con su causa, no les importaría otra cosa que conseguir al mejor hombre para el trabajo. Y el historial de Simon, bien lo sabían los chechenos, era excelente.

Cualesquiera que fueran la naturaleza e intenciones de la organización de Henry, una cosa estaba clara: contaban con importantes recursos. Para preparar a Simon para la misión, Henry le había enviado toda una caja de libros de texto sobre física de partículas y relatividad general, así como una docena de ejemplares de la *Physical Review* y el *Astrophysical Journal*. Y lo que es más importante, había transferido a Simon 200.000 dólares para cubrir sus gastos y le había prometido un millón más cuando hubiera terminado el trabajo.

Lo irónico del asunto era que Simon hubiera estado encantado de hacer el trabajo gratis de haber sabido desde el principio de qué iba. No había sido consciente de la magnitud de la ambición de Henry hasta hacía una semana, cuando acudió a la casa de campo que Jacques Bouchet tenía en la Provenza. Simon había atacado al físico francés mientras estaba en la bañera, y, después de una refriega breve y pasada por agua, el tipo empezó a hablar. Lamentablemente, sólo conocía unas pocas partes de la *Einheitliche Feldtheorie*, pero sí habló bastante acerca de las posibles consecuencias del uso incorrecto de las ecuaciones. Estaba claro que Bouchet esperaba que Simon se horrorizara ante esa información, quizá lo suficiente como para abandonar del todo la misión, pero en vez de eso Simon se sintió exultante. Quiso la suerte que los deseos de su cliente encajaran perfectamente con los suyos. Sintiendo una oleada de triunfo, siguió interrogando a Bouchet hasta que el anciano se sentó temblando en la bañera. Entonces le cortó las muñecas y vio cómo las nubes de sangre teñían el agua.

A las 9.29, Simon cogió su teléfono móvil y lo abrió, anticipando la llamada de Henry. Sergéi y Larissa aparecieron en la pantalla, sonriendo expectantes. Sed

pacientes, susurró Simon. Ya falta poco.

A las 9.30, el teléfono sonó. Simon se llevó el aparato a la oreja.

—Hola, aquí George Osmond —dijo. Era su alias.

—Buenos días, George. Me alegro de volver a hablar con usted —dijo una voz queda y cuidadosa con acento de Oriente Medio—. Dígame, ¿qué tal el partido de anoche?

Por alguna razón, Henry solía utilizar metáforas de béisbol a modo de código. Aunque sus veladas conversaciones a veces rayaban lo ridículo, Simon tenía que admitir que las preocupaciones tenían sentido. Desde el 11-S ninguna llamada era segura. Tenías que suponer que el gobierno lo escuchaba todo.

—El partido fue un poco decepcionante —dijo—. No hubo tantos, de hecho.

Hubo una larga pausa. Estaba claro que Henry no estaba satisfecho.

—¿Y qué hay del lanzador? —Ése era el código que utilizaban para referirse a Kleinman.

—No tuvo oportunidad de jugar. Ni lo hará ya esta temporada, me temo.

Una pausa todavía más larga.

—¿Cómo ha podido pasar eso?

—Los *Yankees* ^[8] se metieron por medio. Puede leerlo en los periódicos de hoy. Claro que los periodistas no conocen bien todos los detalles. Han intentado convertirlo en otro escándalo de drogas.

Esta vez el silencio se alargó durante casi medio minuto. Simon se imaginó a su cliente vestido con una chilaba blanca, tirando con fuerza de una sarta de cuentas.

—Esto no me hace muy feliz —dijo finalmente—. Contaba con este lanzador. ¿Cómo nos las vamos a arreglar sin él?

—No se preocupe. Tengo otras perspectivas. Un hombre más joven, un jugador muy prometedor. Parece que trabajó codo con codo con el lanzador.

—¿He oído hablar de este jugador alguna vez?

—También lo mencionan en los periódicos. Es un jugador universitario. Creo que tiene lo que necesitamos.

—¿Sabe dónde está?

—Todavía no. Estuve a punto de contactar con él anoche, pero tuvo que irse de la ciudad repentinamente.

Contrariado, Henry dejó escapar un gruñido. Estaba claro que no era un hombre paciente. Pero los de su calaña rara vez lo eran.

—Esto es inaceptable —dijo—. Le estoy pagando muy bien y espero mejores resultados.

Simon sintió una punzada de irritación. Se enorgullecía de su profesionalidad.

—Tranquílcese. Rentabilizará su dinero. Sé de alguien que me puede ayudar a encontrar a este jugador.

—¿Quién?

—Un agente de la organización de los *Yankees*.

Se produjo otro largo silencio, pero éste fue distinto. Era un silencio meditabundo y de estupefacción.

—¿De los *Yankees*? —masculló su cliente—. ¿Tiene un amigo ahí dentro?

—Es una relación estrictamente profesional. Mire, los *Yankees* encontrarán a este jugador tarde o temprano. En cuanto ellos sepan dónde está, el agente me pasará la información.

—Y eso tendrá un precio, supongo.

—Naturalmente. Y necesitaré un sustancial aumento de mi presupuesto para cubrirlo.

—Se lo he dicho otras veces. El dinero no es problema. Estoy dispuesto a pagar todos los gastos necesarios.

Ahora su voz era conciliadora, casi deferente.

—¿Y está seguro de que puede confiar en este hombre?

—He concertado una entrevista con el agente para evaluar sus intenciones. Llegará dentro de unos minutos, de hecho.

—Bueno, pues entonces le dejo estar. Manténgame informado, por favor.

—Desde luego.

Simon frunció el ceño mientras colgaba el teléfono y se lo metía en el bolsillo. Odiaba tratar con los clientes. Era de largo la parte más desagradable de su trabajo. Pero no tendría que hacerlo muchas veces más. Si todo salía según lo planeado, esta misión sería la última.

Se volvió hacia el río Delaware y la línea de robles de la otra orilla. Según rezaba un cartel que había en la orilla, éste fue el lugar en el que el general Washington embarcó a sus tropas para cruzar el río. En la noche del 25 de diciembre de 1776, guió a 2.400 insurgentes de Pennsylvania a Nueva Jersey para sorprender al ejército británico en sus barracas de Trenton. Ahora el río estaba tan tranquilo, costaba creer que alguien hubiera muerto alguna vez aquí. Pero Simon sabía bien que la muerte corría bajo la rizada superficie del agua. Estaba en todos los ríos, en todos los países. Saturaba por completo el universo.

El chirrido de un todoterreno interrumpió sus pensamientos. Simon miró por encima del hombro y vio que un Suburban negro entraba en el aparcamiento. No había ningún otro vehículo a la vista, lo cual era una buena señal. Si el FBI estuviera preparando una emboscada, habrían enviado todo un convoy.

El Suburban aparcó al otro lado del aparcamiento y, unos segundos después, del coche salió un hombre vestido con un traje gris. Aunque llevaba gafas y se encontraba a casi treinta metros, Simon reconoció inmediatamente a su contacto por su distintiva forma de andar, desgarbada, con los hombros encorvados y las manos en

los bolsillos. La brisa le desgrenaba el pelo mientras caminaba por el asfalto. Probablemente llevaba una semiautomática en la cartuchera que le colgaba del hombro debajo de la americana, pero no pasaba nada: Simon también iba armado. Estaba dispuesto a correr el riesgo en caso de que la cosa derivara en un tiroteo.

El agente se detuvo a unos metros del Ferrari. Señaló el coche, sonriendo.

—Bonito coche —dijo—. Te debe haber costado una pasta.

Simon se encogió de hombros.

—No es nada. Sólo una herramienta de la profesión.

—Así que es sólo una herramienta. —El tipo dio una vuelta alrededor del Ferrari, admirando sus líneas—. No me importaría tener una herramienta como ésta.

—Eso se puede arreglar. Mi oferta sigue en pie.

El agente pasó los dedos por el alerón del Ferrari.

—Sesenta mil, ¿no? ¿Era eso?

Simon asintió.

—Treinta ahora. Los otros treinta si tu información me conduce a la captura del sospechoso.

—Bueno, supongo que hoy es mi día de suerte. Acabo de recibir una transmisión del cuartel general mientras conducía hasta aquí. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Llevas el dinero encima?

Con los ojos puestos en el agente, Simon metió el brazo dentro del Ferrari. Cogió el maletín negro que descansaba en el asiento del conductor.

—El primer pago está aquí. En billetes de veinte dólares.

El agente dejó de mirar el coche. Ahora toda su atención pasó al maletín. La avaricia de ese hombre era apabullante, razón por la cual Simon había cultivado este contacto en particular.

—Nos han informado de que un ciudadano ha visto a David hará una hora. En una área de descanso de la autopista de peaje de Pennsylvania.

Simon echó una ojeada a la orilla pensilvana del río.

—¿Dónde? ¿En qué área de descanso?

—Área de servicio de New Stanton. A unos sesenta kilómetros al este de Pittsburgh. La policía del estado está realizando controles, pero todavía no lo han encontrado. Seguramente ya habrá salido de la autopista.

Sin vacilar, Simon le dio el maletín al agente. Estaba ansioso por ponerse en marcha.

—Estaré en contacto contigo para el segundo pago. Recibirás mi llamada en las próximas doce horas.

El agente se aferraba el maletín con ambas manos. Parecía alucinado ante su buena suerte.

—La estaré esperando. Es un placer hacer negocios contigo.

Desde su posición estratégica, a unos cien metros, David observaba el Newell-Simon Hall, intentando recordar la localización exacta de la oficina de Amil Gupta. Él y Monique estaban de cuclillas dentro de una aula vacía del Purnell Arts Center, un edificio vecino que había en el campus de la universidad Carnegie Mellon. Al parecer en esa aula daban un curso de diseño de decorados para teatro; desparramados por los pupitres había varios paneles de madera pintados para parecer árboles, casas, coches y escaparates de tiendas. Un panel grande que mostraba la entrada de una barbería con las palabras «SWEENEY TODD» encima estaba apoyado junto a la ventana desde la que David y Monique estaban espiando. Todos esos facsímiles bidimensionales le daban a la habitación una aire desorientador, como si fuera el interior de un Casa de la Risa. David pensó en su artículo sobre *Planicie*, un universo sin profundidad.

Era casi mediodía. Después del fiasco del área de servicio de New Stanton, se pasaron más de una hora dando vueltas por las callejuelas de los suburbios de Pittsburgh, manteniéndose alejados de las calles principales para poder llegar a Carnegie Mellon sin cruzarse con ningún coche patrulla. En cuanto llegaron, Monique escondió su Corvette entre los centenares de coches deportivos que había aparcados en el aparcamiento principal de la universidad y se dirigieron al campus a pie. Escogieron el Purnell Arts Center para realizar su reconocimiento porque estaba en una elevación que quedaba por encima del Newell-Simon Hall y ofrecía una excelente panorámica del aparcamiento que había entre los dos edificios.

Lo primero que David vio fue el vehículo robótico *Highlander*, un Hummer tuneado con una gran esfera plateada en el techo. Había leído sobre ese coche en la *Scientific American*. Era uno de los proyectos favoritos de Gupta. El *Highlander* podía viajar miles y miles de kilómetros sin conductor. Un par de alumnos del Instituto de Robótica estaban probando el vehículo, observando cómo navegaba de forma autónoma por el aparcamiento. La esfera del techo contenía un escáner de láser que detectaba los obstáculos que se encontraba por el camino. Uno de los estudiantes sostenía un mando de radiocontrol con el que podía apagar inmediatamente el motor si el coche robot se descontrolaba.

Lo segundo que advirtió David fueron los Suburbans. Dos todoterrenos negros estaban aparcados cerca de la entrada de Newell-Simon y otros dos estaban situados en la parte trasera del aparcamiento. Se los señaló a Monique.

—¿Ves esos todoterrenos? Son coches del gobierno.

—¿Cómo lo sabes?

—Vi unos cuantos de éstos en el garaje del FBI en Nueva York.

Luego señaló un par de tipos vestidos con camiseta y pantalones cortos que jugaban a lanzarse una pelota de fútbol americano. ¿Por qué lo hacían en medio del

aparcamiento?

—Parecen un poco mayores para ser estudiantes —señaló Monique.

—Exacto. Y mira a ese tipo sin camiseta que está tumbado en la hierba. Nunca había visto a nadie tan pálido tomando el sol.

—Hay dos más sentados en la hierba al otro lado del edificio.

David negó con la cabeza.

—Es por mi culpa. Probablemente han aumentado la vigilancia al descubrir que estábamos en la autopista. Saben que queremos ponernos en contacto con Gupta.

Se apartó de la ventana y se dejó caer contra la pared. Era una trampa. Los agentes encubiertos estaban esperando que él apareciera. Curiosamente, David no estaba asustado. Sus miedos habían remitido, al menos de momento, y ahora lo único que sentía era indignación. Pensó en el artículo de portada de la *Pittsburgh Post-Gazette*, esa elaborada historia falsa en la que se le retrataba como traficante y asesino. Santo Dios, murmuró. Esos gilipollas se creen que pueden hacer lo que les dé la gana.

Monique se recostó contra la pared, a su lado.

—Bueno, el siguiente paso está claro. Tú te quedas aquí y yo voy dentro.

—¿Qué?

—A mí no me están buscando. Esos agentes no tienen ni idea de que estoy contigo. Lo único que saben es que un viejo te vio en el área de descanso.

—¿Y qué ocurre si el tipo ese también vio la matrícula de tu coche?

Ella lo miró con desconfianza.

—¿Ese anciano? En cuanto te reconoció, salió corriendo muerto de miedo. No vio nada más.

David frunció el ceño. No le gustaba nada el plan de Monique.

—Es demasiado arriesgado. Esos agentes están inspeccionando a cualquier persona que se acerque al edificio. Que nosotros sepamos, pueden tener fotografías de todos los físicos teóricos del país, y si descubren quién eres, seguro que sospecharán. Ya han estado en tu casa, ¿recuerdas?

Ella respiró hondo.

—Sé que es arriesgado. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer? ¿Tienes una idea mejor?

Desafortunadamente, David se había quedado sin ideas. Se volvió y miró por la habitación, en busca de inspiración.

—¿Y un disfraz? —aventuró él—. Estamos en un departamento de teatro, de modo que debe de haber algunos disfraces. Quizá podrías ponerte una peluca o algo así.

—Por favor, David. Lo que podamos encontrar aquí me hará parecer ridícula. Y eso llamará todavía más la atención.

—Eso no es necesariamente cierto. Y si...

Antes de que David pudiera terminar la frase, oyó un gran estruendo en el pasillo que había fuera del aula.

—¡Mierda! —gritó Monique, y se dispuso a coger la pistola que llevaba metida en los pantalones cortos, pero David la cogió de la muñeca. Era lo último que necesitaban. La metió detrás del panel de madera que representaba la barbería de Sweeney Todd. Pronto terminó el estruendo y oyeron un tintineo de llaves. David estaba seguro de que un equipo de agentes del FBI estaba al otro lado de la puerta y que dentro de un segundo irrumpirían en el aula. Pero cuando la puerta se abrió pudo ver que sólo era la mujer de la limpieza del edificio, una joven vestida con un guardapolvo azul pálido y que tiraba de un gran contenedor de tela.

Monique se agarró al hombro de David, aliviada, pero ninguno de los dos salió de su escondite. Mirando a hurtadillas desde detrás del decorado de Sweeney Todd, David vio como la mujer de la limpieza tiraba del contenedor por el aula. Cuando llegó al otro extremo, cogió una papelera llena de material desechado —restos de las partes serradas de los paneles de madera, un montón de trapos empapados de pintura— y la vació en el contenedor. Era una mujer negra, alta y delgada, que vestía camiseta y pantalones vaqueros bajo la bata. Seguramente no tendría más de veintitrés años, pero en su rostro ya se dibujaban la preocupación y el cansancio. Fruncía el ceño mientras vaciaba la papelera en el contenedor. Y en ese momento David se dio cuenta de que, a pesar de la diferencia de edad, la mujer de la limpieza y Monique se parecían bastante. Ambas tenían las piernas largas y la misma inclinación de cabeza desafiante. David siguió mirándola mientras volvía a dejar la papelera en el suelo y empujaba el contenedor fuera del aula. Entonces, justo antes de llegara a la puerta, David salió de su escondite. Monique intentó detenerlo, pero no lo hizo a tiempo.

—Disculpe —le dijo a la mujer de la limpieza, que estaba de espaldas a él.

Ella se dio la vuelta de golpe.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué coj...?

—Siento haberla asustado. Mi colega y yo estábamos dándole los últimos retoques al decorado para la función de esta noche. —Y le hizo una seña a Monique para que diera un paso adelante. Apretando los dientes, ella salió del escondite. David le puso una mano en la cintura y la colocó a su lado—. Ésta es la profesora Gladwell —dijo—, y yo el profesor Hodges. Del Departamento de Teatro.

La mujer de la limpieza se llevó la mano al pecho, todavía recuperándose del susto. Se quedó mirando enfadada a David y Monique.

—¡Me han asustado! Pensaba que esta habitación estaba vacía hasta la una.

David sonrió para tranquilizarla.

—Normalmente lo está, pero estamos ultimando los detalles para la función de

esta noche. Es un estreno importante, estamos entusiasmados.

A la mujer no parecieron impresionarle sus palabras.

—Bueno, ¿qué quieren? ¿Tienen algo para tirar?

—Bueno, en realidad estaba pensando en la bata que lleva. ¿Habría alguna posibilidad de que nos la prestara durante unas horas?

Sus labios formaron un óvalo en señal de incredulidad. Se miró la bata, que tenía un parche que ponía «SERVICIO DE MANTENIMIENTO CARNEGIE MELLON» justo encima del pecho izquierdo.

—¿Esto? ¿Para qué lo quieren?

—Uno de los personajes de la obra es una mujer de la limpieza, pero no me gusta demasiado el disfraz que tenemos ahora. Yo quería algo más parecido a su uniforme. Sólo necesitaría enseñárselo a nuestra diseñadora de vestuario para que pudiera copiarlo.

La mujer entrecerró los ojos. No se lo tragaba.

—Mire, he de llevar este uniforme mientras trabajo —dijo—. Si se lo dejo, tendré que ir a la conserjería a buscar otro, y está bastante lejos.

—Estoy dispuesto a compensarle por la inconveniencia. —David se llevó la mano al bolsillo y sacó un fajo de billetes de veinte. Extrajo diez.

Ella se quedó mirando los doscientos dólares que había en sus manos. No es que ya no sospechara de él, pero ahora tenía una razón para ignorar sus sospechas.

—¿Me va a pagar por el uniforme?

Él asintió.

—El Departamento de Teatro cuenta con presupuesto para emergencias como ésta.

—¿Y me lo devolverá cuando hayan acabado?

—Desde luego. Lo podrá recoger esta tarde.

Mirándolo todavía con recelo, la mujer empezó a quitarse la bata.

—Pero no se lo cuente a nadie del Servicio de Mantenimiento, ¿de acuerdo?

—No se preocupe, no diré una palabra. —Y de repente se le ocurrió otra cosa más—. También necesitaremos el contenedor. Como atrezo para la función.

Ella le dio la bata a David.

—El contenedor me da igual. Puedo utilizar otro que hay en el sótano. —Ella le cogió los doscientos dólares de la mano y se fue rápidamente de la habitación, como si temiera que cambiaran de idea.

David esperó unos segundos, luego cerró el aula con llave, y con la bata colgando del brazo, se volvió hacia Monique.

—Muy bien, ya tenemos tu disfraz.

Malhumorada, ella se quedó mirando el uniforme.

—Una mujer de la limpieza. Qué original. —Había amargura en su voz.

—Eh, lo siento. He pensado que...

—Sí, ya sé lo que has pensado —ella negó con la cabeza—. Las mujeres negras limpian oficinas, ¿no? De modo que si los agentes del FBI me ven empujando el contenedor dentro del edificio, no sospecharán nada.

—Si no quieres...

—No, no, tienes razón. Eso es lo más triste, que tienes toda la razón —cogió la bata del brazo de David y la sacudió para quitarle las arrugas. La tela azul latigüeo en el aire—. No importa cuántas licenciaturas obtengas o cuántos artículos publiques o cuántos premios hayas obtenido. Para ellos, no soy más que una mujer de la limpieza.

Metió los brazos por las mangas del uniforme y empezó a abrocharse los botones. Por un momento pareció que iba a echarse a llorar. Daba igual que la intención de David hubiera sido otra, ella se había sentido terriblemente herida.

—Monique —empezó a decir—. Es culpa mía. Yo no...

—Tienes toda la razón, es culpa tuya. Ahora métete ahí dentro.

Estaba señalando el montón de basura que había dentro del contenedor de lona. Confundido, David se la quedó mirando.

—¿Dentro?

—Sí. Escóndete en el fondo y yo apilaré la basura encima. Así los dos podremos entrar en el edificio y ver a Gupta.

Mierda, pensó. Y había sido idea suya.

Lucille Parker estaba sentada en uno de los asientos del C-21, la versión de las Fuerzas Armadas del avión a reacción Lear ^[9], mientras sobrevolaba el oeste de Pennsylvania. Miró por la ventanilla y vio la autopista que se extendía como una cuerda a lo largo de las colinas y los valles verdes. En algún lugar de su recorrido estaba el área de servicio en la que habían visto a David Swift, pero Lucille no lo veía. Lo más probable era que ya la hubieran pasado. A lo lejos podía ver la ciudad de Pittsburgh, un borrón gris a horcajadas del río Monongahela.

La llamada del director del Bureau sonó justo cuando el avión empezaba su descenso. Lucille cogió el auricular del ARC-190, el aparato de radio de las Fuerzas Aéreas que permitía mantener comunicaciones seguras con tierra firme.

—Aquí Negro Uno.

—Hola Lucy —dijo el director—. ¿Cómo va todo?

—En unos diez minutos llegaré al Pittsburgh International. Un vehículo me espera en el aeropuerto.

—¿Y qué hay de la emboscada?

—Sin noticias del sospechoso, pero todavía es pronto. Diez agentes rodean el edificio de Gupta y dentro hay otros diez. Tenemos videocámaras en el vestíbulo y en

todas las entradas, y micrófonos en todas las plantas.

—¿Estás segura de que ésta es la mejor forma de proceder? Quizá podríamos coger a Gupta y ver qué sabe.

—No, si detuviéramos ahora a Gupta se sabría rápidamente. Y Swift ya no se acercaría. Pero si mantenemos las cabezas gachas, podremos arrestarlos a ambos.

—Muy bien. Cuento contigo, Lucy. Cuanto antes terminemos este trabajo, mejor. Estoy harto de las llamadas del secretario de Defensa. —El director dejó escapar un largo suspiro—. ¿Necesitas algo más? ¿Más agentes, más apoyo?

Lucille vaciló. Esto iba a ser peliagudo.

—Necesito los expedientes personales de todos los agentes de la región de Nueva York.

—¿Por qué?

—Cuanto más pienso en lo que pasó en la calle Liberty, más convencida estoy de que hubo algún tipo de filtración. Los atacantes conocían demasiado bien nuestra operativa. Creo que tenían ayuda de dentro.

El director volvió a suspirar.

—Dios. Justo lo que necesitábamos.

Estaba oscuro, era incómodo, y olía mucho peor de lo que David esperaba. La mayoría de la basura que tenía encima era inofensiva —papeles, trapos, trozos de tela y demás—, pero alguien había tirado los restos del burrito que había tomado para desayunar y ahora el sulfúreo aroma de los huevos podridos había impregnado el fondo del contenedor. Para empeorar las cosas, tenía la espalda apoyada en el borde irregular de un tablón de madera y se le clavaba en los omóplatos cada vez que las ruedecillas cogían un bache. David intentaba soportar el dolor mientras Monique empujaba el contenedor fuera del Purnell Arts Center y cogía el sendero en dirección al Newell-Simon Hall.

Después de un minuto más o menos, sus ojos se ajustaron a la oscuridad y vio una pequeña raja vertical en la lona del contenedor. Se las ingenió para colocarse a cuatro patas y se movió hacia delante para poder mirar a través de la abertura. Ahora estaban en el aparcamiento; justo delante tenía el coche robot *Highlander*, que avanzaba energicamente hacia la entrada de servicio del Newell-Simon. Monique iba detrás del vehículo y de los dos alumnos que seguían sus progresos. El plan parecía funcionar. En pocos segundos estarían dentro del edificio. Entonces David oyó que alguien gritaba, «¡Ojo!», y segundos más tarde un gran estrépito en las capas de basura que tenía encima. Un objeto romo le golpeó en la parte posterior de la cabeza, aplastándole la nariz contra el fondo del contenedor. El dolor era intenso, pero no hizo ruido alguno. Pronto oyó unos pasos, el sonido de las zapatillas deportivas contra el asfalto. A través de la raja vio un par de piernas pálidas y peludas, y luego

otro par más. Oh, mierda, pensó. Son los agentes que jugaban a la pelota. Su pelota de piel había caído justo en el contenedor. Y lo que era peor, el impacto había removido la basura que tenía encima y dejó expuestos sus hombros y parte de la cabeza.

Los agentes se acercaron. Uno de ellos estaba a menos de dos metros. David se quedó muy quieto, a la espera de que el tipo se inclinara sobre el contenedor y lo viera. Entonces vio que un tercer par de piernas, suaves y morenas, se interponía delante del agente.

—¡Maldita sea! —gritó Monique—. ¡Casi me dais con esa cosa!

—Lo siento, señora —contestó el agente—. No queríamos...

—¡Esto no es un patio! ¡Deberíais tener más cuidado!

El tipo retrocedió un paso. Con unas pocas palabras y un poco de actitud, Monique lo había intimidado. David no pudo más que sentir admiración por su estrategia. La mejor defensa es un buen ataque.

Las punteras de las sandalias de Monique se volvieron hacia el contenedor y se inclinó sobre el borde. David sintió sus manos en la espalda mientras cogía la pelota y volvía a colocar la basura para taparlo. Luego se volvió hacia los agentes.

—Aquí está vuestra pelota. Ahora id a jugar a otro lado.

Las piernas pálidas retrocedieron. Las morenas permanecieron en guardia unos segundos más, y luego desaparecieron de la vista y el contenedor se volvió a poner en marcha.

Pronto cruzaron la puerta de entrada de servicio del Newell-Simon Hall, un descargadero que también hacía las veces de garaje para el *Highlander*. Monique se dirigió hacia el montacargas y presionó el botón. David contuvo la respiración hasta que las puertas del ascensor se abrieron y Monique metió adentro el contenedor. En cuanto las puertas se cerraron de nuevo, ella tosió un par de veces en rápida sucesión. Como suponían que el FBI había colocado micrófonos en el edificio, acordaron un sistema de señas —cuando Monique tosía dos veces quería decir: «¿Estás bien?»—. David tosió una vez a modo de respuesta afirmativa, y llegaron a la cuarta planta.

Tras recorrer un pasillo inmaculadamente limpio, llegaron a la recepción de la oficina de Amil Gupta, que David reconoció de su última visita al Instituto de Robótica. Tal y como recordaba David, en el centro de la sala había un elegante escritorio negro repleto de monitores de ordenador, pero la recepcionista ya no era la rubia alta y pechugona que le había echado miraditas mientras él esperaba a Gupta para la entrevista. Ahora había un hombre joven, muy joven, de unos dieciocho años como mucho. Davidladeó un poco la cabeza para poder ver mejor al adolescente a través del agujero en la lona. El muchacho miraba la pantalla del ordenador y manipulaba frenéticamente un *joystick* que había junto al teclado. Lo más probable es que fuera un estudiante universitario, un friqui de la informática que había terminado

antes de tiempo la secundaria y ahora se pagaba la universidad haciendo de secretario para el Instituto de Robótica. Tenía la cara algo regordeta, la piel aceitunada y unas espesas cejas negras.

Monique dejó el contenedor atrás y se acercó al escritorio del muchacho.

—Disculpa —dijo—. He de entrar a limpiar el despacho del doctor Gupta.

Ni siquiera levantó la mirada. Tenía los ojos puestos en la pantalla, moviéndose de un lado a otro al ritmo de las convulsiones del juego de ordenador.

—Disculpa —repitió Monique, esta vez un poco más alto—. Voy a entrar en su despacho para vaciar las papeleras, ¿vale?

Siguió sin obtener respuesta. La boca del muchacho permanecía abierta mientras miraba fijamente la pantalla, y la punta de la lengua descansaba sobre el labio inferior. No había emoción alguna en su rostro, sólo una concentración estática, maquinal. El efecto general era un poco desconcertante. Quizá no fuera un estudiante universitario, pensó David. Se le ocurrió que quizá el muchacho tenía algún problema.

Al final, Monique se dio por vencida y se dirigió hacia la puerta que había detrás del mostrador de recepción. Tiró del pomo, pero no giraba. Frunciendo el ceño, se volvió hacia el adolescente.

—La puerta está cerrada —dijo—. Tienes que abrirla para que yo pueda hacer mi trabajo.

El muchacho no respondió, pero de repente David oyó un potente zumbido que provenía de algún lugar cercano. Era el chirrido de un motor eléctrico y parecía que se acercaba al contenedor. En el rostro de Monique se dibujó una expresión de desconcierto al mirar hacia el otro lado de la habitación. Entonces vio lo que había llamado su atención: una máquina plateada y cuadrangular, del tamaño de una maleta, que avanzaba hacia ella sobre unas ruedas de oruga. Se detuvo al llegar a sus pies, extendió un brazo robótico y apuntó a Monique con un sensor con forma de bulbo.

La máquina parecía algo así como una tortuga de cuello muy largo. Monique y el robot se miraron recelosamente el uno al otro durante un par de segundos, y luego una voz sintética surgió de los altavoces de la máquina.

—¡Buenos días! Soy el Recepcionista Autónomo AR-21, desarrollado por los alumnos del Instituto de Robótica. ¿En qué puedo ayudarla?

Monique se quedó embobada ante la cosa. Echó un vistazo al recepcionista humano, seguramente preguntándose si le estaba gastando una broma, pero el adolescente todavía estaba absorto en su juego de ordenador.

La máquina reorientó su sensor hacia la cara de ella para registrar sus facciones.

—Quizá puedo serle de ayuda —entonó—. Por favor, dígame lo que quiere e intentaré ayudarla.

Con evidente renuencia, ella se volvió hacia la máquina y miró directamente al

sensor bulboso.

—Soy la mujer de la limpieza. Abra la puerta.

—Lo siento, —contestó el AR-21—. No he entendido lo que ha dicho. Por favor, ¿podría repetir sus palabras?

Monique frunció todavía más el ceño.

—La... mujer... de... la... limpieza —volvió a decir, más alto y más lentamente—. Abra... la... puerta...

—¿Ha dicho «cabeza encubierta»? Por favor, conteste sí o no.

Dio un paso hacia la máquina y por un momento David pensó que iba a darle una patada.

—Necesito... entrar en... el despacho... del doctor Gupta. ¿Comprendes? Oficina... del doctor Gupta.

—¿Ha dicho Gupta? Por favor diga sí o no.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Doctor Gupta!

—El profesor Amil Gupta es el director del Instituto de Robótica. ¿Desearía concertar una cita con él?

—¡Sí! ¡Digo, no! ¡Sólo quiero limpiar su despacho!

—Las horas de oficina del profesor Gupta son los lunes y los miércoles. Podría darle hora para el próximo lunes a las tres en punto. ¿Le iría bien? Por favor, conteste sí o no.

Monique ya no podía más. Levantó los brazos a modo de rendición y regresó al lado del contenedor. David sintió una sacudida cuando ella agarró el borde del forro de tela, y empezó a empujar el contenedor hacia atrás, llevándolo fuera de la sala de recepción. Avanzaron rápidamente por el pasillo; las ruedecillas del contenedor traqueteaban en las baldosas del suelo. En vez de regresar al montacargas, sin embargo, Monique abrió la puerta de un cuarto de mantenimiento y metió el contenedor dentro.

En cuanto la puerta se cerró, estiró el brazo hacia el montón de basura y apartó los papeles arrugados y los trapos sucios que cubrían la cabeza y los hombros de David. Apoyándose sobre los codos, éste levantó la mirada y vio el exasperado rostro de Monique, que se asomaba a un lado del contenedor. El mensaje estaba claro: necesitamos ayuda.

David inspeccionó cuidadosamente el cuarto. Las paredes estaban forradas de estanterías de metal que contenían un surtido de material de oficina y conserjería —limpiasuelos, paquetes de papel de váter, cajas de cartuchos de tinta—. En un rincón había un fregadero grande de acero inoxidable. No parecía haber ninguna cámara de vigilancia. Estaba claro que el FBI podría haber escondido alguna, pero David dudaba que los agentes federales instalaran un elaborado sistema de vídeo en un cuarto tan pequeño y normalmente desocupado. Cosa distinta eran los micrófonos; no

les habría costado nada poner uno en cada habitación del edificio. Sin decir una palabra, salió del contenedor, se dirigió al fregadero y abrió del todo el grifo del agua. Había visto este truco en una película, pero no tenía ni idea de si realmente evitaría que los pudieran oír. Para estar más seguros, acercó a Monique hacía sí y le habló al oído.

—Tienes que volver a la recepción.

Ella negó con la cabeza.

—Ni hablar —susurró ella—. Ese maldito robot es inútil. Su software de comunicación es patético, ése es el problema.

—Entonces vuelve y consigue que el muchacho te haga caso. Dale un golpecito en el hombro si hace falta.

—No servirá de nada. El muchacho parece discapacitado o algo así. Y seguramente los agentes del FBI pueden oír todo lo que diga ahí. Si armo demasiado jaleo, sospecharán.

—Bueno, ¿y entonces qué podemos hacer? ¿Esperar a que Gupta se quede sin papel de váter?

—¿No hay otra forma de entrar a la oficina de Gupta?

—¡No lo sé! ¡Hace años que estuve aquí! No recuerdo qué...

De repente David notó como algo chocaba con su talón. No fue más que un ligero golpeteo en la parte posterior de la zapatilla, pero le dio un susto de muerte. Miró abajo y vio un disco azul, del tamaño de un frisbee, que se movía lentamente por el suelo del cuarto de mantenimiento y dejaba un zigzagueante rastro mojado en el linóleo.

Un segundo después Monique también lo vio y, del susto, dejó escapar un grito. David le tapó la mano con la boca.

—No te preocupes —susurró él—. No es más que un robot friegasuelos. Otro de los proyectos de Gupta. Vierte un fluido limpiador según el patrón de un programa y luego absorbe el agua sucia.

Ella torció el gesto.

—Alguien debería darle un pisotón a esta cosa y terminar con su sufrimiento.

David asintió, mientras miraba el aparato, que se alejaba arrastrándose. Parecía un insecto descomunal, con esa larguirucha antena en el borde del disco. Gupta incluía radiotransmisores en todos sus robots porque estaba obsesionado con monitorizar su progreso. Cuando David entrevistó a Gupta diez años atrás, el anciano le había mostrado orgulloso una pantalla de ordenador en la que se detallaba la localización de todas las máquinas autónomas que pululaban por los pasillos y laboratorios del Newell-Simon Hall. El recuerdo de esa pantalla, con sus pitidos intermitentes y sus mapas tridimensionales le dio una idea a David.

—Si no podemos llegar hasta Gupta, haremos que sea él quien venga a nosotros

—dijo, dando un paso hacia el robot friegasuelos. Entonces se inclinó sobre la máquina y la cogió por la antena—. Esto llamará su atención. —Con un golpe de muñeca arrancó el alambre alargado.

Inmediatamente el robot empezó a emitir una ensordecedora alarma. David dio un salto hacia atrás. Ésta no era la respuesta que preveía; esperaba una alerta que sólo apareciera en el ordenador de Gupta, no este alarido revienta-tímpanos.

—¡Mierda! —gritó Monique—. ¿Qué has hecho?

—¡No lo sé!

—¡Apágalo! ¡Apaga esa cosa!

David cogió el aparato y le dio la vuelta, buscando frenéticamente un interruptor, pero en los bajos de la máquina sólo había agujeros y escobillas giratorias, y todo el aparato vibraba en sus manos debido a la fuerza de la alarma. Rindiéndose, corrió hacia el fregadero y golpeó el robot tan fuerte como pudo contra el borde de acero inoxidable. El caparazón de plástico de la máquina se rompió en dos, vertiendo fluido limpiador y placas de circuitos rotas al suelo. El sonido se detuvo abruptamente.

David se inclinó sobre el fregadero, jadeante. Se volvió hacia Monique y vio la expresión de intranquilidad de su rostro. Ella no dijo una palabra, pero estaba claro lo que pensaba. Los agentes del FBI debían de haber oído la alarma. Pronto algunos vendrían al cuarto de mantenimiento a investigar. Monique parecía paralizada por ese pensamiento, y durante unos segundos se limitó a quedarse de pie en el centro del cuarto, con los ojos fijos en la puerta. Mirándola, David sintió que algo se removía en su interior. Estaban atrapados. E indefensos. Su plan se había ido al traste antes incluso de ser concebido. Si no podían salvarse a sí mismos, mucho menos el mundo.

Entonces la puerta se abrió y Amil Gupta entró en el cuarto.

—Muy bien, explicadme cuál es la situación.

Lucille estaba en el puesto de mando móvil que el Bureau había remolcado hasta el campus de la Carnegie Mellon a primera hora de la mañana. Desde el exterior parecía un tráiler oficina normal, una caseta alargada de color beis con los laterales de aluminio, de esas que normalmente uno ve en una obra, pero su interior contenía más aparatos electrónicos que un submarino atómico. En un extremo había una serie de pantallas de vídeo que mostraban imágenes en directo de diversas oficinas, escaleras, ascensores y pasillos del Newell-Simon Hall que estaban bajo vigilancia. Un par de técnicos estaban sentados delante de las pantallas; además de analizar los vídeos, llevaban auriculares para monitorizar las conversaciones que captaban los micrófonos. En el otro extremo del tráiler, dos técnicos más examinaban el tráfico digital de las conexiones a internet del Instituto de Robótica y monitorizaban los niveles de radiación del edificio, un cuestión siempre de importancia en cualquier operación contraterrorista. Y en la sección central del tráiler, Lucille interrogaba al

agente Crawford, su obediente y ambicioso número dos.

—Gupta lleva desde las diez solo en su despacho —informó Crawford. Leía sus notas en la pantalla de una BlackBerry que sostenía en la mano—. A las diez y cuarto fue al servicio, volvió a las diez y veintiuno. A las once y cinco fue a la sala de descanso a tomar un café, volvió a las once y nueve. Ahora puedes verlo en la pantalla número uno, ahí.

En la pantalla se veía a Gupta sentado en su escritorio, reclinado en su silla giratoria y mirando fijamente el monitor de su ordenador. Era un tipo pequeño pero energético, un anciano de metro y medio y setenta y seis años de edad, con el pelo fino y gris y un moreno rostro de muñeco. Según el expediente que Lucille había leído de camino a Pittsburgh, la baja estatura de Gupta era el resultado de la malnutrición que había sufrido de niño en el Bombay de la década de los treinta. Ahora, sin embargo, no se moría de hambre; gracias a la venta de la compañía de software que había fundado y a varias inversiones que había realizado en la industria de la robótica, poseía una fortuna de trescientos millones de dólares. Aunque el tipo era más enclenque que una gallina mojada, llevaba un bonito traje italiano de color verde aceituna que ningún empleado gubernamental se podría permitir jamás.

—¿Qué hay en este ordenador? —preguntó Lucille.

—Código de software, básicamente —contestó Crawford—. Gracias al cable ISP que hemos intervenido sabemos que en cuanto ha entrado en el despacho ha descargado un programa de gran tamaño, de más de cinco millones de líneas de código. Con toda probabilidad, es uno de sus programas de inteligencia artificial. Ha estado haciendo pequeños cambios durante las últimas dos horas.

—¿Y qué hay de los correos electrónicos y las llamadas?

—Ha recibido una docena de correos, pero ninguno fuera de lo normal, y todas las llamadas entrantes han ido directas al buzón de voz. Está claro que no quiere que lo molesten.

—¿Ha recibido alguna visita?

El agente Crawford volvió a echar un vistazo a su BlackBerry.

—Uno de sus alumnos, un varón asiático que se ha identificado a sí mismo como Jacob Sun acudió a recepción y concertó una cita para verlo la semana que viene. Ninguna otra visita excepto un mensajero de FedEx. Y una mujer de la limpieza que acaba de marcharse de la recepción hace un minuto.

—¿Has cotejado las visitas con la base de datos biométrica?

—No, no lo creímos necesario. Ninguna de las visitas encajaba en el perfil.

Lucille frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir que no «encajaba en el perfil»?

Crawford parpadeó dos veces en rápida sucesión, una ligera vacilación de su porte engreído.

—Eh, pues el perfil de nuestros objetivos, David Swift y sus co-conspiradores. Los individuos que hemos observado claramente no...

—Mira, me da igual si es un alumno o una mujer de la limpieza o una anciana de noventa y nueve años en una silla de ruedas. Quiero que inspeccionéis a cualquier persona que se acerque al despacho de Gupta. Obtened las imágenes del vídeo y revisadlas con el sistema de reconocimiento de caras, ¿lo has entendido?

Crawford asintió rápidamente.

—Sí, sí señora, lo haremos inmediatamente. Lamento si...

Antes de que pudiera terminar uno de los técnicos dejó escapar un gruñido y se quitó de golpe los auriculares. Crawford, que a esas alturas estaba impaciente por terminar la conversación con Lucille, se acercó al hombre.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿*Feedback*?

El técnico negó con la cabeza.

—Una especie de alarma. En la cuarta planta, creo.

Lucille sintió un cosquilleo en el cuero cabelludo.

—Ésa es la planta de Gupta, ¿no? —Y, al mismo tiempo, se volvió hacia la pantalla número uno y vio al pequeño hombre levantarse de la silla y dejar el escritorio—. ¡Mirad, se ha levantado! ¡Va a salir del despacho!

Crawford se inclinó sobre el hombro del técnico y señaló la ristra de botones que había debajo de las pantallas de vídeo.

—Pasa a la cámara de la recepción. Veamos adónde va.

El técnico apretó un botón. En la pantalla número uno apareció un poco agraciado adolescente sentado en el escritorio de recepción y un extraño artilugio mecánico que parecía un tanque de miniatura. Pero no a Gupta. Esperaron varios segundos, pero ni rastro de él.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Lucille—. ¿El despacho tiene otra salida?

Crawford empezó a parpadear frenéticamente.

—Eh, tendría que comprobarlo en el mapa de la planta. Deje que...

—¡Mierda, no hay tiempo para eso! ¡Envía unos agentes inmediatamente!

David cogió al profesor Gupta y le tapó la boca con la mano mientras Monique cerraba la puerta. El anciano era sorprendentemente ligero, apenas pesaba más de cuarenta y cinco kilos, de modo que resultó sencillo llevarlo al rincón más alejado del cuarto de mantenimiento. Tan amablemente como pudo, David apoyó a Gupta contra la pared y se puso de cuclillas a su lado. El profesor casi doblaba en edad a David, y sin embargo, su delicada constitución, sus pequeñas manos y su rostro sin arrugas le daban una apariencia sorprendentemente infantil. Por un momento David imaginó que era a Jonah a quien sujetaba, colocándole un brazo alrededor de los hombros para protegerlo del frío y rozándole los labios para calmar sus lloros.

—¿Doctor Gupta? —susurró—. ¿Se acuerda de mí? Soy David Swift. Vine una vez aquí para hacerle unas preguntas sobre su colaboración con el doctor Einstein, ¿lo recuerda?

Sus ojos, dos nerviosas canicas blancas con el centro marrón oscuro, observaron a David con incerteza durante un segundo, y luego se abrieron en señal de reconocimiento. Sus labios se movieron bajo la mano de David.

—¿Qué está usted...?

—¡Por favor! —dijo entre dientes David—. No levante la voz.

—Es por su propia seguridad, añadió Monique, inclinándose sobre el hombro de David—. Sus oficinas están bajo vigilancia. Puede que en este cuarto haya micrófonos.

Los ojos de Gupta pasaban a toda velocidad de David a Monique y viceversa. Era obvio que estaba muerto de miedo, pero asimismo parecía intentar buscarle un sentido a la situación. Después de unos segundos asintió, mostrando su aquiescencia, y David le retiró la mano de la boca. Gupta se pasó la lengua por los labios nerviosamente.

—¿Micrófonos? —susurró—. ¿Y quién nos escucha?

—El FBI, con toda seguridad —contestó David—. Y quizá otros también. Hay gente muy peligrosa que anda detrás de usted, profesor. Tenemos que sacarlo de aquí.

El negó con la cabeza, desconcertado. Su rebelde pelo gris le caía por la frente.

—¿Es esto una especie de broma? David, no le he visto en años, y ahora viene aquí con... —Se detuvo y señaló el uniforme de Monique—. ¿Y tú quién eres? ¿Trabajas para el Servicio de Mantenimiento de la Carnegie Mellon?

—No, soy Monique Reynolds —susurró—. Del Instituto de Estudios Avanzados.

Él se la quedó mirando atentamente, como intentando situarla.

—¿Monique Reynolds? ¿La teórica de cuerdas?

Ella asintió.

—Así es. Lamento si le hemos...

—Sí, sí, yo te conozco —le dedicó una leve sonrisa—. Mi fundación subvenciona algunos experimentos de física de partículas que realiza *Fermilab*, así que estoy familiarizado con tu trabajo. Pero ¿por qué vas vestida así?

David se estaba impacientando. Era cuestión de tiempo que los agentes del FBI llegaran al cuarto de mantenimiento.

—Hemos de ponernos en marcha. Profesor, le voy a ayudar a meterse en el contenedor y luego...

—¿El contenedor?

—Por favor, límitese a acompañarnos. Ahora no hay tiempo para explicaciones.

David agarró el brazo de Gupta por encima del codo y lo ayudó a ponerse en pie. El anciano, sin embargo, no quería moverse. Con una fuerza sorprendente se zafó de

David.

—Pues me temo que tendréis que hacer tiempo. No voy a ir a ningún lado hasta que me expliquéis qué está ocurriendo.

—Mire, los agentes van a llegar en cualquier...

—Entonces te recomiendo que seas rápido.

Mierda, pensó David. Éste era el problema de estos científicos brillantes, eran demasiado jodidamente racionales. Levantó la mirada al techo un momento, intentando calmar sus miedos y aclararse las ideas. Luego miró a Gupta a los ojos.

—*Einheitliche Feldtheorie* —susurró—. Eso es lo que quieren.

Las palabras en alemán tuvieron un efecto retardado en Gupta. Al principio se limitó a levantar las cejas mostrando leve sorpresa y perplejidad, pero unos segundos más tarde se le aflojó la cara. Se apoyó contra la pared, mirando fijamente con los ojos en blanco los estantes con material de oficina.

David se inclinó hacia él para poder seguir hablándole al oído.

—Alguien está intentando reconstruir la teoría. Quizá son terroristas, quizá son espías, no lo sé. Primero fueron a por MacDonald, luego Bouchet y finalmente Kleinman —hizo una pausa, temiendo lo que tenía que decirle a continuación. Gupta había trabajado con los otros físicos durante muchos años. Él y Kleinman habían tenido una relación particularmente estrecha—. Lo siento, profesor. Los tres han muerto. Es usted el único que queda.

Gupta levantó la mirada hacia él. Un tic nervioso apareció en la morena piel aceitunada, debajo del ojo derecho.

—¿Kleinman? ¿Está muerto?

David asintió.

—Lo vi anoche en el hospital. Había sido torturado.

—No, no, no... —Gupta se agarró el estómago y gimió. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta. Parecía que iba a vomitar.

Monique se arrodilló en el suelo y rodeó con su brazo al profesor.

—Shhh-shhh-shhh —susurró, dándole unas palmaditas en la espalda—. Tranquilícese, tranquilícese. No piense en ello ahora.

David esperó unos segundos mientras Monique consolaba al anciano. Pero no podía esperar demasiado. Imaginó que los agentes del FBI estarían subiendo a toda prisa las escaleras del Newell-Simon Hall.

—El gobierno descubrió lo que estaba pasando —dijo—. Y ahora también quieren la teoría. Ésta es la razón por la que el FBI lo ha puesto bajo vigilancia y por la que me han estado persiguiendo las últimas dieciséis horas.

Gupta abrió los ojos, haciendo una mueca de dolor. La cara le brillaba del sudor.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Antes de morir, Kleinman me dio un código, una secuencia de número.

Resultaron ser las coordenadas geográficas de su despacho. Creo que Kleinman quería que de alguna forma yo salvaguardara la teoría. Que la mantuviera alejada tanto del gobierno como de los terroristas.

El profesor miró fijamente el suelo y negó con la cabeza lentamente.

—Su peor pesadilla —murmuró—. Ésta era la peor pesadilla de *Herr Doktor*.

David sintió un subidón de adrenalina. La sangre de las arterias del cuello se le aceleró.

—¿De qué tenía miedo? ¿Es una arma?

El profesor siguió negando con la cabeza.

—Nunca me lo dijo. Se lo dijo a los demás, pero a mí no.

—¿Qué? ¿Qué quiere decir?

Gupta respiró hondo. Con visibles esfuerzos, se sentó y sacó un pañuelo del bolsillo.

—Einstein era un hombre de conciencia, David. Escogió muy cuidadosamente las personas que soportarían esta carga. —Se llevó el pañuelo a la cara y se secó el sudor de las mejillas y la frente—. En 1954 yo estaba casado y mi esposa estaba embarazada de nuestro primer hijo. La última cosa que *Herr Doktor* quería era ponerme en peligro. De modo que repartió las ecuaciones entre los demás: Kleinman, Bouchet y MacDonald, ninguno de los cuales estaba casado.

Monique, que todavía estaba arrodillada el lado de Gupta, le lanzó a David una mirada de preocupación. Igualmente alarmado, David se acercó todavía más al anciano.

—Un momento —susurró—. ¿Está usted diciendo que no tiene la teoría unificada? ¿Ni siquiera una parte?

Él volvió a negar con la cabeza.

—Sé que Einstein consiguió formular la teoría y que decidió mantenerla en secreto. Pero no conozco ninguna de sus ecuaciones o los principios básicos. Mis colegas le juraron a *Herr Doktor* que no se lo dirían a nadie, y mantuvieron su juramento con gran diligencia.

La consternación de David era tan grande que se sintió mareado. Tuvo que apoyarse contra la pared para mantener el equilibrio.

—Un momento, un momento —farfulló—. Esto no tiene sentido alguno. El código de Kleinman lo señalaba a usted. ¿Por qué me envió aquí si no conoce la teoría?

—Quizá interpretaste mal el código —Gupta había recobrado parte de su compostura y ahora se dirigía a David como si éste fuera un estudiante—. Dijiste que era una secuencia numérica, ¿no?

—Sí, sí, dieciséis dígitos. Los primeros doce son la latitud y la longitud del Newell-Simon Hall. Los últimos cuatro el número de su teléfono...

David dejó la frase a medias. Había oído algo. Un rápido traqueteo metálico, quedo pero inconfundible, que provenía de la puerta del cuarto de mantenimiento. Alguien estaba intentando abrir el pomo.

El agente Crawford estaba inclinado sobre la consola de vídeo, su inquieto rostro a menos de un palmo de la pantalla. A través del micrófono de sus auriculares murmuraba instrucciones por radio al equipo de dos hombres que se dirigía al despacho de Amil Gupta. Lucille se encontraba detrás de él, observando estrechamente a todos los agentes y técnicos dentro del puesto de mando. Habían rodeado el perímetro del Newell-Simon Hall, de modo que no había posibilidad alguna de que Gupta pudiera escapar del edificio. Aun así, Lucille no se relajaría hasta que hubieran localizado al tipo.

A través del monitor de vídeo vio cómo los agentes Walsh y Miller entraban en la recepción de Gupta. Iban vestidos como estudiantes, con pantalones cortos y camisetas y zapatillas deportivas, y cada uno de ellos llevaba una mochila azul. No era el mejor disfraz del mundo, pero tendría que servir. El poco agraciado muchacho adolescente todavía estaba sentado en el escritorio de recepción, pero el extraño tanque en miniatura ya no estaba. Uno de los agentes —Walsh, el más alto— se acercó al adolescente.

—¡Has de avisar al profesor Gupta! —gritó— ¡Hay fuego en la sala de ordenadores!

El muchacho ni siquiera levantó la mirada. Siguió mirando fijamente la gran pantalla plana que ocupaba casi todo el espacio del escritorio. Como la cámara de vigilancia de la recepción estaba empotrada en la pared que había detrás del chaval, Lucille pudo ver qué había en la pantalla: un soldado animado vestido con un uniforme caqui corría por un fortín amarillo. Era un maldito juego de ordenador.

El agente Walsh se inclinó sobre el escritorio para acercarse a la cara del muchacho.

—Eh, ¿estás sordo? ¡Esto es una emergencia! ¿Dónde está el profesor Gupta?

El adolescente se limitó a ladear la cabeza y siguió jugando. Mientras tanto, el agente Miller se dirigió a la puerta del despacho de Gupta.

—Está cerrada —dijo—. Mira a ver si en el escritorio hay un interruptor que abra la puerta.

Walsh dio la vuelta al escritorio y apartó la silla del muchacho. Al agacharse para examinar la superficie, golpeó el teclado con la mano y se fue la imagen de la pantalla. En ese mismo instante, el adolescente dio un brinco de la silla y empezó a gritar. Era un alarido terrible, desesperado, maníaco. Un grito largo y firme. Mientras gritaba, el muchacho no dejaba de agitar las manos frenéticamente, como si le ardieran.

—¡Dios! —gritó Walsh mientras se volvía hacia él—. ¡Cierra el pico!

El adolescente se puso rígido y gritó con más fuerza todavía. Oh mierda, pensó Lucille mientras miraba fijamente el monitor. Ya había visto antes este tipo de comportamiento. Una de las nietas de su hermana, allá en Houston, tenía el mismo problema. El chico era autista.

Dio un paso adelante y le cogió los auriculares al agente Crawford.

—¡Olvídense del muchacho! —gritó por el micrófono—. ¡Abran la puerta!

Obedientemente, Walsh y Miller abrieron sus mochilas y sacaron el equipo de asalto. Walsh introdujo el extremo ahorquillado de la barra *Halligan* entre la puerta y la jamba, y Miller golpeó la herramienta con el mazo para incrustarla dentro. Con tan sólo tres golpes lograron abrir la puerta e irrumpieron en el despacho de Gupta. Lucille vio como los agentes aparecían en otro monitor de vídeo y pasaban junto al escritorio del profesor mientras registraban la habitación.

—No está aquí —informó Walsh por radio—. Pero hay otra puerta trasera, medio oculta entre las estanterías. ¿Quiere que vayamos por ahí?

—¡Claro que sí, maldita sea! —bramó Lucille.

A su lado, el agente Crawford hojeaba los mapas del Newell-Simon Hall.

—Esa puerta no está en los planos —dijo—. Debe tratarse de una reforma reciente.

Lucille lo miró disgustada. Ese tipo era un inútil.

—Quiero que seis agentes más arrastren su culo hasta la cuarta planta, ¿me oye? Que registren todas las habitaciones, ¡todas y cada una de las malditas habitaciones!

Mientras Crawford farfullaba las instrucciones a través de la radio, uno de los técnicos se acercó a Lucille con una hoja impresa en la mano.

—¿Agente Parker? —dijo—. ¿Puedo interrumpirla un segundo?

—¡Dios santo! ¿Y ahora qué?

—Esto... Tengo los resultados de la búsqueda en la base de datos que ha pedido. Ya sabe, la revisión de las imágenes mediante el sistema de reconocimiento de caras.

—¡Pues suéltelo de una vez! ¿Ha encontrado algo?

—Esto... sí, creo que he encontrado algo que le puede interesar.

—¿Eh, hay alguien ahí?

Los tres se quedaron completamente quietos cuando oyeron la voz que retumbaba al otro lado de la puerta. David, Monique y el profesor Gupta contuvieron la respiración al mismo tiempo. El único ruido en el cuarto de mantenimiento provenía del chorro de agua que todavía corría en el fregadero.

Luego oyeron cómo aporreaban con fuerza la puerta, con una violencia tal que incluso las paredes temblaron.

—¡Somos del Cuerpo de Bomberos! ¡Si hay alguien ahí dentro abra la puerta!

Gupta se aferró al brazo de David, clavándole sus delicados dedos en el bíceps. De nuevo David pensó en su hijo, y recordó cómo Jonah se cogía a él cuando tenía miedo. Gupta señaló la puerta y miró interrogativamente a David. Éste negó con la cabeza. Estaba claro que no se trataba del Cuerpo de Bomberos.

De repente oyeron un ruido metálico en el pasillo. Algo pesado chocó contra el marco de la puerta. Un segundo más tarde un atronador golpe retumbó en el cuarto. David vio cómo en el estrecho hueco que había entre la puerta y la jamba se abría paso el extremo ahorquillado de una barra de metal.

Monique cogió el revólver que llevaba en la cintura de los pantalones cortos y esta vez David no se lo impidió. Sabía que no tenían ninguna oportunidad, que los agentes del FBI se los llevarían por delante si empezaban a disparar, pero en ese momento no podía pensar con demasiada claridad. De hecho, se sentía como si estuviera borracho, borracho de miedo y rabia. Era estúpido y suicida, pero estaba demasiado cabreado para preocuparse. A la mierda, pensó. No me rendiré sin plantar cara.

Afortunadamente, el profesor Gupta tomó el control. Soltó a David y agarró el brazo de Monique, obligándola a bajar el arma.

—No necesitas esto —susurró—, tengo una idea mejor.

Gupta metió la mano en el bolsillo interior de su americana y extrajo un aparato de mano parecido a una BlackBerry pero que obviamente había diseñado él mismo. Con rapidez sus pequeños pulgares empezaron a pulsar las teclas del aparato. En la pantalla de miniatura apareció un trazado arquitectónico, un mapa del Newell-Simon Hall con iconos resplandecientes repartidos por las plantas del edificio. David había visto este mapa antes, en su anterior visita a la oficina de Gupta. El viejo lo utilizaba para localizar sus robots.

Otro atronador golpe retumbó en la puerta. El ruido hizo dar un brinco a David, pero Gupta permaneció inclinado sobre su pequeña pantalla, moviendo frenéticamente los pulgares. Dios, pensó David, ¿qué diablos está haciendo? Entonces tuvo lugar el tercer golpe, el más alto de todos, acompañado por un crujido metálico, el sonido del marco de acero combándose bajo la presión de la barra *Halligan*. El extremo ahorquillado había entrado unos cuantos centímetros dentro de la habitación, y ya se podía ver en él el resplandor entre gris y plateado de las luces fluorescentes. Un golpe más y la puerta se vendría abajo.

Entonces David oyó un zumbido familiar en el pasillo, al otro lado de la puerta. Era el chirrido de un motor eléctrico, que se acercaba. Y luego la voz sintetizada del Recepcionista Autónomo AR-21:

—¡PELIGRO! ¡Han sido detectados peligrosos niveles de radiación! Evacuen inmediatamente la zona... ¡PELIGRO! ¡Han sido detectados peligrosos niveles de radiación! Evacuen inmediatamente la zona...

Y como para confirmar la advertencia del robot, empezó a sonar una alarma en todos los altavoces del edificio y las luces estroboscópicas de emergencia se encendieron. Gupta había modificado la instalación eléctrica del edificio para controlarla con su aparato de mano. Bajo el ruido de la alarma, David oyó gritos en el pasillo, las voces de los agentes del FBI dándose órdenes a gritos los unos a los otros. Entonces dejaron caer sus herramientas de asalto —David oyó el repiqueteo en el suelo— y salieron corriendo hacia la salida. Al poco ya no pudo oír sus pasos.

Con una amplia sonrisa, Monique apartó la pistola y le dio un apretón en el hombro al profesor Gupta. El anciano sonrió tímidamente y señaló su controlador de mano.

—El aviso ya estaba en el programa —explicó—. Originalmente desarrollamos esta clase de robots para el Departamento de Defensa. Reconocimiento del campo de batalla. La versión militar se llama *Dragon Runner*.

David ayudó a Gupta a ponerse en pie.

—Será mejor que nos pongamos en marcha. Los agentes regresarán en unos pocos minutos con sus contadores Geiger. —Acercó al profesor hasta el contenedor y se dispuso a meterlo dentro—. No es lo más cómodo, pero así he conseguido entrar en el edificio. Sólo tiene que estirarse y quedarse quieto, ¿de acuerdo?

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —preguntó Gupta—. Ahora el FBI me está buscando y seguramente el edificio está rodeado. ¿No crees que registrarán el contenedor?

Monique, que ya había abierto la puerta, se detuvo de golpe.

—Mierda, tiene razón. No podemos salir por aquí.

David negó con la cabeza.

—No tenemos otra elección. Iremos lo más lejos que podamos con el contenedor, hasta pasar las cámaras de vigilancia, y luego tendremos que arriesgarnos a...

—La señal de esas cámaras de vigilancia —le interrumpió Gupta—, es inalámbrica, ¿no?

—¿Eh? Sí, eso creo —contestó David—. Quiero decir, es una operación secreta, así que supongo que el FBI no ha cableado todo el lugar.

Gupta volvió a sonreír.

—Entonces podemos hacer algo al respecto. Llévame al cuarto 407. El equipo de bloqueo está ahí. Después ya no necesitaremos el contenedor.

—¿Pero cómo vamos a salir del edificio? —preguntó Monique—. Aunque inutilicemos las cámaras el FBI seguirá contando con suficientes agentes para cubrir las salidas.

—No te preocupes, conozco un sitio al que podemos ir —contestó Gupta—. Mis alumnos nos ayudarán. Antes, sin embargo, tenemos que ir a por Michael.

—¿Michael?

—Sí, está sentado en el escritorio de mi recepción. Le gusta quedarse ahí jugando con el ordenador. —El chico discapacitado, pensó David. El que miraba fijamente la pantalla del ordenador en vez de responder a Monique.

—Lo siento, profesor, pero por qué quiere...

—No podemos dejarlo aquí, David. Es mi nieto.

Lucille estudió la hoja impresa que tenía entre las manos. En la derecha había una imagen de una de las cámaras de vigilancia, una fotografía de una mujer de la limpieza que empujaba un contenedor de tela en la recepción de las oficinas de Amil Gupta. A la izquierda, una página del dossier del FBI sobre Monique Reynolds, profesora de física en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton. El Bureau había recopilado bastante información acerca de la profesora Reynolds antes de la operación secreta que llevaron a cabo en su casa del 112 de Mercer Street. Según los agentes de Nueva Jersey no tenía antecedentes, aunque su madre sí contaba con una larga lista de arrestos por drogas y su hermana era una prostituta que ejercía en Washington, D.C. Es más, la profesora Reynolds no parecía tener ninguna conexión con los ayudantes de Einstein; el Instituto le había concedido el honor de vivir en el 112 de Mercer Street únicamente porque era una de sus físicas más importantes. Los agentes concluyeron que Reynolds no tenía nada que ver con el asunto y recomendaban que el Bureau hiciera pasar el registro de su casa por un acto de vandalismo. Ahora, sin embargo, parecía que esta conclusión había sido prematura.

Es guapa, pensó Lucille. Labios carnosos, pómulos prominentes, cejas bien perfiladas. Y de más o menos la misma edad que David Swift. Ambos habían sido estudiantes de posgrado de física a finales de la década de 1980. Y Princeton, claro está, era una de las paradas del tren de Nueva Jersey que Swift había cogido anoche. Aunque era imposible que Lucille hubiera adivinado previamente nada de esto, de todos modos sintió una punzada de humillación al observar la fotografía de Monique. Zorra flacucha, murmuró. Tú y Swift casi me la dais. Pero ahora ya os tengo.

Una conmoción en el otro extremo del puesto de mando interrumpió sus pensamientos. El agente Crawford estaba de pie delante de los monitores de vídeo, gritando por el micrófono de los auriculares.

—Afirmativo, retrocedan hasta la planta baja y mantengan ahí sus posiciones. Repito, mantengan sus posiciones en la planta baja. Hemos de mantener el perímetro.

Lucille dejó la hoja impresa y miró a Crawford.

—¿Qué ocurre?

—Nos informan de que hay radiación en la cuarta planta.

Estoy retirando a todos hasta que podamos enviar al equipo HazMat.

Lucille se puso tensa.

—¿Radiación? ¿Por qué no la han detectado antes? ¿De dónde proviene la

información? ¿Y de cuántos remos estamos hablando?

Esperó con impaciencia a que Crawford gritara las preguntas por el micrófono. Varios infinitos segundos más tarde obtuvo una respuesta.

—Un robot de vigilancia, un *Dragon Runner*, ha activado una alarma.

—¿Qué? ¡Pero si no hemos desplegado ningún robot de vigilancia!

—Pero el agente Walsh ha asegurado que era un *Dragon Runner*.

—Mira, no me importa... —Lucille hizo una pausa. Recordó algo que había visto en los monitores de vídeo apenas quince minutos antes. Ese extraño artilugio que parecía un tanque en miniatura que avanzaba por la recepción del despacho de Gupta.

—Mierda, ¡es uno de los robots de Gupta! ¡Es un truco!

Crawford se quedó inmóvil, parecía confuso.

—¿Un truco? ¿Qué quiere...?

No tenía tiempo para explicaciones. En vez de eso cogió los auriculares de la cabeza del desconcertado Crawford y dijo por el micrófono.

—¡Que todo el mundo vuelva a sus posiciones! No hay peligro de radiación en el edificio. Repito, no hay peligro de radiación en...

—¡Agente Parker! —gritó uno de los técnicos—. ¡Mire el Monitor Cinco!

Lucille se volvió hacia la pantalla justo a tiempo para ver a Monique Reynolds empujando el contenedor por un pasillo. Lo hacía con gran esfuerzo, con ambas manos cogidas al borde del carro y el torso inclinado, casi horizontal. Y a su lado iba el adolescente autista de la recepción del despacho de Gupta.

Monique desapareció rápidamente del campo de visión de la cámara de vigilancia, pero Lucille había tomado nota de la localización del aparato. Volvió a hablar por el micrófono.

—Que todos los equipos se dirijan al rincón sudoeste de la cuarta planta. El objetivo ha sido visto en esa zona. Repito, rincón sudoeste de la cuarta planta.

Lucille dejó escapar un largo resoplido y devolvió los auriculares a Crawford. Muy bien, pensó, ahora ya sólo es cuestión de tiempo. Miró el panel de monitores de vídeo y vio a sus agentes subiendo a toda velocidad las escaleras del Newell-Simon Hall. En menos de un minuto llegarían a la posición de Monique Reynolds y sacarían a Amil Gupta del contenedor. Y quizá también a David Swift, si es que había sido tan estúpido de entrar en el edificio con ella. Y entonces Lucille se podría olvidar de toda esta maldita misión y volver a su despacho del cuartel general, donde ya no tendría que preocuparse por físicos teóricos o historiadores fugitivos o las locas ideas del secretario de Defensa.

Mientras consideraba estas felices perspectivas, la imagen de todos los monitores de vídeo del panel se fue de golpe.

Después de conducir el Ferrari tan rápido como se atrevía durante cuatro horas y

media, Simon llegó a la Carnegie Mellon y se dirigió directamente al Instituto de Robótica. En cuanto llegó a la avenida Forbes, sin embargo, pensó que ya era demasiado tarde. Una docena de fornidos hombres vestidos con pantalones cortos y camisetas vigilaba la entrada del edificio; la mitad registraba las mochilas y los bolsos de los alumnos que intentaban salir del vestíbulo, y la otra inspeccionaba cautelosamente la gente con las semiautomáticas apenas ocultas en las pistoleras.

Rápidamente, Simon aparcó el Ferrari y encontró un emplazamiento desde el que reconocer el terreno detrás de un edificio vecino. Su intuición había acertado. David Swift y Monique Reynolds habían viajado al oeste para encontrarse con Amil Gupta. Simon conocía bastante bien a Gupta y su trabajo con el doctor Einstein; de hecho, cuando le encargaron la misión actual, supuso que Gupta sería uno de sus objetivos, junto a Bouchet, MacDonald y Kleinman. Sin embargo su cliente, Henry Cobb, le especificó claramente que no merecía la pena ir detrás de Gupta. A pesar de haber sido uno de los asistentes de Einstein en los cincuenta, Gupta no conocía la teoría unificada. Cobb no reveló cómo había llegado a descubrir este intrigante hecho, pero lo afirmó con inequívoca certeza. Así pues, no dejaba de ser divertido ver ahora como el pelotón de agentes del FBI rodeaba el Instituto de Robótica, listos para abalanzarse sobre un hombre que desafortunadamente no podría decirles nada.

El problema, sin embargo, era que David Swift también había creído que Gupta conocía la teoría, y ahora todo indicaba que los agentes federales lo habían atrapado junto con su amiguita física. Liberarlos de la custodia del FBI no iba a ser tarea fácil. El Bureau había aumentado la seguridad de la operación: además de los agentes apostados delante del Newell-Simon Hall, había otra docena en la entrada de servicio y seguramente unos cuantos más en el tráiler que utilizaban como puesto de mando. (Lo había identificado de inmediato gracias a la profusión de antenas que había en su techo). Simon, sin embargo, permaneció impertérrito. Sabía que si esperaba el momento oportuno, podría provocar una distracción. Que hubiera tantos estudiantes en la zona, mirando embobados a los agentes, ponía las cosas más fáciles. Puede que necesitara un escudo humano cuando se enfrentara a los hombres del FBI.

Simon cogió unos binoculares tácticos para observar más de cerca la operación. En la entrada de servicio había un agente alto con un M-16 de pie junto a una hilera de mujeres vestidas con batas azules y esposadas. Simon hizo zoom sobre sus rostros: las cinco eran negras, pero Monique Reynolds no se encontraba entre ellas. Unos metros más lejos, otros dos agentes husmeaban dentro de un contenedor de tela, tirando frenéticamente al aire periódicos, bolsas arrugadas y trozos de madera. Veinte segundos después toda la basura había quedado desparramada en el suelo del aparcamiento y, desalentados, los agentes miraban fijamente el fondo del carrito. Luego una corpulenta mujer con una blusa blanca y una falda roja se acercó a los agentes y empezó a gritarles. Simon se fijó en su cara, tenía arrugas alrededor de los

ojos y estaba descompuesta por la frustración. De repente la reconoció: ¡era la *babushka*! ¡La mujer de grandes pechos que casi lo mata la noche anterior! Aquí también estaba a cargo de la operación, y por el aspecto de su cara Simon podía ver que algo había salido mal. Al menos uno de sus objetivos había conseguido escapar.

Entonces Simon divisó otro enjambre de agentes que rodeaban un coche de apariencia muy peculiar. El compartimento del acompañante había sido retirado del chasis y en su lugar había un enorme bloque de maquinaria sobre el cual reposaba una gran esfera plateada. Simon se quedó mirando maravillado la cosa —había visto antes este vehículo, en un artículo sobre coches robóticos. Lo recordaba perfectamente porque su tecnología lo había fascinado—. Dentro de la esfera había un escáner de láser giratorio diseñado para detectar los obstáculos que el vehículo pudiera encontrar en su camino. Los hombres del FBI inspeccionaban minuciosamente el coche, iluminando con sus linternas todos y cada uno de sus rincones. Mientras tanto, un agente interrogaba a los dos alumnos del Instituto de Robótica que estaban probando el coche, y otro se ponía a cuatro patas para inspeccionar los bajos del vehículo, en busca de algún polizón. Finalmente los agentes permitieron que la prueba prosiguiera, y los alumnos siguieron caminando detrás del coche robótico mientras avanzaba por el aparcamiento.

Pero mientras el vehículo llegaba a la avenida Forbes y lentamente empezaba a avanzar por ella, Simon advirtió algo extraño: la esfera plateada no rotaba cuando el vehículo giraba. El escáner de láser no estaba en funcionamiento, y sin embargo el coche no se había subido al bordillo de la acera ni había chocado con el tráfico que venía en dirección contraria. Ejecutó un giro impecable, sin salirse en ningún momento de su carril. Simon sabía que esto sólo podía significar dos cosas: o el vehículo ahora utilizaba una tecnología distinta para evitar los obstáculos, o bien había un conductor oculto en algún lugar del coche.

Con una amplia sonrisa, Simon dejó los binoculares y corrió hacia su Ferrari.

En un oscuro compartimento oculto dentro del vehículo *Highlander*, Amil Gupta permanecía encorvado sobre los controles del mando teledirigido. Cuatro personas ocupaban el angosto espacio: David iba apretujado entre Gupta y Monique, mientras Michael, agachado en el otro extremo del compartimento, jugaba con una *Game Boy* que tenía colocada sobre las rodillas. Gupta les había advertido de que su nieto gritaría si lo tocaban, de modo que David y Monique se entrelazaron en un incómodo abrazo para conseguir que hubiera unos centímetros entre ellos y el adolescente. El culo de Monique aplastaba el muslo de David contra el suelo, y sus codos se le clavaban en las costillas. En un momento dado, la parte posterior de la cabeza de Monique chocó contra la barbilla de David, cerrándole la boca de golpe y haciendo que se mordiera la punta de la lengua, pero él no permaneció en silencio. Sabía que en ese momento los agentes del FBI estaban lejos del vehículo. Podía verlos en la pantalla que había en el centro del mando teledirigido, que mostraba la imagen en directo de una de las cámaras del *Highlander*.

El mando se parecía un poco al volante de una aeronave, con dos mangos negros a derecha e izquierda de la pantalla central. Gupta giró el mango derecho para que el vehículo acelerara y el izquierdo para que frenara. A trompicones, consiguió conducir el *Highlander* fuera del aparcamiento y lejos de los agentes federales. Al coger la avenida Forbes dejó escapar un silbido de alivio.

—Creo que ya estamos a salvo —dijo—. No parece que nos siga ningún agente.

Gupta permaneció en el carril de la derecha de la concurrida calle, conduciendo a paso de tortuga para que sus alumnos pudieran seguir el *Highlander* a pie. David advirtió que la brújula que había encima de la pantalla apuntaba hacia el este.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A ningún sitio en particular —contestó Gupta—. Sólo estoy intentando poner algo de distancia entre nosotros y esos caballeros del FBI.

—Vaya al aparcamiento del East campus —gruñó Monique—. Ahí es donde tengo el coche aparcado. No podré permanecer apretujada así mucho más tiempo.

Gupta asintió.

—De acuerdo, pero nos llevará unos minutos llegar hasta ahí. Puedo conducir el *Highlander* más rápido, pero si dejo atrás a mis alumnos levantaremos sospechas.

El anciano parecía experto en el uso del mando teledirigido. Estaba claro que había hecho esto antes.

—Hay algo que no entiendo, profesor —dijo David—. ¿Por qué instaló un sistema de control teledirigido en un vehículo robótico?

—El *Highlander* es un contrato del ejército —explicó Gupta—, y el ejército quería un vehículo robótico que también pudieran conducir los soldados si era

necesario. El Pentágono no se fía de la tecnología. Yo me opuse a la idea, pero ellos insistieron. De modo que diseñamos el sistema de control teledirigido y la cabina para dos hombres. Pusimos la cabina en el centro del vehículo para poder poner la mayor cantidad de capas de blindaje.

—¿Pero por qué los agentes del FBI no se dieron cuenta de que dentro podían ir personas escondidas? ¿Acaso no conocen los proyectos de ejército?

El profesor se rió entre dientes.

—Está claro que nunca has trabajado para el gobierno, David. Todos estos contratos de investigación y desarrollo son secretos. El ejército no le cuenta a la Armada cuáles son sus proyectos, y la Armada no se lo cuenta a los Marines. Algo absolutamente ridículo, la verdad.

A David se le había entumecido el pie derecho por la presión de Monique sobre su muslo. Intentó levantar un poco la pierna, con cuidado de no rozar a Michael. Los dedos del adolescente bailaban sobre los botones de la *Game Boy* pero el resto de su cuerpo permanecía inmóvil, agarrotado en un rígido ovillo fetal. En la pantalla de la *Game Boy* un soldado de dibujos animados disparaba su rifle hacia un achaparrado edificio amarillo. David lo estuvo observando durante unos segundos, luego se inclinó hacia Gupta.

—Su nieto parece mucho más tranquilo —susurró—. El juego de ordenador parece tener gran efecto sobre él.

—Ése es uno de los síntomas del autismo —dijo Gupta—. La dedicación a determinadas actividades que excluyan a los demás. Es su forma de apartarse del mundo.

El tono de Gupta era desapasionado. Hablaba como si fuera el médico del chico, sin atisbo de pesar o desesperación. A David le pareció toda una proeza de control emocional. Él no habría podido hacer lo mismo si Jonah hubiera nacido autista.

—¿Dónde están sus padres?

El profesor negó con la cabeza.

—Mi hija es drogadicta, y nunca me ha dicho quién es el padre de Michael. El chico ha vivido conmigo durante los últimos cinco años.

Gupta mantuvo la mirada en la pantalla del mando teledirigido, pero de repente sus manos se tensaron y cogieron el mando con más fuerza. Demasiado control emocional, pensó David. Incluso los hombres más racionales tienen sus puntos débiles. En vez de seguir atormentándole, David señaló la *Game Boy* de Michael.

—¿Es éste el mismo juego al que jugaba en el ordenador de la recepción de sus oficinas?

El profesor asintió enérgicamente, ansioso por cambiar de tema.

—Sí, es un programa llamado *Warfighter*. El ejército lo utiliza para el entrenamiento de combate. El Instituto de Robótica tenía un contrato para desarrollar

la nueva interfaz del programa, y Michael entró un día en la sala de ordenadores mientras trabajábamos en ello. Se quedó mirando una de las pantallas y desde entonces está enganchado. He intentado que se interese por otros programas, el Major League Baseball, o uno de ese tipo, pero a lo único que quiere jugar es al *Warfighter*.

Monique movió el culo de sitio, liberando su peso del muslo de David pero trasladándolo a la rodilla. Tenía el culo firme y musculado, y a pesar del dolor de la pierna, David sintió una oleada de excitación. Hacía tiempo que no estaba tan cerca de una mujer. Sentía deseos de rodear su cintura con los brazos y beber de su limpia fragancia, pero obviamente éste no era el momento adecuado. Se volvió hacia Gupta.

—Su instituto hace muchas cosas para los militares, ¿no? El *Dragon Runner*, el *Highlander*, el *Warfighter*.

Gupta se encogió de hombros.

—De ahí viene el dinero. Mi fundación cuenta con importantes recursos, pero sólo el Pentágono tiene suficiente dinero para financiar estos proyectos de investigación de larga duración. Ahora bien, nunca he trabajado en armamento. Reconocimiento, sí; simulación de combate, sí. Armamento, nunca.

—¿Por qué piensa que los militares están tan interesados en la teoría del campo unificado? ¿Qué tipo de arma se podría hacer con ella?

—Ya te lo he dicho. Desconozco los detalles de la *Einheitliche Feldtheorie*. Pero cualquier teoría unificada debe describir lo que les ocurre a las partículas y a las fuerzas cuando se les aplica energías muy elevadas. Energías comparables a las de un agujero negro, por ejemplo. Y en cuanto uno entra en estos dominios es de esperar que sucedan fenómenos inesperados.

De nuevo, Monique se removió encima de David. Estaba tensa, nerviosa.

—¿Pero cómo podría alguien construir una arma a partir de esos fenómenos? —preguntó ella—. Es imposible llegar a generar esas energías. Se necesitaría un acelerador de partículas del tamaño de la Vía Láctea.

—Quizá sí, quizá no —respondió Gupta—. No se pueden predecir las consecuencias de un nuevo descubrimiento en física. Mira lo que ocurrió con la teoría especial de la relatividad de *Herr Doktor*. Después de escribir el artículo en 1905 le llevó varios meses darse cuenta de que sus ecuaciones conducían a la fórmula $E = mc^2$. Y pasaron cuarenta años más hasta que los físicos descubrieron cómo utilizar la fórmula para construir una bomba atómica.

David asintió.

—En una rueda de prensa en los años treinta, alguien le preguntó a Einstein si era posible liberar la energía separando átomos. Él rechazó la idea. Dijo que «sería como intentar disparar contra pájaros en la oscuridad en un campo en el que hubiera pocos pájaros».

—Exactamente. *Herr Doktor* no podría haber estado más equivocado. Y desde

luego no quiso volver a cometer el mismo error. —El profesor negó con la cabeza—. Afortunadamente, yo nunca tuve que soportar la carga que supone la teoría unificada, pero sí sabía qué era lo que estaba en juego. No es un problema de física, sino del comportamiento de los humanos. Y es que básicamente los humanos no son suficientemente inteligentes para dejar de matarse los unos a los otros. Utilizarán cualquier herramienta que se encuentren a su alcance para aniquilar a sus enemigos.

Se quedó callado justo cuando la pantalla del mando teledirigido mostraba la entrada del amplio aparcamiento del East Campus, que era varias veces más grande que el aparcamiento que habían abandonado cinco minutos antes. El profesor atravesó la entrada con el *Highlander* y tiró del mango izquierdo para detener el vehículo. Luego presionó un botón y la imagen de la pantalla pasó a ser una panorámica de todo el aparcamiento.

—Quiero enseñaros algo —dijo—. Doctora Reynolds, ¿podría localizar su coche en la pantalla?

Monique estiró el cuello para ver mejor la pantalla. Unos segundos más tarde señaló un Corvette rojo que había al fondo, a unos cientos de metros.

—Es ése. Recuerdo haber aparcado cerca de ese autobús que hay en el rincón.

Gupta tocó la pantalla en ese punto exacto y apareció una parpadeante X blanca sobre el Corvette. Luego presionó otro botón y se cruzó de brazos.

—Ahora he pasado el *Highlander* a conducción autónoma. Observad la pantalla.

Sin que Gupta manipulara los controles, el vehículo entró en el aparcamiento. Tomó el camino practicable más corto hasta el Corvette, avanzando a unos veinticinco kilómetros por hora y esquivando con maestría los coches aparcados. Cuando se encontraban a medio camino, una furgoneta salió del sitio en el que estaba aparcada, a una distancia de apenas tres metros. La pantalla mostraba cómo el *Highlander* iba directo hacia la puerta corredera de la furgoneta. En un acto reflejo David extendió su pie derecho, buscando un pedal de freno inexistente, pero Gupta mantuvo los brazos cruzados sobre el pecho. No era necesario intervenir, porque el *Highlander* ya estaba aminorando la marcha. El vehículo se detuvo por sí solo.

—Sorprendente, ¿eh? —dijo Gupta mientras señalaba la pantalla—. La navegación autónoma es mucho más que un simple algoritmo. Incluye el análisis del terreno y la identificación de los peligros. Es un proceso extremadamente complejo de toma de decisiones, y la toma de decisiones es la clave para la inteligencia y la conciencia. —Se volvió hacia David y Monique—. Ésta fue la razón por la que me pasé de la física a la robótica. Vi que el mundo no se acercaba al sueño de *Herr Doktor*, el sueño de la paz universal. Y me di cuenta de que este sueño no se haría nunca realidad hasta que se diera un cambio fundamental en la conciencia humana.

El conductor de la furgoneta cambió de marcha y salió del camino del *Highlander*. Un momento después el vehículo robótico proseguía su itinerario hasta

el Corvette. Mientras tanto, Gupta se reclinó contra la pared del compartimento.

—Pensé que la inteligencia artificial podía ser un puente hacia esa nueva conciencia —dijo—. Si podíamos enseñar a pensar a las máquinas, puede que llegáramos a aprender algo sobre nosotros mismos. Sé que este enfoque debe de parecer completamente utópico, pero durante veinte años tuve grandes esperanzas de conseguirlo —entonces agachó la cabeza y suspiró. A la tenue luz de la pantalla de navegación se lo veía exhausto—. Pero ya no tenemos tiempo. Nuestras máquinas poseen inteligencia, pero la inteligencia de una termita. Suficiente para navegar por un aparcamiento, pero nada más.

Finalmente, el *Highlander* llegó a su destino programado. La pantalla de navegación mostró la parte trasera del Corvette de Monique a unos metros; en la matrícula del coche, personalizada, ponía CUERDAS. David se volvió hacia Gupta con la esperanza de poder determinar cuál sería el siguiente paso, pero el anciano seguía mirando el suelo.

—Qué desgracia, qué desgracia —murmuraba, negando con la cabeza—. Pobre Alastair, el secreto lo volvió loco. Regresó a Escocia para olvidarse de las ecuaciones que *Herr Doktor* le había dado, pero no pudo quitárselas de la cabeza. Jacques y Hans eran más fuertes, pero la teoría también los atormentó.

Monique echó un vistazo por encima del hombro e intercambió una mirada con David. Mientras estuvieran en el aparcamiento, no tenían tiempo para largas conversaciones. Los agentes del FBI estaban a menos de un kilómetro, y en cuanto hubieran inspeccionado cada centímetro del Newell-Simon Hall seguro que ampliarían el perímetro de su búsqueda. Puede que decidieran echarle un segundo vistazo al *Highlander*. Sintiendo una renovada preocupación, David se inclinó hacia Gupta y le tocó el brazo.

—Profesor, tenemos que irnos. ¿Cómo se abre la escotilla?

Gupta levantó la mirada pero sus ojos no se posaron en David. Viraron hacia la izquierda con los párpados entrecerrados.

—¿Sabes qué me dijo Hans la última vez que lo vi? Que lo mejor para todos sería que él, Jacques y Alastair dejaran que la teoría unificada muriera con ellos. Me sorprendió oír eso porque Hans amaba la teoría más que nadie. Cada vez que había un gran avance en la física, como el descubrimiento del quark cima o de la violación de la carga-paridad, me llamaba y decía: «¿Ves? ¡*Herr Doktor* lo predijo!». A pesar de su preocupación, David se quedó inmóvil al oír la mención a su antiguo mentor, Hans Kleinman. Se imaginó al pobre hombre solitario caminando pesadamente por las calles del Spanish Harlem con los secretos del universo encerrados en su cansada mente. No es de extrañar que no se casara nunca, o que no tuviera hijos. Y sin embargo tenía algunos amigos. Había permanecido en contacto con Amil Gupta.

—¿Cuándo fue la última vez que vio al doctor Kleinman? —preguntó David.

Gupta se lo pensó un momento.

—Unos cuatro años, creo. Sí, sí, cuatro años. Hans se acababa de jubilar de Columbia y parecía un poco deprimido, así que lo invité al Retiro de Carnegie. Ahí pasamos dos semanas.

—¿El Retiro de Carnegie? ¿Qué es eso?

—El nombre hace que parezca algo más solemne de lo que realmente es. Se trata de una vieja cabaña de cazador propiedad de la Carnegie Mellon que hay en Virginia Occidental. La universidad la pone a disposición de los miembros de la facultad durante el verano, pero casi nadie va a pasar las vacaciones ahí. Está demasiado apartada.

Una cabaña en el bosque. Kleinman y Gupta habían pasado ahí una temporada hacía cuatro años, pero ésa era su única conexión con el lugar, de modo que ni el FBI ni los terroristas lo conocerían.

—¿Y hay ordenadores en esa cabaña?

A Gupta le sorprendió la pregunta. Se llevó la mano al mentón y con el dedo índice empezó a darse golpecitos en los labios.

—Sí, instalamos un sistema informático para que Michael pudiera jugar a sus juegos. Todavía tenía trece años, sí.

Monique se dio la vuelta para poder mirar a David a los ojos.

—¿En qué estás pensando? ¿Crees que Kleinman ocultó las ecuaciones ahí?

Él asintió.

—Es una posibilidad. Según la clave de Kleinman es Gupta quien tiene la teoría, ¿no? Amil no conoce las ecuaciones, pero quizá Kleinman las escondió en secreto en uno de los ordenadores del profesor. Kleinman sabía que no podía utilizar los ordenadores del Instituto de Robótica o de casa de Amil: son los primeros sitios que el gobierno miraría si estuviera buscando la teoría. Esta cabaña en Virginia Occidental sería un escondite mucho mejor. Nadie excepto Amil sabe que Kleinman estuvo ahí.

Gupta seguía dándose golpecitos en los labios. No parecía del todo convencido.

—No vi que Hans se acercara al ordenador en el Retiro de Carnegie. Y si pensaba en esconder ahí la teoría, ¿por qué diablos no me lo dijo?

—Quizá tenía miedo de que alguien lo interrogara. O lo torturara.

Antes de que Gupta pudiera responder, Monique señaló la pantalla de navegación del *Highlander*. Los dos estudiantes que habían seguido el vehículo desde el Newell-Simon Hall hasta el aparcamiento estaban haciendo señales con la mano a la cámara, intentando llamar su atención. Uno de los jóvenes era bajito y gordo, mientras que el otro era alto y tenía la cara llena de granos, pero ambos tenían la misma expresión de preocupación en sus rostros.

—¡Mierda! —gritó Monique—. ¡Ahí fuera pasa algo!

Gupta también miró la pantalla. Presionó otro botón del mando y la escotilla oculta en lo más alto del *Highlander* se abrió con un silbido. Primero salieron Monique y David, y luego Gupta ayudó a su nieto a salir del vehículo. En cuanto las zapatillas deportivas de David tocaron el asfalto, oyó el sonido de las sirenas. Media docena de coches patrulla blancos y negros del Departamento de Policía de Pittsburgh bajaban por la avenida Forbes, en dirección al Newell-Simon Hall. El FBI había pedido refuerzos.

Monique corrió hacia el Corvette y abrió las puertas.

—¡Rápido! ¡Meteos en el coche! ¡Antes de que cierren la calle!

David acompañaba al profesor Gupta y a Michael hacia la puerta del asiento del acompañante cuando se detuvo de golpe.

—¡Un momento! ¡No podemos coger este coche! —Se volvió hacia Monique, señalando su matrícula personalizada—. Seguramente el FBI está revisando sus vídeos de vigilancia. ¡En cuanto descubran quién eres, todos los policías de Pennsylvania buscarán un Corvette rojo con esta matrícula!

—¿Y qué otra cosa podemos hacer? —le contestó a gritos Monique—. No podemos ir en el *Highlander*, ¡también lo estarán buscando!

El estudiante alto con granos levantó la mano.

—Esto... ¿profesor Gupta? Si quieren, pueden tomar prestado mi coche. Está aparcado aquí mismo. —Y señaló un cascado Hyundai Accent de color gris con una gran abolladura en el guardabarros trasero.

Monique se quedó mirando esa cosa con la boca abierta.

—¿Un Hyundai? ¿Queréis que deje mi Corvette aquí y coja un Hyundai?

Gupta se acercó al joven estudiante con granos, que ya se había sacado las llaves del coche del bolsillo, y le dio una palmada en la espalda.

—Es muy generoso de tu parte, Jeremy. Te devolveremos el coche tan pronto como podamos. Mientras tanto, creo que tú y Gary deberíais abandonar la ciudad durante unos días. Coged un autobús a los lagos Finger, haced alguna excursión por los desfiladeros. ¿De acuerdo, muchachos?

Los dos estudiantes asintieron rápidamente, obviamente encantados de hacerle un favor a su adorado profesor. Jeremy le dio las llaves a Gupta, que se las pasó a David. Monique seguía junto a la puerta del Corvette, mirando lastimeramente el coche, como si no lo fuera a ver nunca más.

Cuando David se acercó, ella le lanzó una mirada llena de reproche.

—Estuve ahorrando siete años para poder comprarme este coche. ¡Siete años!

Él pasó de largo para coger el bolso, el portátil y la bolsa de sándwiches que Monique había comprado esa mañana en el área de servicio de New Stanton. Luego dejó caer las llaves del Hyundai en la palma de su mano.

—Venga, dale caña al Accent —dijo—. He oído decir que tiene un motor de la

hostia.

Mediante sus binoculares Simon vio que del coche robótico salían cuatro personas. Reconoció de inmediato a David Swift, a Monique Reynolds y a Amil Gupta. La cuarta era un misterio —un desgarrado adolescente de pelo negro y piel oscura—. Gupta iba junto al chico, ayudándolo a salir del vehículo sin tocarlo. Sí, un auténtico misterio. El primer impulso de Simon fue asaltarlos por sorpresa, pero ese aparcamiento no era el ideal para operaciones de campo. Demasiado abierto, demasiado visible. Además, el pequeño ejército de agentes del FBI estaba demasiado cerca, y escuadrones de coches patrulla de la policía local se dirigían hacia el campus. Era mejor esperar una oportunidad más ventajosa.

Las cuatro personas se dirigieron primero al Corvette de Monique (Simon había obtenido de Keith, el malogrado mecánico, una descripción completa del coche) pero después de conferenciar brevemente con los dos estudiantes del Instituto de Robótica, el cuarteto se metió dentro de un maltrecho utilitario gris. El coche salió del aparcamiento y al coger la avenida Forbes giró a la derecha. Simon les dejó unos cien metros de ventaja antes de seguirlos con el Ferrari. No tenía pensado hacer nada hasta que estuvieran en un tramo de la autopista suficientemente aislado. Un kilómetro más adelante, el utilitario giró a la derecha otra vez y cogió la avenida Murray. Se dirigían hacia el sur.

Karen supuso que Jonah todavía estaría durmiendo. Lo había metido en la cama por la mañana, en cuanto llegaron a casa de las oficinas del FBI, y unas pocas horas después todavía estaba bajo su manta de Spiderman, la cara sobre la almohada azul y roja. Sin embargo, cuando ya se volvía para salir de la habitación, el niño se dio la vuelta y se la quedó mirando.

—¿Dónde está papá? —preguntó.

Karen se sentó en el borde de la cama y le apartó un mechón de pelo de los ojos.

—Eh, cariño —murmuró—. ¿Te sientes mejor?

Jonah frunció el ceño y le apartó la mano.

—¿Por qué lo busca la policía? ¿Ha hecho algo malo?

De acuerdo, pensó Karen. No le des demasiada información. Primero averigua qué es lo que ya sabe.

—¿Qué te dijeron los agentes anoche? Cuando te llevaron con ellos, quiero decir.

—Que papá se había metido en problemas. Y me preguntaron si tenía alguna novia. —Se sentó en la cama, apartando la manta con las piernas—. ¿Están enfadados con papá porque ahora tiene novias?

Karen negó con la cabeza.

—No, cariño, nadie está enfadado. Lo que pasó anoche fue una equivocación, ¿de acuerdo? Esos agentes se equivocaron de apartamento.

—Tenían armas. Las vi. —Los ojos de Jonah se abrieron al recordarlas. Se agarró de la manga de Karen y arrebujo la tela en su puño—. ¿Dispararán a papá cuando lo encuentren?

Ella rodeó a su hijo con los brazos y lo abrazó con fuerza, apoyando la barbilla del niño sobre su hombro. Entonces su hijo rompió a llorar; podía notar las sacudidas de su pequeño pecho contra el de ella, y un momento después también Karen se puso a llorar. Compartían el mismo miedo. Los hombres armados buscaban a David, y tarde o temprano lo encontrarían. Las lágrimas le rodaban por las mejillas y caían en la espalda de Jonah. Podía ver los borrones de humedad en su pijama.

Mientras acunaba a Jonah en su regazo, Karen se quedó mirando el cuadro que colgaba de la pared junto a su cama. Era un dibujo del sistema solar que David había hecho para Jonah un par de años atrás, justo antes de la separación. Sobre un gran póster amarillo había dibujado el sol y todos los planetas, así como el cinturón de asteroides y unos cuantos cometas errantes. David dedicó horas a delinear cuidadosamente los anillos de Saturno y la Gran Mancha Roja de Júpiter. Por aquel entonces, recordaba Karen, ella se había sentido un poco molesta por todo ese esfuerzo; él estaba dispuesto a pasarse todo el día dibujándole un cuadro a Jonah, pero no se podía tomar cinco minutos para hablar con su esposa a pesar de que su matrimonio se estaba yendo a pique. Ahora, sin embargo, se daba cuenta de que David no había sido tan desconsiderado. Simplemente había tirado la toalla ante lo inevitable. En vez de enfrascarse en otra infructuosa discusión, se inclinó sobre el póster amarillo e hizo algo que adoraba.

Un minuto más tarde Karen se secó las lágrimas del rostro. Muy bien, pensó, ya basta de lloros. Hay que hacer algo. Le puso a Jonah las manos sobre los hombros y lo miró directamente a los ojos.

—Muy bien, escúchame. Quiero que vayas al cuarto de baño y te vistas tan rápido como puedas.

Él se la quedó mirando confundido, con las mejillas hinchadas y sonrosadas.

—¿Por qué? ¿Adónde vamos?

—Vamos a ver a una amiga mía que nos puede ayudar a arreglar esta equivocación, para que papá ya no tenga más problemas, ¿de acuerdo?

—¿Cómo podrá arreglarlo? ¿Conoce a la policía?

Karen le colocó la mano en la espalda y lo empujó fuera de la cama.

—Tú vístete. Ya hablaremos cuando estemos de camino.

Mientras Jonah se quitaba el pijama, ella se dirigió a su dormitorio para ponerse un traje. Quizá el Donna Karan gris, que solía vestir cuando negociaba contratos. Para llevar a cabo lo que estaba pensando tenía que dar una imagen respetable.

Antes de llegar muy lejos, sin embargo, sonó el timbre de la puerta. Se quedó inmóvil, recordando cómo los agentes del FBI habían irrumpido en el apartamento la noche anterior. Con cautela, se acercó a la puerta de la entrada y echó un vistazo a través de la mirilla.

Era Amory. Estaba de pie delante de la puerta vestido con un traje gris y se lo veía nervioso y cansado. Un apósito en la frente cubría el corte que le habían hecho los agentes federales cuando se abalanzaron sobre él. Hablaba por el teléfono móvil y asentía, parecía estar terminando una conversación.

Karen abrió la puerta. Rápidamente Amory colgó el teléfono y entró en el apartamento.

—Karen, tienes que venir conmigo a la oficina del fiscal general. Quiere hablar contigo inmediatamente.

Ella torció el gesto.

—¿Qué? ¿Estás loco? ¡No pienso volver ahí!

—No es el FBI, es el fiscal general. Quiere disculparse por el comportamiento que anoche tuvieron los agentes —y señalando el apósito que llevaba sobre la ceja, dijo—: A mí ya me ha pedido disculpas por la brusquedad del trato.

—¿Disculparse? —Karen negó con la cabeza, estupefacta—. ¡Si quiere disculparse que venga él aquí! ¡Que se arrodille y le pida perdón a mi hijo! ¡Y que luego se agache para que le pueda dar una patada en el culo!

Amory esperó que terminara.

—También tiene noticias sobre el caso de tu ex marido. Han identificado a uno de sus co-conspiradores en el tráfico de drogas. Es una profesora de Princeton que se llama Monique Reynolds.

—Nunca he oído hablar de ella. Y no hay ningún tráfico de drogas, Amory. Ya te lo he dicho, es una historia que se han inventado.

—Me temo que estás equivocada. Esa Reynolds es una mujer negra de Washington, y está inequívocamente conectada con el tráfico de drogas. Su madre es yonqui y su hermana prostituta.

Karen agitó la mano.

—¿Y? Eso no prueba absolutamente nada. Se lo están inventando todo.

—Lo han visto con esta mujer, Karen. ¿Estás segura de que David nunca te la ha mencionado?

Amory se la quedó mirando atentamente, estudiando sus ojos. Unos segundos más tarde, ella empezó a sospechar. Se daba perfecta cuenta de la razón por la que el FBI utilizaba esta historia: todavía jugaban con la perspectiva de la novia, intentaban despertar sus celos para que así se decidiera a traicionar a su ex marido. ¿Pero por qué Amory la estudiaba con esa atención?

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó ella—. ¿Me estás interrogando?

Él se rió entre dientes al oír su pregunta, pero sonó forzado.

—No, no, sólo estoy intentando esclarecer este asunto. Es lo que hacemos los abogados...

—¡Dios santo! ¡Creía que estabas de mi lado!

Amory dio un paso hacia ella y le colocó la mano en el hombro. Ladeando la cabeza, le dedicó una mirada paternal, de esas que normalmente reservaba para los asociados júnior de su bufete.

—Por favor, tranquilízate. Claro que estoy de tu lado. Sólo estoy intentando facilitarte las cosas. Tengo algunos amigos que están dispuestos a echarnos una mano.

Le acarició el brazo, pero a ella la caricia le dio repelús. El viejo cabrón estaba conchabado con el FBI. De algún modo lo habían conseguido reclutar para su causa. Karen se quitó su mano de encima.

—No necesito tu ayuda, ¿de acuerdo? Me puedo ocupar de esto yo solita.

Él dejó de sonreír.

—Karen, por favor, escúchame. Se trata de un caso muy serio y hay personas muy importantes implicadas. Es mejor que no te enemistes con esta gente. No sería bueno para ti, ni tampoco para tu hijo.

Ella lo rodeó y le abrió la puerta de la entrada. No se podía creer que se hubiera acostado con ese gilipollas.

—Vete de aquí, Amory. Y diles a tus amigos que les pueden dar por el culo.

Él torció su patricio labio superior y, con toda la dignidad de la que fue capaz, salió del apartamento.

—Yo de ti tendría cuidado —dijo fríamente—. Intentaría no cometer ninguna imprudencia.

Karen cerró con un portazo. Efectivamente, lo que planeaba hacer se podría considerar una imprudencia.

Sentado en el escritorio de su despacho del Ala Oeste, el vicepresidente removía con tristeza su cena, un trozo de pollo pequeño y reseco, acompañado por unas zanahorias al vapor. Desde su cuarto ataque al corazón, los chefs de la Casa Blanca le servían comidas insípidas y bajas en grasa como ésta. Durante el primer año había aceptado estoicamente la nueva dieta; el recuerdo que tenía del tremendo dolor en el pecho era suficientemente vivido para seguir por el buen camino. Pero a medida que iba pasando el tiempo su resentimiento había ido en aumento. Se moría por un filete Chateaubriand bañado en sus jugos o por una cola de langosta del tamaño de un puño empapada en mantequilla derretida. Las privaciones culinarias diarias lo ponían de mal humor, y provocaban que les contestara mal a sus asesores y a sus escoltas del Servicio Secreto. A pesar de todo, seguía al pie del cañón. Los norteamericanos

dependían de él. El presidente era un tontaina, una mera figura decorativa sin cerebro, con talento para ganar elecciones, pero poco más. Sin el consejo y la orientación del vicepresidente, toda la administración se habría ido al carajo.

Mientras masticaba su insulso pollo oyó que llamaban a la puerta. Tragando con dificultad, contestó un «¿Sí?», y un momento después su jefe de gabinete entró en la oficina. Pero antes de que pudiera decir una sola palabra el secretario de Defensa lo adelantó, irrumpiendo en la habitación con su cuadrada cabeza gacha, como un ariete.

—Tenemos que hablar —anunció.

El vicepresidente le hizo una seña al jefe de gabinete para que saliera del despacho y cerrara la puerta detrás de él. A grandes zancadas el secretario de Defensa pasó junto a las sillas tapizadas que había en el centro de la habitación, y casi estuvo a punto de tirar una lámpara Tiffany que había encima de la mesita auxiliar. Ese tipo era impetuoso, irascible y extremadamente presuntuoso, pero era una de las pocas personas de la administración en las que el vicepresidente podía confiar. Llevaban juntos desde la época de Nixon.

—¿Qué ha pasado esta vez? —preguntó el vicepresidente—. ¿Otra explosión en Bagdad?

El secretario de Defensa negó con la cabeza.

—Tenemos un problema con la Operación Atajo.

El vicepresidente apartó el plato. Sintió una punzada en el centro del pecho.

—Creía que había dicho que estaba todo bajo control.

—Es culpa del maldito FBI. Ya la han cagado dos veces. —El secretario se quitó las gafas sin montura y las agitó en el aire.

—Primero perdieron a un prisionero porque lo llevaron a unas instalaciones pobremente custodiadas, y luego dejan escapar otro objetivo por culpa de una vigilancia chapucera. Ahora estas dos personas están a la fuga, ¡y el Bureau no tiene ni idea de dónde están!

La punzada en el pecho fue en aumento. Parecía que tenía una chincheta bajo el esternón.

—¿Quiénes son esos objetivos?

—Son profesores, seguramente chiflados ultraliberales. No me sorprendería que trabajaran para Al Qaeda. O quizá están a sueldo de los iraníes. Por supuesto, el Bureau no tiene ni idea. El director puso a una mujer a cargo de la operación. Eso es parte del problema.

—¿Cómo se llama?

—Parker, Lucille Parker. No sé mucho de ella salvo que es de Texas. Pero eso lo explica todo. Seguramente tiene algún tipo de conexión con el Cowboy al Mando —dijo, ladeando la cabeza hacia la izquierda, en dirección al Despacho Oval.

El vicepresidente bebió un trago de agua, con la esperanza de que calmara el

dolor que sentía en el pecho. La Operación Atajo había comenzado una semana atrás, después de que la Agencia de Seguridad Nacional diera casualmente con algo extraño mientras realizaba tareas de vigilancia en internet. Se trataba de un correo electrónico escrito en un lenguaje críptico y lleno de ecuaciones extrañas, cuyo rastro los condujo hasta un ordenador de un manicomio de Glasgow, en Escocia. Al principio, la ASN consideró que se trataba de la obra de un lunático, pero por curiosidad a uno de los analistas de la agencia se le ocurrió estudiarlo. Resultó que el autor del mensaje era un físico que antiguamente había trabajado con Albert Einstein. Las ecuaciones no eran más que un fragmento de una teoría más grande, pero fue suficiente para convencer a la ASN de organizar un destacamento especial para encontrar el resto. Según los expertos, gracias a esta teoría Estados Unidos podría obtener una potente nueva arma en la lucha contra el terrorismo.

Pero si había una cosa que el vicepresidente había aprendido durante sus treinta y cinco años en el gobierno, era que los funcionarios son incapaces de hacer nada con rapidez. Para cuando el destacamento especial de la ASN empezó a ser operativo, tres de los cuatro objetivos de la inteligencia ya habían muerto. Algún gobierno extranjero o grupo terrorista también iba detrás de la teoría, y ahora los expertos en contraterrorismo decían que si caía en las manos equivocadas, las consecuencias podían ser catastróficas. Según un memorándum del director de la ASN, podía hacer que el 11-S pareciera una simple escaramuza.

—Entonces, ¿cuál es su plan? —preguntó el vicepresidente—. Imagino que ha venido a mi despacho por alguna razón.

El secretario asintió.

—Necesito una orden ejecutiva. Quiero el despliegue de la Fuerza Delta en el sector fronterizo. Quiero que patrullen las fronteras y busquen activamente los objetivos. Ha llegado el momento de que el Pentágono tome el mando de la situación.

El vicepresidente se lo pensó un momento. Técnicamente, la Ley Posse Comitatus impedía que unidades del ejército tomaran parte en operaciones de mantenimiento de la ley y el orden en suelo de Estados Unidos. Pero se podían hacer excepciones en casos de emergencia nacional.

—Delo por hecho —dijo—. ¿Cuándo podría tener las tropas en el país?

—Ahora la fuerza está en el oeste de Iraq. Puedo aerotransportarla en menos de doce horas.

Exactamente a las seis de la tarde, mientras conducían por la Ruta 19 a través de las sinuosas colinas de Virginia Occidental, el sonido simulado de disparos que provenía de la *Game Boy* de Michael cesó de forma abrupta. El aparato emitió un pitido agudo y luego una voz sintetizada anunció: «Es hora de cenar». David miró por encima del hombro hacia el asiento trasero y vio que Michael levantaba la cabeza y

se volvía hacia el profesor Gupta, que dormitaba al lado de su nieto.

—Es hora de cenar, abuelo —dijo el muchacho.

Eran las primeras palabras que David le oía decir. Su voz era tan seca y desapasionada como la de la *Game Boy*. Aunque David podía ver el parecido entre Michael y su abuelo —tenían las mismas cejas espesas, el mismo pelo rebelde—, el adolescente tenía la mirada perdida y su rostro era inexpresivo.

—Es hora de cenar, abuelo —repitió.

Gupta parpadeó varias veces y se rascó la cabeza. Se inclinó hacia delante, mirando primero a Monique, que conducía el Hyundai, y luego a David.

—Disculpad —dijo—. Por casualidad no tendréis comida en el coche, ¿verdad?

David asintió.

—Compramos algunas cosas esta mañana —y cogió la bolsa de provisiones que Monique había adquirido en el área de descanso de la autopista de Pennsylvania—. Déjeme ver qué queda.

Mientras David buscaba en la bolsa, Monique apartó los ojos de la carretera un momento y miró por el espejo retrovisor. Llevaba dos horas observando nerviosamente la autopista por si aparecía algún coche patrulla, pero ahora su atención se centró en Gupta y su nieto.

—¿El juego de ordenador le dice cuándo comer? —preguntó.

—Sí, sí —contestó Gupta—, programamos el *Warfighter* para que se detuviera durante treinta minutos a las horas de comer. Y para que se apague por la noche, claro. Si no, Michael seguiría jugando hasta caer desfallecido.

En el fondo de la bolsa, David encontró un sándwich de pavo en un envase de plástico.

—¿Le gusta el pavo a su nieto?

Gupta negó con la cabeza —No, me temo que no. ¿No hay otra cosa?

—No demasiado. Sólo una bolsa de patatas fritas y unas pocas *Snackwells*.

—¡Oh, las patatas fritas le gustan! Pero sólo con ketchup. No se come una patata frita a no ser que lleve dos gotas de ketchup encima.

Al lado del sándwich de pavo, David encontró unas cuantas bolsitas de ketchup que afortunadamente Monique había metido en la bolsa. Se las pasó al profesor Gupta junto con las patatas fritas.

—Sí, esto es perfecto —dijo el profesor—. Es que Michael es muy especial con la comida. Es otro síntoma de su autismo.

Mientras Gupta abría la bolsa de patatas fritas, Monique volvió a mirar por el espejo retrovisor. Apretó los labios en señal de desaprobación. Patatas fritas y ketchup no era lo que se podía llamar una cena.

—¿Usted y Michael viven solos, profesor? —preguntó.

Gupta había sacado una patata frita de la bolsa y le estaba echando encima una

gota de ketchup.

—Oh sí, los dos solos. Desafortunadamente, mi esposa murió hace casi veinticinco años.

—¿Y no le ayuda nadie a cuidar de su nieto? ¿Una canguro, o una enfermera?

—No, nos las apañamos bien solos. En realidad no causa demasiadas molestias. Sólo hay que acostumbrarse a sus rutinas. —Gupta echó otra gota de ketchup en la patata y se la dio a su nieto—. Está claro que las cosas serían más sencillas si mi esposa todavía estuviera viva. A Hannah se le daban muy bien los niños. Hubiera querido a Michael con todo su corazón. Estoy seguro.

David sintió una punzada de simpatía por el anciano. Durante su entrevista para *Sobre hombros de gigantes*, Gupta le había hablado a David de la larga serie de tragedias personales que había soportado durante los años posteriores a su trabajo con Einstein. Su primer hijo, varón, murió de leucemia cuando tenía diez años. Unos pocos años después, Hannah Gupta tuvo una niña, pero sufrió un grave accidente de tráfico. Y en 1982, justo después de que el profesor abandonara la física y fundara la empresa de software que lo haría rico, una apoplejía mató a su esposa, que en ese momento contaba cuarenta y nueve años. En un momento dado de la entrevista, Amil le había enseñado a David una fotografía suya, y todavía la recordaba perfectamente: una belleza morena, esbelta y seria proveniente de la Europa del Este.

Gupta había mencionado otra cosa sobre su esposa durante esa entrevista, algo ligeramente inquietante, pero David no podía recordar los detalles. Se volvió hacia el profesor, dándose la vuelta en el asiento.

—Su esposa también estudió en Princeton, ¿no?

El anciano levantó la mirada tras echar otra gota de ketchup en una patata.

—Oh, no exactamente. Acudió a algunos seminarios de posgrado del Departamento de Física, pero nunca se llegó a matricular. Aunque poseía una mente brillante para la ciencia, la guerra interrumpió su educación, de modo que carecía de títulos académicos.

Entonces David se acordó. Hannah Gupta era una superviviente del Holocausto. Era uno de los judíos refugiados a los que Einstein ayudó a traer a Princeton después de la segunda guerra mundial. Einstein intentó salvar tantos judíos europeos como pudo, auspiciando su inmigración a Estados Unidos y buscándoles trabajo en los laboratorios de las universidades. Fue gracias a esto que Amil y Hannah se conocieron.

—Sí, tengo muy buenos recuerdos de esos seminarios —prosiguió Gupta—. Hannah se sentaba al fondo y todos los hombres de la sala le lanzaban miradas. Había cierta competencia entre nosotros por conseguir su atención. Jacques y Hans también estaban interesados en ella.

—¿Ah, sí? —David estaba intrigado. Durante su entrevista, Gupta no le había

dicho nada acerca de una rivalidad entre los asistentes de Einstein—. ¿Y hasta dónde llegó la cosa?

—Oh, no muy lejos. Hannah y yo nos prometimos antes de que Jacques o Hans se atrevieran a hablar con ella—. El profesor sonrió melancólicamente—. Todos seguiríamos siendo amigos, gracias a Dios. Hans fue el padrino de mis dos hijos. Se portó especialmente bien con mi hija cuando Hannah murió.

Fascinante, pensó David. Desearía haber conocido esta historia antes y haberla podido incluir en el libro. En cuanto se le ocurrió esto, sin embargo, se dio cuenta de que era una tontería. El descubrimiento de la teoría del campo unificado por parte de Einstein era una omisión mucho más patente en *Sobre hombros de gigantes* o en cualquier otra biografía del físico.

Unos pocos kilómetros después cogieron la Ruta 33 hacia el oeste, una carretera de un carril que serpenteaba a través de las colinas. Aunque todavía quedaba más de una hora de luz, las empinadas y boscosas laderas dejaban la carretera en sombras. Ocasionalmente pasaban por delante de una caravana a la intemperie o de un coche abandonado que se oxidaba bajo los árboles, pero éstos eran los únicos signos de civilización. Ahora la carretera estaba desierta a excepción del Hyundai y de un coche deportivo amarillo que iba medio kilómetro por detrás de ellos.

Monique volvió a mirar por el espejo retrovisor. En el asiento de atrás, el profesor Gupta le daba a Michael otra patata con ketchup, metiéndola directamente en la boca del adolescente como si estuviera dando de comer a un pajarito. David pensó que era una imagen extrañamente conmovedora, pero Monique negó con la cabeza mientras los observaba.

—¿Y ahora dónde está su hija, profesor? —preguntó ella.

Él hizo una mueca.

—En Columbus, Georgia. Es un buen lugar para los drogadictos porque Fort Benning se encuentra cerca. Hay mucha metanfetamina alrededor para los soldados.

—¿Ha intentado enviarla a algún programa de rehabilitación?

—Oh, sí, claro que lo he intentado. Muchas veces. —Bajó la cabeza y miró con el ceño fruncido la bolsita de ketchup que tenía en la mano, arrugando la nariz como si hubiera olido algo podrido—. Elizabeth es una mujer muy testaruda. Era tan brillante como su madre, pero nunca terminó el instituto. Se escapó de casa a los quince años y desde entonces vive en la pobreza. No voy a decirte cómo se gana la vida, es demasiado repugnante. Aunque Michael no hubiera sido autista, hubiera reclamado su custodia de todos modos.

Las cejas de Monique se curvaron hacia abajo y una profunda arruga vertical apareció entre ellas. En las últimas veinticuatro horas David había descubierto lo que eso quería decir. Le resultó algo sorprendente, la verdad; su propia madre era una yonqui, y él hubiera creído que esta experiencia le haría ser más comprensiva con los

problemas del profesor Gupta. Pero no era el caso. Para nada. Parecía más bien que quisiera alargar el brazo y coger al profesor por el cuello.

—Su hija no irá a rehabilitación si es usted quien se lo sugiere —dijo ella—. Hay demasiado rencor entre los dos. Necesita que otra persona intermedie en el asunto.

Gupta se inclinó hacia delante y entrecerró los ojos. Ahora él también parecía enfadado.

—Eso ya lo he intentado. Le pedí a Hans que fuera a Georgia y la hiciera entrar en razón. Fue a la casucha en la que vivía Elizabeth, le tiró todas las drogas y la metió en un centro de rehabilitación. Le buscó incluso un trabajo decente, como secretaria de uno de los generales de Fort Benning —dijo, y señaló con el dedo el reflejo de Monique en el espejo retrovisor—. ¿Sabes cuánto tiempo duró? Dos meses y medio. Empezó a irse de juerga, perdió el trabajo y dejó el tratamiento. Fue entonces cuando Michael se vino a vivir conmigo de forma definitiva.

Jadeante, el anciano se dejó caer hacia atrás en el asiento. Michael iba sentado a su lado, ajeno a todo, esperando pacientemente su siguiente patata frita. El profesor sacó una de la bolsa, pero las manos le temblaban tanto que ni siquiera podía apretar la bolsita de ketchup. David estaba a punto de preguntarle si necesitaba ayuda cuando el coche deportivo amarillo que había visto hacía un minuto pasó a toda velocidad a su lado. Iba por la sinuosa carretera al menos a 120 kilómetros por hora, e invadió el carril contrario a pesar de que en ese tramo estaban prohibidos los adelantamientos.

—¡Dios santo! —exclamó, asustado—. ¿Qué diablos ha sido eso?

Monique se inclinó hacia delante para ver mejor.

—No es un coche patrulla. A no ser que ahora los polis de Virginia Occidental conduzcan Ferraris.

—¿Un Ferrari?

Ella asintió.

—Y bien bonito. Un Maranello 575 cupé. Sólo hay cincuenta en todo el país. Cuesta unas tres veces más que mi Corvette.

—¿Cómo lo sabes?

—El decano de la Escuela de Ingeniería de Princeton tiene uno. Lo vi en el taller de Keith. Puede parecer sorprendente, pero se suele estropear con cierta frecuencia.

El Ferrari volvió a cruzar la doble línea amarilla, volviendo a su carril. Pero en vez de acelerar, el coche poco a poco fue ralentizando la marcha. Su velocidad pasó a 110, luego a 100, luego a 90 kilómetros por hora. Unos pocos segundos más tarde había reducido la velocidad a 60, hasta ir apenas a unos metros de distancia. Monique no podía adelantarle porque todas las curvas de la carretera eran cerradas.

—¿Qué le pasa a este tío? —dijo David—. Primero nos adelanta a toda velocidad y ahora va a paso de tortuga.

Monique no contestó. Alargó el cuello por encima del volante y miró el Ferrari

con los ojos entornados. Unos segundos más tarde sintió un tic nervioso en la mejilla.

—Lleva matrícula de Nueva Jersey —dijo en un tono de voz casi susurrante.

Al pie de una colina el Ferrari aceleró y se alejó unos cientos de metros. Luego el conductor pisó el freno y el coche se detuvo delante de un puente de un solo carril para bloquearles el paso.

Era una situación delicada. Simon tenía que capturar cuatro objetivos que iban en un vehículo en movimiento sin que resultaran heridos de gravedad, y sin llamar la atención de nadie. Primero consideró la posibilidad de chocar con el utilitario para sacarlo de la carretera, pero había espesos bosques a ambos lados y sabía que el coche en el que iban quedaría plegado como un acordeón si chocaban contra un árbol. Le costaría bastante sacar los objetivos del coche siniestrado, ya no digamos interrogarlos. No, antes necesitaba que se detuvieran.

Simon vio que se le presentaba su oportunidad cuando más adelante divisó un puente de un solo carril que cruzaba un arroyo poco profundo. Rápidamente, colocó el Ferrari atravesado en la carretera, cogió su Uzi y la apuntó hacia el utilitario. En cuanto el coche ralentizara la marcha lo suficiente como para dar media vuelta, dispararía a sus neumáticos. El resto sería sencillo. El vehículo ya estaba tan cerca que podía distinguir a las cuatro personas que iban dentro, incluido el desgarrado adolescente del asiento trasero. Había sido un golpe de suerte, pensó, que el jovencito fuera con ellos. Para conseguir que sus objetivos cooperaran más, había planeado empezar con el muchacho.

David vio que alguien se movía por detrás del Ferrari. Un hombre corpulento y calvo vestido con una camiseta negra y pantalones de camuflaje se había agachado en la parte posterior del vehículo. Tenía la cabeza ladeada a un lado y un ojo abierto que los miraba fijamente a través de la mirilla de una achaparrada ametralladora negra. Sintió en el pecho una fría oleada de terror. Era como si ya pudiera sentir la bala entrando en su corazón. La espalda se le puso rígida contra el asiento del vehículo y la mano derecha se agarró al apoyabrazos de la puerta. Sus ojos, sin embargo, permanecieron fijos en el pistolero que había detrás del Ferrari, y en esa fracción de segundo advirtió que el cañón del arma del tipo no les apuntaba directamente a ellos, sino un poco más abajo, a los neumáticos del Hyundai.

Monique también vio al hombre.

—¡Mierda! —exclamó—. ¡Voy a dar media vuelta!

Se dispuso a levantar el pie del pedal del gas, pero antes de hacerlo David le puso la mano encima de la rodilla y se lo impidió.

—¡No, no frenes! ¡Disparará a los neumáticos!

—¿Qué estás haciendo? ¡Déjame!

—¡Métete por ahí! —señaló un hueco entre los árboles que había a la izquierda, un sendero pedregoso y lleno de maleza que salía de la carretera e iba hasta el arroyo—. ¡Aprieta el acelerador! ¡Dale!

—¿Estás loco? ¡No podemos...!

Tres ensordecedores ruidos metálicos sacudieron el Hyundai cuando una ráfaga de la ametralladora impactó en el guardabarros delantero. Sin más discusión, Monique aceleró y giró bruscamente el coche hacia el lateral de la carretera.

Otra ráfaga de balas impactó en la parte posterior del Hyundai mientras saltaba un pequeño montículo a toda velocidad y cogía el estrecho sendero.

—¡Hijo de puta! —gritó Monique, aferrada al volante.

Mientras tanto, David, Amil y Michael rebotaban en sus asientos y todo el coche resonaba como una maleta llena de cubiertos de plata. Atravesaron a toda velocidad por las matas de hierbas y las piedras sueltas y un segundo después ya cruzaban el poco profundo arroyo, atravesando el pedregoso lecho del río casi únicamente gracias al impulso que llevaban. Las ruedas del Hyundai levantaron grandes colas de gallo en el agua y un momento después llegaron al margen opuesto del río y Monique pisó a fondo el acelerador. El motor protestó con un rugido, pero el coche logró subir el terraplén como un macho cabrío y pudo coger el sendero que llevaba de vuelta a la carretera. David miró por el espejo retrovisor en cuanto los neumáticos tocaron el asfalto y vio al hombre calvo de pie en el puente con la Uzi todavía apoyada contra el hombro. No les disparó. En vez de eso fue corriendo hacia el Ferrari y se metió en el asiento del conductor.

—¡Será mejor que le des caña! —gritó David—. ¡Viene a por nosotros!

Un sendero para piragüistas, eso es lo que era. Para que los privilegiados norteamericanos buscadores de emociones pudieran acercar sus camionetas hasta la orilla del arroyo y llevar sus botes al agua. Simon se maldijo a sí mismo por no haberse dado cuenta antes.

Mientras volvía al Ferrari y ponía primera, decidió que modificaría su estrategia. Se acabó lo de intentar capturar ilesos a los objetivos. Con que sobreviviera uno, Simon conseguiría lo que buscaba.

Monique pisaba a fondo el acelerador, pero estaban subiendo la cresta de una empinada montaña y al Hyundai le costaba llegar a los 110 kilómetros por hora. Golpeó con el puño el volante mientras el motor chirriaba y retumbaba.

—¡Ya os dije que deberíamos haber cogido mi Corvette! —gritó, mirando el cuentakilómetros.

David miró por encima del hombro hacia la ventana trasera. Todavía no se veía al Ferrari por la serpenteante carretera, pero creyó oír el gutural rugido de su motor en la distancia. En el asiento trasero, Michael volvía a tener la mirada puesta en la *Game Boy*, esperando silenciosamente que la pantalla volviera a encenderse. Ni siquiera parecía haberse dado cuenta de que pasaba algo. El profesor Gupta, en cambio, estaba extremadamente alarmado. Se había llevado ambas manos al pecho, y las había extendido a lo largo de su camisa como intentando tranquilizar los fuertes latidos de su corazón. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó jadeante.

—Todo va bien, profesor —mintió David—. No nos pasará nada.

Gupta negó frenéticamente con la cabeza.

—¡He de salir de aquí! ¡Dejadme salir del coche!

Un ataque de pánico, pensó David. Le tendió las manos, con las palmas hacia abajo, en un gesto que pretendía ser tranquilizador.

—Intente respirar hondo, ¿de acuerdo? Respire muy, muy hondo.

—¡No, he de salir de aquí!

Se desabrochó el cinturón de seguridad y estiró el brazo hacia la manecilla de la puerta. Afortunadamente, el seguro estaba puesto, y antes de que Gupta pudiera abrirlo David saltó al asiento de atrás y se lo impidió, colocándose encima del anciano y cogiéndolo por las muñecas.

—¡Ya se lo he dicho, no nos va a pasar nada! —repitió. Pero en cuanto las palabras salieron de su boca miró otra vez por el espejo retrovisor y vio el Ferrari amarillo a unos cien metros de distancia.

David se inclinó hacia delante para avisar a Monique, pero ella ya lo había visto. Sus furiosos ojos marrones estaban puestos en el espejo retrovisor.

—¡Es el coche del decano! —dijo entre dientes—. ¡Ese calvo hijo de puta lleva el coche del decano!

—Está ganando terreno —dijo David—. ¿No puedes ir más rápido?

—¡No, no puedo! ¡Él lleva un Ferrari y yo un jodido Hyundai! —Negó con la cabeza—. Debió de ir a mi casa a buscarnos. Pero a quien se encontró fue a Keith. ¡Así es como ha conseguido el coche!

El Ferrari se fue acercando a medida que llegaban a la cima de la cresta. Cuando el coche ya se encontraba a unos seis metros, David vio que el tipo calvo bajaba la ventanilla del asiento del conductor. Con la mano derecha en el volante, el tipo asomó medio cuerpo por la ventanilla y apuntó el Hyundai con la Uzi. Inmediatamente, David agarró a Michael y el profesor Gupta y los empujó hacia el suelo, detrás de los asientos delanteros. El adolescente dejó escapar un ensordecedor grito cuando David cubrió a ambos con su propio cuerpo.

—¡Agáchate! —le gritó a Monique—. ¡Nos va a disparar!

La primera ráfaga hizo añicos la ventanilla trasera, provocando que pequeños trozos del vidrio de seguridad cayeran sobre sus espaldas. La segunda pasó directamente sobre sus cabezas, las balas atravesaron el vehículo e hicieron unos cuantos agujeros en el parabrisas. Creyendo que Monique había sido alcanzada, David saltó a la parte delantera del coche para coger el volante, pero vio que ella todavía lo tenía firmemente agarrado, aparentemente ilesa. No sangraba, pero tenía las mejillas mojadas. Estaba llorando.

—Keith está muerto, ¿no? —gritó.

Ambos sabían la respuesta a esa pregunta, de modo que no hizo falta contestar. David se limitó a ponerle la mano en el hombro.

—Salgamos de aquí, ¿vale?

El Hyundai llegó a la cima y volvió a ganar velocidad en cuanto empezó a ir cuesta abajo. El calvo disparó de nuevo su Uzi, pero esta vez las balas no alcanzaron el coche porque la carretera torcía bruscamente hacia la derecha. Los neumáticos del Hyundai chirriaron al coger la curva y David tuvo que cogerse al salpicadero para no caer encima de Monique.

—¡Dios santo! —gritó—. ¡Ve con cuidado!

Ella no pareció oírle. Observaba atentamente la carretera que tenía por delante, con los ojos fijos en la doble línea amarilla. Tenía el muslo derecho hinchado por el esfuerzo de mantener presionado el pedal del gas y las manos se cogían con tal fuerza al volante que las venas se le marcaban en los nudillos. Todo su cuerpo era un tenso arco de nervios y músculos, y en la cara tenía una expresión de feroz concentración. La mente que había dilucidado las complejidades de la teoría de cuerdas, las complejas ecuaciones y topologías de variedades extradimensionales, calculaba ahora fuerzas centrífugas.

A media pendiente la carretera volvía a ser una línea recta, una empinada rampa que partía el bosque por la mitad. Ahora el Hyundai iba a más de 160 kilómetros por hora, pero el Ferrari todavía los seguía de cerca. A ambos lados de la carretera los árboles se habían convertido en un ininterrumpido borrón de hojas, troncos y ramas. Y entonces David divisó una brecha a unos cien metros. Una estrecha tira de asfalto a la izquierda que hacía un ángulo de 45 grados con la carretera. Miró a Monique: ella también la había visto.

Volviéndose, David se quedó mirando el Ferrari. El tipo calvo volvía a asomar el cuerpo por la ventanilla y los apuntaba con su ametralladora, ahora más cuidadosamente. David sólo tuvo tiempo para una breve y silenciosa oración. Todavía no, suplicó. Espera un segundo para disparar. Sólo un segundo más.

Entonces Monique giró el Hyundai hacia la izquierda, lanzando violentamente a David contra la puerta del asiento del acompañante. El coche se ladeó sobre las ruedas de la derecha, y estuvo casi a punto de volcar, pero un segundo después las

ruedas de la izquierda volvieron a caer sobre el pavimento y el Hyundai se estabilizó y avanzó a toda velocidad por la estrecha carretera. Sorprendido, el tipo calvo miró por encima de la mirilla de la Uzi e intentó seguirlos girando el volante con una mano. Lo hizo demasiado tarde. La parte posterior del Ferrari salió disparada hacia delante, provocando que el coche empezara a dar vueltas en sentido contrario a las agujas del reloj. Se deslizó por la carretera como un reluciente molinete amarillo, casi hermoso en su velocidad, extrañeza y brillo. Luego se salió del asfalto y chocó contra uno de los árboles provocando un escalofriante crujido de aluminio.

Monique aminoró un poco la marcha pero siguió avanzando por la carretera. Mirando por la ventanilla trasera del Hyundai, David pudo ver cómo el Ferrari se retorció al chocar contra el nudoso tronco de un roble. Luego la carretera hacía una doble curva y el accidente quedó fuera de la vista.

Karen y Jonah estaban en el vestíbulo del edificio del *New York Times*. Detrás del mostrador de seguridad había un tipo bajo y huraño vestido con una americana azul que se los quedó mirando de arriba abajo.

—¿Puedo ayudarlos en algo?

Karen le ofreció una gran sonrisa.

—Sí, he venido a ver a la señora Gloria Mitchell. Trabaja en el periódico.

—¿Tiene una cita?

Ella negó con la cabeza. No había intentado llamar a Gloria porque sospechaba que el FBI le había intervenido el teléfono.

—No, somos viejas amigas. Sólo quería pasar un momento por su oficina y decirle hola.

El guarda de seguridad estiró el brazo para coger el teléfono de su escritorio.

—¿Cómo se llama?

—Karen Atwood. —Su nombre de soltera—. Íbamos juntas al Instituto Forest Hills. Hace tiempo que no nos vemos, pero se acordará de mí.

El guarda marcó el número sin prisas. Inquieta, Karen inspeccionó el vestíbulo para ver si la seguía algún agente del FBI. Le preocupaba que la volvieran a arrestar antes de llegar a la recepción. Para tranquilizarse, agarró con fuerza la mano de Jonah.

Finalmente, Gloria se puso al teléfono.

—Karen Atwood ha venido a verla —dijo por el teléfono. Hubo una pausa—. Sí, Karen Atwood —otra pausa. Luego tapó el auricular con una mano y se volvió hacia Karen—. Dice que no conoce a nadie llamado así.

Karen se puso tensa. ¿Cómo podía ser que Gloria la hubiera olvidado? ¡Hicieron juntas clase de gimnasia durante tres años!

—Dígale que soy Karen Atwood del Instituto Forest Hills. La de la clase de

gimnasia del señor Sharkey.

El guarda dejó escapar un suspiro de impaciencia y repitió la información por teléfono. Hubo otra pausa, esta vez más larga, y luego el guarda dijo:

—Muy bien, la envió arriba.

Colgó el teléfono y empezó a escribir el nombre de Karen en un pase de visitante. Ella respiró aliviada.

—Gracias.

Todavía huraño, el guarda le dio el pase.

—La señora Mitchell está en la decimosexta planta. Coja los ascensores de la izquierda.

Mientras Karen se dirigía hacia el vestíbulo esperaba que algún hombre de gris la interceptara, pero ella y Jonah cogieron el ascensor sin incidente alguno. Le pareció raro que los agentes del FBI le permitieran ponerse en contacto con el periódico. Quizá habían supuesto que ningún periodista se iba a creer su historia. Lo cierto era que no tenía ninguna historia que contar; aunque sabía que los cargos de drogas contra David eran falsos, no tenía ni idea de por qué el gobierno se había inventado esas mentiras. Es más, era su palabra contra la del fiscal general. A ojos del mundo, ella no era más que la esposa de un profesor que traficaba con drogas, y ningún periódico se tomaría sus acusaciones en serio.

A no ser que tuviera pruebas, claro. Y Karen no había ido a la redacción con las manos totalmente vacías. Se acordaba del nombre del detective que había llamado a su apartamento anoche, el hombre que le podía decir al *New York Times* por qué habían llamado a David para que fuera al hospital Saint Luke. Se llamaba Héctor Rodríguez.

Lucille estaba en el despacho de Amil Gupta, sentada en su escritorio y hablando por el teléfono móvil con el director del Bureau mientras sus agentes analizaban el ordenador del profesor. En las cuatro horas desde que Gupta, Swift y Reynolds se habían escapado del Instituto de Robótica, su equipo había investigado cada rincón del campus de la Carnegie Mellon, en busca de pistas acerca de adónde se habían ido los sospechosos. El agente Walsh había interrogado a una mujer de la limpieza del Servicio de Mantenimiento de la Carnegie Mellon que reconocía haberle vendido su uniforme a Reynolds y Swift, y el agente Miller había encontrado el Corvette de Reynolds en uno de los aparcamientos del campus. Aunque era innegable que el FBI la había cagado bien, Lucille esperaba que con un poco de trabajo de campo su equipo localizara a los sospechosos y los detuviera. Por eso se enfadó tanto cuando el director le dijo que el Pentágono tomaba el mando.

—¿En qué narices están pensando? —le gritó al teléfono—. El ejército no puede realizar operaciones de mantenimiento de la ley y el orden. ¡Es ilegal incluso que

participen en una operación doméstica!

—Lo sé, lo sé —contestó el director—. Pero dicen que tienen una orden ejecutiva. Y la Fuerza Delta tiene experiencia en la búsqueda de personas. Al menos en Iraq y Afganistán.

—¿Pero qué van a hacer? Todavía no tenemos pistas sobre el paradero de los sospechosos. A estas alturas podrían estar en cualquier lugar, de Michigan a Virginia.

—Según el plan, ahora mismo las tropas están en pleno vuelo hacia la Base Andrews de las Fuerzas Aéreas y desde ahí se desplegarán. Tienen helicópteros y vehículos Stryker, de modo que se podrán mover con gran rapidez.

Lucille negó con la cabeza. Esto era una auténtica estupidez. Desplegar una brigada de comandos no iba ayudarlos a encontrar a los fugitivos. Lo más probable era que los soldados terminaran disparando a un palurdo borracho por saltarse uno de sus puestos de control.

—Deme un poco más de tiempo, señor —dijo ella—. Sé que puedo encontrar a esos cabrones.

—Es demasiado tarde, Lucy. Las tropas ya están subiendo a sus C-17. Tienes el mando de la operación hasta medianoche. Llámame en dos horas con los planes para la transferencia del mando —dijo, y luego colgó.

Durante unos segundos se quedó mirando el teléfono móvil que sostenía en la mano. En la pantalla ponía «LLAMADA FINALIZADA 19.49», y luego volvió a mostrar el familiar escudo del FBI. Pero no estaba mirando la pantalla; lo que Lucy miraba era el final de su carrera en el Bureau. Durante treinta y cuatro años se había esforzado para lograr ascender de rango, era la única mujer en un ejército de hombres cabezotas y había triunfado gracias a mostrarse más dura e inteligente que cualquiera de ellos. Se había enfrentado a ladrones de bancos, se había infiltrado en bandas de motoristas, había frustrado secuestros y pinchado teléfonos de mafiosos. Un mes atrás, el director le había prometido hacerla jefa de la oficina del Bureau en Dallas, todo un regalo que coronaba décadas de servicio. Pero ahora se daba cuenta de que eso no iba a ocurrir. En vez de conseguir un ascenso la iban a obligar a jubilarse.

El agente Crawford, su número dos, se acercó a ella cautelosamente, como un perro apaleado acercándose a su amo.

—Esto, ¿agente Parker? Hemos terminado el análisis del sistema informático de Gupta.

Ella se metió el teléfono en el bolsillo y se volvió hacia él. Estaría al cargo durante cuatro horas más, así que echaría el resto.

—¿Has encontrado algún documento de física?

—No, es todo robótica. Archivos enormes llenos de códigos de software y diseños de hardware. También hemos encontrado el programa que le permite ponerse en contacto con los robots. Así es como ha conseguido que el *Dragon Runner* hiciera

sonar la alarma.

Lucy hizo una mueca. No le gustaba que le recordaran su cagada, pero tampoco podía ignorarla. Tenía que ver la fuente de su perdición:

—Enséñame el programa.

Crawford se inclinó sobre el escritorio y con el ratón hizo clic en el icono triangular de la pantalla del ordenador. Se abrió una ventana que mostraba un mapa tridimensional del Newell-Simon Hall con una docena de parpadeantes puntos amarillos repartidos entre las plantas.

—Esta pantalla muestra la localización y el estado de cada robot —dijo Crawford—. Gupta podía enviarles órdenes mediante un aparato inalámbrico.

—¿Inalámbrico? —Sintió una palpitación de esperanza en el pecho. Todos los teléfonos móviles y demás aparatos inalámbricos envían periódicamente señales a sus redes, con lo que siempre que estuvieran encendidos el Bureau podía determinar sus posiciones aproximadas.

—¿Y no podemos localizarlo?

—No, el aparato de Gupta utiliza únicamente radio de corto alcance. Para controlar robots en otras localizaciones, envía las órdenes mediante una línea de tierra a un nodo de transmisión local, que luego emite la señal a otras máquinas.

Mierda, pensó Lucille. No daba una. Pero entonces se le ocurrió otra idea.

—¿Qué otras localizaciones? ¿Dónde más tiene robots?

Crawford hizo clic en otro icono y en la pantalla apareció un mapa del campus de la Carnegie Mellon.

—Hay algunos en el Departamento de Ciencias Informáticas y otros pocos en la Facultad de Ingeniería. —Señaló un grupo de puntos parpadeantes al borde del mapa—. Y unos cuantos más aquí, en casa de Gupta.

—¿Y fuera de Pittsburgh?

Con otro clic de ratón en la pantalla apareció un mapa de Estados Unidos. Había cuatro puntos parpadeantes en California, uno en Tennessee, uno en Virginia Occidental, dos en Georgia y media docena cerca de Washington, D.C.

—El Departamento de Defensa está probando robots de vigilancia en distintos sitios —explicó Crawford—. Y la NASA está preparando una de sus máquinas para una misión a Marte.

—¿Y qué hay de esta localización? —Lucille señaló el punto parpadeante de Virginia Occidental. Era el más cercano a Pittsburgh.

El agente Crawford hizo clic en el punto y apareció a su lado una etiqueta: «Retiro de Carnegie, Jolo, Virginia Occidental».

—No parece ser ni una base militar ni un centro de la NASA —advirtió Lucille. La palpitación de esperanza de su pecho pasó a ser un latido firme. Sabía que no era más que una corazonada, pero al cabo de los años había aprendido a confiar en sus

corazonadas.

Crawford se fijó en la etiqueta que aparecía en pantalla.

—No he visto este nombre en ninguno de los documentos de Gupta. Podría tratarse de un contratista privado, supongo. Quizá una de las compañías de defensa que se dedican a la robótica.

Ella negó con la cabeza. El punto parpadeaba al sur del estado, en pleno corazón de la tierra de los Hatfield y los McCoy [\[10\]](#). Por ahí no había ningún contratista de defensa.

—¿Tenemos algún agente operativo en Virginia Occidental esta noche?

Crawford sacó del bolsillo la BlackBerry con la que solía seguir la pista de los agentes asignados a la operación.

—Bueno, veamos. Los agentes Brock y Santullo están en el I-79, ayudando a la policía estatal en un control de carretera. A unos ochenta kilómetros al norte de Jolo.

—Diles a Brock y Santullo que se dirijan ahí tan rápido como puedan. Necesitarán refuerzos, así que reúne a otra docena de agentes y que vayan tirando a Virginia Occidental.

Crawford levantó una ceja.

—¿Está segura de esto? Lo único que sabemos en este momento es que...

—¡Tú hazlo!

8

Para cuando llegaron al Retiro de Carnegie ya había oscurecido del todo, pero gracias al resplandor de los faros del Hyundai, David pudo ver suficiente del lugar para saber que Andrew Carnegie [\[11\]](#) no habría pasado ni una sola noche aquí. No era más que una choza de un piso construida sobre raíles en un pequeño claro del bosque. El patio delantero estaba repleto de ramas caídas y una alfombra de hojas mojadas cubría el porche. La Universidad Carnegie Mellon había dejado que el lugar cayera en el abandono. Estaba claro que ningún miembro de la universidad había visitado la cabaña desde el verano anterior, como mínimo.

David abrió la puerta del asiento del acompañante y ayudó al profesor Gupta a salir del asiento trasero. El anciano se había recuperado de su ataque de pánico pero las piernas todavía le temblaban y David tuvo que sostenerlo por el codo mientras caminaban sobre las ramas muertas. Monique y Michael también salieron del coche, dejando las luces encendidas para poder ver hacia dónde iban. Cuando llegaron a la puerta principal, Gupta señaló una maceta en la que no había más que mugre.

—La llave está debajo de esta maceta —dijo.

Mientras David se agachaba para coger las llaves, oyó un estruendo distante y sordo que resonó por las colinas. Se puso derecho de inmediato, con los músculos en tensión.

—¡Dios mío! —dijo entre dientes—. ¿Qué diablos ha sido eso?

Gupta se rió entre dientes y le dio una palmadita en la espalda.

—No te preocupes, es la gente del lugar. Al anoecer les gusta merodear por los bosques con sus escopetas y cazar la cena.

David respiró hondo un par de veces.

—Empiezo a ver por qué ningún profesor de su facultad viene por aquí.

—Oh, no está tan mal. De hecho, la gente de la zona es bastante interesante. Hay una iglesia en la Ruta 83 en la que los domingos manipulan serpientes [\[12\]](#). Bailan alrededor del púlpito con serpientes de cascabel sobre la cabeza. Curiosamente, apenas reciben mordeduras.

—Venga, vamos dentro —instó Monique mientras miraba el oscuro dosel de hojas que había encima de sus cabezas.

David se volvió a agachar, levantó la maceta y cogió una oxidada llave. La metió dentro de la cerradura y, después de un par de intentos, la llave giró y abrió la puerta. Pasó la mano por la pared hasta que encontró el interruptor de la luz.

El interior de la cabaña parecía más atractivo. Había una chimenea de piedra en la pared opuesta y una alfombra marrón de pelo largo en el suelo. Una diminuta cocina con un horno vetusto. La nevera estaba a la izquierda, y a la derecha había dos

pequeñas habitaciones. En el centro del salón había una gran mesa de roble sobre la que descansaban un ordenador, un monitor y varios periféricos.

El profesor Gupta los hizo entrar.

—Entrad, entrad. Me temo que no hay nada para comer, hace mucho tiempo que no viene nadie a la cabaña —dijo, y se fue directamente a encender el ordenador, pero al buscar un ladrón de corriente debajo de la mesa vio otra cosa—. ¡Oh, mira esto, Michael! ¡Me había olvidado de que lo habíamos dejado aquí! ¡Y las baterías todavía están cargadas!

Arrodillándose en el suelo, Gupta encendió unos cuantos interruptores. David oyó el chirrido de un motor eléctrico y luego vio que de debajo de la mesa salía un robot de cuatro patas. Medía medio metro de altura y uno de largo, más o menos. Era una máquina diseñada para que pareciera un brontosaurio en miniatura. Su cuerpo estaba hecho de plástico negro brillante y tenía el cuello y la cola segmentados, lo que permitía que el robot los moviera de forma escalofriantemente realista mientras avanzaba torpemente por el suelo. En la cabeza, del tamaño de un puño, tenía dos LED rojos que parecían ojos y en la espalda tenía una larga antena negra. La criatura mecánica se detuvo delante de ellos y volvió la cabeza de un lado al otro como si inspeccionara la habitación.

—¿Quieres jugar a la pelota, Michael? —preguntó una voz sintetizada. La mandíbula de plástico del robot se agitó arriba y abajo mientras las palabras salían de su boca.

El adolescente dejó de jugar al *Warfighter* en su *Game Boy*. Por primera vez, David lo vio sonreír, y en ese momento su cara de felicidad se pareció mucho a la de Jonah. Michel corrió hacia la alfombra de pelo largo, cogió una brillante pelota rosa que estaba encima y la empujó hacia el robot dinosaurio. La máquina volvió la cabeza, siguiendo la pelota con sus sensores, y luego avanzó torpemente hacia ella.

—Está programado para ir detrás de cualquier cosa rosa —explicó Gupta—. Tiene un sensor CMOS que puede reconocer el color.

El profesor observaba a su nieto con evidente satisfacción. Monique, sin embargo, se estaba impacientando. Echó una mirada al ordenador que había encima de la mesa de roble, y luego otra a David. Éste sabía lo que pensaba: en algún lugar de este disco duro puede que esté la Teoría del Todo. Ella se moría por verlo.

—Esto, ¿profesor? —dijo David—. ¿Podríamos revisar los archivos ahora?

El anciano salió de golpe de su ensoñación.

—¡Sí, sí, claro! Lo siento, David, me distraigo. —Acercó una silla a la mesa y encendió el ordenador. David y Monique se quedaron de pie a su lado, mirando cada uno por encima de un hombro.

Primero Gupta abrió la carpeta de documentos del ordenador. En la ventana apareció un inventario de todos los archivos creados por los distintos profesores que

habían visitado el Retiro de Carnegie desde que se instaló el sistema informático. Gupta desplazó el cursor hacia abajo, hasta llegar a una carpeta llamada «LA CAJA DE MICHAEL». LOS contenidos estaban protegidos con una contraseña, que Gupta tecleó «REDPIRATE79», para abrir la carpeta.

—Éstos son los documentos que creamos cuando estuvimos aquí hace cuatro años —dijo, y señaló una lista de siete documentos de *Microsoft Word*—. Si Hans escondió la teoría en el ordenador, tiene que estar en esta carpeta, porque todos los demás documentos del disco duro fueron creados después.

Los siete documentos estaban ordenados según la fecha en la que fueron modificados por última vez; las fechas iban del «27 de julio de 2003» del primero, al «9 de agosto de 2003» del último. El primer archivo se llamaba VISUAL. LOS nombres de los siguientes seis archivos eran todos números de tres dígitos: 322, 518, 845, 645, 870 y 733.

Gupta abrió VISUAL.

—Recuerdo éste —dijo—. En nuestra primera noche aquí, descargué un artículo de investigación acerca de programas de reconocimiento visual que había escrito uno de mis alumnos. Nunca llegué a leerlo. Quizá Hans abrió el archivo e insertó unas cuantas ecuaciones.

El título del artículo era «Subespacios probabilísticos en la representación visual», y era el típico esfuerzo de un estudiante de posgrado: largo, laborioso, impenetrable. Mientras Gupta iba pasando páginas, David esperaba ver una interrupción repentina del texto, un espacio en blanco seguido de una ordenada secuencia de ecuaciones que no tuviera nada que ver con el reconocimiento visual. Pero en vez de eso siguió avanzando penosamente el artículo hasta alcanzar los nueve capítulos, 23 figuras y 72 referencias.

—Muy bien. Uno menos —dijo Gupta cuando llegó al final—. Quedan seis.

Hizo clic en el archivo llamado 322. El documento era muy grande y tardó unos segundos en abrirse. Después de seis o siete segundos apareció en pantalla una larga lista de nombres, cada uno de los cuales iba acompañado por un número de teléfono. El primer nombre era Paul Aalami y el segundo Tanya Aalto. Luego venían al menos 30 «Aarones» y casi tantos «Aaronsons». El profesor Gupta fue pasando páginas del archivo y la ventana mostró un desfile aparentemente interminable de Abbotts, Abernathys, Ackermans y Adams. Aceleró todavía más el ritmo y decenas de miles de entradas alfabéticas surgieron en la pantalla formando un borrón electrónico.

Monique negó con la cabeza, confundida.

—¿Por qué descargó una guía telefónica?

—Lo hice para Michael. —Gupta ladeó la cabeza hacia su nieto, que todavía jugaba a la pelota con el robot brontosaurio—. Los niños autistas tienen obsesiones raras. Algunos memorizan horarios de trenes o autobuses. Hace unos años, Michael

pasó por una fase en la que se obsesionó con los números de teléfono. Cada uno de estos archivos es la guía de un prefijo distinto.

David se quedó mirando el borrón en movimiento de la pantalla del ordenador, aunque su velocidad le impedía leerlo.

—¿Hay alguna forma de saber si el doctor Kleinman modificó los archivos después de que fueran descargados?

—Desafortunadamente, la función de «Registrar Cambios» del procesador de palabras fue desinstalada, de modo que no puedo localizar los cambios automáticamente. Tendré que visionar todas las páginas para saber si Hans añadió algo.

Monique dejó escapar un silbido.

—Mierda. Si los demás archivos son tan largos como éste, va a estar mirando la pantalla durante horas.

De repente el profesor Gupta dejó de pasar páginas. Se quedó mirando el ordenador con tal intensidad que por un momento David pensó que milagrosamente el anciano había dado con las ecuaciones de *Herr Doktor*, brillantes agujas en el enorme pajar de datos. Pero en la pantalla no había más que una larga cadena de Cabots.

—Tengo una idea —dijo, moviendo el cursor a la parte superior de la pantalla—. Toda ecuación ha de tener un signo de igual, ¿no? Así, sólo hace falta que busque ese símbolo en cada documento —hizo clic en el menú Edición y abrió la ventana de Búsqueda—. Esto puede llevar un par de minutos. Los archivos son muy grandes.

David asintió. Valía la pena intentarlo.

El Argun Gorge es uno de los lugares más deteriorados por la guerra de toda Chechenia, pero en los sueños de Simon el cañón siempre aparecía prístino. Planeaba como un halcón por encima del estrecho río Argun, que estaba flanqueado a ambos lados por las pendientes de granito de las montañas del Cáucaso. Podía ver una carretera a lo largo del margen oriental del río, una autovía construida para el paso de tanques rusos y el transporte de tropas armadas, pero ahora sólo había un vehículo en la carretera y no era militar. Simon descendió en picado hacia el cañón para verlo más de cerca. Después de un par de segundos reconoció el vehículo: era su propio coche, su viejo Lada sedán gris. En el asiento del conductor iba su esposa, Olenka Ivanovna, su largo pelo rubio ondeando al viento, y en el trasero sus hijos, Sergéi y Larissa. Venían de visitar a Simon, que estaba emplazado en el pueblo de Baskhoi, a unos veinte kilómetros más al sur. La autovía era segura —todos los rebeldes chechenos de la zona habían sido asesinados o se habían tenido que recluir en las montañas— pero en sus sueños Simon se cernió sobre el coche de todos modos, siguiéndolo en actitud protectora a lo largo de la serpenteante carretera. Entonces el Lada llegó a una curva

y Simon vio el helicóptero negro cargado con misiles *Hellfire*.

En realidad, Simon nunca llegó a ver el ataque. No se enteró de lo que había ocurrido hasta una hora más tarde, cuando su comandante le informó de que las fuerzas especiales norteamericanas habían vuelto a hacer una incursión en Chechenia. Después del 11-S, la Fuerza Delta había empezado a operar justo al sur de la frontera, en busca de militantes de Al Qaeda que se hubieran refugiado con los chechenos en la República de Georgia. Al principio el ejército ruso había tolerado la presencia de los norteamericanos, pero la alianza empezaba a mostrar signos de tensión. Los helicópteros *Apache* de la Fuerza Delta no dejaban de hacer incursiones en territorio ruso, y tenían la mala costumbre de disparar sus misiles contra civiles. Mientras Simon conducía el transporte de tropas hacia el lugar en el que había tenido lugar el ataque norteamericano, esperaba encontrarse otra masacre de campesinos, otro carro de bueyes con *babushkas* muertas a su alrededor. En vez de eso, sin embargo, vio el chasis oscurecido de su Lada, con el esqueleto carbonizado de su esposa todavía al volante. La explosión había hecho saltar a Sergéi y Larissa del asiento trasero hasta la cuneta embarrada que había entre la carretera y el río.

Simon nunca llegó a descubrir la razón de ese error, cómo un equipo de comandos entrenados había podido tomar a su familia por un grupo de terroristas. Como las operaciones de la Fuerza Delta eran secretas, los generales norteamericanos y rusos encubrieron el incidente. Cuando Simon protestó, su comandante le dio una bolsa de tela llena de billetes de cien dólares. Un pago de condolencia, lo llamaban. Simon le tiró la bolsa a su comandante y dejó la *Spetsnaz*. Llegó a Estados Unidos con la esperanza de localizar al piloto y el artillero del *Apache*, pero resultó ser una tarea imposible. No sabía sus nombres ni el distintivo de su helicóptero. Tendría que matar a todos y cada uno de los soldados de las Fuerzas Especiales para asegurarse de se cargaba a los que buscaba.

En sus sueños, sin embargo, Simon sí veía las caras de esos tipos. Veía al piloto sosteniendo con firmeza los controles mientras el artillero disparaba el *Hellfire*. Veía el chorro llameante en la parte posterior del cohete mientras salía disparado hacia el Lada gris. Y entonces, de repente, Simon se encontraba en el asiento trasero del coche con sus hijos, mirando fijamente hacia el misil por el parabrisas. Sentía que algo tiraba del cuello de la camiseta, el tirón de una mano pequeña que se aferraba a él con fuerza.

Simon abrió los ojos. Estaba oscuro. Se había quedado firmemente encajado entre el asiento del conductor del Ferrari y el airbag que se había inflado en el volante. El coche había chocado con el árbol por el lado del asiento del acompañante, destrozando la mitad derecha del vehículo, pero dejando intacta la izquierda. Y efectivamente alguien le tiraba del cuello, pero no era Sergéi o Larissa. Se trataba de un arrugado viejo paleta de mejillas hundidas y al que le faltaban unos cuantos

dientes, un nativo de los Apalaches que vestía una raída camisa de franela y lo miraba con recelo. Había metido el brazo entre los restos del Ferrari y le había puesto la mano en el cuello para comprobar su pulso. La camioneta del hombre estaba parada a un lado de la carretera, el haz de luz de los faros se internaba en el bosque.

Liberando la mano izquierda del airbag, Simon cogió al paleta por la muñeca. El tipo dio un salto hacia atrás.

—¡Dios mío! —aulló—. ¡Tás vivo!

Simon se agarró al fibroso antebrazo del tipo.

—Ayúdame a salir de aquí —ordenó.

La puerta del Ferrari no se abría, así que el paleta lo sacó por la ventana. Simon hizo una mueca de dolor al poner el pie en el suelo: se había hecho un esguince en el tobillo. El nativo lo ayudó a llegar hasta la camioneta *pickup*.

—Pensaba que la habías palmao —dijo asombrado—. Vamos, hay que llevarte al hospital.

El viejo apestaba a sudor, tabaco y madera quemada. Asqueado, Simon agarró al paleta por los hombros y lo empujó contra un lateral de la furgoneta. Manteniendo el peso sobre el pie izquierdo, cogió al tontaina por el cuello con ambas manos.

—¿Has visto un Hyundai gris con una gran abolladura en el guardabarros trasero? —inquirió.

El viejo abrió la boca, pasmado. Se llevó las manos a la garganta e intentó zafarse de la garra de Simon, pero sus pequeños y temblorosos dedos no pudieron hacer nada.

—¡CONTÉSTAME! —le gritó Simon a la cara—. ¿HAS VISTO EL COCHE?

No podía verbalizar su respuesta porque Simon le estaba rompiendo la tráquea, pero negó con la cabeza con un movimiento rápido y espástico.

—Entonces no me sirves para nada —Simon apretó con más fuerza y sintió cómo la laringe del hombre se estrujaba en su palma. Apoyado en el lateral de la furgoneta, el paleta pataleó y se retorció, pero Simon no sintió compasión alguna. Este hombre no era más que escoria. ¿Por qué habría de permitirle vivir y respirar mientras que Sergéi y Larissa se pudrían en sus tumbas? Era intolerable. Era imperdonable.

En cuanto el tipo hubo muerto, Simon lo dejó caer al suelo. Luego volvió cojeando al Ferrari y cogió su Uzi y las armas de cinto, que afortunadamente no habían sufrido daño alguno. Llevó las armas a la camioneta *pickup*, luego cogió su teléfono móvil y llamó a un número de memoria. No estaba seguro de si tendría señal porque estaba en una zona bastante remota, pero unos segundos más tarde la línea comenzó a sonar y luego le contestó una voz.

—Aquí Brock.

Mientras el profesor Gupta buscaba en los voluminosos archivos de su ordenador,

David se acercó a una ventana de la parte trasera de la cabaña. Estaba demasiado nervioso para ver cómo Gupta peinaba gigabytes de datos. Necesitaba un minuto para recomponerse.

Al principio no pudo ver nada por la ventana, estaba demasiado oscuro. Al acercarse al cristal y ahuecar las manos alrededor de los ojos, sin embargo, vislumbró las siluetas de los árboles que rodeaban la cabaña y, sobre sus cabezas, una increíble franja de cielo nocturno. Como a todos los neoyorquinos, a David le asombraba la multitud de estrellas que podía ver cuando salía de la ciudad. Divisó primero la Osa Mayor, que colgaba vertical como un signo de interrogación. También vio el Triángulo de Verano: Deneb, Altair y Vega, y la mancha ovalada de las Pléyades. Luego miró justo encima de él y estuvo observando la Vía Láctea, el asombrosamente enorme brazo en espiral de la galaxia.

Mirar las estrellas fue la chispa que encendió el interés de David por la ciencia hacía ya casi cuarenta años. En casa de su abuela en Bellows Falls, en Vermont, aprendió a identificar los planetas y las estrellas más brillantes. Mientras su madre limpiaba los platos de la cena y su padre iba a emborracharse, él se sentaba en el patio trasero y repasaba las constelaciones con el dedo. Al sumergir su mente en las leyes de la física —las teorías de Kepler y Newton, Faraday y Maxwell—, David descubrió que se podía distanciar de los arrebatos del borracho de su padre y la callada desesperación de su madre. Se pasó toda la juventud preparándose para convertirse en un científico, estudiando con tenacidad geometría y cálculo en el instituto y luego termodinámica y relatividad en la universidad. De modo que cuando a los veintitrés años sus demonios finalmente lo atraparon, expulsándolo del mundo de la física y hundiéndolo en la oscura barra de la taberna West End, fue algo más que un mero revés profesional. Había perdido la gran fuente de felicidad de su vida. Y aunque posteriormente sería capaz de salir del abismo y labrarse una exitosa carrera en los márgenes de la ciencia, escribiendo libros sobre Newton y Maxwell y Einstein, todavía se sentía un fracasado. Sabía que nunca tendría la oportunidad de estar sobre los hombros de los gigantes.

Pero mientras David observaba el cielo del Retiro de Carnegie sintió que su corazón volvía a sentir parte de la vieja felicidad. Vio la colección de planetas y estrellas como una diminuta gota en la ola cósmica. Hacía casi catorce mil millones de años una caldera cuántica explotó formando el universo y dejando una estela de inmensos rastros de materia y energía. Ningún científico del mundo sabía por qué había tenido lugar esa Gran Explosión, o qué la precedió, o cómo terminaría todo. Pero ahora las respuestas a estas cuestiones puede que estuvieran al alcance de la mano, en algún lugar de las tarjetas de circuitos del ordenador del profesor Gupta. Y David sería uno de los primeros en verlas.

Estaba tan nervioso que cuando sintió un golpecito en el hombro casi pierde el

equilibrio. Se dio la vuelta, esperando ver a Gupta detrás de él, pero el profesor todavía estaba inclinado sobre la mesa de roble y con la mirada puesta en la pantalla del ordenador. Era Monique. Parecía tan nerviosa e inquieta como él. Tenía la boca abierta y jadeaba.

—Me gustaría hacerte otra pregunta acerca del artículo sobre *Planicie* que escribiste con Kleinman. Ese modelo de agujero negro bidimensional.

Había cierta urgencia en su voz. Su pregunta no parecía venir a cuento, pero un momento después David entendió por qué la hacía. Monique quería hacer un último intento de averiguar la Teoría del Todo antes de que el profesor Gupta desvelara las ecuaciones.

—¿Qué quieres saber?

—¿Tu agujero negro contenía CTC?

David no había oído el término desde hacía casi veinte años, pero lo recordó. Un CTC era una curva temporal cerrada. Básicamente era un sendero que permitía a una partícula viajar adelante y atrás en el tiempo, llegar exactamente al mismo punto en el que había empezado.

—Sí, encontramos CTC en el modelo, pero no es algo extraño en un espacio-tiempo bidimensional. En *Planicie* tienen lugar todo tipo de cosas mágicas e ilógicas que no necesariamente suceden en el universo tridimensional.

—¿Y el espacio-tiempo que rodea la singularidad tiene estructura de agujero de gusano?

David asintió. Un agujero de gusano era un túnel que conectaba dos regiones distantes del espacio-tiempo. En el mundo bidimensional que el doctor Kleinman y él habían propuesto, las partículas que se sumergieran en un agujero negro reaparecerían en un universo distinto al llegar al otro lado.

—Sí, así es. Me sorprende que sepas todo esto. ¿No habías dicho que no recordabas bien el artículo?

—Y no lo recuerdo. Pero mientras conducíamos hasta aquí he empezado a pensar en lo que te había dicho Kleinman de que tu artículo se acercaba a la verdad. Y ahora me pregunto si podría haber alguna relación con los geones.

Este término no le resultaba familiar. O bien nunca lo había aprendido o se le había olvidado por completo.

—¿Geones?

—Viene de entidad gravitacional electromagnética. Es una vieja idea, de la década de los cincuenta. La premisa es que las partículas elementales no son objetos del espacio-tiempo, sino nudos en la tela del espacio-tiempo mismo. Como pequeños agujeros de gusano.

A David le sonaba vagamente. Ya había oído esa idea antes, probablemente en una clase de posgrado, dos décadas atrás.

—Sí, creo que una vez Kleinman mencionó esa teoría en una conferencia. Pero me parece que los físicos terminaron desechándola.

—Porque nadie pudo formular un geón estable. De acuerdo con las ecuaciones, la energía implosionaría, o bien se filtraría. Pero hace unos años unos investigadores resucitaron la idea como posible teoría unificadora. Su trabajo todavía está muy verde, de momento no han llegado más que a una partícula que parece un microscópico agujero de gusano con CTC.

David negó con la cabeza.

—¿Y la gente se toma eso en serio?

—Es una idea marginal, lo admito. Sólo unos pocos trabajan en ella. Pero se trata de una teoría de campo clásica, algo que se le podría haber ocurrido a Einstein. Y podría explicar las incertidumbres de la mecánica cuántica.

—¿Cómo?

—Los CTC son la clave. En las escalas más pequeñas del espacio-tiempo, la causalidad se tuerce. A la partícula le influyen eventos del futuro, así como del pasado. Un observador externo, sin embargo, no puede medir eventos que todavía no han pasado, de modo que nunca podrá llegar a conocer el estado de la partícula. Lo único que puede hacer es calcular probabilidades.

David intentó imaginar una partícula que de algún modo conoce su futuro. Parecía absurdo, pero empezó a ver los beneficios de la idea.

—De modo que los eventos futuros son las variables ocultas de Einstein, ¿no? ¿Existe una descripción completa del universo, pero es inaprensible en un momento temporal determinado?

Ella asintió.

—Al fin y al cabo, Dios no juega a dados con el universo. Pero los humanos sí tenemos que hacerlo, porque no podemos ver el futuro.

Lo que más sorprendió a David fue comprobar lo excitada que estaba Monique. No dejaba de dar saltitos, pasando el peso de su cuerpo de un pie a otro mientras hablaba de la teoría, prácticamente botando de entusiasmo. Los físicos teóricos son gente conservadora; aunque su trabajo consista en construir nuevos modelos de realidad con ecuaciones arcanas y a veces rocambolescas geometrías, también someten esos modelos a un intenso escrutinio. David sospechó que Monique ya habría analizado las posibles objeciones que pudiera tener a la teoría de los geones y no habría encontrado ningún fallo grave.

—¿Y qué hay de la interacción entre partículas? —preguntó—. ¿Cómo sería según este modelo?

—Toda interacción implicaría un cambio en la topología del espacio-tiempo local. Imagina dos espirales juntándose y formando...

La interrumpió el sonido de la mano de Gupta golpeando la mesa.

—¡Maldita sea! —gritó el profesor con la mirada puesta en la pantalla del ordenador.

Monique acudió a su lado a toda prisa.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha encontrado?

Gupta cerró los puños en un gesto de frustración.

—Primero he buscado el signo de igual en los archivos. No he obtenido ningún resultado. Luego he buscado el signo de integración. De nuevo, ningún resultado. Entonces se me ha ocurrido que quizá Hans escondió la fórmula en el sistema operativo del ordenador en vez de dejarla en la carpeta de documentos. Pero he revisado el software línea a línea y no he encontrado alteración alguna. —Se volvió hacia David con el ceño fruncido—. Me temo que estabas equivocado. Hemos venido hasta aquí para nada.

La decepción parecía haberlo afectado profundamente. Estaba claro que el anciano también se moría por llegar a ver la teoría unificada, quizá incluso más que David o Monique. Pero Gupta estaba tirando la toalla con demasiada facilidad, pensó David. Tenían la respuesta cerca. Estaba seguro de ello.

—Quizá está escondida en algún otro sitio de la cabaña —sugirió David—. Quizá el doctor Kleinman puso la teoría por escrito y la escondió en algún cajón o armario. Deberíamos empezar a buscar.

Monique se puso a inspeccionar la habitación de inmediato, repasando con los ojos posibles escondites. Gupta, sin embargo, permaneció sentado en su silla, negando con la cabeza.

—Hans no habría hecho algo así. Sabía que otros profesores de la Carnegie Mellon venían aquí a pasar las vacaciones. No habría querido que uno de ellos se encontrara por casualidad con la teoría mientras buscara azúcar en un armario.

—Quizá escondió los papeles muy cuidadosamente —rebatía David—. En una grieta de la pared, quizá. O debajo de los tablones del suelo.

El profesor siguió negando con la cabeza.

—En ese caso, la teoría ya no existe. La cabaña está infestada de ratones. A estas alturas ya se habrían comido la *Einheitliche Feldtheorie*. Las ecuaciones de *Herr Doktor* estarían esparcidas entre sus excrementos.

—Bueno, quizá Kleinman metió los papeles en una caja fuerte antes de esconderlos. O en una caja de galletas, o en una fiambarrera. Lo que quiero decir es que no pasa nada por buscar.

Gupta echó la cabeza hacia atrás y suspiró. Tenía los ojos vidriosos por el cansancio.

—Quizá sería más inteligente reconsiderar nuestras suposiciones. ¿Por qué estás tan convencido de que Hans escondió la teoría aquí?

—Ya hemos pasado por esto. No creo que Kleinman escondiera nada en su

oficina o en su casa, profesor, esos lugares son demasiado obvios. La teoría habría ido a parar directamente a las manos del gobierno si...

—Más despacio, por favor. Tenemos que reexaminar cada paso de tu argumentación. —Volvió la silla para estar de cara a David—. Empecemos con el código que te dio Kleinman. Doce de los números eran las coordenadas geográficas del Instituto de Robótica, ¿no es así?

—Sí, latitud y longitud —David cerró los ojos un momento y volvió a visualizar los números flotando por detrás de sus pestañas. La secuencia había quedado grabada de forma permanente en su corteza cerebral. Seguramente la recordaría hasta el día que muriera—. Y los últimos cuatro dígitos eran su extensión telefónica.

—Así pues, sabemos que Hans quería que te pusieras en contacto conmigo. Pero eso no quiere decir necesariamente que escondiera la teoría en uno de mis ordenadores, o debajo de los tablones del suelo de una cabaña en la que pasó unas vacaciones hace cuatro años.

Gupta se reclinó en su asiento, acariciándose la barbilla. Había retomado su rol profesional, interrogando duramente a David, como si esto fuera un seminario de lógica booleana. Monique escuchaba atentamente, con los ojos puestos en el viejo físico, pero David todavía estaba pensando en los dieciséis números que el doctor Kleinman le había susurrado al oído. Los dígitos todavía flotaban en su campo de visión, planeando por delante de la cara morena de Gupta y la pantalla de ordenador que tenía detrás. Y, casualmente, en esa pantalla David vio otra secuencia de números dispuestos en una columna a la izquierda de la carpeta de documentos. Eran los nombres de las guías telefónicas que Gupta había descargado para su hijo: 322, 512, 845, 641, 870 y 733.

David dio un paso adelante y señaló la pantalla.

—¿Se supone que los nombres de estos archivos son prefijos?

El profesor parecía molesto.

—Sí, sí. Pero ya te lo he dicho, en estos archivos no hay ecuaciones.

David se acercó a la pantalla y señaló con el dedo un archivo que había en lo alto de la columna, el número 322.

—Esto no puede ser un prefijo —dijo. Y luego señaló el 733—. Y éste tampoco.

Gupta se volvió en su silla.

—¿Qué estás diciendo?

—El otro día mi hijo me preguntó cuántos prefijos había. Investigué un poco y descubrí que no podía haber más de 720. Un prefijo no puede empezar con un cero o un uno, y los últimos dos dígitos no pueden ser el mismo. Las compañías de teléfonos se reservan esos números para usos especiales. Como el 911, el 411, cosas así.

Gupta se fijó en los números de la pantalla. No parecía muy impresionado.

—Seguramente me equivoqué al escribirlos.

—Pero también podría ser que el doctor Kleinman hubiera cambiado de nombre los archivos. Esto explicaría por qué los números no tienen sentido alguno. Podría haber cambiado el nombre de los seis archivos en unos pocos segundos.

—¿Pero por qué haría eso? ¿Crees que Hans redujo la teoría unificada a media docena de números de tres dígitos?

—No, es otra clave. Como la que me dio en el hospital.

Ahora fue Monique la que dio un paso adelante. Se inclinó sobre Gupta y se quedó mirando la pantalla.

—Pero aquí hay un total de dieciocho dígitos, no dieciséis.

—Concentrémonos en los primeros doce —contestó David—. ¿Puedes meterte en la página web que rastrea la latitud y la longitud?

Rodeando la silla en la que estaba sentado Gupta, Monique cogió el ratón e hizo clic en el *Internet Explorer*. Encontró la página web de mapas y se inclinó sobre el teclado.

—Muy bien. Léeme los números.

David ni siquiera tuvo que mirar la pantalla. Ya había memorizado la secuencia.

—Tres, dos, dos; cinco, uno, dos; ocho, cuatro, cinco; seis, cuatro, uno.

El servidor web tardó unos cuantos segundos en devolver la información desde su base de datos. Luego apareció en pantalla un mapa del oeste de Georgia, con el río Chattahoochee a la izquierda.

—La dirección más cercana a esta ubicación es el 4015 de Victory Drive —informó Monique—. Está en Columbus, Georgia.

El profesor Gupta se puso en pie de golpe, apartando a David y a Monique con los codos. Y se quedó mirando con ira la pantalla, como si el ordenador hubiera insultado su hombría.

—¡Ésa es la dirección de Elizabeth!

Al principio, David no recordó el nombre.

—¿Elizabeth?

—¡Mi hija! —gritó Gupta—. Esa pequeña...

Pero antes de que pudiera terminar la frase, la puerta de la entrada se abrió de golpe.

Lucille iba en el asiento del acompañante de uno de los todoterrenos del Bureau que avanzaba por la I-77 con las luces azules encendidas. Mientras el agente Crawford conducía en medio del lento tráfico, ella hablaba por el teléfono por satélite con los agentes Brock y Santullo, que estaban agachados en medio del bosque, delante de una cabaña de Jolo. La conexión era mala, seguramente a causa del terreno en el que los agentes estaban operando. El volumen de la áspera voz de Brock iba y venía, y ocasionalmente ráfagas de estática la silenciaban por completo.

—Brock, soy Parker —gritó Lucille al teléfono—. No he copiado tu última transmisión. Repítela. Cierro.

—Recibido, hemos divisado a los cuatro sospechosos en la casa. Gupta, Swift, Reynolds y el varón adolescente sin identificar. Ahora nos trasladamos a una nueva posición para poder ver mejor dentro. Hay una ventana en la otra... —Un aumento de la estática sepultó sus últimas palabras.

—Recibido, he copiado casi todo lo que has dicho. Asegúrate de permanecer a cubierto hasta que lleguen los refuerzos. No os enfrentéis a los sospechosos a no ser que intenten irse de la casa. ¿Me oyes, Brock?

—Afirmativo. Nos quedaremos en la nueva posición. Corto y cierro.

Lucille sintió una punzada de recelo en la tripa. Ya era mala suerte que Brock y Santullo hubieran sido los primeros agentes en llegar al lugar. De todos los destacados, Brock era el agente que menos le gustaba: era un tipo impetuoso y arrogante casi hasta la insubordinación. Sería muy propio de alguien como él comenzar un tiroteo y matar a uno de los sospechosos. O peor, hacer que lo mataran a él. Por eso le había ordenado que no hiciera nada. No quería perder más agentes.

Más adelante, una señal de la carretera surgió en la oscuridad: BECKLEY, 5 KILÓMETROS. Estaban a sólo media hora de Jolo, y tres coches patrulla de la Policía Estatal de Virginia Occidental estaban todavía más cerca. Si todo salía según lo planeado, a medianoche ya podría haber terminado todo.

Entonces del teléfono por satélite surgió la voz de Brock.

—*¡Mayday, mayday, mayday!* ¡Solicito permiso para entrar inmediatamente! ¡Repito, solicito permiso para entrar!

Lucille apretó el auricular del teléfono contra su oído.

—¿Qué ocurre? ¿Intentan huir?

—¡Los hemos visto de nuevo y se han reunido alrededor del ordenador! ¡Solicito permiso para entrar antes de que borren información crítica!

Ella respiró hondo. Tenía que tomar una decisión. Su principal obligación era poner a salvo una información vital para la seguridad nacional. Puede que Brock tuviera razón: los sospechosos podían intentar borrar la información. Pero Lucille tenía gran fe en los expertos en ordenadores del Bureau. Los había visto recuperar datos borrados de cientos de discos duros.

—Permiso denegado. Vuestros refuerzos están a menos de veinte minutos. Mantén la posición hasta que lleguen allí.

—¡Recibido, vamos a entrar!

Lucille pensó que le había oído mal por culpa de la estática.

—¡No, he dicho que mantengáis la posición! ¡No os mováis! ¡Repito, NO os mováis!

—Recibido, apagamos las radios hasta que capturemos a los sospechosos. Corto y

cierro.

Un latigazo de inquietud le recorrió el cuerpo.

—¡MALDITA SEA, BROCK. HE DICHO QUE MANTENGÁIS LA POSICIÓN! NO...

Entonces la línea se cortó.

Eran dos. Dos musculosos gilipollas vestidos con un mono azul marino con las letras FBI en dorado. Uno era un fornido rubio con una cicatriz en la barbilla, y el otro más bien mediterráneo, moreno y con un bigote espeso. Ambos sostenían una Glock de nueve milímetros con la que apuntaban a Amil, David y Monique.

Instintivamente, el profesor Gupta cubrió a su nieto. Se puso delante de Michael, que estaba arrodillado en el suelo junto al brontosaurio de juguete, ajeno a todo excepto su mascota robótica. Como respuesta, el agente rubio apuntó su pistola a la frente de Gupta.

—MUÉVETE OTRA VEZ Y TE VUELO LA TAPA DE LOS SESOS —gritó—. ¡AHORA PON LAS MANOS EN ALTO, CABRONAZO!

El anciano se quedó mirando el cañón del arma. Sintió un tic nervioso en la mejilla izquierda y dejó escapar un sonoro quejido. Lentamente levantó las manos. Luego se dio la vuelta y bajó la mirada hacia su nieto.

—Por favor... por favor, ponte de pie, Michael —hablaba con lentitud y la voz le temblaba—. Y levanta las manos como yo.

Después el agente se volvió para apuntar con su arma a David. El tipo tenía la nariz deformada, seguramente se la habría roto muchas veces, y líneas rojas le cruzaban las mejillas. Se lo veía demasiado disoluto para ser del FBI; parecía más un camorrista de bar.

—Tú también, soplapollas —dijo—. Las manos en alto.

Mientras levantaba las manos, David miró a Monique, que estaba de pie al otro lado de Gupta y Michael. Sabía que llevaba un revólver en la parte trasera de la cintura del pantalón. También que si intentaba cogerlo morirían todos. Negó con la cabeza levemente: No lo hagas, no lo hagas. Después de un terrible segundo de incertidumbre, ella también levantó las manos.

El agente rubio se volvió hacia su compañero.

—Cúbreme, Santullo. Voy a ver si llevan armas.

El hombre se acercó primero a David y lo cacheó de arriba abajo. Cuando hubo terminado, le clavó el arma en las costillas.

—Eres un gilipuertas —dijo.

David permaneció absolutamente inmóvil. No, pensó, este cabrón no me va a disparar. El gobierno me quiere vivo. Y sin embargo no podía estar seguro del todo. Visualizó la bala en la cámara, el gatillo listo para disparar.

Pero el agente no apretó el gatillo. En vez de eso se inclinó hacia delante hasta que sus labios casi tocan el lóbulo de la oreja de David.

—Deberías haberte quedado con tu ex esposa —susurró—. Es mucho más guapa que esta negrata.

El hombre se apartó y se acercó al profesor Gupta. David bajó los brazos, mareado por la ira, pero el agente llamado Santullo inmediatamente le apuntó con su Glock.

—¡ARRIBA ESAS MANOS! —gritó—. ¡No te lo voy a volver a decir!

Mientras David le hacía caso, el rubio cacheó al profesor Gupta. El anciano forzó una sonrisa y miró a su nieto.

—Michael, dentro de un minuto este señor te va a tocar. Pero no te preocupes, no te hará daño. Mira, a mí me lo está haciendo ahora y no pasa nada.

El agente lo miró maliciosamente.

—¿Qué le pasa al chaval? ¿Es retrasado?

Gupta siguió mirando a Michael.

—No tienes que gritar, ¿vale? Te tocará unos segundos y luego habrá terminado.

Los esfuerzos del profesor para tranquilizarlo parecieron funcionar: cuando el agente cacheó a Michael, el adolescente dejó escapar una queja, pero no llegó a gritar. Luego el agente pasó a Monique y rápidamente descubrió su revólver. Se lo sacó de los pantalones y lo levantó para que todos lo vieran.

—Bueno, bueno. Mirad esto —cacareó—. Parece que esta chica tiene auténtico poder negro bajo los pantalones.

Monique lo fulminó con la mirada, obviamente lamentando su decisión de no haber disparado. El agente enfundó su propia pistola y abrió el tambor del revólver para ver si estaba cargado.

—Esto supone un verdadero golpe de suerte para mí —dijo—. Pero muy desafortunado para usted, señorita Reynolds. Acabo de encontrar el arma homicida.

Ella negó con la cabeza.

—¡Yo no he matado a nadie! ¿De qué diablos está hablando?

Brock cerró el tambor con un golpe de muñeca y regresó al lado de su compañero.

—Estoy hablando de esto.

Apuntó la cabeza de Santullo con el arma y disparó.

Sucedió tan deprisa que Santullo todavía seguía con la mirada puesta sobre Amil, David y Monique cuando la bala le atravesó el cráneo. Del orificio de salida salieron despedidos sangre y sesos. El impacto lo tumbó en el suelo de lado e hizo que se le cayera la Glock. El agente rubio la recogió y sostuvo el arma de Santullo en una mano y la de Monique en la otra.

Michael empezó a gritar en cuanto oyó el disparo. Se dejó caer en la alfombra de

pelo largo y se tapó las orejas con las manos. El profesor Gupta se arrodilló a su lado, apartando la mirada del fallecido. David, sin embargo, estaba demasiado anonadado para mirar otra cosa. No dejaba de salir sangre de la herida de entrada de la bala, justo por encima de la sien.

El agente rubio rodeó el cadáver sin ni siquiera mirarlo otra vez.

—Muy bien, dejémonos de gilipolleces —dijo. Puso el seguro de la Glock y se la metió en la cintura, pero siguió apuntando a los detenidos con el revólver.

—Tenemos que irnos de aquí antes de que aparezcan las tropas. Daremos un pequeño paseo por el bosque y nos encontraremos con un amigo mío al otro lado de la colina.

David miró fijamente al agente. Con un escalofrío se dio cuenta de que sus sospechas iniciales habían sido acertadas: este tipo no era del FBI. Trabajaba con los terroristas.

En tres rápidos pasos, el agente se acercó al profesor Gupta y su nieto, que no dejaba de gritar. Primero apartó a Gupta, tirándolo al suelo. Luego cogió a Michael por el cuello de su polo y colocó el cañón del revólver contra su cabeza.

—Vais a salir todos en fila india. Si alguien intenta huir, mato al chaval, ¿lo habéis entendido?

Ahora Monique estaba a la izquierda del agente y David a la derecha. Ella le lanzó a David una mirada apremiante que él entendió perfectamente: el tipo estaba en una posición vulnerable. No podía verlos a ambos a la vez. Si iban a intentar algo, éste era el momento.

Gupta se puso lentamente en pie. Cuando volvió a ver al agente, su rostro se crispó en una feroz mueca.

—¡Ya basta, imbécil! —gritó—. ¡Suelta a mi nieto!

David calculó la distancia a la que se encontraba el agente. Podía abalanzarse sobre el cabrón y quizá agarrarlo del brazo, pero eso no impediría que pudiera disparar el revólver. Tenían que conseguir que disparara a otra cosa que no fuera Michael.

Divirtiéndose, el agente miró al profesor con una amplia sonrisa en la cara.

—¿Qué me has llamado? ¿Imbécil?

Monique le volvió a lanzar una mirada a David: ¿A qué estás esperando? Entonces él se dio cuenta de que el brontosaurio robot estaba agitando su cola segmentada a escasos pasos de ella. Se quedó mirando la larga antena de la máquina.

—¡Sí, eres un imbécil! —gritó Gupta—. ¿No ves lo que estás haciendo?

David musitó la palabra «antena» y señaló hacia el bicho. Al principio Monique se quedó confundida. Entonces David cerró el puño de la mano derecha e hizo ver que tiraba. Ahora lo pilló. Monique se agachó sobre máquina y le arrancó la antena.

La alarma era todavía más ruidosa de lo que David recordaba. Inmediatamente, el

agente dejó ir a Michael y apuntó el revólver hacia el origen del ruido. Mientras tanto, David se le acercó por detrás.

Simon aparcó la camioneta *pickup* en el punto de encuentro, una pronunciada curva de una carretera de tierra que había a un kilómetro de la cabaña. Había elegido ese lugar con la ayuda de un mapa local que había encontrado en la guantera. Encontrarse en el Retiro de Carnegie no habría sido inteligente porque la cabaña se encontraba en un camino sin salida, y en estos momentos al menos una docena de vehículos de policía se dirigían hacia ahí desde el norte. Pero la carretera de tierra iba hacia el sur a través de un enmarañado y oscuro bosque, lo que la convertía en la ruta perfecta para huir al estado vecino de Virginia.

Apagó las luces y luego miró las brillantes manecillas de su reloj: las 9.21. Brock llegaría en unos nueve minutos. Simon le había prometido una sustanciosa recompensa —250.000 dólares— si conseguía entregarle vivos a los cuatro objetivos. El agente tenía pensado hacer ver que los sospechosos habían disparado a su compañero y luego se habían escapado por el bosque. Simon sospechaba que el FBI no se creería la historia, pero ese problema era de Brock, no suyo.

Bajó la ventanilla y sacó la cabeza para ver si ya podía oír el ruido de las cinco personas avanzando por la hojarasca. Sin embargo, lo único que oyó fueron los sonidos habituales del bosque por la noche: el chirrido de las cigarras, el croar de las ranas toro, el susurro del viento al empujar las copas de los árboles. Unos segundos después oyó un sordo estruendo proveniente del oeste, probablemente de algún lugar a varios kilómetros de distancia. Un disparo de escopeta, seguramente. Y luego oyó un chillido extraño y agudo, al que siguieron cuatro disparos más en rápida sucesión. Estos disparos provenían del norte, y no eran de escopeta. Conocía bien el sonido de distintas armas de fuego. Era una pistola, seguramente un revólver.

No tenía por qué preocuparse, se dijo a sí mismo. No es más que el agente Brock ejecutando a su compañero. ¿Pero por qué cuatro disparos? Normalmente una bala en la cabeza era más que suficiente. No, no, mejor no adelantar conclusiones; quizá Brock no era muy buen tirador, quizá había disparado tres veces más a su compañero sólo para asegurarse de que estaba muerto. Sin embargo, ninguna de estas posibilidades tranquilizó los nervios de Simon. Todos sus instintos le decían que algo había salido mal.

Cogió la Uzi, abrió la puerta de la furgoneta y salió con cautela. Tenía el tobillo izquierdo muy hinchado, pero no había elección.

David se abalanzó hacia delante y empujó con el hombro derecho la espalda del agente. Lo arrolló fuerte y rápido, con lo que el hombre perdió el equilibrio, las

piernas no pudieron sostenerlo y terminó dando con el pecho contra el suelo. Sin embargo, no llegó a soltar el revólver y pudo realizar un disparo que hizo explotar al robot dinosaurio y silenció la alarma. David se dejó caer encima de él y sujetó con fuerza el brazo con el que disparaba. El tipo volvió a disparar a lo loco, y entonces David empezó a golpearle en la cabeza, aporreando con los nudillos el huesudo bulto de la base del cráneo. Seguía la difícil lección que su padre le había enseñado: no existe eso llamado pelea justa. Se gana o se pierde, y si quieres ganar tienes que pegar al otro cabrón hasta que deje de moverse. David le volvió a romper la nariz al agente al golpearle la cara contra el suelo, a pesar de lo cual éste siguió disparando el revólver. Resonaron dos disparos más, y David oyó gritar a Monique. Enfurecido, colocó su rodilla sobre el antebrazo del agente y éste por fin dejó caer el arma. David, sin embargo, no se detuvo ahí. Oía la voz con aliento a ginebra de su padre: ¡Por el amor de Dios, no dejes que se levante! ¡Golpéalo, machácalo, jódelo vivo! Y David siguió las instrucciones de su padre, las siguió al dedillo, hasta que la cara del tipo que tenía debajo se convirtió en un rebujo de carne magullada, con la boca abierta y babeante y los ojos hinchados y cerrados. David le gritaba «HIJO DE PUTA», pero en realidad ya no pensaba en el agente. Era a su padre, ese cabrón sanguinario y borracho, a quien David gritaba mientras sus puños golpeaban el rostro púrpura del agente.

Y hubiera seguido pegándole hasta matarlo, pero alguien vino por detrás y le sostuvo los brazos.

—¡Ya basta, ya basta! ¡Está inconsciente!

Se volvió y vio a Monique. Para su sorpresa, no parecía estar herida. Lo miraba con cara de preocupación, luego estiró el brazo hacia la pistolera que el agente llevaba en el hombro y cogió su semiautomática.

—Dale la vuelta para que pueda cogerle la otra —ordenó.

David levantó el cuerpo inerte y Monique cogió el arma que el agente Santullo llevaba en la cintura de los pantalones.

—Ten, cógela —dijo ella, ofreciéndole la Glock—. Vigílalo por si se despierta. Iré a ocuparme de Amil.

—¿Amil? ¿Qué le pasa?

Miró por encima del hombro y vio a Michael todavía agachado sobre la alfombra de pelo largo, tapándose los oídos con las manos. A su lado, el profesor Gupta estaba tumbado de espaldas sobre un charco de sangre. Salía de un agujero de un par de centímetros que tenía en el muslo izquierdo. Apoyado sobre los codos, miraba horrorizado la herida.

—¡No deja de salir! —gritaba—. ¡No deja de salir, no deja de salir, no deja de salir!

Monique señaló la camiseta de David.

—¡Rápido, quítatela! —dijo. Luego se dirigió a toda prisa hacia Gupta y le rasgó la pernera izquierda del pantalón, que ya estaba empapada de sangre—. Intente calmarse, profesor —le dijo—. Respire hondo. Debe ralentizar los latidos de su corazón.

Cogió la camiseta de David —la de su equipo de *softball* en cuya espalda ponía «Historiadores sin pegada»— y la dobló hasta formar una almohadilla que colocó sobre la herida de Gupta. Le pasó las mangas por detrás del muslo, las ató y presionó el vendaje con la palma para contener la hemorragia. Luego le puso la otra mano en la ingle y empezó a inspeccionar la zona, justo a la izquierda de la bragueta.

—Lo siento —dijo ella—. Estoy intentando encontrar la arteria femoral.

Gupta estaba demasiado ocupado respirando hondo y probablemente no la oyó. David observó con estupefacción cómo ella hundía los dedos en la entepierna del anciano. Unos segundos después Monique encontró el punto sobre el que hacer presión y apretó con fuerza con la palma de la mano, empujando la arteria contra el hueso pélvico. El profesor dejó escapar un grito de dolor.

Monique le ofreció una amplia sonrisa.

—Ajá. Esto está mucho mejor —dijo ella—. Ahora ya no sangrará tanto —pero la expresión con la que miró a David no era nada halagüeña—. Tenemos que llevarlo a un hospital.

Esta vez Gupta sí la oyó. Y, negando violentamente con la cabeza, intentó sentarse.

—¡No! —gritó—. ¡Tenéis que daros prisa! ¡Tenéis que llegar a Georgia!

—Por favor, profesor, túmbese —le instó Monique.

—¡No, escuchadme! ¡Ese tipo ha dicho que las patrullas estatales están a punto de llegar! ¡Si os atrapan, conseguirán la *Einheitliche Feldtheorie*!

Monique se esforzaba por mantener la presión sobre la arteria femoral de Gupta y el vendaje casero.

—¡No podemos dejarte aquí! —gritó ella—. ¡Te desangrarás hasta morir!

—En cuanto lleguen las autoridades me llevarán a toda prisa al hospital. Creedme, no me dejarán morir. Soy demasiado importante para ellos.

Ella negó con la cabeza. No quería irse de su lado. A David le impresionó su lealtad. Había tenido la impresión de que a Monique no le caía demasiado bien el profesor y sin embargo ahora estaba dispuesta a sacrificarlo todo por él.

Gupta extendió el brazo hacia ella y le tocó la mejilla. Luego señaló a su nieto, que se balanceaba adelante y atrás sobre los talones.

—Llevaos a Michael —dijo—. Si la policía lo encuentra lo meterán en una institución. No dejes que eso ocurra, Monique. Por favor, te lo ruego.

Ella mantuvo la mano sobre el vendaje, pero asintió. Luego Gupta se volvió hacia David, señalando el ordenador que había sobre la mesa.

—Antes de irnos tenéis que destruir el disco duro. Para que el FBI no descubra el código.

Sin decir una sola palabra, David levantó el ordenador por encima de la cabeza y lo lanzó contra el suelo. La carcasa de plástico se rompió y David arrancó el disco duro, que parecía un tocadiscos en miniatura con un montón de pequeños discos plateados. Sosteniendo la Glock por el cañón, empezó a golpear los discos de cristal con el mango de la pistola. Lo hizo hasta que quedaron reducidos a cientos de astillas diminutas.

En cuanto terminó, oyó una sirena. Era el coche de la policía estatal que se acercaba a toda velocidad por la carretera de gravilla, más o menos a medio kilómetro. Prestó atención y oyó otras dos sirenas un poco más lejos. Y luego un ruido todavía menos bienvenido, la ráfaga de una ametralladora.

Se puso en pie de un salto. Monique todavía estaba inclinada sobre el profesor Gupta, presionando con fuerza el vendaje mientras el anciano le susurraba algo a Michael al oído.

—¡Vamos! —exclamó David—. ¡Tenemos que irnos!

—Venga —dijo Gupta, empujando tanto a Michael como a Monique. Se lo veía cada vez más débil—. Y no os olvidéis... la *Game Boy* de Michael.

Llorando, Monique se puso rápidamente en pie y se dirigió hacia la puerta. David encontró la *Game Boy* y se la puso en las manos al adolescente. Michael presionó un botón y la pantalla volvió a encenderse. Siguió jugando al *Warfighter* en el mismo punto en el que lo había dejado, como si nada importante hubiera ocurrido en el ínterin, suficientemente distraído como para permitir que David lo cogiera del codo y lo guiara fuera de la cabaña.

Simon se ocupó primero de las patrullas estatales. Inclinado sobre uno de los árboles que había junto a la carretera, ametralló el parabrisas del primer coche patrulla y mató a los dos agentes que iban dentro. El coche derrapó en la gravilla y fue a chocar de frente con una roca cubierta de kudzu [\[13\]](#). El conductor del segundo vehículo no vio el accidente hasta que llegó a la curva, demasiado tarde. Consiguió detener el coche en medio de la carretera, pero Simon lo alcanzó antes de que pudiera dar la vuelta. Sabiamente, el tercer conductor se quedó fuera de tiro. A lo lejos Simon pudo oír el ruido de los agentes corriendo a ponerse a cubierto y gritando por sus radios. El trabajo estaba hecho: ahora los agentes se alejarían de la carretera, y se quedarían cobardemente escondidos detrás de rocas y troncos de árboles durante la siguiente media hora, más o menos, permitiendo con ello que Simon pudiera prestar su atención a otro lugar.

Caminó cojeando por la carretera hasta llegar a la cabaña. La primera señal de

que habían surgido problemas fue la puerta abierta. La segunda, los tres cuerpos que había dentro, tumbados en el suelo. Sólo uno de ellos estaba muerto —un agente del FBI con un bigote ridículo, obviamente el compañero de Brock—. Sus sesos estaban desparramados por una pared cercana. Un hindú diminuto, el estimado profesor Gupta, yacía inconsciente sobre un charco de sangre. Alguien le había vendado la herida de la pierna, pero el vendaje ya estaba empapado. Y por último, pero no por ello menos importante, el agente Brock, que se retorció de dolor tumbado boca abajo, gimiendo y escupiendo trozos de diente.

Simon permaneció un momento de pie, decidiendo qué hacer. Swift y Reynolds, sus objetivos principales, no debían de estar muy lejos. Habían huido a ciegas por el bosque con su acompañante adolescente. En otras circunstancias, Simon hubiera ido detrás de ellos, pero su tobillo estaba cada vez más inflamado y sabía que no soportaría su peso mucho más tiempo. Por ahora tendría que conformarse con interrogar al doctor Gupta. Si el viejo no moría del shock había muchas posibilidades de que le revelara adónde se dirigían Swift y Reynolds.

Tambaleante, Brock se puso en pie. Tenía la cara destrozada, pero por lo demás seguía siendo útil. Si lo ayudaba, juntos probablemente podrían llevar a Gupta por el bosque hasta la furgoneta. Simon cogió a Brock por el cuello y lo empujó hacia el profesor.

—Tengo un nuevo trabajo para usted, señor Brock —dijo—. Y si quiere seguir con vida, le recomiendo que lo acepte.

9

Lucille se arrodilló junto al cuerpo de Tony Santullo, un agente de veinticuatro años que se había graduado en la academia apenas seis meses antes, y se obligó a sí misma a mirar el agujero que tenía en la sien. Mientras respiraba hondo, apartó toda distracción de su cabeza, todo sentimiento de culpabilidad, rabia y frustración, y se concentró en reconstruir lo que había tenido lugar en la cabaña. Examinó la posición del cadáver de Santullo y el patrón de la salpicadura de sangre. Advirtió la presencia de dos charcos más de sangre al otro lado de la habitación, lo cual sugería la existencia de más heridos. Y examinó los escombros de artilugios mecánicos que había esparcidos por el suelo: la carcasa rota del ordenador, el disco duro destrozado y los restos de plástico de una especie de robot.

El agente Crawford permaneció detrás de ella, con la radio pegada a la oreja.

—¿Brock, me recibes? —gritó—. ¿Me recibes, me recibes? Contesta de una vez, cambio y corto.

Lucille negó con la cabeza. Para ser justos, existía la posibilidad de que el agente Brock hubiera ido detrás de los sospechosos y no pudiera responder porque estuviera muerto o herido en medio del bosque. Pero lo dudaba. Desde hacía veinticuatro horas sospechaba que había un traidor en las fuerzas, y ahora ya sabía quién era.

—¿Me recibes, Brock? —repitió Crawford—. ¿Me recibes, me...?

De repente bajó la radio y ladeó la cabeza para poder escuchar un ruido que provenía de fuera. Unos segundos después, Lucille también lo oyó: era el estruendo de los rotores de varios helicópteros. Se puso en pie y siguió a Crawford fuera de la cabaña. Miraron hacia el nordeste y vieron tres *Blackhawks* que sobrevolaban las colinas, iluminando con sus focos reflectores las copas de los árboles sobre los que pasaban. Era la avanzadilla de la Fuerza Delta, que llegaba antes de tiempo.

Desnudo de cintura para arriba, David corría atropelladamente en completa oscuridad. No podía ver nada, pero no dejaba de avanzar hacia delante, intentando seguir los ruidos que Monique hacía al pisar la maleza. Con la mano derecha iba palpando troncos de árbol y ramas, y con la izquierda sujetaba firmemente el codo de Michael, tirando de él. Al principio el adolescente no había dejado de gritar pero después de correr un kilómetro se había quedado sin aliento para protestar. Iban a toda velocidad por el oscuro bosque como si corrieran en el aire, impulsados por el pánico más absoluto.

Llegaron a un claro y Monique se detuvo de golpe. David casi choca con ella.

—¿Qué haces? —susurró él—. ¡Vamos, vamos!

—¿Adónde? ¿Cómo sabes que no estamos corriendo en círculos?

Él levantó la mirada hacia las estrellas. Tenían la Osa Menor a la derecha, lo cual significaba que se dirigían hacia el oeste. Cogió la mano de Monique y señaló con ella hacia la izquierda.

—Tenemos que ir hacia allí, hacia el sur. Entonces...

—Oh, Dios, ¿qué es eso?

Detrás de ellos tres puntos de luz surgieron por encima de las copas de los árboles, colgando del cielo como si fueran unas estrellas nuevas y relucientes. Mientras las miraba con atención, David oyó el estruendo de los rotores de varios helicópteros a lo lejos.

Agarró a Michael del hombro y empujó a Monique hacia delante.

—¡Vamos, vamos, vamos! ¡Meteos debajo de los árboles!

Se volvieron a sumergir en el bosque y subieron por una pendiente rocosa. Aquí el camino era más difícil, más escarpado. En un momento dado, Monique tropezó con algo y se le escapó un grito al caer al suelo. David fue corriendo a su lado, pero cuando se inclinó para preguntarle si estaba bien, oyó una voz profunda que le decía:

—Quieto ahí —y luego oyó cómo amartillaban dos rifles.

David se quedó inmóvil. Por un momento consideró la posibilidad de intentar escapar, pero cuando se dio la vuelta vio que la *Game Boy* que Michael sujetaba en la mano todavía estaba encendida. La luz de la pantalla era débil, pero se veía suficiente como para servir de blanco.

Se encendió una linterna y su haz de luz los iluminó. David intentó ver al hombre que sostenía la luz, pero lo único que pudo distinguir fue una silueta corpulenta. Probablemente no es del FBI, pensó. Lo más seguro es que sea un *sheriff* local o un agente estatal. Aunque tampoco suponía mucha diferencia a estas alturas.

—¿Qué'stáis haciendo aquí? —dijo el hombre corpulento—. Éste no es lugar para picnics.

Parecía genuinamente sorprendido. David entrecerró los ojos para intentar vislumbrar algo tras el haz de luz y advirtió con alivio que el hombre no llevaba uniforme. Iba vestido con un pantalón de peto y una camisa de franela que le iba grande, y el arma de fuego con la que los apuntaba era una escopeta, no un rifle. A su izquierda había otro hombre también con una escopeta, un tipo viejo y desdentado con una gorra John Deere, y a la derecha un chaval bajo y fornido, de unos ocho o nueve años. El muchacho llevaba un tirachinas casero y tenía la cara extrañamente plana.

—¿M'habéis oído? —dijo el hombre gordo. Tenía una espesa barba castaña y una venda sucia sobre el ojo izquierdo—. Sus he hecho una pregunta.

David asintió. Eran los cazadores locales acerca de los que el profesor Gupta había hablado. Abuelo, padre e hijo, sin duda alguna. Hombres de las montañas de Virginia Occidental, recelosos de los forasteros. Seguramente no demasiado

inclinados a simpatizar con una física negra y un profesor de historia con el pecho desnudo. Pero tampoco debían de sentir demasiado cariño por el gobierno. David se preguntó si podía utilizar este hecho para ganárselos.

—Tenemos problemas —admitió—. Nos quieren arrestar.

El hombre gordo lo miró con el ojo bueno.

—¿Quién?

—El FBI. Y la policía estatal. Trabajan juntos.

El tipo resopló.

—¿Q'habéis hecho, robar un banco?

David se dio cuenta, claro está, de que no podía decir la verdad. Tenía que pensar una historia que los cazadores se pudieran creer.

—No hemos hecho nada malo. Es una operación ilegal del gobierno.

—Qué diantres quieres decir con lo de...

Fue interrumpido por su hijo, que de repente soltó un graznido agudo, como la llamada de un pájaro tropical. Una especie de sonrisa le cruzó la cara y empezó a balancearse de lado a lado, como empujado por el viento. De repente, David se dio cuenta de qué era lo que le ocurría al muchacho. Tenía síndrome de Down.

El hombre gordo no prestó atención a su hijo. Siguió apuntando a David con su escopeta.

—¿Qué, vas a decirme qué'está pasando aquí?

Muy bien, pensó David. Tenían algo en común. Ya era algo. Señaló a Michael, que estaba agachado y se balanceaba hacia delante y atrás.

—¡Van detrás de nuestro hijo! —gritó David—. ¡Nos lo quieren quitar!

Monique se lo quedó mirando fijamente, horrorizada. Pero la mentira, aunque exagerada, no era del todo absurda. En medio de esa oscuridad no era tan difícil convencerse de que ese adolescente de piel oscura era hijo de ambos. Y los cazadores parecieron aceptar la posibilidad. El corpulento bajó unos pocos grados la escopeta, que ahora les apuntaba a los pies.

—¿Qué le pasa a vuestro hijo, ¿está enfermo?

David adoptó una expresión de indignación.

—¡Los médicos quieren internarlo en un psiquiátrico! ¡Nos fuimos de Pittsburgh para huir de esos cabrones, pero nos han seguido hasta aquí!

—Hace un rato hemos oídos unos disparos. ¿Os estaban disparando?

David volvió a asentir.

—Y ahora han traído refuerzos. ¿No oís los helicópteros?

El ruido de los rotores era cada vez más alto. El chaval con síndrome de Down miró hacia el cielo. El tipo mayor con la gorra de John Deere intercambió una mirada con el gordo. Luego ambos bajaron las armas. El gordo apagó la linterna.

—Seguidme —ordenó—. El sendero es por aquí.

Simon reconoció los helicópteros por su silueta. *Blackhawks* volando bajo, a unos pocos metros de las copas de los árboles. Era una táctica de la Fuerza Delta, volar a ras de suelo, por debajo de la cobertura del radar. El pulso de Simon se aceleró; sus enemigos estaban cerca. Puede incluso que los soldados de Chechenia, los que mataron a su esposa y su hijo, estuvieran entre ellos. Por un momento consideró dispararles con la Uzi; un disparo afortunado podía derribar a uno de los pilotos. Pero los otros *Blackhawks* localizarían su posición y el juego habría terminado. No, se dijo Simon, mejor ajustarse al plan original. De ese modo conseguiría matar a muchos más.

Él y Brock pronto llegaron a la camioneta *pickup* y dejaron al profesor Gupta en el asiento trasero. Luego Brock se dejó caer en el asiento del acompañante y Simon se puso detrás del volante. Sabía que no podía encender las luces de la furgoneta — los pilotos de los *Blackhawks* los verían inmediatamente— de modo que se puso las gafas de infrarrojos. En el visor del dispositivo el polvo de la carretera se veía frío y negro, pero los troncos de los árboles que había a los lados brillaban con calidez al haber retenido parte del calor del día. El contraste era suficientemente marcado para permitirle conducir con cierta rapidez. Afortunadamente, pues no tenían demasiado tiempo. Cuando Simon miró por encima del hombro, advirtió que la cara de Gupta estaba considerablemente más fría que la de Brock. El profesor iba a entrar en shock.

Estaban a unos veinte kilómetros al sur de la cabaña, al otro lado de la frontera del estado de Virginia, cuando Simon vio una casa en una curva de la carretera. Era de dos pisos, sin nada especial, con porche delantero y garaje adosado. Lo que llamó la atención de Simon fue el nombre que figuraba en el buzón. Estaba escrito con letras de plástico que resaltaban con claridad contra el frío metal: DR. MILO JENKINS.

Simon derrapó y se detuvo, luego cogió el camino de entrada hacia la casa del médico.

Los cazadores se movían como fantasmas a través del bosque. Rodeados por el follaje, siguieron un serpenteante sendero que subía la pendiente de un estrecho valle entre las montañas. Aunque David, Monique y Michael casi ni les podían seguir de lo rápido que iban, los cazadores caminaban sin hacer ruido alguno. David fue capaz de seguirlos únicamente por el destello de la luz de la luna creciente en los cañones de sus escopetas.

Durante una media hora avanzaron cuesta arriba por una empinada cresta tachonada con pinos. Michael empezó a jadear, pero no dejó de caminar; mantenía los ojos puestos en su *Game Boy*, y permitía que David tirara de él por el codo. Cuando llegaron a la cima, David se volvió y a través de un hueco en los árboles echó

un vistazo al paisaje que había hacia el este. Pudo ver los focos reflectores de los tres helicópteros rondando las colinas y las hondonadas, pero ahora estaban tan lejos que el ruido de los rotores no era más que un murmullo apagado.

Los cazadores siguieron avanzando por la cresta un par de kilómetros más, y luego empezaron a descender a un valle vecino. Unos minutos después, David divisó una luz en la ladera. Los cazadores se dirigieron hacia ella, acelerando el paso, y pronto llegaron a una choza de maderos contrachapados y sin pintar que descansaba sobre unos bloques de hormigón. Era larga y estrecha y estaba apoyada contra un árbol, como si fuera un destartalado furgón abandonado en el bosque. Un par de perros sarnosos correteaban delante de la choza, ladrando y aullando, pero se tranquilizaron en cuanto los hombres se acercaron. Uno de los perros fue corriendo hacia el muchacho con síndrome de Down y se puso a jugar a sus pies. Su padre, el tipo gordo con el pantalón de peto, se volvió a David.

—Ésta es nuestra casa —dijo, y le tendió la mano—. Me llamo Caleb. Éste es *mi pa* y ése *m'hijo* Joshua.

David le dio la mano. Advirtió que a Caleb le faltaba el dedo anular.

—Yo soy David. Ésta es mi esposa Monique. —La mentira no requería esfuerzo alguno. Sin mayores problemas, David se inventó una nueva familia—. Y éste mi hijo Michael.

Caleb asintió.

—Que sepáis *q'aquí* no tenemos prejuicios. Negro o blanco, no hay diferencia alguna aquí en las montañas. Todos somos hermanos y hermanas a los ojos de Dios.

Monique forzó una sonrisa.

—Es muy amable de tu parte.

Caleb se acercó a la entrada de la choza y abrió la puerta, un tablón sin pulir que colgaba torcido del marco.

—Entrad y sentaos. *Sus* irá bien descansar, seguro.

Todos entraron en la choza, que consistía en una gran habitación alargada. No había ventanas y la única luz provenía de una bombilla solitaria suspendida directamente de un cable del techo. Sobre una mesa de la habitación descansaban unos tazones de plástico y un hornillo; detrás había un par de sillas de cocina con las fundas de los asientos rotas. Más allá de las sillas, tirada en el suelo, se veía una manta gris del ejército. Era obvio que era ahí donde dormían. Y, en el fondo de la habitación, una pila de cajas de cartón y ropa desordenada.

Sin decir una palabra, el padre de Caleb se quitó la gorra John Deere y se dirigió a la mesa de la cocina. Encendió el hornillo y abrió una lata de estofado *Dinty Moore* [14]. Mientras tanto, el muchacho fue hacia el final de la habitación y comenzó a jugar a tira y afloja con su perro. Caleb pasó la mano por el pelo negro de su hijo, que no parecía haber sido lavado en bastante tiempo.

—Joshua es el regalo especial que me ha hecho el Señor —dijo—. Los servicios sociales del condado de Mingo han intentao quitármelo desde que murió su madre. Por eso construí este lugar, aquí en la hondonada. Estamos a unos buenos tres kilómetros de la carretera más cercana. Suficiente como para que el *sheriff* nos deje en paz.

Monique miró a David por el rabillo del ojo. Seguramente estaban pensando lo mismo: habían tenido mucha suerte de encontrarse con este tipo. Aunque puede que en esa parte de Virginia Occidental no fuera tan improbable que un grupo de fugitivos se encontrara con otro. Cualquiera que viviera en un lugar tan dejado de la mano de Dios como ése tenía que huir de algo.

Caleb se acercó a Michael e intentó llamar la atención del adolescente.

—Tú también eres un regalo del Señor —dijo—. Como dice la Biblia, Evangelio de Marcos, capítulo 10: «Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis: pues suyo es el Reino de Dios». Michael le ignoró, dedicado como estaba a aporrear los controles de la *Game Boy* con los pulgares. Un rato después Caleb se volvió hacia el montón de ropa vieja arrebujada de cualquier manera sobre las cajas de cartón. Cogió una camiseta y se la dio a David.

—Ten, ponte esto —dijo—. Sois bienvenidos a pasar la noche.

David miró la manta gris extendida en el suelo. Estaba tan cansado que no le importaba dormir encima, por incómodo que fuera, pero todavía le preocupaban los helicópteros que habían visto al otro lado de la cresta.

—Gracias por la oferta, Caleb, pero creo que deberíamos seguir nuestro camino.

—¿Adónde te diriges, hermano? Si no t'importa que te lo pregunte.

—A Columbus, Georgia —David señaló a Monique—. Mi esposa tiene familia ahí abajo. Ellos nos ayudarán.

—¿Y cómo sus vais a llegar hasta ahí?

—Abandonamos nuestro coche cuando los policías empezaron a perseguirnos. Pero de algún modo llegaremos a Columbus. Si hace falta lo haremos andando.

Caleb negó con la cabeza.

—No hará falta. Creo que sus puedo ayudar. En nuestra iglesia hay un hombre llamado Graddick. Mañana viaja hacia Florida. Quizá os puede acercar de camino.

—¿Vive cerca?

—No, pero pasará por aquí a medianoche para recoger las serpientes. Seguro que sus acompaña.

—¿Serpientes? —David creyó haber oído mal.

—La semana pasada cacé unas cuantas serpientes de cascabel en la cresta, y Graddick las va a llevar a la iglesia Holiness de Tallahassee. Manipulan serpientes; como en nuestra iglesia. —Caleb abrió una de las cajas de cartón y sacó una jaula de madera de cedro del tamaño de un cajón de escritorio. Tenía una tapa de plexiglás

con pequeños agujeros de forma circular—. Queremos ayudar a nuestros hermanos de Florida, pero no es del todo legal. Así que transportamos las serpientes de noche.

David echó un vistazo a través del plexiglás. Vio una serpiente de color pardo, tan gruesa como el antebrazo de un hombre, enrollada dentro de la caja. Sacudió el cascabel y sonó un áspero y recriminador «¡shhhhh!».

Caleb dejó la jaula en el suelo y sacó otra de la caja de cartón.

—La Biblia nos pide que lo hagamos. Evangelio de Marcos, capítulo 16: «Estas señales seguirán aquellos que crean: en mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas y tomarán serpientes en sus manos».

Sacó una tercera jaula y la colocó sobre las otras dos. Entonces cogió la pila y la apoyó contra su amplio pecho.

—Me voy p'afuera a limpiar las jaulas antes de que llegue Graddick. Mientras tanto vosotros sus podéis descansar. Si tenéis hambre hay algo de cecina en la despensa.

Joshua y su perro siguieron a Caleb fuera de la choza. El padre de Caleb todavía estaba sentado a la mesa, comiendo estofado directamente de la lata, y Michael estaba agachado sobre la manta del ejército. Monique se tumbó en el suelo a su lado, con la espalda apoyada en la pared contrachapada. Su expresión era sombría, estaba exhausta.

David se sentó a su lado.

—¡Eh! ¿Estás bien? —preguntó en voz baja, por si el anciano lo oía.

Ella se quedó mirando a David y negó con la cabeza.

—Míralo —susurró—. Ahora no tiene a nadie. Ni siquiera a su abuelo.

—No te preocupes por Amil, ¿vale? Seguro que está bien. Los agentes del FBI lo llevarán al hospital.

—Es culpa mía. Lo único que me importaba era la teoría. Todo lo demás me daba igual. —Colocó los codos en las rodillas y apoyó la frente en las dos manos—. Mi madre tenía razón. Soy una zorra sin corazón.

—Escucha, no es culpa tuya. Es...

—¡Y tú no eres mejor! —dijo mientras levantaba la cabeza y le lanzaba una mirada desafiante—. ¿Qué piensas hacer cuando encuentres la teoría unificada? ¿Has pensado ya en ello?

Lo cierto era que David todavía no lo había pensado. La única guía con la que contaba eran las vagas instrucciones que el doctor Kleinman le había dado: mantener la teoría a salvo. Evitar que se apoderaran de ella.

—Supongo que deberíamos confiar la teoría a alguien neutral. Quizá algún tipo de organización internacional.

Monique hizo una mueca.

—¿Qué? ¿Se la vas a dar a Naciones Unidas para que la custodie?

—Puede que no sea una idea tan extravagante. Einstein era un gran partidario de la ONU.

—¡Bah! A Einstein que le den.

Monique había alzado la voz lo suficiente como para llamar la atención del padre de Caleb, que dejó de comer un momento y los miró por encima del hombro. David le sonrió para tranquilizarlo y luego se volvió otra vez hacia Monique.

—Tranquilízate —susurró—. El viejo puede oírte.

Monique se inclinó hacia él, acercando sus labios a la oreja de David.

—Einstein debería haber destruido la teoría en cuanto se dio cuenta de lo peligrosa que era. Pero, claro, las ecuaciones eran demasiado importantes. Él también era un cabrón sin corazón.

Tras lo cual miró duramente a David, buscando pelea. Éste, sin embargo, no entró al trapo, y al cabo de un rato ella pareció perder interés. Bostezando, se alejó unos metros y se tumbó sobre la manta gris.

—¡Bah! ¡A la mierda! —dijo—. Despiértame cuando llegue el tipo de las serpientes.

Treinta segundos después ya estaba roncando. Yacía en posición fetal, con las rodillas contra el pecho. Y las manos cogidas bajo la barbilla, como si estuviera rezando. David cogió la manta por un extremo y, doblándola, la tapó con ella. Luego se sentó al lado de Michael, el otro miembro de su nueva familia.

El adolescente todavía estaba absorto en el *Warfighter*, de modo que David se entretuvo observando la acción que tenía lugar en la pantalla de la *Game Boy*. Un soldado animado vestido con un uniforme caqui iba corriendo por un pasillo oscuro. De repente apareció otro soldado al final del pasillo, pero Michael rápidamente lo derribó. Su soldado saltó por encima del cadáver, que yacía boca abajo, y entró en una pequeña habitación en la que había media docena de figuras apiñadas. Michael apretó un botón, su soldado se puso de cuclillas y empezó a disparar su M-16 contra el enemigo. Pronto los seis soldados contrarios yacían en el suelo y de sus heridas salía sangre simulada. Entonces el soldado de Michael abrió la puerta que había en el otro extremo de la habitación. La pantalla se volvió negra y apareció un mensaje en letras parpadeantes: «¡FELICIDADES! HAS LLEGADO AL NIVEL SVIA/4». David supuso que se trataba de un nivel de pericia con el *Warfighter* increíblemente alto, pero Michael no mostró la más mínima muestra de satisfacción. Su rostro permaneció tan inexpresivo como siempre.

De repente David sintió una apremiante necesidad de establecer algún tipo de contacto con el muchacho. Se inclinó cerca de Michael y señaló la pantalla.

—¿Y ahora qué ocurre?

—Vuelve al nivel A1.

La voz de Michael era monótona y sus ojos seguían puestos en la *Game Boy*, pero

se trataba de una respuesta, una respuesta inteligible. David sonrió.

—De modo que has ganado la partida, ¿eh? ¡Eso está muy bien!

—No. No he ganado. Vuelve al nivel A1.

David asintió. Muy bien, lo que sea. Señaló otra vez la pantalla, en la que ahora aparecía el soldado caqui en campo abierto.

—Pero es un juego divertido, ¿no?

Esta vez Michael no contestó. Toda su atención había regresado al *Warfighter*. David notó que la oportunidad se había cerrado, de modo que en vez de hablar se limitó a sentarse junto al muchacho y lo miró jugar. Por su experiencia como padre sabía que para comunicarse no siempre eran necesarias las palabras. Durante las tardes que pasaba con Jonah, David solía sentarse al lado de su hijo mientras éste hacía los deberes. La proximidad misma ya era reconfortante.

Diez minutos después, Michael ya estaba en el nivel B3. El padre de Caleb terminó su cena y se quedó dormido en la silla. Entonces David oyó unas voces fuera, voces agitadas. Alarmado, fue a toda prisa hacia la puerta de la choza y la abrió unos centímetros. A través de la rendija vio a Caleb hablando con otro hombre gordo. Iba vestido con unos tejanos caídos y una raída camiseta gris. Al igual que Caleb, tenía una espesa barba castaña y llevaba una escopeta de doble cañón. Debía tratarse de Graddick, pensó David, aliviado. Abrió la puerta del todo y salió fuera.

Caleb se dio la vuelta.

—¡Ve a buscar a tu esposa y tu hijo! ¡Tenéis que iros ahora mismo!

—¿Qué ocurre? ¿Algo va mal?

Graddick dio un paso adelante. Sus ojos, escondidos dentro de unas cuencas cavernosas, eran de un azul sobrenatural.

—El ejército de Satán está de camino. Un convoy de *Humvees* ^[15] se acerca por la Ruta 83. Y los helicópteros negros están aterrizando en la cresta.

—El Armagedón está'quí, hermano —exclamó Caleb—. Será mejor que sus pongáis en marcha antes de que cierren las carreteras.

El profesor Gupta estaba tumbado sobre una mesa de caoba en el comedor del doctor Milo Jenkins. Habían colocado varios cojines del sofá del salón bajo las piernas de Gupta para mantenerlas elevadas, y el doctor Jenkins le había introducido una grapa en el muslo para detener la hemorragia. Desde luego Simon había tenido suerte de encontrar a Jenkins; era un médico de pueblo que trabajaba fuera de casa y tenía cierta experiencia en curar las heridas de escopeta de sus paletos vecinos. Utilizando las existencias de su armario médico, Jenkins astutamente improvisó una vía intravenosa que colgó de la lámpara de araña. Pero no pudo evitar negar con la cabeza mientras se inclinaba sobre la mesa manchada de sangre y palpaba con los

dedos el cuello de Gupta. Simon, que apuntaba con la Uzi al doctor, notó que algo iba mal.

Jenkins se volvió hacia él. El médico vestía un camisón a cuadros escoceses que ahora estaba salpicado con oscuras manchas rojas.

—Ya se lo he dicho —dijo con acento sureño—. Si quiere salvar la vida de este hombre, tiene que llevarlo a un hospital. Aquí yo ya no puedo hacer nada más por él.

Simon frunció el ceño.

—Y, como ya le he dicho yo, no me interesa salvarle la vida. Sólo necesito que vuelva en sí unos minutos. El tiempo suficiente para tener una pequeña charla.

—Bueno, eso tampoco va a pasar. Está en las etapas finales de un shock hipovolémico. Si no va pronto a un hospital, la única persona con la que hablará es su Creador.

—¿Cuál es exactamente el problema? Ha detenido la hemorragia y le ha dado fluidos. Ahora ya debería estar recuperándose.

—Ha perdido demasiada sangre. No tiene suficientes glóbulos rojos para transportar oxígeno a los órganos.

—Pues haga una transfusión.

—¿Cree usted que tengo un banco de sangre en la nevera? ¡Necesitaría al menos un litro!

Sin dejar de apuntar a Jenkins con la Uzi, Simon se subió la manga del brazo derecho.

—Mi tipo de sangre es O negativo. Donante universal.

—¿Es que está loco? ¡Si le quito esa cantidad de sangre es usted quien entrará en shock!

—No creo. Ya he realizado transfusiones de campaña otras veces. Vaya a buscar otro equipo intravenoso.

Pero Jenkins no se movió. Cruzó los brazos sobre el pecho. Y, torciendo el gesto, se quedó mirando a Simon con auténtica tozudez paleta.

Simon dejó escapar un suspiro de exasperación. Se acordó de su época con la *Spetsnaz*, en Chechenia, y de todos los problemas que tenía con los soldados reticentes que tenía a su mando. Estaba claro que la amenaza de la ejecución no era argumento suficiente para mantener a raya al doctor Jenkins. Simon tenía que ofrecerle una motivación de mayor peso. Se acercó a la puerta que daba a la cocina del médico.

—¡Brock! —llamó—. Por favor, trae aquí a la señora Jenkins.

A las 5.00 de la madrugada, justo cuando el sol salía en Washington, D.C., el vicepresidente salió de su limusina y se dirigió hacia la entrada lateral del Ala Oeste. No era madrugador por naturaleza; si por él fuera, dormiría hasta las siete en punto y

llegaría a la oficina sobre las ocho. Pero al presidente le encantaba comenzar la jornada laboral al amanecer, de modo que el vicepresidente hacía lo mismo. Tenía que estar a su disposición en todo momento para evitar que el comandante en jefe cometiera alguna estupidez.

En cuanto entró en el edificio vio al secretario de Defensa sentado en una de las butacas del vestíbulo. El secretario tenía un bolígrafo en la mano y un ejemplar del *New York Times* en el regazo. Había garabateado algunas notas en los márgenes del periódico. Este hombre no duerme nunca, pensó el vicepresidente. Se pasa toda la noche deambulando por los pasillos de la Casa Blanca.

El secretario se puso en pie de un salto en cuanto vio al vicepresidente. Sostenía en la mano la sección de portada del *New York Times* y la sacudía enojado.

—¿Ha visto esto? —espetó—. Tenemos un problema. Uno de los policías de Nueva York se ha ido de la lengua.

—¿Qué está...?

—Aquí, léalo usted mismo. —Y puso el periódico en las manos del vicepresidente.

La noticia estaba en la esquina superior izquierda de la portada:

ACUSACIONES DEL FBI EN DUDA

Por Gloria Mitchell

Un detective de la policía de Nueva York ha cuestionado la afirmación del Federal Bureau of Investigation según la cual un profesor de la Universidad de Columbia estuvo involucrado en el brutal asesinato de seis agentes del FBI la tarde del martes.

El FBI ha emprendido la búsqueda a nivel nacional de David Swift tras los asesinatos, que supuestamente tuvieron lugar durante una operación encubierta de compra de drogas en West Harlem. El Bureau asegura que Swift, un profesor de historia conocido por sus biografías de Isaac Newton y Albert Einstein, dirigía la red de venta de cocaína y fue quien ordenó el asesinato de los agentes al descubrir su identidad.

Ayer, sin embargo, un detective del Departamento de Homicidios del Distrito Norte de Manhattan declaró que los agentes del FBI tomaron en custodia a Swift sobre las 19.30 del martes, dos horas antes de que, según el FBI, tuvieran lugar los asesinatos.

En declaraciones realizadas de forma anónima, el detective explicó que los agentes arrestaron a Swift en el hospital Saint Luke de Morningside Heights. Swift había acudido a visitar al doctor Hans Kleinman, premio Nobel de Física, que había sido hospitalizado a causa de las heridas sufridas durante un robo en su apartamento esa misma noche. Kleinman murió poco después de que llegara Swift.

El vicepresidente estaba demasiado furioso para seguir leyendo. Esto era una cagada de primer orden.

—¿Cómo diablos ha podido pasar esto?

El secretario volvió su cabeza cuadrada.

—La típica estupidez policial. El detective estaba cabreado con los federales por quitarle el caso Kleinman de las manos. Y se venga chivándose al *Times*.

—¿Podemos cerrarle la boca?

—Oh, ya nos hemos encargado de ello. Hemos supuesto de quién se trataba, un hispano llamado Rodríguez, y lo hemos traído para interrogarlo. El problema de verdad es la ex esposa de Swift. Es ella quien ha instigado al *Times* para que publicara la noticia.

—¿Y no podemos hacerla callar también a ella?

—Lo estamos intentando. Acabo de hablar por teléfono con su novio, Amory Van Cleve, el abogado que recaudó veinte millones de dólares en su última campaña. Al parecer, la relación entre ambos se ha enfriado en las últimas veinticuatro horas. Ahora dice que no pondrá ninguna objeción si la arrestamos.

—Pues hágalo.

—Los agentes que la siguen dicen que ella y su hijo pasaron la noche con la periodista que escribió el artículo del *Times*. La ex de Swift es una chica lista. Sabe que no podemos detenerla mientras esté con la periodista. Ahora mismo ya tenemos suficientes problemas con el *Times*.

—¿Uno de sus periodistas la está protegiendo? ¡Y dicen ser imparciales!

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero pronto la tendremos en nuestro poder. Tenemos media docena de agentes vigilando el apartamento. En cuanto la periodista se vaya al trabajo, entraremos.

El vicepresidente asintió.

—¿Y qué hay de lo de Virginia Occidental? ¿Cómo va el asunto?

—Todo va bien. Un batallón ya ha llegado y dos más están de camino. —Empezó a caminar hacia la Sala de Crisis—. Voy a despachar con los comandantes ahora mismo. Puede que ya hayan capturado a los fugitivos.

El vicepresidente lo miró con severidad. El secretario tenía la mala costumbre de cantar victoria antes de tiempo.

—Manténgame informado, por favor.

—Sí, sí, claro. Lo llamaré más tarde desde Georgia. Por la mañana he de ir a Fort Benning a dar un discurso a los soldados de infantería.

David se despertó en la parte trasera de la ranchera de Graddick y se encontró con que Monique dormía en sus brazos. Se quedó un poco desconcertado. Cuando se durmieron horas antes habían tenido cuidado de hacerlo en extremos opuestos de la zona de carga. (Afortunadamente, el coche era un enorme Ford Country Squire que había sobrevivido al menos veinte inviernos de Virginia Occidental). Pero al parecer

Monique se le había acercado en sueños y ahora tenía la espalda apoyada contra el pecho de él, y la cabeza bajo su barbilla. Quizá se había arrimado en busca de calor. O quizá se había apartado instintivamente de las cajas de serpientes, que estaban escondidas bajo una lona, debajo de la ventanilla trasera. Por la razón que fuera, ahora estaba en sus brazos, y podía ver sus costillas subir y bajar al ritmo de la respiración; a David le sobrevino un sentimiento de ternura hacia ella casi doloroso. Recordó la última vez que la había abrazado así, en el sofá de su diminuto apartamento de la escuela de posgrado, casi dos décadas antes.

Con cuidado de no despertarla, David alzó la cabeza y miró por la ventanilla. Era temprano y viajaban por una carretera flanqueada a ambos lados por pinos sureños. Graddick iba en el asiento del conductor, silbando una melodía Gospel que sonaba en la radio, y Michael estaba estirado en el asiento trasero, profundamente dormido pero todavía aferrado a su *Game Boy* inactiva. Un rato después David vio una señal de tráfico —I-185 Sur, Columbus— y se dio cuenta de que estaban en Georgia, seguramente no demasiado lejos de su destino.

Monique comenzó a despertarse. Se dio la vuelta y abrió los ojos. Curiosamente, no se liberó de su abrazo. En vez de eso, se limitó a bostezar y desperezarse.

—¿Qué hora es?

David miró la hora.

—Casi las siete. —Le pareció destacable su despreocupación, tumbada a su lado como si estuvieran casados de verdad—. ¿Has dormido bien? —preguntó él. Procuró hablar bajo, aunque dudaba que Graddick pudiera oír nada con el sonido de la radio.

—Sí, estoy mejor. —Se tumbó boca arriba y se puso las manos detrás de la cabeza—. Lamento lo de anoche. Me temo que estaba un poco irritable.

—No pasa nada. Cualquiera estaría irritable si lo persiguiera el ejército de Estados Unidos.

Ella sonrió.

—¿Entonces no estás molesto por todas las cosas feas que dije acerca de Einstein?

Él negó con la cabeza y le devolvió la sonrisa. Esto es agradable, pensó. No había tenido este tipo de conversación con una mujer desde hacía mucho tiempo.

—No, para nada. De hecho, en algunas cosas tenías razón.

—¿Quieres decir que Einstein realmente era un cabrón sin corazón?

—No diría tanto. Pero a veces podía ser bastante cruel.

—¿Ah sí? ¿Qué hizo ese cabrón?

—Bueno, para empezar abandonó a sus hijos cuando su matrimonio con Mileva se fue a pique. Los dejó a todos en Suiza mientras él se iba a Berlín a investigar la relatividad. Y nunca reconoció a la hija que él y Mileva tuvieron antes de casarse.

—¿Cómo? ¡Un momento! ¿Einstein tuvo una hija ilegítima?

—Sí, se llamaba Lieserl. Nació en 1902, cuando Einstein todavía era profesor en Berna y no tenía un centavo. Fue todo un escándalo, así que sus familias lo silenciaron. Mileva regresó a su casa, en Serbia, para tener el bebé. Y luego Lieserl o bien murió o bien la dieron en adopción. Nadie lo sabe con seguridad.

—¿Qué? ¿Cómo puede ser que nadie lo sepa?

—Einstein dejó de mencionarla en sus cartas. Luego Mileva regresó a Suiza y se casaron. Ninguno de los dos volvería a hablar de Lieserl.

Monique apartó la mirada de golpe. Con el ceño fruncido, se quedó mirando la raída tela gris que cubría el suelo de la zona de carga. A David le confundió ese repentino cambio de humor.

—¿Eh, qué ocurre?

Ella negó con la cabeza.

—Nada. Estoy bien.

Envalentonado por su cercanía, David le puso la mano debajo de la barbilla y le volvió la cara hacia él.

—Vamos. Entre colegas no hay secretos.

Ella vaciló. Por un momento, David pensó que ella se iba a enfadar, pero en vez de eso volvió a apartar la mirada y miró por la ventanilla.

—Cuando tenía siete años mi madre se quedó embarazada. Seguramente el padre debió de ser uno de los tíos a los que les compraba heroína. Al día siguiente de dar a luz, dio el bebé en adopción. Nunca me contó nada más sobre el tema, excepto que el bebé era una niña.

David deslizó su mano por la suave parte inferior de la mandíbula de Monique hasta alcanzar su oreja con los dedos.

—¿Llegaste a descubrir qué le pasó?

Sin mirarle, ella asintió.

—Sí, ahora es prostituta, y adicta al crack.

Una lágrima asomó por el rabillo del ojo, luego resbaló por un lado de la nariz. Incapaz de contenerse, David se inclinó y la besó. Sintió la humedad en sus labios, su sabor salado. Luego Monique cerró los ojos y él la besó en la boca.

Durante al menos un minuto se besaron en silencio en el suelo de la zona de carga, como si fueran una pareja de adolescentes escondiéndose de los adultos sentados en los asientos delanteros. Monique lo cogió por la cintura y lo atrajo hacia sí. La ranchera empezó a disminuir la velocidad, obviamente estaba acercándose a la salida de Columbus, pero David no levantó la cabeza para mirar por la ventanilla. Siguió besando a Monique mientras el coche cogía la rampa de salida, entraba en una curva descendente que le hizo pensar en gaviotas revoloteando sobre el océano y lo mezcló en su cabeza con el tacto resbaladizo de los labios de Monique. Al final se separaron y él se la quedó mirando. Estuvieron mirándose larga y fijamente el uno al

otro durante varios segundos, sin decir una palabra. Luego la ranchera giró con brusquedad hacia la derecha y se detuvo.

Rápidamente se soltaron y miraron por la ventanilla. El coche había aparcado delante de un descuidado centro comercial que daba a una avenida en la que ya había mucho tráfico. David advirtió que debían de estar cerca de la entrada de Fort Benning porque los nombres de todas las tiendas compartían temática militar. La más grande era *Ranger Rags*, una tienda de excedentes del ejército en cuyo escaparate había maniqués vestidos de camuflaje. Al lado había un restaurante de comida para llevar llamado *Combat Zone Chicken* y un salón de tatuajes llamado *Ike's Inks*. Unos metros más abajo podía ver un edificio construido con bloques de hormigón y sin ventanas, con un gran letrero de neón en el tejado. El tubo de neón naranja tenía la forma de una mujer pechugona reclinada sobre las palabras «*The Night Maneuvers Lounge*» [16]. Contradiendo su nombre, en el local parecía haber operaciones las veinticuatro horas del día; al menos dos docenas de coches estaban aparcados enfrente del bar y un desastrado gorila vigilaba la entrada.

Graddick bajó del asiento del conductor y con paso pesado dio la vuelta a la ranchera. Abrió la puerta trasera, pero David era reticente a salir del coche. De rodillas junto a las cajas de serpientes, examinó ambos lados de la calle, por si había alguien uniformado. Dadas sus circunstancias, éste era un lugar arriesgado en el que estar.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Mirándolos fijamente con esos sobrenaturales ojos azules de demente, Graddick señaló el *Night Maneuvers Lounge*.

—¿Veis el número que hay sobre la puerta? Ésta es la dirección que me disteis, 4015 Victory Drive.

—No, no puede estar bien —David estaba desconcertado. Se suponía que ésa era la dirección de Elizabeth Gupta.

—Yo conozco este lugar —dijo Graddick con acento sureño—. Antes de mi salvación fui un soldado del ejército de Satán. Estuve destinado aquí, en Benning, y solíamos venir a Victory Drive todos los fines de semana que teníamos permiso. —Frunció el ceño y escupió en el asfalto—. V. D. Drive, lo llamamos. Es un antro dedicado al lenocinio.

David asintió. Ahora empezaba a comprender. Recordó lo que el profesor Gupta había dicho de su hija drogadicta. Ponerse en contacto con ella iba a ser más difícil de lo que esperaba.

—Creo que la mujer que tenemos que ver trabaja en este bar.

Graddick entrecerró los ojos.

—¿Y dijiste que esta mujer era familiar de tu esposa?

David volvió a asentir e hizo un gesto hacia Monique.

—Así es, son primas.

—Prostitución y fornicación —masculló Graddick, mientras miraba con el ceño fruncido el edificio de bloques de hormigón—. «Con tu fornicación has contaminado la tierra.» ^[17] —Volvió a escupir mientras miraba el lascivo letrero de neón. Parecía que quisiera arrancarlo con sus propias manos.

A David se le ocurrió que este corpulento montañero de Virginia Occidental les podía resultar útil. Cuanto menos podrían utilizar su ranchera.

—Sí, lo que le ha pasado a Elizabeth nos rompe el corazón —dijo David—. Tenemos que ayudarla de alguna forma.

Tal y como David esperaba, la idea pareció llamar la atención de Graddick, queladeó la cabeza y dijo.

—¿Es que queréis salvarla?

—Por supuesto. Tenemos que convencerla de que acepte a Jesucristo como su salvador. Si no, irá directamente al infierno.

Graddick se lo pensó, mesándose la barba mientras miraba fijamente las cajas de serpientes de cascabel.

—Bueno, no rae esperan en Tallahassee hasta las cinco en punto. Esto me deja algo de tiempo que matar. —Unos segundos después sonrió y rodeó con su brazo los hombros de David—. ¡Muy bien, hermano, hagamos trabajo pastoral! ¡Entremos en este antro de perdición y cantémosle alabanzas al Señor! ¡Aleluya!

—No, no, es mejor que entre en el bar yo solo, ¿vale? Tú conduce hasta la parte trasera y espera ahí hasta que salgamos por la puerta de atrás. Así me podrás ayudar a llevarla hasta el coche si empieza a armar jaleo.

—¡Buena idea, hermano! —Alegre, Graddick le dio una palmada entre los omóplatos.

Antes de salir de la ranchera, David cogió a Monique del brazo y le dijo:

—Vigila a Michael, ¿de acuerdo? —Y luego se dirigió al *Night Maneuvers Lounge*.

Antes de llegar a la puerta ya le llegó el olor a cerveza derramada. La vieja sensación de asco le obstruyó la garganta, al igual que lo había hecho cuando entró en el bar de la estación Penn dos noches atrás. Sin embargo, respiró hondo y se las arregló para sonreír mientras le daba los diez dólares de la consumición mínima al gorila.

Dentro, el local estaba lleno de humo del tabaco. Una vieja canción de *ZZ Top*, *She's Got Legs*, atronaba en los altavoces. En un escenario semicircular, dos bailarinas en topless se movían delante de una audiencia de soldados completamente borrachos. Una de las mujeres se enroscaba lentamente en una barra plateada. La otra se volvía de espaldas al público y se inclinaba hasta que su cabeza colgaba boca abajo entre las rodillas. Un soldado se le acercó tambaleante y le puso un billete de cinco

dólares delante de la boca. Ella se lamió los labios y luego atrapó el billete entre los dientes.

Al principio, la visión de todos los uniformes puso nervioso a David, pero rápidamente se dio cuenta de que estos soldados en particular no suponían peligro alguno. Seguramente la mayoría de ellos llevaban doce horas seguidas bebiendo, intentando disfrutar cada minuto de sus permisos de cuarenta y ocho horas. Se acercó al escenario y centró su atención en las bailarinas. Desafortunadamente, ninguna de ellas parecía poder estar emparentada con el profesor Gupta. La bailarina de barra era una pelirroja pecosa y la mujer con la cabeza entre las piernas era una rubia blanquísima.

David se acercó a la barra y pidió una *Budweiser*. Dejó la botella a cierta distancia y se puso a examinar a las tres mujeres que les hacían un *lap dance* a los soldados sentados en los taburetes de la barra. Dos rubias más y una pelirroja. Todas bastante atractivas, de pechos firmes y redondos, y prietos traseros que movían en lentos círculos para gozo de los soldados, pero David buscaba otra cosa. Empezó a preocuparse por si Elizabeth ya se había marchado; al fin y al cabo eran las siete de la mañana, y lo más probable era que las *strippers* trabajaran por turnos. O quizá había empezado a bailar en otro club. O quizá incluso ya no vivía en Columbus.

Estaba a punto de tirar la toalla cuando advirtió que en la esquina opuesta del local alguien se desplomaba sobre una mesa. Llevaba puesta una chaqueta verde oliva del ejército y lo primero que David pensó fue que se trataba de un soldado que se había desmayado en la silla, pero al acercarse vio un lustroso abanico de pelo negro que surgía de su cabeza inmóvil. Era una mujer que dormía con la cara apoyada en la mesa y las piernas largas y delgadas despatarradas por debajo. No llevaba camiseta debajo de la chaqueta, ni tampoco pantalones, sólo la parte de abajo de bikini rojo brillante y unas botas blancas que le llegaban hasta la rodilla.

David se acercó a la mesa para verla mejor, pero esa esquina estaba pobremente iluminada y el pelo le tapaba la cara. No había otra opción: tenía que despertarla. Se sentó en la silla de enfrente y golpeó suavemente la mesa con los nudillos.

—Esto... ¿Perdona?

No obtuvo respuesta. David golpeó con más fuerza.

—¿Perdona? ¿Puedo hablar contigo un segundo?

La mujer levantó lentamente la cabeza y se apartó la cortina de pelo de delante de los ojos. Se quitó unos cuantos pelos negros de la boca, y luego miró a David con los ojos entrecerrados.

—¿Qué diantres quieres? —dijo con voz ronca.

Tenía la cara hecha un desastre. Una mancha de carmín le recorría la cara, desde la comisura de los labios al centro de la mejilla izquierda. Las bolsas debajo de los ojos estaban hinchadas y oscuras, y una de sus falsas pestañas se había despegado

parcialmente del párpado, con lo que al pestañear se agitaba como el ala de un murciélago. Pero su piel era de un moreno oscuro, del mismo tono que la de Michael, y su pequeña nariz de muñeca era similar a la de Gupta. También parecía tener la edad adecuada: treinta y pico, seguramente ya largos, ostensiblemente mayor que las otras bailarinas del club. Jadeante, David se inclinó sobre la mesa.

—¿Elizabeth?

Ella hizo una mueca.

—¿Quién te ha dicho mi nombre?

—Bueno, es una larga...

—¡No vuelvas a llamarme así! Me llamo Beth, ¿entiendes? Sólo Beth.

Ella torció el labio superior y David pudo verle los dientes. Tenía la línea de las encías de color marrón. «Boca de meta» [\[18\]](#), la llaman los adictos. Al fumar la droga, los vapores corroen el esmalte. Ahora David estaba seguro de que esta mujer era Elizabeth Gupta.

—Muy bien, Beth. Escucha, me preguntaba...

—¿Qué quieres, una mamada o un polvo? —El lado izquierdo de su cara se contrajo nerviosamente.

—Esperaba que pudiéramos hablar un minuto.

—¡No tengo tiempo para tonterías! —De repente se puso en pie y la cazadora del ejército se le abrió, con lo que David pudo ver el medallón que colgaba de una cadena entre sus pechos.

—Veinte dólares una mamada en el aparcamiento, cincuenta un polvo en el motel.

La cara volvió a contraérsele nerviosamente, y empezó a rascarse la barbilla con las uñas escarlata. Tiene el síndrome de abstinencia, pensó David. Todo su cuerpo ansia otra dosis de metanfetamina. Él también se puso en pie.

—Muy bien, vamos al aparcamiento.

E intentó llevarla hacia la puerta trasera, pero ella le apartó la mano de un manotazo.

—¡Primero tienes que pagarme, gilipollas!

David cogió un billete de veinte dólares de la cartera y se lo dio. Ella se lo metió dentro del bolsillo interior de la cazadora y se dirigió hacia la salida de emergencia. Mientras iba detrás de ella, David advirtió que cojeaba, hecho que terminó de confirmarle su identidad. De niña un coche atropelló a Elizabeth Gupta y le rompió la pierna por tres sitios distintos.

En cuanto salió, ella se dirigió hacia una mugrienta alcoba que había entre la pared de bloques de hormigón del club y un par de contenedores.

—Bájate los calzoncillos —ordenó ella—. Iremos rápido.

Él miró por encima del hombro y divisó la ranchera. Graddick ya había salido del coche. Ahora David tenía refuerzos, por si las cosas se ponían feas.

—En realidad no quiero una mamada. Soy un amigo de tu padre, Beth. Quiero ayudarte.

Ella se quedó un momento con la boca abierta y la mirada inexpresiva. Luego apretó sus dientes podridos.

—¿Mi padre? ¿De qué cojones estás hablando?

—Me llamo David Swift, ¿vale? El profesor Gupta me dijo dónde podía encontrarte. Estamos intentando...

—¡Será cabrón! —Su grito resonó por todo el aparcamiento—. ¿Dónde está? David alargó ambas manos cual policía de tráfico.

—¡Eh, eh, tranquilízate! Tu padre no está aquí. Sólo estoy yo y...

—¡CABRÓN! —se abalanzó hacia él, intentando arañarle los ojos.

—¡ASQUEROSO HIJO DE PUTA!

Él se preparó e intentó cogerla por las muñecas, pero antes de que ella se acercara demasiado, Graddick la cogió por detrás. Moviéndose mucho más rápido de lo que David hubiera creído posible, el montañero inmovilizó a Elizabeth colocándole las manos en la espalda.

—¡Madre de las abominaciones! —exclamó Graddick—. ¡Arrodíllate ante tu Señor Jesucristo! ¡Arrepiéntete antes de que llegue el juicio final!

Después de la sorpresa inicial, Elizabeth levantó la rodilla derecha y con el talón de la bota pisó el pie de Graddick. Éste la soltó, aullando de dolor, e inmediatamente ella se abalanzó sobre David.

Éste pudo desviar la mano derecha, pero las uñas de la izquierda lograron arañarle el cuello. ¡Dios, pensó él, esta mujer es rápida! La empujó hacia atrás, pero ella volvió a atacar, lanzando una patada que casi le da en la entrepierna. Era como luchar con un animal salvaje, una pelea a muerte, y David empezaba a pensar que tendría que noquearla para poder meterla en la ranchera. Sin embargo, antes de volver a arremeter, Elizabeth vio algo por el rabillo del ojo. Se detuvo de golpe y se giró hacia la derecha, pivotando sobre uno de sus talones letales. Y de repente se fue corriendo hacia Monique y Michael, que estaban de pie delante del coche de Graddick.

—¡Michael! —gritó mientras echaba los brazos al cuello de su hijo.

La Fuerza Delta había situado su cuartel general en la iglesia pentecostal de Jolo. Lucille observaba el almacén de madera del sencillo edificio —la Iglesia del Señor Jesucristo de las Señales— [\[19\]](#) y negó con la cabeza. Era una espectacular muestra de la estupidez militar. Si quieres que los nativos cooperen, no ocupas sus casas de oración. Pero la Fuerza Delta acababa de regresar directamente de Iraq, donde obviamente habían perdido parte de su paciencia para con las sensibilidades de la gente del lugar.

Lucille y el agente Crawford entraron en la iglesia y buscaron al coronel Tarkington, el comandante de la brigada. Sus hombres habían organizado una operación de comando y control al lado del púlpito. Dos soldados estaban encargados de la radio, mientras otros dos se inclinaban sobre un mapa de Virginia Occidental y una pareja más apuntaba sus M-16 hacia el grupo de detenidos que estaba sentado en los bancos con los ojos vendados. Lucille volvió a negar con la cabeza. Los prisioneros eran unos paletos hoscos y tercos que temían a Dios, pero a pocas cosas más. Aunque conocieran el paradero de los fugitivos, no le revelarían nada a un soldado.

Al final divisó al coronel Tarkington al fondo de la iglesia. Mordisqueaba nerviosamente la húmeda colilla de un cigarro mientras gritaba órdenes a través de la radio de campaña. Lucille esperó a que terminara la transmisión para acercarse a él.

—Coronel, soy la agente especial Lucille Parker, su enlace del FBI. Me gustaría hablar con usted de las pruebas que sus tropas obtuvieron anoche en el Retiro de Carnegie.

El coronel se quedó mirando unos segundos a Lucille y al agente Crawford, mientras con los dientes y los labios se colocaba el cigarro en la comisura de los labios.

—¿Qué les pasa?

—Necesitaría enviar el ordenador dañado al laboratorio del Bureau en Quantico. Puede que podamos extraer algunos datos del disco duro destrozado.

Tarkington se las arregló para sonreír con el cigarro en la boca.

—No te preocupes, querida. Hemos enviado todo eso a la DIA.

Lucille dio un respingo al oír lo de «querida», pero mantuvo su voz en calma.

—Con el debido respeto, señor, el equipo que tenemos en Quantico es muy superior al de la Agencia de Inteligencia de la Defensa.

—Estoy seguro de que nuestros muchachos se las arreglarán. En todo caso, tampoco vamos a necesitar esa información. Hemos cerrado el tráfico en toda esta parte del estado. Encontraremos a esos fugitivos antes de la hora de comer.

Ella lo dudaba. En las últimas treinta y seis horas había aprendido a no subestimar el talento de David Swift para la evasión.

—Como sea, señor, el Bureau quiere ese disco duro.

El coronel dejó de sonreír.

—Ya se lo he dicho, lo tiene la DIA. Hable con ellos si quiere. Ahora he de dirigir una operación. —Y se fue hacia el púlpito para departir con sus hombres.

Lucille se quedó de pie un momento, echando chispas. Que le dieran, pensó. Si no quiere su ayuda, ¿qué sentido tenía ofrecérsela? Ya no tenía edad para tonterías. Lo que debería hacer era regresar a su oficina de Washington y quedarse ahí sentada, como todos los demás malditos burócratas.

Furiosa, salió de la iglesia en dirección a su todoterreno. El agente Crawford tuvo que darse prisa para no quedarse atrás.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó.

Ella estuvo a punto de decir «el D.C.», pero entonces se le ocurrió una idea. Era algo tan simple y obvio que le sorprendía no haber caído antes.

—Ese ordenador del Retiro de Carnegie estaba conectado a internet, ¿no?

Crawford asintió.

—Sí, una conexión de cable, creo.

—Llama a su proveedor de internet. Averigua si anoche hubo actividad.

Elizabeth Gupta estaba tumbada en una cama de la habitación 201 del motel *Army Mule*, enfrente del *Night Maneuvers Lounge*. Ésta era la habitación en la que habitualmente atendía a los tipos que se ligaba en el club de *striptease*. Ahora, sin embargo, estaba sola en la cama extra grande, con un albornoz de toalla puesto bajo las sábanas. Monique estaba sentada en el borde de la cama, acariciando el pelo de Elizabeth y murmurando suavemente, cuidándola como si fuera una niña de cinco años enferma de gripe. Michael jugaba otra vez con su *Game Boy* sentado en una de las sillas, mientras David miraba por entre las cortinas de la ventana para comprobar que no hubiera ninguna actividad inusual en Victory Drive. Habían enviado a Graddick a buscar café; sus exhortaciones sobre la redención y el perdón divino habían resultado ser contraproducentes.

Monique le quitó el envoltorio a una barrita NutriGrain que había comprado en la máquina expendedora del motel y se la ofreció a Elizabeth.

—Ten, toma un poco.

—No, no tengo hambre —dijo con voz ronca. Desde el griterío del aparcamiento no había dicho más de una docena de palabras.

Monique sostenía la barrita NutriGrain debajo de su nariz.

—Venga, un poco. Tienes que comer algo.

Hablaba con voz suave pero firme. Claudicando, Elizabeth mordisqueó la punta de la barrita. A David le impresionó la destreza con la que Monique manejaba la situación. Estaba claro que tenía experiencia en el trato con drogadictos.

Elizabeth dio otro mordisco a la barrita energética, y luego se sentó sobre la cama para poder beber un poco de agua de una taza de poliestireno que Monique le llevó a los labios. Unos segundos después ya estaba comiendo vorazmente, con toda la barrita en la boca y recogiendo las migas que caían sobre las sábanas. Lo hizo con la vista puesta en Michael, sin apartar los ojos del adolescente mientras su mandíbula subía y bajaba. Cuando terminó de comer, se limpió la boca con el dorso de la mano y señaló a su hijo.

—No me lo puedo creer. Ha crecido tanto...

Monique asintió.

—Es un jovencito muy apuesto.

—La última vez que lo vi sólo tenía trece años. Apenas me llegaba a los hombros.

—¿Tu padre no lo trajo nunca para que lo vieras?

Elizabeth volvió a torcer el gesto, furiosa.

—Ese gilipollas ni siquiera me enviaba fotografías. Solía llamarlo a cobro revertido una vez al año, para el cumpleaños de Michael, pero el muy cabrón no aceptaba mis llamadas.

—Lo siento mucho —Monique se mordió el labio. Parecía estar verdaderamente afectada—. Yo no...

—¿Entonces ha muerto ya ese cabrón? Me dijo que nunca volvería a ver a Michael mientras estuviera vivo.

Monique levantó la mirada hacia David, sin saber qué contestar. Éste se apartó de la ventana y se acercó a la cama.

—Tu padre no está muerto, pero sí en el hospital. Nos pidió que trajéramos a Michael aquí porque no quería que lo metieran en una institución.

Elizabeth lo miró con desconfianza.

—Ése no parece mi padre. ¿Y por qué está en el hospital?

—Empecemos por el principio, ¿de acuerdo? Yo era alumno de un amigo de tu padre, Hans Kleinman. Te acuerdas de él, ¿no?

Ese nombre le tocó la fibra. Se relajó un poco.

—Sí, claro que conozco a Hans. Es mi padrino. Es la única persona en el mundo a quien mi padre odia más que a mí.

—¿Qué? —Aquello desconcertó a David—. Tu padre no odiaba al doctor Kleinman. Eran colegas. Trabajaron juntos durante muchos años.

Elizabeth negó con la cabeza.

—Mi padre lo odia porque Hans es más inteligente que él. Y porque Hans estaba enamorado de mi madre.

David estudió su rostro, intentando averiguar si se lo estaba inventando.

—Conocí muy bien al doctor Kleinman y me resulta difícil de creer que...

—Me importa una mierda que me creas o no. Lo único que sé es que vi a Hans en el funeral de mi madre hace veinte años y sollozaba como un bebé. Tenía toda la camisa llena de borrones húmedos por las lágrimas.

David intentó imaginárselo, su viejo profesor llorando en la tumba de Hannah Gupta. Le resultaba inverosímil. Luego apartó la imagen de su mente. Ahora no había tiempo para eso. Tenía que ir al grano.

—Tu padre nos dijo que Hans vino a Columbus hace unos años. Intentó que te desintoxicaras, ¿no?

Avergonzada, bajó la mirada hacia las sábanas.

—Sí, me consiguió un trabajo en Benning, atender las llamadas de un general. Y también me encontró un apartamento. Incluso tuve a Michael de nuevo unos meses. Pero la cagué.

—Bueno, pues por eso estamos aquí, Beth. Verás, el doctor Kleinman murió hace un par de días, pero dejó...

—¿Hans ha muerto? —Se irguió en la cama con la boca abierta—. ¿Qué ha pasado?

—Ahora no puedo entrar en detalles, pero dejó un mensaje diciendo que...

—Dios mío —murmuró, llevándose la mano a la frente—. ¡Oh, Dios mío!

Elizabeth se agarró del pelo y tiró de él. Monique se acercó a ella y le dio unas palmaditas en la espalda. A David le sorprendió un poco la reacción de Elizabeth; había supuesto que una prostituta drogadicta se habría endurecido demasiado para sentir ningún tipo de pena. Pero el doctor Kleinman era la única persona que había intentado ayudarla. Estaba claro que había habido una gran conexión entre el viejo físico y su ahijada. Quizá ésa fue la razón por la que escondió la Teoría del Todo en Columbus.

David se sentó en la cama junto a Elizabeth y Monique. Los tres se abrazaron fuertemente, las cabezas casi tocándose.

—Escucha, Beth, voy a ser honesto contigo. Tenemos muchos problemas. El doctor Kleinman tenía un secreto, un secreto científico que a mucha gente le gustaría poseer. ¿Hans no te dejó unos papeles cuando vino?

Elizabeth arrugó el rostro, sin comprender.

—No, no me dejó nada. Excepto algo de dinero. Suficiente para cubrir el alquiler de mi apartamento unos cuantos meses.

—¿Y un ordenador? ¿No te compró uno?

—No, pero sí me regaló una tele. Y también una buena radio.—Sonrió al recordarlo, pero volvió a ponerse serio un instante después—. Tuve que empeñarlo todo cuando perdí el trabajo en la base. Lo único que tengo ahora es esa caja de ropa.

Señaló una caja de cartón que había junto a la ventana, repleta de bragas, sujetadores y medias. David no creía que la teoría del campo unificado estuviera ahí dentro.

—¿Y ahora vives aquí? ¿En esta habitación?

—A veces en esta habitación, otras en la de al lado. Harían se ocupa de las facturas del hotel.

—¿Harían?

—Sí, es el encargado del Night Maneuvers.

En otras palabras, su chulo, pensó David.

—El mensaje del doctor Kleinman nos proporcionó la dirección del bar, de modo que debía de saber lo que te había pasado.

Elizabeth hizo una mueca de dolor y se encorvó en la cama, cruzando los brazos sobre el estómago.

—Hans me llamó cuando me despidieron. Dijo que vendría a verme y que me metería en un programa de desintoxicación.

David se imaginó al doctor Kleinman en el *Night Maneuvers Lounge*, otra imagen difícil de concebir. Se preguntó si el club de *striptease* tendría un ordenador en su oficina.

—¿Hans fue a verte al club? ¿No entraría por casualidad en las oficinas?

Ella se frotó los ojos y negó con la cabeza.

—No, Hans nunca vino. Cuando me llamó, yo estaba colocada, así que lo envié a la mierda. Ésa fue la última vez que hablamos.

Se inclinó hacia delante hasta que su frente quedó a unos centímetros de las mantas. Sin hacer ningún ruido, su cuerpo empezó a temblar, presa de los sollozos, tumbado sobre el colchón.

Monique volvió a darle palmaditas en la espalda, pero esta vez sin éxito, de modo que se acercó a Michael y, tras cogerlo cuidadosamente por el codo, llevó al adolescente al lado de su madre. Automáticamente, Elizabeth lo abrazó. Michael se hubiera puesto a gritar como un loco si cualquier otra persona hubiera hecho esto, pero parecía tener una tolerancia natural a las caricias de su madre. A pesar de ello, no le devolvió el mimo y ni siquiera la miró. Mientras ella le rodeaba la cintura con los brazos, él se puso un poco de lado para poder seguir jugando al *Warfighter*.

Después de un rato Elizabeth se echó para atrás y se quedó a cierta distancia de su hijo. Se secó las lágrimas de los ojos y se lo quedó mirando.

—Todavía juegas a ese maldito juego de guerra —suspiró, mirando la pantalla de la *Game Boy*—. Pensaba que a estas alturas ya te habrías cansado.

Michael no respondió, claro está, de modo que Elizabeth se volvió hacia David y Monique.

—Michael empezó a jugar a este juego cuando yo trabajaba en Benning. Hans configuró uno de los ordenadores de mi oficina para que Michael pudiera jugar ahí. —Le pasó la mano por el pelo, haciéndole la raya a la derecha—. Los días que la escuela para niños autistas cerraba me lo llevaba al trabajo y él se quedaba sentado delante del ordenador durante horas y horas.

Elizabeth bajó un poco la mano y acarició la mejilla de Michael. Era una escena conmovedora, y en circunstancias normales David no la hubiera interrumpido, pero ahora la cabeza le iba a mil por hora.

—Un momento, ¿el doctor Kleinman estuvo en tu oficina de Benning?

Ella asintió.

—Sí, en mi primer día. Quería presentarme al general Garner, mi nuevo jefe. Hans lo conocía de hacía tiempo. Cientos de años atrás habían trabajado juntos en

algún proyecto del ejército.

—¿Y, mientras estuvo en tu oficina, Hans trabajó con uno de los ordenadores?

—Sí, ese sitio estaba lleno de ordenadores. Se llamaba oficina SCV, Simulación de Combate Virtual. Tenían montones de cosas raras: cintas de correr, anteojos, rifles de plástico. El ejército ni siquiera utilizaba la mayoría de esas cosas, así que dejaban que Michael jugara con ellas.

—¿Y cuánto tiempo estuvo Hans trabajando con el ordenador?

—Uf, no lo sé. Unas cuantas horas, al menos. El general y él eran viejos amigos, así que Hans tenía libertad absoluta en aquel lugar.

El corazón de David empezó a latir con fuerza. Intercambió una mirada con Monique, y luego centró su atención en la *Game Boy* que Michael tenía en las manos. Casualmente, la pantalla mostraba el mismo pasillo oscuro que David había visto la noche anterior cuando había mirado por encima del hombro de Michael. De nuevo, un soldado animado vestido con un uniforme caqui irrumpía en una pequeña habitación y disparaba con su M-16 a media docena de enemigos. De nuevo, los soldados enemigos caían al suelo, sangrando sangre simulada. Y de nuevo apareció un mensaje parpadeante: «¡FELICIDADES! ¡HAS LLEGADO AL NIVEL SVIA/4!».

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Monique, señalando la pantalla—. ¿SVIA/4?

David no tenía ni idea, pero sabía a quién preguntar. Se inclinó hasta que su cara quedó delante de la de Michael. El adolescente le había hablado la noche anterior. Quizá lo volvería a hacer ahora.

—Escúchame, Michael. ¿Qué hay en el Nivel SVIA/4?

El chaval bajó la barbilla, evitando la mirada de David.

—No puedo llegar a ese nivel —dijo con su monótona voz—. Regresa al Nivel A1.

—Ya lo sé, ya me lo has dicho —David ladeó la cabeza, manteniendo su cara delante de la del chaval—. ¿Pero por qué no puedes llegar al Nivel SVIA/4?

—La *Game Boy* no tiene ese nivel. Sólo está en el programa del servidor.

—¿Y por qué lo configuró así?

Michael abrió la boca, como si se fuera a poner a gritar. En vez de eso, por primera vez miró a David a los ojos.

—¡Me dijo que ahí estaría seguro! ¡Que era un lugar seguro!

David asintió. Al parecer, el doctor Kleinman había alterado el software del *Warfighter*. Como la *Game Boy* podía llegar a las manos de cualquiera, sólo contenía una versión abreviada del programa. La versión completa, con toda la información que Kleinman había añadido, se encontraba en un lugar más seguro.

—¿Dónde está ese servidor?

Antes de que Michael pudiera responder la *Game Boy* emitió un pitido

anunciando la vuelta al Nivel A1. Rápidamente el adolescente se apartó de David y se fue del lado de su madre. Regresó al otro extremo de la habitación, se puso de cara a la pared y se puso a jugar otra vez al *Warfighter*.

Elizabeth miró a David.

—¡Eh, deja de hacerle preguntas! ¡Lo estás molestando!

—Está bien, está bien. —Se apartó de la cama.

Lo cierto era que no necesitaba hacerle a Michael más preguntas. Ya sabía dónde estaba el servidor. El doctor Kleinman había escogido el escondite más atrevido imaginable. Había ocultado la teoría del campo unificado en un ordenador de Fort Benning.

El doctor Milo Jenkins y su esposa yacían boca abajo sobre la alfombra del salón. Si no fuera por los agujeros de bala de la cabeza, Simon hubiera pensado que estaban echando una cabezada. Los había liquidado a las 9.00, poco después de que el médico paleta anunciara que el profesor Gupta estaba fuera de peligro y que dormía plácidamente en la mesa del comedor. Los disparos despertaron al agente Brock, que estaba repanchingado en el sofá del salón, pero unos segundos después se dio la vuelta y volvió a dormirse.

A Simon le hubiera encantado poder dormir. No lo había hecho mucho en las últimas treinta y seis horas y la transfusión de sangre lo había debilitado más de lo esperado. Sin embargo, su cliente, el enigmático Henry Cobb, estaba a punto de hacerle la llamada diaria de las 9.30 para averiguar los avances en la misión, y Simon sentía la obligación profesional de darle buenas noticias. Así pues, con un gruñido de cansancio, entró en el comedor y se acercó a la mesa ensangrentada en la que estaba tumbado el profesor Gupta.

La sonda intravenosa que colgaba de la lámpara de araña todavía estaba sujeta al brazo de Gupta, pero la bolsa IV estaba vacía. El diminuto profesor dormía de manera irregular boca arriba, con la pierna herida apoyada sobre un cojín del sofá. El efecto de los analgésicos que le había dado el doctor Jenkins ya debía de haber pasado, de modo que Gupta empezaría a agonizar en cuanto recobrará el conocimiento. Exactamente lo que Simon quería.

Empezó el proceso golpeando con el puño el agujero suturado del muslo de Gupta. El cuerpo del profesor sufrió una convulsión: la parte posterior de la cabeza golpeó la mesa de caoba y la pierna sana tiró el cojín del sofá de una patada. Dejó escapar un gemido largo e irregular y los párpados le temblaron.

Simon se inclinó sobre la mesa.

—Despierte, profesor. La clase va a empezar.

Luego volvió a golpear la herida del muslo del profesor con fuerza suficiente para que le tiraran los puntos que el doctor Jenkins había cosido con tanto cuidado.

Esta vez Gupta abrió los ojos y dejó escapar un grito agudo. Intentó incorporarse, pero Simon lo sujetó por los hombros contra la mesa.

—Es usted un hombre afortunado, ¿lo sabía? Un poco más y no lo cuenta.

Gupta se lo quedó mirando, parpadeando con rapidez. Obviamente, el anciano estaba un poco confundido. Simon le dio un apretón en el hombro.

—No pasa nada, profesor. Se va a poner bien. Sólo me tiene que contestar una pregunta. Una pequeña pregunta y habremos terminado.

El profesor abrió y cerró la boca, pero no emitió sonido alguno. Le llevó unos segundos encontrar su voz.

—¿Qué? ¿Quién eres?

—Eso ahora no es importante. Lo importante es encontrar a sus amigos. David Swift y Monique Reynolds, ¿se acuerda? Anoche estaba con ellos en la cabaña. Y lo dejaron atrás, sangrando en el suelo. No fue muy considerado por su parte, ¿no?

Gupta arrugó el entrecejo. Era una buena señal: estaba recobrando la memoria. Simon apretó con mayor fuerza el hombro del anciano.

—Sí que se acuerda. Y creo que también recuerda adónde se dirigían. Habría ido con ellos si no hubiera recibido un disparo, ¿no es así?

Unos segundos después el anciano entrecerró los ojos y frunció el ceño. Esto ya no era tan buena señal. Ahora que estaba recobrando la memoria, Gupta se ponía desafiante.

—¿Quién eres? —repitió.

—Ya se lo he dicho, eso no es importante. Necesito saber adónde han ido Swift y Reynolds. Dígamelo ahora mismo, o las cosas se pondrán muy feas para usted, profesor.

Gupta miró a la izquierda y por primera vez advirtió lo que lo rodeaba: la mesa de caoba, la lámpara de araña, el papel de pared rojo y amarillo del comedor de Jenkins. Respiró hondo con dificultad.

—Tú no eres del FBI —susurró.

Simon mantuvo la mano aferrada al hombro de Gupta y puso la otra sobre el muslo herido del profesor.

—No, afortunadamente yo tengo mayor libertad de acción. Los norteamericanos conocen algunos trucos, claro está: el submarino, la privación de sueño, los pastores alemanes. Pero yo no me ando con chiquitas. —Cuando su mano llegó a la herida de bala, cogió la gasa que la cubría y la arrancó de golpe.

Gupta arqueó la espalda y dejó escapar otro grito. Sin embargo, al estudiar la cara del hombre, Simon no vio la expresión de pánico que normalmente acompañaba las frenéticas contorsiones. En vez de eso, el profesor le enseñó los dientes.

—¡Imbécil! —dijo entre dientes—. ¡Eres tan estúpido como ese agente!

Irritado, Simon le clavó dos dedos en la herida, hurgando entre las suturas con las

uñas. La sangre volvió a salir por los pliegues sueltos de la piel.

—Basta de tonterías. ¿Dónde están Swift y Reynolds?

—¡Imbécil! ¡Idiota! —exclamó Gupta, golpeando la mesa con el puño.

Simon hurgó todavía más en la herida. La sangre encharcó la herida y resbaló por el muslo de Gupta.

—Si no me dice dónde están le arrancaré estas suturas. Luego le arrancaré la piel de la pierna como si fuera un guante.

El profesor se irguió tambaleante y lo miró con ojos de maníaco.

—¡Maldito ruso descerebrado! ¡Soy Henry Cobb!

Monique miró a David indignada.

—Esto es una locura. Estamos perdiendo el tiempo.

Volvían a estar en la ranchera, pero ahora discutían en vez de besarse. El coche estaba aparcado en una gasolinera de Victory Drive, medio kilómetro al sur del *Night Maneuvers Lounge*, mientras Elizabeth Gupta realizaba una llamada desde la cabina de la gasolinera. Graddick hacía guardia cerca del coche, con una taza de café del *Dunkin' Donuts* en la mano, y David, Monique y Michael esperaban dentro.

—No es ninguna locura —insistió David—. Tiene todo el sentido del mundo.

Monique negó con la cabeza.

—Si Kleinman quería evitar que la teoría cayera en manos del gobierno, ¿por qué habría de esconderla en un ordenador del ejército?

—Los ordenadores militares son los sistemas más seguros del mundo. Y escondió las ecuaciones en un juego de guerra que ya nadie utiliza.

—¡Pero el ejército todavía tiene acceso a él! ¿Qué pasa si un día algún capitán o coronel de la oficina de Combate Virtual se aburre y se pone a jugar al *Warfighter*?

—Para empezar, no puedes conseguir la teoría a no ser que llegues al nivel más alto. Lo cual no es fácil, a no ser que te pases todo el día jugando, como Michael —David señaló al adolescente, que estaba agachado en el asiento trasero con la *Game Boy* en las manos—. Y en segundo lugar, incluso en el caso de que domines el juego y encuentres las ecuaciones, no podrías comprender su significado a no ser que fueras físico. Las tomarías por meras tonterías y las ignorarías.

Ella no parecía muy convencida.

—No lo sé, David. Tienes que admitir que es mucho suponer. Y seguro que tú...

Antes de que pudiera terminar la frase, Elizabeth salió de la cabina telefónica y regresó a la ranchera a grandes zancadas. Ahora llevaba unas medias Spandex y una camiseta, pero seguía teniendo aspecto de prostituta.

—No contestan —le dijo a David por la ventanilla del coche—. Seguramente Sheila se ha ido a pasar el fin de semana fuera.

David frunció el ceño. Esperaba que Sheila —una amiga de Elizabeth que todavía trabajaba de secretaria en la oficina de Simulación de Combate Virtual— pudiera ayudarles a entrar en Fort Benning.

—¿No conoces a nadie más que todavía trabaje ahí?

—No, a nadie —contestó Elizabeth—. Casi todos los tíos de la oficina eran unos friquis informáticos. En todo el tiempo que estuve ahí, no llegaron siquiera a decirme hola.

Mierda, pensó David. Sin la ayuda de alguien que trabajara en la base sería imposible sortear la seguridad de la entrada de Benning, y todavía más llegar hasta la

oficina SCV.

—Es curioso —prosiguió Elizabeth—. Tampoco he visto a esos friquis en el club. Deben pajearse mirando porno en internet.

A David se le ocurrió una idea.

—Beth, ¿tienes clientes fijos que trabajen en la base? Me refiero a tíos a los que veas de forma regular.

—Joder, claro —contestó a la defensiva, como sintiéndose cuestionada—. Por supuesto que tengo clientes semanales. Muchos.

—¿Alguno es de la policía militar?

Lo pensó unos segundos.

—Sí, conozco a un sargento de la PM, el sargento Mannheimer. Hace años que lo conozco, desde que empecé a trabajar en el club.

—¿Tienes su número de teléfono?

En vez de responder metió el brazo por la ventanilla y chasqueó los dedos delante de la nariz de Michael. El adolescente levantó la mirada de su *Game Boy*. Elizabeth se lo quedó mirando severamente.

—Guía telefónica de Columbus —dijo—. Mannheimer, Richard.

—706-544-1329 —recitó Michael—. Luego bajó la cabeza y volvió a su juego. Elizabeth sonrió.

—¿No es increíble? Memorizó la guía telefónica de Columbus cuando vivía conmigo. La de Macon también.

David anotó el número en un trozo de papel. La hazaña mnemónica de Michael no lo sorprendió especialmente; sabía que muchos niños autistas tenían una sorprendente capacidad mnemotécnica, y recordó las guías telefónicas que estaban almacenadas en el ordenador del Retiro de Carnegie. Lo que lo inquietó fue ver el modo en que Elizabeth había hecho uso de la habilidad de su hijo. Estaba claro que ya había hecho antes lo del chasquido de dedos. Debía de ser una forma práctica de seguirles la pista a sus clientes.

Le dio a ella el trozo de papel.

—Llama al sargento y pídele un favor. Dile que unos amigos han venido a visitarte y que necesitarían unos pases para entrar en la base. Dile que queremos ir a los barracones para visitar a nuestro hermano pequeño, pero que nos hemos dejado los carnés de identidad en casa.

Ella miró atentamente el número de teléfono y luego negó con la cabeza.

—Mannheimer no hará esto porque sí. Querrá un polvo gratis. Quizá dos.

David ya se lo esperaba. Cogió la cartera que llevaba en el bolsillo y sacó de la billetera cinco billetes de veinte.

—No te preocupes, yo me ocupo de eso. Cien ahora, doscientos cuando hayamos terminado. ¿Te parece bien?

Elizabeth se quedó mirando los billetes de veinte dólares. Abrió la boca y se pasó la lengua por los labios, que seguramente todavía le sabían a metanfetamina. Luego cogió el dinero que le ofrecía David y regresó a la cabina.

David miró a Monique, pero ésta volvió la cara. Estaba cabreada, no había duda alguna, pero permanecía callada, lo cual era peor que si le gritara. Ambos observaron en silencio como Elizabeth marcaba el número y empezaba a hablar. Al final, David estiró el brazo y tocó el hombro de Monique.

—Eh, ¿qué ocurre?

Ella encogió el hombro.

—Lo sabes perfectamente. Le estás haciendo de chulo.

—¡No, de ningún modo! Yo sólo...

—¿Qué piensas que va a hacer con el dinero? Se lo gastará todo en metanfetamina y en juergas. Y luego de vuelta al club de *striptease*, de vuelta al motel.

—Mira, necesitamos su ayuda para encontrar la teoría. Si se te ocurre una idea mejor, por qué no...

De repente Monique agarró el brazo de David.

—Algo va mal —dijo, señalando hacia la cabina. Graddick estaba al lado de Elizabeth, gritándole. Ella lo ignoraba y seguía hablando por el auricular. Un momento después Graddick la cogió por la cintura y empezó a arrastrarla hacia la ranchera. David no entendió nada hasta que miró Victory Drive abajo y vio media docena de todoterrenos aparcados delante del *Night Maneuvers Lounge*. Un montón de hombres vestidos con traje gris descendieron de los vehículos y rodearon el club.

Graddick abrió la puerta trasera de la ranchera y metió a Elizabeth dentro.

—¡Arranca, hermano! ¡Satán nos pisa los talones!

Karen estaba en el salón del apartamento de Gloria Mitchell, mirando el tráfico de la calle 27 Este por entre las persianas de la ventana. Dos hombres fornidos vestidos con sudaderas holgazaneaban por la acera junto a un camión de reparto que no se había movido en las últimas doce horas. Cada pocos minutos, uno de los hombres se colocaba la mano delante de la boca y simulaba que estornudaba. En realidad hablaba por un micrófono que tenía en la manga.

Jonah estaba sentado en el sofá, hojeando un libro de astronomía que había encontrado en la librería de Gloria. Por su parte, ésta se encontraba en el otro extremo de la habitación, hablando por el teléfono móvil con su editor del *New York Times*. Era una mujer pequeña, de pelo negro, piernas delgadas, barbilla afilada y ojos oscuros en constante movimiento. Cuando terminó de hablar, cerró el teléfono móvil y se acercó rápidamente a Karen.

—Tengo que irme —le informó—. Doble homicidio en Brooklyn. Quédate aquí

hasta que vuelva.

Karen sintió una punzada en el estómago. Señaló la ventana.

—Esos agentes todavía están ahí fuera. —Hablaba en voz baja para que Jonah no pudiera oírla—. En cuanto te vean salir del edificio subirán aquí a por nosotros.

Gloria negó con la cabeza.

—¿Un allanamiento ilegal del apartamento de una periodista? No se atreverán.

—Tirarán la puerta abajo y la volverán a arreglar antes de que hayas regresado. Parecerá que Jonah y yo hemos decidido salir de casa. Eso es lo que el FBI te contará cuando les preguntes qué nos ha pasado.

—¿De veras crees que...?

—¿No le puedes pedir a tu editor que envíe a otra persona?

Gloria dejó escapar un sonoro «¡Ja!».

—Olvídate de ello. Ese tipo es un tocapelotas.

Karen miró a su hijo, que estudiaba minuciosamente una fotografía del cinturón de asteroides. En modo alguno iba a permitir que esos cabrones le tocaran un pelo.

—Entonces iremos contigo. No nos arrestarán si tú estás ahí para verlo.

Gloria se encogió de hombros.

—Muy bien, como quieras.

De haber sido éste un trabajo cualquiera, Simon ya habría matado a este cliente. El profesor Amil Gupta, alias Henry Cobb, era el tipo más arrogante y exasperante para el que había trabajado nunca. Tan pronto como el profesor reveló su identidad empezó a vilipendiar a Simon en términos más bien poco agradables. Aunque Gupta tenía razones legítimas para estar molesto, en realidad la culpa era toda suya: no habría habido confusión alguna si no hubiera insistido en utilizar ese absurdo alias. Simon intentó explicárselo mientras volvía a vendarle la herida de bala, pero Gupta siguió insultándolo. Luego, en cuanto el profesor pudo caminar, empezó a darle órdenes. Había esbozado un nuevo plan: él y Simon cogerían la camioneta *pickup* e irían a Georgia en busca de los objetivos mientras el agente Brock viajaba hasta Nueva York con la furgoneta Dodge del doctor Jenkins. Cuando Simon le preguntó por qué Brock regresaba a Nueva York, Gupta le dijo bruscamente que se callara y que buscara las llaves de la furgoneta. Inmediatamente, a Simon la mano se le fue hacia la Uzi, pero se contuvo de esparcir los sesos de Gupta por la habitación. Sé paciente, se dijo. Céntrate en el objetivo.

Como la casa de Jenkins estaba a pocos kilómetros del cordón que habían establecido las fuerzas norteamericanas, Simon no encontró resistencia alguna en las carreteras secundarias del suroeste de Virginia. A las 11.00 de la mañana llegaron al pueblo de Meadowview, donde Brock cogió la I-81 hacia el norte y Simon y Gupta siguieron hacia el sur. El profesor iba reclinado en el asiento del acompañante con la

pierna herida apoyada en el salpicadero, pero desafortunadamente no se durmió. En vez de eso no dejó de mirar el reloj cada cinco minutos y despotricar acerca de la intensidad de la estupidez humana. Cuando tras cruzar la frontera estatal llegaron a Tennessee, Gupta se inclinó hacia Simon y señaló una señal de tráfico que indicaba «SALIDA 69 BLOUNTVILLE».

—Sal de la autopista —ordenó.

—¿Por qué? Está despejada. No hay ni militares ni policía.

Gupta torció el gesto.

—No llegaremos a tiempo a Georgia. A causa de tu incompetencia, Swift y Reynolds nos llevan una ventaja de diez horas. Seguramente ya se han puesto en contacto con mi hija.

—Razón de más para ir por la interestatal. Por las carreteras secundarias iremos más despacio.

—Hay otra alternativa. Hice unos trabajos para *Mid-South Robotics*, una empresa contratista de defensa situada en Blountville. Les construí unos cuantos prototipos, de modo que ahora forman parte de mi red de vigilancia.

—¿Vigilancia?

—Sí. Si Swift y Reynolds están donde yo creo, puede que podamos observarlos.

Simon dejó la interestatal y avanzó dos kilómetros por la Ruta 394. *Mid-South Robotics* estaba situada en un extenso edificio de una planta que ocupaba un gran terreno de la campiña de Tennessee. Como era sábado por la mañana, sólo había un coche en el aparcamiento. Simon aparcó al lado y él y el profesor Gupta se dirigieron a la cabina del guardia de seguridad. Dentro había un hombre demacrado, de pelo blanco, que iba vestido con un uniforme azul y que leía el periódico local. Gupta dio unos golpecitos en la ventana de la cabina para llamar la atención del tipo.

—¿Hola? —dijo—. Soy el doctor Amil Gupta del Instituto de Robótica. ¿Se acuerda de mí? Estuve aquí en abril.

El guarda bajó el periódico y se los quedó mirando fijamente un momento. Luego sonrió.

—¡Oh, sí, el doctor Gupta! ¡De Pittsburgh! ¡Me acuerdo de cuando vino a visitar la planta!

Se puso en pie y abrió la puerta de la cabina para poder darle la mano al profesor.

—¡Es todo un placer volverlo a ver!

Gupta forzó una sonrisa.

—Sí, yo también me alegro de verlo. Dígame, ¿el señor Compton ha venido hoy a la oficina? Tenía problemas con uno de los prototipos y quería que yo le echara un vistazo.

—Oh, lo siento mucho, pero el señor Compton no ha venido hoy. Y no me dijo nada acerca de que fuera a venir usted.

—Supongo que se pasará más tarde, pues. Mientras tanto, ¿podría dejarnos entrar al laboratorio de pruebas a mí y a mi asistente? Sólo me puedo quedar un par de horas, de modo que debería ponerme a trabajar cuanto antes.

El guarda miró a Simon y luego otra vez a Gupta. Empezaba a tener dudas.

—Creo que antes debería llamar al señor Compton. Para hacerle saber que está usted aquí.

—Oh, no, por favor, no hace falta. No quiero interrumpir su fin de semana.

—De todas formas, creo que lo voy a llamar.

Cuando iba a volver a su cabina, el profesor hizo la señal. Simon dio un paso adelante con la Uzi en la mano y disparó al guarda entre los ojos. El tipo murió antes de que su cuerpo llegara al suelo. Simon se inclinó sobre él y le registró los bolsillos.

Gupta se quedó mirando el cadáver.

—Fascinante. Había vivido setenta y seis años sin ser testigo de un asesinato, y en las últimas doce horas he visto dos.

—Se acostumbrará. —Tras coger las llaves del bolsillo del guarda, Simon empezó a desconectar el sistema de alarma del edificio.

El profesor negó con la cabeza.

—Es como el colapso de un pequeño universo. Una infinita serie de probabilidades reducida a una única certeza muerta.

—Si le parece una tragedia, ¿por qué me ha dicho que lo asesinara?

—No he dicho que sea una tragedia. Algunos universos han de morir para que nazcan otros. —Gupta levantó la mirada al cielo y se llevó la mano a la frente para evitar que el sol le diera en los ojos—. La humanidad dará un gran salto adelante cuando presentemos al mundo la *Einheitliche Feldtheorie*. Seremos los parteros de una nueva era, una época dorada de ilustración.

Simon frunció el ceño. Él era un soldado, no un partero. Lo suyo era la muerte, no los nacimientos.

Era fácil ver por qué el sargento Mannheimer era uno de los clientes regulares de Elizabeth: calvo, narizón y malhablado, probablemente no podía conseguir una cita con nadie más que una prostituta. Se sentó en el asiento trasero de la ranchera rodeando a Elizabeth con el brazo, agarrándola por la cintura y echándole miraditas al escote, pero también lanzó miradas lascivas a Monique, que estaba sentada con Michael en la zona de carga. Graddick refunfuñaba mientras conducía el coche hacia la entrada de Fort Benning; estaba claro que no le gustaba el sargento y que no le hacía ninguna gracia visitar la base del ejército. Sin embargo David había insistido en que era necesario para la salvación de Elizabeth, y eso fue suficiente para mantener a Graddick tranquilo, al menos de momento.

Al acercarse a la entrada, David advirtió que delante tenían una larga cola.

Demasiado tráfico para un sábado por la mañana. Señalando la puerta, se volvió hacia Mannheimer.

—¿Qué ocurre?

El sargento jugaba con la cadena de oro que Elizabeth llevaba al cuello, intentando coger el medallón que colgaba entre sus pechos.

—Todos quieren ver a Darth Vader. Hoy va a dar un discurso en la base.

—¿Darth Vader?

—Sí, el secretario de Defensa. El hombre que dirige el expreso Benning-Bagdad.

David volvió a mirar la entrada y vio media docena de policías militares que inspeccionaban los coches que había al frente de la cola. Los soldados abrían los maleteros y se arrodillaban junto a los guardabarros para ver si había alguna bomba debajo del chasis.

—Mierda. Han aumentado las medidas de seguridad.

—Tranqui, tío —Mannheimer había conseguido sacar el medallón de debajo de la camisa de Elizabeth y ahora lo hacía oscilar delante de sus ojos—. Son mis chicos. No nos molestarán.

Elizabeth se reía tontamente mientras el sargento hacía ver que la hipnotizaba. Ahora que tenía cien dólares en el bolsillo estaba de buen humor. Mientras tanto, David miraba fijamente a los soldados, cada vez más nervioso a medida que el coche se acercaba a la cabeza de la cola. Cinco minutos después llegaron a la puerta y un cabo robusto y joven con una pistola M-9 en la cartuchera se acercó a la ranchera. Se inclinó y pegó su cara a la ventanilla del asiento del conductor.

—Permiso de conducir y el seguro del coche —ordenó—. También necesitaré los carnés de identidad de todos los pasajeros.

Antes de que Graddick pudiera responder, Mannheimer se inclinó hacia delante y llamó la atención del cabo.

—Eh, Murph —dijo alegremente—. Sólo vamos al PX [\[20\]](#) a hacer unas compras.

Murph saludó sin demasiado entusiasmo. Por la expresión de su cara, David pudo ver que no le tenía gran estima al sargento.

—Tenemos nuevas órdenes del comandante al mando, señor. Todos los visitantes deben identificarse.

—No te mates, colega. Vienen conmigo.

—Sin excepciones, señor. Es lo que ha dicho el comandante.

Un segundo PM se acercó al coche por el lado del asiento del acompañante. Éste llevaba casco y una M-16. David se cogió a la manecilla de la puerta, aunque sabía que no había nada que hacer. En tres minutos estarían todos esposados.

El sargento Mannheimer se deslizó hasta el borde del asiento, acercándose al cabo desconfiado. Bajó la voz y le dijo.

—Está bien, Murph, te lo cuento. Ésta de aquí es Beth —dijo mientras señalaba

con el pulgar a Elizabeth—. Ella y la negrita vienen para una actuación privada. Ya sabes, para cuando el secretario termine su discurso.

El cabo se quedó mirando a Elizabeth, que se pasó la lengua por los labios y sacó pecho. Se quedó con la boca abierta.

—¿Le has traído *strippers* al secretario?

Mannheimer asintió.

—El tío trabaja duro. Necesita un descanso de vez en cuando.

—Dios santo. —Murph miró a su superior con renovado respeto—. ¿Sabe el comandante algo de esto?

—No, estas órdenes vienen directamente del Pentágono.

El cabo sonrió.

—Joder, qué fuerte. El secretario va a mojar el churro —dijo, y luego se apartó del coche e hizo una señal para que avanzaran.

En cuanto Lucille vio los informes de la actividad en internet de Gupta —en concreto, la página web que mostraba el 4015 Victory Drive— dio nuevas órdenes para el Learjet del Bureau. Dos horas después ella y el agente Crawford entraban a grandes zancadas en el *Night Maneuvers Lounge*, que ya había sido ocupado por un equipo de agentes de la delegación de Atlanta. Unos treinta clientes —la mayoría soldados borrachos con permiso de fin de semana— revoloteaban por las mesas del club, mientras los empleados —cinco bailarinas, un camarero y un segurata— permanecían sentados a la barra. El segurata y el camarero habían reconocido a David Swift cuando los agentes les habían enseñado su fotografía, y el camarero dijo que había visto salir al sospechoso con otra bailarina que había terminado su turno. Esta bailarina resultó ser Beth Gupta, la hija del profesor. Desafortunadamente, los agentes de Atlanta no encontraron a la mujer cuando registraron su residencia temporal en un motel al otro lado de la calle. El camarero, un sórdido tipo llamado Harían Woods que también era el encargado del club, dijo que no tenía ni idea de dónde podía estar Beth, pero Lucille sospechaba que era mentira.

Localizó a Harían de inmediato, era un tipo bajo, gordo y con barba que llevaba una camiseta en la que ponía «TE LO COMO TODO». Lucille se acercó a la barra y se cruzó de brazos.

—Así que tú eres el encargado de este encantador establecimiento.

Él asintió con rapidez. Encaramado en un taburete al lado de la barra parecía un gnomo disoluto sentado sobre un hongo venenoso.

—Quiero ayudar, ¿de acuerdo? Pero ya te lo he dicho antes, no sé dónde está Beth. Ella sólo trabaja aquí, nada más. No tengo ni puta idea de qué hace en su tiempo libre.

Estaba claro que Harían iba de *speed*. Hablaba a toda velocidad y apestaba como

un vestuario. Lucille frunció el ceño. Detestaba a los drogadictos.

—Calma, colega. ¿Tiene Beth algún amigo en la ciudad?

Él señaló a las bailarinas alineadas en la barra, temblando de frío con sus tangas.

—Claro, todas las chicas son amigas. Habla con Amber o Britney. Quizá saben dónde está Beth.

—¿Algún otro amigo? Además de las chicas que chuleas, quiero decir.

—¿Cómo? ¡Yo no soy su chulo! Yo sólo...

—No me cuentes historias, Harían. Será mejor que pienses rápido o...

—¡Está bien, está bien! —Goterones de sudor recorrían los pliegues de su frente. Como todos los drogadictos, se venía abajo con facilidad—. Hay una chica que se llama Sheila, una zorra estirada. Vino aquí una vez y me montó un pollo. Ella y Beth habían trabajado juntas en la base.

Esto era una novedad para Lucille. La única información que le habían dado los agentes de Atlanta era su historial de arrestos.

—¿Beth trabajó en Fort Benning?

—Sí, antes de venir aquí. Trabajaba con ordenadores, me dijo. Un familiar le consiguió el empleo, pero las cosas no salieron bien.

Lucille pensó en el ordenador destrozado que había visto en la cabaña de Virginia Occidental. Los sospechosos iban detrás de un rastro digital y ahora ella estaba bastante segura de cuál sería su siguiente destino.

Se volvió hacia el agente Crawford, que como siempre permanecía de pie detrás de ella.

—Ponme con el comandante de Benning —ordenó—. Y con el tontaina del coronel Tarkington.

Lo primero que David vio fueron las torres de salto, tres altas agujas que se cernían sobre los barracones y los edificios administrativos de Fort Benning. Parecían el famoso salto del paracaídas de Coney Island, esa atracción del parque de atracciones que cerró unas décadas atrás, con la diferencia de que estas torres sí se seguían utilizando. Los paracaidistas saltaban desde los brazos de las agujas y flotaban hasta el suelo como vainas de una enorme flor de acero.

El sargento Mannheimer indicó a Graddick que aparcara la ranchera detrás de un extenso edificio amarillo llamado Infantry Hall. La oficina de Simulación de Combate Virtual estaba en el ala oeste del edificio. David se había inventado una historia explicando por qué necesitaban ir ahí: un hermano pequeño de Monique que estaba realizando el entrenamiento básico sufría ataques de ansiedad y necesitaba hablar con alguien en privado, etcétera. Estaba claro que Mannheimer no se creyó una palabra, pero afortunadamente no pareció importarle. Impaciente por echar un polvo gratis, lo único que le importaba ahora mismo era encontrar una habitación

vacía en la que poder repasarse a Elizabeth. Salió del coche y la guió hacia la entrada trasera del edificio.

Monique, David y Michael también bajaron del coche. Graddick, que permanecía en el asiento del conductor, los miró preocupado.

—¿Y ahora qué, hermano?

David le dio un apretón reconfortante en el hombro.

—Quédate aquí hasta que salgamos. Sólo serán unos minutos. Luego nos encargaremos del alma de Elizabeth, ¿de acuerdo?

Graddick asintió. Monique y David flanquearon a Michael, cogiéndolo cada uno de un codo, y se apresuraron para alcanzar a Elizabeth y Mannheimer. David deseó haber podido dejar al muchacho en el coche; era espantoso ver cómo su madre llevaba a cabo su transacción delante de él. Pero Michael era el único que sabía jugar al *Warfighter*.

Entraron y subieron a toda prisa las escaleras hasta la tercera planta. Elizabeth y el sargento se detuvieron ante una puerta sin letrero al final de un pasillo desierto. Mannheimer comenzó a buscar algo en los bolsillos de su traje de faena.

—¿Estás segura de que ahí dentro hay un sofá? —preguntó.

—Sí, hay uno en el despacho del director —contestó Elizabeth—. Lo recuerdo, un sofá grande y marrón.

—Pero de eso ya hace cuatro años. Quizá lo han cambiado de sitio.

—¡Por el amor de Dios! ¡Tú límitate a abrir la puerta!

Finalmente, el sargento encontró la llave maestra, pero, antes de abrir la cerradura, David oyó un ruido que venía del fondo del pasillo. Era un ruido mecánico, extrañamente familiar. Se volvió y vio un *Dragon Runner*, el robot de vigilancia plateado y cuadrangular que el profesor Gupta había desarrollado para el ejército. Avanzando sobre sus ruedas de oruga, cual tanque en miniatura, la máquina los apuntó con su sensor bulboso. David se quedó inmóvil.

—¡Mierda! ¡Nos han encontrado!

Mannheimer se rió entre dientes.

—Tranquilízate, soldado. Estas cosas todavía no están operativas.

—¿Qué? —El corazón de David latía con fuerza mientras el robot seguía su camino.

—Todavía están trabajando en estos bichos. Es como todo lo que el ejército hace. Estarán probando el sistema durante diez años y luego decidirán que cuesta demasiado. —Riéndose entre dientes otra vez, Mannheimer abrió la puerta y metió a Elizabeth dentro—. Muy bien, nena, ¿dónde está el despacho del director?

Tras recobrar el aliento, David los siguió dentro de la habitación. Era un lugar espacioso, quizá de unos diez metros de largo. En un extremo había varias hileras de servidores que zumbaban y parpadeaban desde sus estantes de acero. Al otro lado

había un PC de sobremesa con una pantalla extraplana, y en el centro de la habitación dos enormes esferas transparentes y huecas, cada una de al menos tres metros de altura, que descansaban sobre una plataforma con ruedecillas de metal.

Monique se quedó en la entrada, mirando las esferas tan desconcertada como David, pero Michael se metió en la habitación, dirigiéndose directamente a un armario del fondo. Mientras su madre y el sargento desaparecían en un despacho contiguo, el muchacho abrió el armario y sacó un voluminoso aparato negro que parecía un visor estereoscópico. David reconoció el instrumento: eran unas gafas de realidad virtual. Cuando te las ponías proyectaban un paisaje virtual; si volvías la cabeza a la izquierda o la derecha, veías distintas partes del mundo virtual. Michael sonrió de alegría mientras ajustaba las gafas RV, luego se fue corriendo hacia el ordenador y empezó a pulsar sus teclas.

David y Monique se acercaron a la terminal y miraron por encima del hombro de Michael. Unos pocos segundos después la pantalla mostró la imagen de un soldado de pie en medio de un vasto campo verde. El soldado vestía un uniforme caqui y llevaba un casco adornado con un número, un «1» grande y rojo.

—Es el *Warfighter* —susurró David—. Está cargando el programa.

Después de unos pocos segundos más aparecieron en la pantalla las palabras «¿LISTO PARA EMPEZAR?». Michael regresó al armario y sacó un rifle de plástico, una imitación de un M-16. Luego se acercó a una de las esferas gigantes, abrió una escotilla que había en un lateral y se encerró en la bola transparente.

—Maldita sea —exclamó Monique—. ¿Se puede saber qué hace ahí dentro?

Michael cerró la escotilla por dentro y se puso las gafas RV. Sosteniendo el rifle de plástico como si fuera un soldado de infantería de verdad, empezó a caminar hacia delante, pero sin avanzar, claro está; la esfera daba vueltas, rotando sobre sí misma como una bola de seguimiento monstruosa. Poco después, el adolescente ya corría como si fuera un hámster en una rueda de ejercicio. Cuando David miró la pantalla del ordenador, vio al soldado vestido de caqui corriendo por el campo.

—¡Joder, esto es increíble! —Puso la mano en la espalda de Monique y señaló la plataforma que había debajo de la esfera—. ¿Ves esas ruedecillas que hay debajo de la pelota? Miden la velocidad con la que la esfera gira y la dirección de su rotación. Luego envían la información al ordenador, que mueve al soldado a la misma velocidad que se mueve Michael. Y Michael puede ver toda la simulación en sus gafas. Está corriendo en un mundo virtual.

—Todo eso está muy bien, pero ¿adónde va?

—Parece que de momento sólo se está divirtiendo. Supongo que poco a poco irá subiendo de nivel, como siempre hace.

—¿Y qué ocurrirá cuando llegue al Nivel SVIA/4?

—No lo sé. Puede que el programa indique cómo descargar la teoría desde el

servidor. Pero seguramente habrá que utilizar la interfaz RV para acceder a ella.

David examinó los iconos que había en la parte inferior de la pantalla del ordenador hasta que descubrió el que buscaba: DOS JUGADORES. Hizo clic y las palabras «¿LISTO PARA EMPEZAR?» volvieron a parpadear en la pantalla. Mientras Monique lo miraba boquiabierto, él fue al armario a buscar otro par de gafas RV y otro rifle de plástico.

—Voy a entrar —dijo. Luego se acercó a la segunda esfera y abrió la escotilla.

Simon hacía guardia en el laboratorio de pruebas del *Mid-South Robotics* mientras el profesor Gupta estudiaba vídeos de vigilancia en el ordenador del laboratorio. La pantalla estaba dividida en doce cuadrados, cada uno de los cuales emitía imágenes en directo de uno de los *Dragon Runner* desplegados en Fort Benning. Justo antes del mediodía, el ordenador soltó un pitido: el programa de reconocimiento de caras había encontrado una equivalencia en uno de los vídeos. Gupta identificó la localización del robot y expandió la imagen para que ocupara toda la pantalla. Simon se acercó un poco más a la terminal y vio un soldado alto y feo que rodeaba con un brazo la cintura de una desaliñada mujer pechugona. Luego vio a los objetivos: Swift, Reynolds y el nieto de Gupta.

—Interesante —murmuró el profesor—. Están en la oficina de SCV.

—¿SCV?

—Simulación de Combate Virtual. Hice algunas cosas para ellos, como el desarrollo de la interfaz RV para el *Warfighter* —hizo una pausa, absorto—. Y ahí es donde trabajó Elizabeth. El empleo que le encontró Hans.

En la pantalla, los objetivos entraban en una habitación y cerraban la puerta detrás de ellos, impidiendo la vigilancia. Gupta salió de golpe del programa golpeando el teclado con el puño.

—¡Kleinman! —exclamó—. ¡Viejo insensato!

—¿Qué ocurre?

El profesor negó con la cabeza.

—¡Creyó que sería una opción inteligente! ¡Esconderla justo delante de mis narices!

—¿Se refiere a la *Einheitliche Feldtheorie*?

Una nueva ventana apareció en la pantalla y Gupta tecleó un nombre de usuario y una contraseña. Estaba intentando entrar en una especie de red.

—Afortunadamente, no es demasiado tarde. Todos los programas de SCV están diseñados para poder acceder a ellos a distancia. El ejército quería que soldados de distintas bases pudieran competir entre ellos en batallas virtuales.

Hubo una demora de varios segundos. Luego la pantalla mostró una larga lista de servidores militares y sus informes de actividad.

—Lo que imaginaba —dijo Gupta—. Tienen abierto el *Warfighter*.

Mirando por encima del hombro del profesor, Simon sintió una punzada de ansiedad.

—¿Pueden descargar la teoría? ¿Pueden borrarla?

Gupta hizo clic en uno de los servidores. Mientras la red establecía conexión, se volvió y miró a Simon.

—¡Ve al almacén de suministros! Aquí no hay ningún equipo de RV, pero puede que ahí encuentres un *joystick*.

David estaba de pie en un amplio campo bordeado por pinos sureños. A la derecha tenía un paisaje de colinas y bosques que llegaba hasta el horizonte. Al volverse a la izquierda, el visor RV mostró una abertura entre los árboles y un conjunto de edificios bajos. Los gráficos eran sorprendentemente realistas. Podía incluso oír el canto de los pájaros en los auriculares, que incluían unos altavoces de miniatura y un micrófono para comunicarse con los demás jugadores. Había algo extrañamente familiar en ese paisaje simulado, y un par de segundos más tarde se dio cuenta de que el mundo virtual había sido diseñado para que se pareciera a los boscosos terrenos de entrenamiento de Fort Benning. Por encima de las copas de los árboles pudo ver las torres de salto, que parecían estar a varios kilómetros.

—¿A qué estás esperando?

David alzó el rifle cuando oyó la voz a través de los auriculares. Podía ver el cañón de su M-16 en el visor, pero no había nadie en el campo ni en los bosques.

—¡Eh! —gritó—. ¿Quién anda ahí?

—Soy yo, tonto —era la voz de Monique—. Estoy en la terminal, viéndote en la pantalla del ordenador. Michael está en el pueblo.

—¿En el pueblo? —Señaló con el rifle el conjunto de edificios—. ¿Quieres decir por ahí?

—Sí, y ya ha llegado al Nivel B2, así que será mejor que muevas el culo. Por lo que veo, tienes que acercarte a Michael antes de que llegue al SVIA/4 o no podrás entrar al nivel final y descargar la teoría.

Con mucha cautela, David dio un paso adelante. La esfera rotó suavemente bajo sus pies. Luego dio un paso a la izquierda y la esfera se movió de lado. Entonces empezó a andar hacia la abertura que había entre los árboles, al principio lentamente, después ya con más confianza.

—No está mal. Cuando te acostumbras, parece casi normal.

—Prueba a correr. Tienes mucho camino por delante.

Echó a trotar. El visor RV mostraba el paisaje en movimiento: mientras David corría a través del campo, los edificios que tenía delante se hacía más grandes y empezó a ver cuerpos boca abajo en la hierba. Eran los soldados enemigos generados

por el ordenador —vestidos como terroristas, con cazadoras negras y pañuelos— que David ya había visto en la *Game Boy*.

—Parece que Michael ya se ha encargado de estos tipos.

—Mantén los ojos abiertos —le advirtió Monique—. No se los ha cargado a todos.

—¿Qué ocurre si me disparan? ¿Cuántas vidas tienes en este juego?

—Deja que mire el archivo con las instrucciones. —Hubo una pausa—. A ver, si te disparan en el cuerpo no te puedes mover pero sí disparar el arma. Si te disparan en la cabeza, vuelves automáticamente al principio.

—Y no queremos eso, ¿verdad?

—No si quieres pillar a Michael. Acaba de llegar al nivel B3.

David aceleró el paso, corriendo en zigzag por entre los soldados muertos. Unos segundos después llegó a las afueras del pueblo, que se veía gris y desolado. En un lado de la calle principal había una hilera de edificios de dos pisos con los tejados inclinados; en el otro, una sencilla iglesia blanca con un campanario. La calle estaba vacía a excepción de los cuerpos de los soldados, que le indicaban claramente por dónde había pasado Michael. David fue corriendo por el medio de la calle hasta llegar a un almacén amarillo. En la entrada del edificio había media docena de cadáveres simulados. Haciendo esfuerzos para mantener el equilibrio dentro de la esfera giratoria, aflojó el paso y echó un vistazo desde la puerta. Estaba oscuro pero podía distinguir unas formas en el suelo: más cuerpos postrados.

Justo cuando iba a entrar, oyó disparos. Parecían provenir de detrás de él, así que se dio la vuelta. Un soldado enemigo venía corriendo desde el otro extremo de la calle, disparando un AK-47. Por un momento, David se olvidó de que estaba viendo una simulación; en un arrebato de pánico se agachó y apretó el gatillo del rifle de plástico, apuntando al soldado de la chaqueta negra. Los disparos retumbaron en sus auriculares y David perdió el equilibrio. Se cayó de culo dentro de la esfera, que se balanceó adelante y atrás. Su visor RV sólo mostraba el cielo azul y la pared amarilla del almacén. Cuando se volvió a poner de pie, vio que el soldado enemigo estaba a cuatro patas, con una mueca de dolor en el rostro pero sosteniendo todavía su rifle.

—¡Dispárale a la cabeza! —gritó Monique por los auriculares—. ¡Rápido, a la cabeza!

David disparó al cráneo del soldado y éste cayó al suelo.

—¡Dios mío! —exclamó mientras movía su M-16 de un lado al otro por si había más enemigos en la calle, con la respiración jadeante. Oyó más disparos pero no podía averiguar de dónde provenían.

—¡Métete en el edificio! ¡Michael está en la segunda planta!

Se volvió hacia la entrada y pasó por encima de los cuerpos. El visor se fue oscureciendo a medida que avanzaba por un pasillo largo y estrecho. Tenía las piernas

temblorosas y empezaba a sentirse mareado. El sudor le caía por la frente y se acumulaba en la montura de sus anteojos.

—¡Mierda, no veo nada!

—¡A la izquierda, A LA IZQUIERDA! ¡Hay unas escaleras!

Se volvió a la izquierda, tambaleándose como un borracho. Oía el eco de los disparos pasillo abajo, pero sólo podía ver sus fogonazos. La simulación le abrumaba el cerebro, y sentía náuseas. Tenía ganas de quitarse los auriculares.

—¡Un momento, tengo que parar! ¡Hay alguien detrás!

—¡No, sigue avanzando! Michael ya está en el Nivel C3. ¡Ya casi ha terminado!

Al final, David encontró las escaleras. El visor se fue iluminando a medida que las ascendía, hasta que llegó a otro pasillo. Empezó a recorrerlo, pasando junto a varias habitaciones desnudas con cadáveres ensangrentados en el suelo.

—Gira a la derecha cuando llegues al final del pasillo —le indicó Monique—. Luego...

De una de las habitaciones apareció un soldado, a pocos metros. David se llevó tal susto que se le cayó el M-16. Retrocedió unos pasos, levantando los brazos de forma instintiva, preparándose para una muerte virtual. Sin embargo, el soldado se limitó a darse la vuelta y siguió avanzando por el pasillo. Fue entonces cuando David se dio cuenta de que este soldado no vestía chaqueta negra; llevaba un uniforme caqui y un «1» rojo en el casco. Era Michael.

Eufórico, David recogió su rifle y lo siguió. Al final del pasillo, el soldado de Michael viró a la derecha y David oyó una ráfaga de disparos. Para cuando alcanzó al muchacho, los seis enemigos generados por ordenador ya descansaban boca abajo en el suelo.

—¡Ya está! —gritó Monique—. ¡Ya estás en el nivel final!

El soldado de Michael se acercó a una puerta que había en el otro extremo de la habitación. David contuvo la respiración, esperando ver las ecuaciones de *Herr Doktor*, por lo menos. En vez de eso entraron en lo que parecía un vestuario. Las cuatro paredes estaban revestidas por docenas de taquillas de metal gris. El soldado de Michael se acercó a la que tenía más cerca y la tocó con su M-16. En sus manos se materializó una nueva arma, un rifle equipado con un grueso cilindro debajo del cañón. Un lanzagranadas.

A David se le cayó el alma a los pies. Éste no era el nivel final. Parecía ser una zona intermedia de aprovisionamiento, un lugar en el que conseguir nuevas armas para otra ronda de batallas.

—¡Maldita sea! ¿Cuánto dura esto?

—Espera un segundo —respondió Monique—. Mira las letras de las taquillas.

Cada taquilla tenía una serie de iniciales en la puerta. Las iniciales eran las de rangos militares: en la primera taquilla ponía «SLD», por soldado; en la segunda

«CBO», por cabo; en la tercera «TNT», por teniente, etcétera. David reconoció la primera docena de rangos, pero, a medida que iba avanzando, las abreviaciones fueron haciéndose más oscuras: WO/1, CWO/5, CMSAF, MGySgt.

—Mira la hilera de la pared del fondo —dijo Monique—. La segunda taquilla comenzando por el final.

David miró las iniciales: SVIA/4.

—¡Dios santo! ¡Son las letras de la *Game Boy*!

Se acercó a toda prisa a la taquilla y la golpeó con su M-16. En el visor RV David vio cómo se materializaba el lanzagranadas en su rifle. Al mismo tiempo, de golpe las iniciales de la taquilla se reorganizaron. La «S» se movió un poco hacia la izquierda, la «A/4» a la derecha. Y el «VI» rotó 90 grados en el sentido las agujas del reloj. El resultado fue una ecuación:

$$S \leq A/4$$

David no la reconoció. Pero él no era el físico.

—¿Has visto eso, Monique? —preguntó por el micrófono—. ¿Has...?

—¡CUIDADO!

Volvió a oír disparos. Se dio la vuelta justo a tiempo para ver cómo el soldado de Michael caía al suelo. Luego el visor RV se volvió rojo, como si se hubiera manchado de sangre.

No era más que un pobre sustitutivo de la guerra, pensó Simon mientras miraba la pantalla del ordenador por encima del hombro de Gupta. Incluso como ejercicio de entrenamiento, el programa era absurdamente irreal. Cuando los soldados recibían un disparo no se retorcían de dolor en el suelo ni llamaban a gritos a sus madres. Simplemente se caían. Era un juego de niños, un juguete. Gupta no necesitaba la ayuda de Simon; lo único que tenía que hacer era disparar a un par de soldados de dibujos animados en la espalda.

Después de despachar a sus oponentes, Gupta avanzó hacia la taquilla con los extraños símbolos en la puerta. Accionando el *joystick*, estiró el brazo de su soldado para que el rifle tocara la taquilla. Primero se materializó un lanzagranadas en el rifle y luego, unos segundos después, apareció un mensaje en la pantalla: «¿LISTO PARA DESCARGAR? ¿SÍ O NO?». Gupta hizo clic en el sí. El mensaje pasó a ser «DESCARGA COMPLETA EN 46 SEGUNDOS». El profesor se quedó mirando atentamente los números. Parecía en trance, como si estuviera viendo algo que estuviera escondido en las profundidades del ordenador.

—Lo siento, *Herr Doktor* —susurró—. No debería haberme hecho esperar.

—¿David? ¿Dónde estás? ¡La pantalla se ha vuelto loca!

Podía oír a Monique, pero no veía nada. El visor RV sólo mostraba una espesa bruma roja, como si una niebla de sangre le tapara la vista. Lo último que recordaba era la imagen del soldado de Michael cayendo, y mientras volvía a visualizar mentalmente esta imagen, recordó algo más que había vislumbrado al fondo. Había otro soldado detrás del de Michael. No una de esas figuras generadas por ordenador con chaqueta negra, sino un soldado de uniforme caqui con el número «3» en el casco.

David se quitó las gafas, ahora inútiles. Fuera de la esfera transparente, Monique estaba inclinada sobre la terminal, manipulando frenéticamente el teclado.

—¡Hijo de puta! —gritó—. ¡Alguien más ha accedido al servidor! ¡Hay una descarga en marcha!

A la izquierda, al otro lado de la esfera, vio que Michael se reajustaba los anteojos. No parecía ni sorprendido ni decepcionado por la derrota. Unos segundos después volvió a levantar su rifle y se puso a correr dentro de su esfera. Había vuelto a empezar el juego.

—Hay que volver al principio —dijo David—. Sólo tenemos que...

—¡No hay tiempo para eso! —Monique se tiró del pelo—. ¡Sólo quedan veinte segundos!

Incapaz de pensar otra opción, David se volvió a poner las gafas. La niebla roja poco a poco se iba desvaneciendo, y él creía que volvería a estar de vuelta en el campo de las afueras del pueblo. Sin embargo, en cuanto las últimas volutas rojas desaparecieron, lo que vio fue la hilera de taquillas con iniciales en las puertas. Estaba a cuatro patas, todavía en el vestuario. Le habían disparado en el cuerpo, no en la cabeza.

No se podía mover, pero sí disparar el arma. El soldado con el «3» en el casco permanecía de pie delante de la taquilla, que ahora mostraba una cuenta atrás en vez de la ecuación. Al llegar a 0:09 David apretó el gatillo.

Simon advirtió que algo se movía en la pantalla. Algo pequeño y redondo rebotó contra la hilera de taquillas y desapareció de la vista.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó mientras señalaba el ordenador.

Gupta no respondió. Todavía estaba en trance con la cuenta atrás.

—¡Algo ha cruzado la pantalla! ¡Ha ido a la izquierda!

Frunciendo el ceño, el profesor movió su *joystick*, permitiendo así que todo el vestuario quedara a la vista. En el suelo había un objeto verde con forma de huevo. Simon lo reconoció al instante. Era una granada M406 del ejército norteamericano.

A David casi se le doblan las rodillas al salir de la esfera. Había estado dentro del

mundo virtual menos de quince minutos, pero se sentía como si hubiera estado peleando en Iwo Jima. Tras desembarazarse de las gafas RV y el rifle de plástico, se acercó a Monique.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. ¿Lo hemos detenido?

Ella no levantó la vista. Permanecía inclinada sobre la terminal, con los ojos puestos en la pantalla.

—¿Por qué has utilizado la granada? Lo único que tenías que hacer era disparar al cabrón para cortarle la conexión.

—Pero hemos detenido la descarga, ¿no? No ha conseguido la teoría, ¿verdad?

—Oh, sí, has detenido la descarga. Y también te has cargado el *Warfighter* y borrado todos los archivos del programa.

David se agarró al borde del escritorio.

—¿Y qué ha pasado con el archivo que contenía la teoría?

—Ya no existe. Se ha borrado. Al estar incorporado en el software del juego, al cargarte el programa has corrompido el archivo de forma permanente. Incluso si alguien intentara recuperar la información del servidor, no conseguiría más que tonterías.

Sintió una punzada en el estómago. Era como si volviera a estar dentro de la esfera, pero ahora era todo el universo el que daba vueltas a su alrededor. Los planos del cosmos, el diseño oculto de la realidad; todo se había desvanecido en un instante por su error.

—¿Qué?

Monique sostenía en la palma de su mano un pequeño cilindro plateado, de unos siete centímetros de largo y uno y medio de diámetro.

—La teoría está aquí. O al menos eso espero. Será mejor que coja un portátil y lo mire.

David se quedó hecho polvo. Respiró hondo un par de veces mientras observaba el dispositivo de memoria USB. Hasta ese momento no había sido consciente de lo importante que la teoría era para él.

Mientras Monique buscaba un ordenador portátil por la oficina, Michael salió de su esfera. Volvió a dejar las gafas RV y el rifle en el armario, y cogió otra vez su *Game Boy*. Le debía haber supuesto un tremendo bajón dejar el campo de batalla virtual y regresar a un aparato cuyos controles se manejaban con los pulgares y la pantalla apenas medía diez centímetros, pero el rostro de Michael permanecía tan inexpresivo como siempre.

Poco después, su madre salió del despacho contiguo. Con cara de asco, Elizabeth se alisó una arruga en las medias y se ajustó la correa de los zapatos. Luego se dirigió directamente hacia David.

—Muy bien, ¿dónde está el resto del dinero?

—¿Dónde está Mannheim?

—Dormido en el sofá. Es hombre de una bala. Pero tú me debes doscientos dólares.

—Está bien, está bien. —David cogió su cartera y sacó los billetes—. Escucha, tenemos que irnos de la base antes de que alguien sospeche algo. Será mejor que vengas con nosotros.

Ella cogió el rollo de veintes y los deslizó dentro de la cintura de sus medias.

—Me parece bien. A mí dejadme en el motel.

A estas alturas Monique ya había encontrado un portátil, un lustroso *MacBook* plateado. Antes de encenderlo, sin embargo, David se acercó a la ventana y advirtió dos acontecimientos alarmantes. Para empezar, el Cadillac de Graddick ya no estaba aparcado en la entrada trasera del Infantry Hall. Y, en segundo lugar, un escuadrón de policías militares venía corriendo hacia el edificio. Desde lejos parecían soldados virtuales del *Warfighter*, con la diferencia de que los M-16 que llevaban en las manos no eran de plástico.

Lucille estaba de pie en la plaza de armas de Fort Benning, discutiendo con uno de los esbirros del secretario mientras éste daba su discurso desde un podio situado delante del Infantry Hall. Una muchedumbre de por lo menos tres mil soldados y civiles ocupaba la plaza de armas, y varios cientos más deambulaban por detrás del podio, obstaculizando la entrada principal del edificio. A nivel de seguridad era una pesadilla: con toda esta gente revoloteando era imposible llevar a cabo una búsqueda como Dios manda de los sospechosos, quienes, por lo visto, habían conseguido entrar en la base hacía menos de una hora. Lucille quería que el secretario abreviara su discurso, pero uno de sus ayudantes del Pentágono lo impidió. Era un corpulento joven veinteañero, tonto como él solo.

—Llevamos meses planeando este evento —dijo—. Las tropas hace tiempo que lo esperan con ganas.

—Mira, es una cuestión de seguridad nacional. Sabes lo que es la seguridad nacional, ¿verdad? ¡Quiere decir que es más importante que tu maldito evento!

El ayudante parecía desconcertado.

—¿Seguridad? Pensaba que de eso ya se encargaba la Policía Militar.

—¡Madre de Dios! —Exasperada, Lucille metió la mano debajo de su chaqueta y sacó su Glock—. ¿Es que tengo que dispararte para que te enteres de lo que te estoy diciendo?

Pero ni siquiera la visión del arma pareció surtir ningún efecto en su abotargado cerebro.

—Por favor, señora, tranquilícese. El secretario ya está terminando. Está a punto de contar su chiste de la gallina de tres patas.

Los policías militares irrumpieron a toda prisa en el Infantry Hall por la entrada trasera y empezaron a subir las escaleras. David se apartó de la ventana.

—¡Vamos, vamos! —les gritó a los demás—. ¡Por aquí!

Iba empujando a Michael pasillo abajo mientras Monique y Elizabeth trotaban detrás. Instintivamente se dirigió hacia la parte delantera del edificio, alejándose de los soldados que los perseguían, aunque era perfectamente consciente de que podía ser que otro escuadrón viniera por ahí. Cuando David llegó a la escalera que había por encima de la entrada principal, oyó voces abajo, y primero supuso que eran los gritos de los fervorosos soldados subiendo las escaleras. Un momento después, sin embargo, oyó una risotada y grandes vítores. Parecía más una fiesta que una búsqueda.

Bajaron las escaleras a toda prisa hasta llegar a un vestíbulo de entrada lleno de soldados y sus familias. Hombres y mujeres en ropa de civil se alineaban alrededor de una larga mesa repleta de cuencos con patatas fritas y latas de *Coca-Cola*. Se trataba de una especie de recepción. La gente se daba la mano, contaba chistes y se atiborraba de comida. David atravesó el gentío, aterrado por si alguien daba la voz de alarma, pero nadie le prestó la menor atención, ni a él ni a Michael. Algunos soldados lanzaron miradas lascivas a Elizabeth y Monique, pero eso fue todo. Medio minuto después ya estaban fuera y se unieron a la corriente de gente que se dirigía a los aparcamientos. Mientras se alejaban del edificio, David vio a un tipo mayor cuya cara le sonaba dando la mano a varios generales. Dios mío, pensó, ése es el secretario de Defensa. David apretó con más fuerza el brazo de Michael y aceleró un poco el paso.

Avanzaron en dirección oeste junto a la gente durante más o menos medio kilómetro, pasando por aparcamientos en los que grupos de espectadores se iban quedando para coger sus coches. Diez minutos después la muchedumbre había disminuido considerablemente, pero ellos cuatro todavía caminaban en la misma dirección, siguiendo las señales que indicaban «PUERTA OESTE», «PUENTE EDDY». Pasaron junto a una pista de tenis y un campo en el que una docena de soldados jugaban al fútbol. David no vio a ningún Policía Militar, ni señal alguna de que los estuvieran buscando.

Diez minutos después vieron un río, una sinuosa franja de aguas turbias con árboles a ambos lados. Era el río Chattahoochie, la frontera oeste de Fort Benning. Un puente de dos carriles se extendía sobre las aguas y en el extremo de su lado había un paso vigilado. La barrera estaba puesta y varios coches hacían cola, esperando para abandonar la base. Los conductores tocaban las bocinas pero los dos policías militares de la puerta permanecían impasibles como estatuas. Mierda, pensó David, han cerrado el lugar. Consideró la posibilidad de dar media vuelta, pero seguramente los policías militares ya los habían visto. Su única esperanza era intentar engatusarlos

para que los dejaran salir.

Se acercaron al paso tranquilamente, como si de una excéntrica familia de excursión se tratara. David saludó a los policías militares.

—¡Eh, soldados! —dijo David—. ¿Es éste el camino hacia el camping?

—¿Se refiere al de Uchee Creek, señor? —contestó uno de ellos.

—Sí, sí, ése mismo.

—Tiene que cruzar el puente y caminar hacia el sur tres kilómetros. Pero ahora no puede cruzar, señor.

—¿Por qué no?

—Alerta de seguridad. Estamos a la espera de más órdenes.

—Bueno, imagino que la alerta es sólo para coches. Los peatones sí pueden pasar, ¿no?

El policía militar lo pensó un momento, pero luego negó con la cabeza.

—Tendrá que esperar, señor. Tranquilo, no creo que vaya para largo.

Mientras David y Monique intercambiaban miradas de nerviosismo, un Humvee llegó al paso a toda velocidad. El conductor bajó del vehículo de un salto y se acercó corriendo a los policías militares. Sostenía un par de folletos en la mano; David no podía ver qué había impreso en ellos, pero hubiera apostado lo que fuera a que su fotografía estaba en esa página. Los policías militares les habían vuelto la espalda, de modo que, sin hacer ruido, David guió a Michael, Monique y Elizabeth al otro lado de la barrera. Empezaron a avanzar hacia el puente, que estaba a unos treinta metros.

—¡Alto! —Uno de los policías militares se había dado la vuelta—. ¿Qué diablos piensa que está haciendo?

David echó una mirada por encima del hombro pero no se detuvo.

—¡Lo siento, tenemos prisa!

El otro policía militar, que ya había echado un vistazo a los folletos, le apuntó con su pistola.

—¡DETENTE AHORA MISMO, GILIPOLLAS!

Unos segundos después, los tres soldados habían desenfundado sus M-9. Los conductores de los coches detenidos por la barrera habían dejado de tocar la bocina; estaban demasiado ocupados mirando la disputa. Pero precisamente porque todos los ojos estaban puestos en los soldados o en los fugitivos, nadie vio la serpiente de cascabel hasta que aterrizó a los pies de los policías militares. La gruesa serpiente parda rebotó en el asfalto y, retorciéndose de dolor, hundió sus colmillos en la primera cosa en movimiento que vio, que resultó ser la pantorrilla de un policía militar. El soldado gritó, y entonces la segunda serpiente cayó del cielo. David miró delante y vio a Graddick agachado junto a su ranchera, que estaba aparcado en el margen del río, no muy lejos del puente. Con gran impulso, Graddick lanzó su tercera serpiente de cascabel a los policías militares, que se habían ido corriendo hacia los

árboles. Luego hizo una señal a David.

—¡Vamos, pecadores! —gritó—. ¡Meteos en el coche!

Karen y Jonah estaban en Brownsville, uno de los barrios más pobres de Brooklyn, siguiendo a Gloria Mitchell por las calles cubiertas de cristales rotos de un complejo de viviendas subvencionadas. Gloria era una reportera infatigable; se había pasado todo el día recopilando información acerca del doble homicidio, primero había hablado con los policías en la comisaría del distrito local y luego había entrevistado a los amigos y la familia de las víctimas. A las nueve de la noche todavía estaba trabajando, intentando localizar a un testigo del tiroteo. En circunstancias normales Karen nunca se hubiera aventurado por Brownsville de noche pero, curiosamente, ahora el lugar no le daba miedo. Las pandillas de adolescentes en las esquinas de las calles no la asustaban lo más mínimo. Lo que le daba miedo eran los todoterrenos que parecían seguirla allá adonde fueran.

Mientras cruzaban a toda prisa un patio de recreo desierto, un hombre alto y de cuello grueso salió de las sombras. Había tan poca luz que Karen tan sólo vio una silueta. No podía ver bien su cara, pero sí que llevaba un traje y un pequeño cable en espiral al lado de la oreja izquierda.

Karen se detuvo de golpe y apretó con fuerza la mano de Jonah. Pero Gloria, que no se asustaba por nada, avanzó directamente hacia el agente.

—Eh, colega, ¿te has perdido? —preguntó.

—No —respondió.

—La oficina del Bureau está en el Federal Plaza, por si no lo sabes. Por ahí —y señaló hacia el oeste, hacia Manhattan.

—¿Qué te hace pensar que soy del Bureau?

—El traje barato que llevas, para empezar. Y que tus colegas me hayan estado siguiendo todo el día.

—No estoy interesado en ti. Sólo en tu amiga.

—Bueno, pues olvídate de ello. Si la arrestas, mañana por la mañana aparecerá en la portada del *New York Times*.

El agente metió la mano dentro de su americana y sacó una pistola.

—Que le den al *Times*. Yo leo el *Post* —Y tras apuntar la pistola a la cabeza de Gloria, disparó.

Karen agarró a Jonah y le apretó la cara contra su barriga para que no lo viera. Le temblaban las piernas cuando el agente dio un paso adelante y una débil cuña de luz proveniente de una farola le iluminó la cara. Tenía la nariz hinchada y la frente cubierta de moratones, pero de todos modos lo reconoció. Era el agente Brock.

Simon se echó al coleteo otro vaso de *Stoli*. Estaba sentado en el salón de una modesta casa de Knoxville que pertenecía a Richard Chan y Scott Krinsky, dos antiguos alumnos del profesor Gupta. Mientras éste hablaba por teléfono en la cocina, Richard servía nerviosamente vodka a Simon, y Scott le ofrecía un repugnante sándwich de atún. Al principio, Simon supuso que eran amantes, pero después de la segunda copa se dio cuenta de que ahí había algo raro. Richard y Scott trabajaban como físicos en el laboratorio Oak Ridge, donde construían equipos para generar rayos de protones de alta intensidad. Eran pálidos, desgarrados, de aspecto juvenil y llevaban gafas. Se dirigían al profesor Gupta con una reverencia que rayaba en el fanatismo. Lo curioso era que no les había sorprendido lo más mínimo que Simon y Gupta aparecieran inesperadamente en su puerta. Estaba claro que los dos jóvenes físicos eran co-conspiradores, reclutados tiempo atrás por Gupta. Aunque no resultaban demasiado intimidantes, Simon vio en ellos la cualidad esencial del buen soldado: harían todo lo que su superior les ordenara. Su devoción a la causa era tan fuerte como la de un yihadista.

En cuanto Simon dejó el vaso en la mesilla de centro, Richard se puso en pie y lo volvió a llenar. No estaba mal, pensó Simon mientras se reclinaba de nuevo en su silla. Se podía acostumbrar a ello.

—Así que trabajáis con rayos de luz, ¿no? Guiáis protones para que den vueltas y más vueltas por el acelerador, ¿es así?

Ambos asintieron, pero ninguno de los dos dijo una palabra. Estaba claro que les incomodaba un poco charlar con un mercenario ruso.

—Debe de ser un trabajo complicado —prosiguió Simon—. Asegurarse de que todas las partículas dan en el blanco. Determinar las condiciones ideales para el impacto. Cuando los protones chocan pueden ocurrir cosas extrañas, ¿no?

Richard y Scott dejaron de asentir y se miraron el uno al otro. Había sorpresa en sus rostros, y también un poco de confusión. Seguramente se estaban preguntando cómo era que este asesino a sueldo sabía de física de partículas.

—Sí, muy extrañas —prosiguió Simon—. Y quizá muy útiles. Si uno contara con una teoría unificada que le indicara exactamente cómo llevar a cabo determinadas colisiones de partículas, se podrían obtener unos resultados interesantes, ¿no?

Ahora sus ojos mostraban alarma. A Richard casi se le cae la botella de *Stolichnaya*.

—Lo..., lo siento —tartamudeó—. No sé de qué estás hablando...

—No te preocupes —dijo Simon mientras reía entre dientes—. Vuestro profesor confía en mí. Al principio de la misión me contó todas las posibles aplicaciones de la *Einheitliche Feldtheorie*. De otro modo no hubiera podido saber qué información

tenía que obtener de los colegas de *Herr Doktor*.

Este reconfortante comentario no consiguió tranquilizar a los físicos. La mano de Richard agarró todavía con mayor fuerza la botella de *Stoli* y Scott se frotó las manos. Quizá preferían no conocer los métodos que empleaba su querido líder.

En aquel momento Gupta terminó su llamada telefónica y entró en el salón. Richard y Scott volvieron simultáneamente las cabezas y se quedaron mirando a su amo como un par de leales setters irlandeses. El profesor los premió con una sonrisa, y luego señaló a Simon.

—Ven conmigo. Tenemos que hablar de algo.

Simon tardó unos segundos en ponerse en movimiento para dejar claro que no era el perrito faldero de nadie. Luego se levantó de la silla y siguió a Gupta a la cocina. Era un cubículo feo y estrecho con los armarios combados y una nevera prehistórica.

—¿Era Brock con quien hablaba por teléfono? —preguntó Simon.

El profesor asintió.

—Ya tiene en su poder a la esposa y al hijo de Swift. Ahora se dirige hacia el sur tan rápido como puede. Podrían ser una buena moneda de cambio.

—Eso en el caso que Swift tenga la teoría unificada. No lo sabemos seguro.

—Por supuesto que tiene la teoría. No seas estúpido.

De nuevo, Simon sintió el impulso de decapitar al anciano.

—Ha borrado todos los archivos del servidor, ¿no? Quizá ésa fue siempre su intención, borrar la teoría. Quizá es lo que Kleinman le dijo que hiciera.

Gupta negó con la cabeza.

—No, imposible. Ésa es la última cosa que Kleinman hubiera querido. Estoy seguro de que dio instrucciones a Swift de preservar la teoría.

—Bueno, quizá Swift se pensará mejor si seguir esas instrucciones cuando vea las ecuaciones.

El profesor siguió negando con la cabeza. No parecía estar preocupado.

—Créeme, tiene la teoría. Y no podría destruirla aunque quisiera. El siguiente peldaño en el ascenso de la humanidad es inevitable. Nada podrá impedir que llevemos a cabo nuestra demostración.

Simon dejó escapar un resoplido. Se estaba cansando de los discursos mesiánicos de Gupta.

—Está bien, supongamos que Swift tiene la teoría. Todavía tenemos que encontrarlo antes de que lo hagan los soldados norteamericanos.

Gupta hizo un gesto desdeñoso con la mano, como apartando a un lado toda posible dificultad.

—Eso también es inevitable. Dentro de pocas horas sabremos dónde están Swift y sus acompañantes.

—¿Y exactamente cómo sucederá eso?

El anciano sonrió.

—Mi hija va con ellos. Es adicta a la metanfetamina. Y a estas alturas estoy seguro que ya debe de estar algo desesperada.

En un remoto claro del Bosque Nacional Cherokee, Graddick recogió hojas muertas y ramas para hacer una hoguera. Este montañero resultó ser el guía perfecto para los fugitivos; todos estos años de contrabando de serpientes por los estados de la cordillera de los Apalaches lo habían convertido en un experto a la hora de eludir la ley. Tras escapar de Fort Benning, David quiso ir hacia México o Canadá, pero Graddick les había advertido de que entre ellos y las frontera habría demasiados subordinados de Satán. En vez de eso los llevó al norte de Alabama. Subieron con su ranchera las sinuosas carreteras de la meseta Sand Mountain, y al anochecer llegaron a la cordillera de las Great Smokies.

Graddick parecía conocer cada colina y cada hondonada de la zona. En un cruce llamado Coker Creek cogió un polvoriento sendero que subía una boscosa cresta. Aparcó la ranchera detrás de un matorral cubierto de kudzu y comenzó a preparar la hoguera, silbando Amazing Grace mientras recogía maderos. David no pudo evitar sentirse maravillado por la generosidad de este hombre. Se habían conocido la noche anterior, y ahora estaba arriesgando su vida por ellos. Aunque David no le había dicho ni una palabra sobre Einstein o la teoría del campo unificado, estaba claro que Graddick sabía que algo gordo estaba en juego. Veía su situación desde una perspectiva religiosa: habían entablado una lucha apocalíptica, una batalla contra un ejército demoníaco que intentaba derrocar al Reino de Dios. Y lo cierto era que esta perspectiva, pensó David, no estaba demasiado alejada de la realidad.

La luna creciente, un poco más grande que el día anterior, iluminó pálidamente las colinas que los rodeaban. David se sentó en el claro con Michael, que dejó apoyada su *Game Boy* en el tocón de un árbol. Su madre estaba durmiendo en la ranchera; durante el largo viaje por las montañas su nerviosismo había ido en aumento, y no había dejado de maldecir, temblar y pedir que la dejaran salir del coche, pero finalmente se había tranquilizado y se había quedado dormida. Monique se había pasado la mitad del viaje tranquilizando a Elizabeth y la otra mitad estudiando lo que veía en el ordenador portátil que había sisado del laboratorio de SCV.

Las buenas noticias eran que la memoria USB sí contenía un artículo científico escrito por Albert Einstein más de cincuenta años atrás. Las malas, que el artículo estaba escrito en alemán. Su título era «*Neue Untersuchung über die Einheitliche Feldtheorie*», que más o menos David había entendido y podido traducir por: «una nueva interpretación de la teoría del campo unificado». Pero no llegaba más allá. El artículo contenía docenas de páginas de ecuaciones cuyos símbolos y números y

subíndices resultaban tan incomprensibles como las palabras alemanas que los rodeaban. Estas ecuaciones no tenían nada que ver con las que David había visto en otros artículos de Einstein. Estaba claro que *Herr Doktor* se había aventurado en una dirección completamente nueva, empleando para ello un nuevo tipo de matemáticas. Era devastadoramente frustrante: tenían la respuesta en sus manos, pero no podían interpretarla.

Ahora Monique estaba sentada en una zona del claro cubierta de hierba, con la mirada todavía puesta en la pantalla del ordenador. David se había pasado un rato mirando por encima de su hombro, pero cuando ella se quejó de que la desconcentraba, él había tenido que retirarse al otro lado del claro. ¡Mierda!, pensó él, ¡ojalá supiera alemán! Pero habría tenido problemas con las matemáticas aunque hubiera sido nativo. No, era mejor que Monique se encargara de esto. Era experta en varias ramas de las matemáticas, y le había dicho a David que algunas ecuaciones le resultaban familiares.

Después de meter unos pocos fajos de periódicos en la pila de madera, Graddick la prendió con una cerilla. Fue a la ranchera y regresó con cinco latas de estofado Dinty Moore, que abrió y colocó cerca del fuego. Luego se sentó en la hierba cerca de David y Michael.

—Hemos tenido suerte —dijo, señalando el cielo estrellado—. Esta noche no va a llover.

David asintió. Michael seguía jugando al *Warfighter*. Graddick se inclinó hacia delante y señaló la luna, que estaba justo encima del horizonte.

—Mañana iremos en esa dirección —dijo—. Hasta Haw's Knob. Conduciremos por la carretera Smithfield hasta donde termina y luego subiremos la montaña a pie.

—¿Por qué ahí? —preguntó David.

—Es un buen lugar para esconderse. Hay cuevas de piedra caliza y un manantial no muy lejos. Y desde lo alto se pueden ver los alrededores, lo que nos permite estar avisados de si alguien viene a por vosotros.

—Pero ¿qué comeremos cuando se nos termine el Dinty Moore?

—No te preocupes, yo me encargaré de las provisiones. A mí los hombres de Satán no me buscan, así que puedo ir y venir. Podéis esconderos en Haw's Knob hasta el final del verano. Para entonces los paganos os habrán dejado de buscar y os será más fácil llegar a Canadá o México o donde sea que queráis ir.

David intentó imaginarse un verano metido en una cueva de piedra caliza con Monique, Michael y Elizabeth. El plan no es que fuera poco práctico; era inútil. Daba igual cuánto tiempo se escondieran en las montañas, el ejército y el FBI no dejarían de buscarlos. E incluso si entonces, por algún milagro, lograban eludir a sus perseguidores y cruzar la frontera, tampoco estarían a salvo. Tarde o temprano el Pentágono los localizaría, tanto si huían a Canadá o a México como si se escondían

en la península Antártica.

Unos minutos después, Graddick se puso en pie y se acercó al fuego, que ahora ardía bien. Envolviendo la mano en un pañuelo gris, retiró las latas de Dinty Moore y las repartió entre David, Michael y Monique. También les dio unas cucharas de plástico que había encontrado en la guantera del coche. El estofado no estaba muy caliente pero David se lo empezó a comer de todos modos, esperando poder olvidarse un rato de sus problemas mientras engullía la viscosa carne de la lata. Antes de que pudiera darle un segundo mordisco, sin embargo, levantó la mirada y vio que Monique venía hacia él con el portátil y la memoria USB bajo el brazo. Incluso en la oscuridad pudo advertir su nerviosismo. Tenía la boca abierta y jadeaba.

—He descubierto algo —dijo—. Pero no te va a gustar.

David dejó a un lado la lata y se puso de pie. Llevó a Monique hasta un pino mustio que había en el lindero del claro, a unos seis metros de Michael y Graddick. Había supuesto que cuando llegara este momento estaría exultante, pero en vez de eso sentía aprensión. La parpadeante luz de la hoguera iluminaba la parte izquierda del rostro de Monique, pero la derecha quedaba a oscuras.

—¿Está ahí? —preguntó—. ¿Es la teoría unificada?

—Al principio pensaba que no. Las ecuaciones me parecían un galimatías. Pero luego recordé lo que hablamos la otra noche. La teoría de los geones.

—¿Quieres decir que hay algo de ésta?

—Me ha llevado un rato ver la conexión. Pero cuanto más miro las ecuaciones, más me recuerdan las fórmulas de la topología. Ya sabes, las matemáticas de superficies, formas y nudos. Y esto me hizo pensar en los geones, los nudos espacio-temporales. Mira, deja que te lo enseñe.

Monique abrió el portátil y se puso al lado de David para que éste pudiera ver bien la pantalla. Entornando los ojos, vio una página con una docena de ecuaciones, cada una con una larga cadena de letras griegas y símbolos extraños: horquillas, el símbolo de la libra, círculos con cruces. Efectivamente, parecía un galimatías.

—¿Qué diablos es esto?

Ella señaló la parte superior de la página.

—Es la ecuación de la teoría del campo unificado, expresada en el lenguaje de la topología diferencial. Es parecida a las ecuaciones clásicas de la relatividad, pero también abarca la física de partículas. Einstein descubrió que todas las partículas son geones. ¡Cada partícula es un tipo diferente de pliegue en el espacio-tiempo, y las fuerzas son las ondas de la tela!

Alzó la voz y se agarró a la manga de David. Lo acercó para que pudiera inspeccionar las ecuaciones, pero todavía no lo veía nada claro.

—Un momento, un momento. ¿Estás segura de que es auténtico?

—¡Mira, mira aquí! —Ella señaló con el dedo el final de la página—. Ésta es una

de las soluciones de la teoría de campo, la descripción de una partícula fundamental con carga negativa. Es un geón, un agujero de gusano minúsculo con curvas cerradas de tipo tiempo. La solución incluso especifica la masa de cada partícula. ¿Reconoces este número?

Justo debajo de la uña de Monique ponía esto:

$$M = 0,51100 \text{ Me V}/c^2$$

—¡Dios mío! —susurró David—. La masa del electrón.

Aunque esas matemáticas lo superaban, sabía que uno de los sellos distintivos de la Teoría del Todo era que podía predecir las masas de todas las partículas fundamentales.

—Y esto no es más que el principio. Hay al menos veinte soluciones más para partículas de diferente carga y espín. La mayoría de estas partículas no fueron descubiertas hasta mucho después de que Einstein muriera. Predijo la existencia de los quarks y del leptón tau. Tiene incluso soluciones para partículas que todavía no han sido descubiertas. Pero me apuesto lo que quieras a que existen.

Monique fue bajando el archivo, mostrando páginas y más páginas de ecuaciones topológicas. Mientras David observaba la pantalla del portátil, una creciente alegría le llenó el pecho y empezó a propagarse por todo su cuerpo. Lo único que se le podía comparar era la euforia que había sentido cuando nació Jonah. Se trataba del triunfo definitivo de la física, una teoría clásica que incorporaba mecánica cuántica, una serie única de ecuaciones que podía describir cualquier cosa, del funcionamiento interno del protón a la estructura de la galaxia. Apartó los ojos de la pantalla y sonrió a Monique.

—¿Sabes qué? En realidad esto no es tan diferente de lo que intentáis hacer los teóricos de cuerdas. Con la diferencia de que las partículas son bucles espacio-temporales en vez de cuerdas de energía.

—Hay otra similitud. Échale un vistazo a esto. —Monique avanzó unas cuantas páginas más y señaló con el dedo una ecuación que destacaba entre las demás:

$$S \leq A/4$$

—¡Es la ecuación que vi en el *Warfighter*!

Monique asintió.

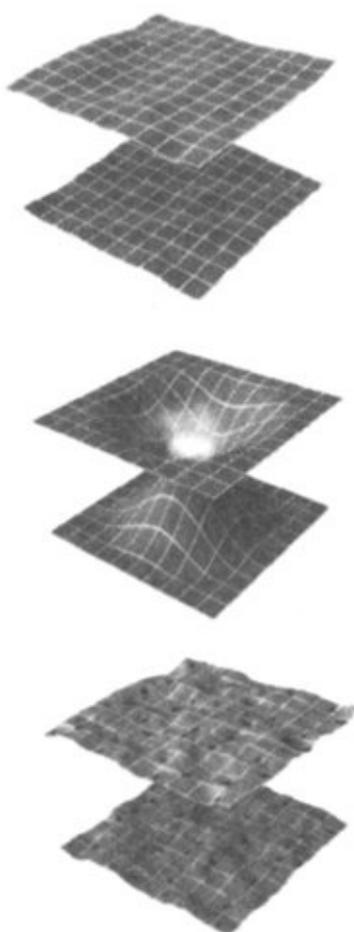
—Se llama principio holográfico. La «S» es la cantidad máxima de información que puede abarcar una región espacial, y la «A» la superficie de esa región. Básicamente, el principio dice que toda la información en cualquier espacio tridimensional —la posición de cada partícula, la intensidad de cada fuerza— puede estar contenida en una superficie espacial bidimensional. De modo que puedes

imaginar el universo como un holograma, como los que se ven en las tarjetas de crédito.

—Espera un momento. Yo ya conozco esto.

—Los teóricos de cuerdas llevan años hablando de este principio, porque de este modo simplifican la física. Pero resulta que a Einstein se le ocurrió medio siglo antes. Su teoría unificada está construida en base a ello. Utilizó el principio holográfico para trazar toda la maldita historia del universo. Está en la segunda sección del artículo, aquí.

Señaló otra ecuación extraña. Al lado había una secuencia de gráficos informáticos; al parecer, el doctor Kleinman había reproducido tres croquis que Einstein había dibujado a mano tiempo atrás. La primera imagen mostraba un par de láminas planas que se atraían mutuamente. En la segunda imagen, las láminas se combaban y ondulaban al colisionar, y en la tercera se alejaban, ahora salpicadas de galaxias recién nacidas.



—¿Qué son estas cosas? —preguntó David—. Parecen láminas de papel de aluminio.

—En la teoría de cuerdas se les llama branas. En los diagramas parecen

bidimensionales, pero en realidad cada una representa un universo tridimensional. Todas las galaxias, estrellas y planetas de nuestro universo están incluidos dentro de una de esas branas. Sería más un papel matamoscas que de aluminio, porque casi todas las partículas subatómicas se quedan pegadas a él. La otra brana es un universo completamente distinto, y ambos se mueven en un espacio mayor llamado bulk, que tiene diez dimensiones en total.

—¿Y por qué chocan?

—Una de las pocas cosas que puede viajar entre las branas es la gravedad. Una brana puede atraer a otra gravitatoriamente, y cuando chocan se comban y generan un montón de energía. Yo misma he trabajado en esta idea, por eso reconocí inmediatamente algunos de los diagramas, pero nada de lo que he hecho se acerca a esto. Einstein calculó las ecuaciones exactas de nuestra brana, así como su evolución. La teoría unificada que desarrolló explica cómo empezó todo.

—¿Quieres decir el Big Bang?

—Eso es lo que muestran estos diagramas. Dos branas vacías colisionan y la energía del choque da lugar a nuestro universo, convirtiéndose en átomos y estrellas y galaxias, todo ello precipitándose hacia el exterior en una onda gigantesca — Monique volvió a cogerlo de la manga y lo miró a los ojos—. Es esto, David. La respuesta al misterio de la Creación.

David estudió los dibujos, apabullado.

—¿Pero dónde está la prueba? Quiero decir, es una idea interesante, pero...

—¡La prueba está aquí! —Monique señaló las fórmulas que había debajo de los diagramas—. Einstein predijo todas las observaciones que los astrónomos han realizado en los últimos cincuenta años. La velocidad de la expansión del universo, el colapso de la materia y la energía, ¡está todo aquí!

Abrumado, David se quedó mirando las ecuaciones topológicas. Deseó poder leerlas con la misma facilidad que Monique.

—Entonces ¿cuál es el problema? —preguntó—. ¿Por qué has dicho que no me iba a gustar?

Ella respiró hondo y pasó varias páginas del documento hasta llegar a otra página repleta de símbolos esotéricos.

—Hay otra cosa que puede viajar fuera de la brana hacia otras dimensiones del bulk. Recuerdas lo que es un neutrino, ¿no?

—Claro. Es como el hermano pequeño del electrón. Una partícula que no tiene carga y muy poca masa.

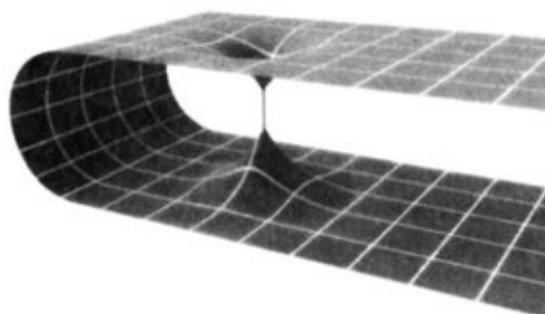
—Bueno, pues algunos físicos han especulado que puede existir una partícula llamada neutrino estéril. La llaman estéril porque normalmente no interactúa con ninguna otra partícula del universo. Los neutrinos estériles podrían ir a través de las dimensiones y atravesar nuestra brana como las moléculas de agua un colador.

—Deja que lo adivine. La teoría unificada también contiene la ecuación para esta partícula.

Ella asintió.

—Sí, está en el artículo. Y la ecuación predice que al combar el espacio-tiempo de nuestra brana puede provocar que las partículas revienten. Si la brana se comba demasiado, los neutrinos estériles pueden salir disparados de un punto determinado de nuestro universo y viajar a otro lado tomando un atajo a través del bulk. Mira esto.

Señaló una reproducción de otro diagrama dibujado por Einstein:



David reconoció el dibujo.

—Es un agujero de gusano, ¿no? Un puente que conecta regiones distantes del espacio-tiempo.

—Sí, pero sólo los neutrinos estériles podrían tomar este tipo de atajo. Y según la teoría unificada, mientras se desplazan a través de las dimensiones adicionales, las partículas podrían aumentar su energía. Una grandísima cantidad de energía si el rayo de neutrinos se orienta en la dirección adecuada.

David negó con la cabeza. Esto empezaba a tener mala pinta.

—¿Y qué ocurre cuando estas partículas fortalecidas regresan a nuestro universo? ¿Dice la teoría algo al respecto?

Monique cerró el portátil y lo apagó. No iba a permitir que David viera las ecuaciones finales del artículo.

—Al volver a entrar, esas partículas podrían desencadenar una violenta deformación del espacio-tiempo local. La cantidad de energía liberada depende de cómo se lleve a cabo el experimento. Bajo las condiciones adecuadas, se podría utilizar este proceso para generar calor o electricidad. Pero también se podría utilizar como arma.

La brisa hizo susurrar las hojas del pino que tenían al lado. Aunque el aire todavía era cálido, David sintió un escalofrío.

—¿O sea que se puede escoger el punto en el cual las partículas vuelven a entrar en nuestro universo? Es decir, disparar el rayo de neutrinos estériles desde

Washington y hacer que rebote a través de las dimensiones extra para que impacte en un búnker de Teherán.

Ella volvió a asentir.

—Ésa es la idea básica. Se tendría un control extremadamente preciso sobre las coordenadas del objetivo y el tamaño de la explosión. Se podría destruir algo tan pequeño como un coche o tan grande como un continente.

David se volvió y se quedó mirando la hoguera. Ahora sabía por qué el FBI los había perseguido por medio país. Si el Pentágono tuviera en su poder una arma como ésta, podría deshacerse de todos los portaaviones y de los misiles balísticos. Un único disparo de neutrinos estériles podría eliminar un laboratorio nuclear en Irán o en Corea del Norte, aunque las instalaciones estuvieran escondidas medio kilómetro bajo tierra. También sería una herramienta extraordinariamente útil en la guerra de guerrillas de Iraq. Pero ¿qué ocurriría cuando los chinos, los rusos o los norcoreanos se hicieran con la tecnología (cosa que finalmente sucedería)?

—Mierda —murmuró—. No me extraña que Einstein no quisiera publicarla.

—Sí, está claro que previó las implicaciones. En la última parte del artículo incluyó las fórmulas para generar los rayos extra-dimensionales. Para ello habría que deformar un diminuto pedazo del espacio-tiempo siguiendo un patrón completamente esférico. No es algo fácil, pero podría conseguirse haciendo chocar protones en un colisionador.

El corazón de David comenzó a latir con fuerza.

—¿Quieres decir que hoy día ya se podría construir esa arma?

La brisa desplazó la llama de la hoguera y durante un segundo el rostro de Monique pareció desaparecer.

—Los aceleradores de los laboratorios nacionales ya están diseñados para maximizar el número de colisiones de partículas. ¿Conoces el *Tevatron*, el colisionador de *Fermilab*? Los físicos que trabajan ahí son capaces de comprimir tanto los rayos de partículas que pueden disparar miles de millones de protones a un punto del tamaño del núcleo del uranio. Por supuesto, se tendría que ajustar el colisionador de forma adecuada para poder deformar el espacio-tiempo y generar los neutrinos estériles. Pero las ecuaciones de Einstein permiten calcular los ajustes necesarios.

Sus últimas palabras resonaron a través de la oscuridad del claro. David miró con inquietud por encima del hombro y vio a Graddick tirar una lata vacía de Dinty Moore al fuego. Luego el montañero cogió otra lata, ésta llena, y se dirigió al matorral donde había aparcado su ranchera. Iba a despertar a Elizabeth para ver si quería cenar.

David se volvió hacia Monique.

—Muy bien, tenemos dos opciones. Podemos pasar a escondidas la memoria

USB a través de la frontera y ponernos en contacto con Naciones Unidas, el Tribunal Internacional, alguna organización en la que confiemos para salvaguardar la teoría. O bien podemos esconderla nosotros. Quizá encontremos un lugar mejor...

—No, no podemos esconderla. —Monique retiró el dispositivo USB del puerto del portátil. El pequeño cilindro relució en la palma de su mano—. Tenemos que destruirla.

Los músculos de David se tensaron. Sintió el impulso de quitarle a Monique la memoria USB.

—¿Estás loca? ¡Es la Teoría del Todo!

Ella frunció el ceño.

—Sé muy bien lo que es. Me he pasado los últimos veinte años trabajando en ello.

—¡Entonces deberías ser consciente de que no podemos tirarla! ¡Tenemos que protegerla, no destruirla!

Monique cerró los dedos alrededor del cilindro.

—Es demasiado arriesgado, David. Einstein no pudo mantener escondida la teoría, ¿qué te hace pensar que tú podrás?

Él negó con la cabeza, rebosando frustración.

—¡El doctor Kleinman me pidió que la mantuviera a salvo! Ésas fueron sus últimas palabras: «Manténla a salvo».

—Créeme, yo no quiero hacerlo. Pero tenemos que pensar en la seguridad de todo el mundo. Los terroristas quieren esta teoría tanto como el gobierno, y de hecho han estado a punto de conseguirla. ¿No te acuerdas el soldado del *Warfighter*, el del número 3 en el casco?

Ella cerró con fuerza el puño en torno a la memoria USB y se quedó mirando la hoguera. Mientras David la miraba a ella, visualizó mentalmente las ecuaciones de Einstein. Todavía seguían siendo un galimatías, pero recordaba varias fórmulas.

—Es demasiado tarde —dijo él—. Nosotros hemos visto la teoría. Ahora la tenemos en nuestras cabezas.

Monique siguió mirando el fuego.

—No te he enseñado todas las ecuaciones —dijo ella—. Y mi memoria no es tan buena como la tuya. Cuando destruyamos la memoria USB, deberíamos entregarnos al FBI. Nos interrogarán, pero no podrán obligarnos a decir nada. Prefiero vérmelas con ellos antes que con los terroristas.

David torció el gesto al recordar el interrogatorio del FBI en el complejo de la calle Liberty.

—No será tan fácil. Mira, por qué no...

Un grito lejano los interrumpió. Era la voz de Graddick. Venía corriendo al claro, sudoroso y con los ojos desorbitados.

—¡No está en el coche! —gritó—. ¡Elizabeth se ha ido!

¡Joder, aquí no hay nada más que árboles!, pensó Beth. Descalza, caminaba a tropezones por la carretera de tierra, intentando encontrar el camino de vuelta a la autopista estatal. El bosque era tan espeso que no podía ver nada, sólo retazos de luz de luna aquí y allá, y no dejaba de golpearse los dedos de los pies con las raíces y las rocas. Se había dejado los zapatos en la ranchera del jodido gordo y ahora tenía las plantas de los pies llenas de cortes, pero le daba igual. Lo que necesitaba ahora era un buen colocón de metanfetamina, y aunque llevaba trescientos dólares en los pantalones, estaba segura de que no iba a encontrar ningún camello en medio del maldito bosque.

Finalmente vio una luz que parpadeaba entre las hojas. Corrió hacia ella y llegó a la Ruta 69, una franja de asfalto de un carril que relucía débilmente a la luz de la luna. Muy bien, pensó, de vuelta al curro. Tarde o temprano algún tipo con ganas de marcha pasará por aquí. Se quitó a manotazos el polvo de los pies, se apartó el pelo de los ojos y se metió la camiseta por dentro de los pantalones para marcar más las tetas. Pero la carretera estaba vacía. No pasaba ni un jodido coche. Diez minutos después se puso a caminar por la carretera con la esperanza de encontrar una gasolinera. No hacía demasiado frío pero los dientes le empezaron a castañar. «¡Mierda!», gritó a los árboles. «¡Necesito colocarme!». Pero la única respuesta que oyó fue el enardecido canto de las cigarras.

Beth estaba a punto de desfallecer cuando, al doblar una curva, vio un edificio largo y bajo. Era un pequeño centro comercial: había una tienda de regalos, una oficina de correos, un proveedor de propano, cosas así. ¡Aleluya, civilización al fin!, pensó. Ahora lo único que necesitaba era un camionero que quisiera llevarla a la ciudad más cercana. Pero mientras corría hacia el edificio advirtió consternada que todas las tiendas estaban cerradas y el aparcamiento, vacío. Empezó a sentir náuseas y se llevó la mano al estómago. Y entonces la vio, delante de la oficina de correos: una cabina de teléfonos BellSouth.

Al principio se limitó a quedarse ahí, paralizada. Tenía un número al que llamar, pero no movió un músculo. De todas las personas en el mundo, ese cabrón era la última con la que quería hablar. Pero le había dicho tiempo atrás que siempre podía contar con él en caso de emergencia, y había memorizado su número de teléfono móvil por si acaso.

Beth se acercó al teléfono. Con dedos temblorosos marcó el número de la operadora y solicitó una llamada a cobro revertido. Poco después, oyó la voz del cabrón al otro lado de la línea.

—Elizabeth, querida. Qué sorpresa más agradable.

Gracias a Dios, Jonah se había quedado finalmente dormido. Durante las últimas tres horas, Karen lo había visto forcejear con las cuerdas que le ataban los tobillos y las muñecas. Ese monstruo de Brock también lo había amordazado para amortiguar sus gritos, cosa que, claro está, había conseguido asustar a Jonah todavía más. Karen también estaba atada y amordazada, pero podía notar cómo temblaba su hijo, que yacía tumbado a su lado en el suelo de la camioneta de Brock. Lo que peor llevaba, sin embargo, era no poder consolarlo, no poder rodearlo con sus brazos y susurrarle «no pasa nada, todo va a salir bien». Lo único que podía hacer era acariciarle la frente e intentar hacer un susurro tranquilizador a través del trapo húmedo que le tapaba la boca.

Después de viajar así durante cientos de kilómetros, Jonah dejó de gritar. El cansancio venció al terror y se quedó dormido con la cara mojada apoyada contra el cuello de su madre. En cuanto se quedó dormido, Karen se puso de lado para poder ver algo a través del parabrisas de la camioneta. Vio una señal de tráfico: Salida 315, Winchester. Ya estaban en Virginia, se dirigían al sur por la I-81. No tenía la menor idea de adónde diablos iban, pero hubiera apostado lo que fuera a que no se trataba de la oficina central del FBI.

Brock iba en el asiento del conductor, comiendo patatas fritas de una bolsa de tamaño familiar y escuchando una reposición del programa de Ruch Limbaugh. Incluso la parte posterior de su cabeza era fea, con ronchas rosas debajo del nacimiento del pelo y detrás de las orejas. Karen cerró un momento los ojos, recordando la fría sonrisa del agente antes de disparar a Gloria Mitchell y apuntarles con su arma a Jonah y a ella. Luego volvió a abrir los ojos y los entrecerró, mirando con furia silenciosa al feo hijo de puta. Estás muerto, susurró bajo su mordaza. Antes de que esto termine, voy a matarte.

Enfadada, Lucille golpeó con el puño una de las esferas transparentes del laboratorio de Simulación de Combate Virtual. Después de dieciséis horas diseccionando los servidores y terminales del laboratorio, un equipo de expertos informáticos del Departamento de Defensa había concluido que la información almacenada en el software del juego de guerra se había perdido irremisiblemente. Ahora eran las ocho en punto de la mañana y Lucille estaba más histérica que un jabalí en un campo de melocotones. El ejército la había cagado a base de bien en la búsqueda de los sospechosos; después de dejarlos escapar de la base, el comandante había tardado dos horas en alertar a la policía estatal de Georgia y Alabama. La Fuerza Delta había instalado controles en algunas de las carreteras más importantes de salida de Columbus, pero al menos en la mitad de las carreteras de la zona no había vigilancia alguna. La pura verdad era que no contaban con tropas suficientes.

Los militares habían enviado tantos soldados a Iraq que ahora no podían defender su propio patio trasero.

Lucille se apartó de las esferas y se desplomó en una silla que había detrás de la terminal. Mientras los friquis informáticos del Pentágono recogían su equipo, ella se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un paquete de Marlboro. Afortunadamente, quedaban dos cigarrillos y no estaban demasiado torcidos. Cogió uno y empezó a buscar su Zippo, pero no lo encontró ni en los pantalones ni en la chaqueta. ¿Joder, dónde diablos está? Pensó. Era su encendedor favorito, el que tenía la bandera de Texas en relieve.

—¡Maldita sea! —gritó, y asustó a los friquis informáticos.

Iba a pedir perdón cuando el agente Crawford entró en el laboratorio con la misma apariencia chulesca de siempre. Fue directamente hacia la silla en la que ella estaba sentada para poder hablarle al oído.

—Siento interrumpirle, señora, pero he recibido algo de Washington.

Lucille frunció el ceño.

—¿Ahora qué? ¿El secretario de Defensa quiere reasignar el caso a los Marines?

Crawford le mostró una grabadora digital del tamaño de la palma de su mano.

—Alguien le ha dejado un mensaje de voz en su contestador de la oficina central. Uno de nuestros asistentes administrativos me lo ha reenviado.

Ella se irguió en el asiento.

—¿Otro avistamiento? ¿Han reconocido a alguno de los sospechosos?

—No, todavía mejor —sonriendo, señaló un despacho privado contiguo al laboratorio—. Vayamos a esa habitación para poder escucharlo.

Lucille se puso en pie de un salto y siguió a Crawford hacia el despacho. Una oleada de energía renovada había revitalizado sus cansados miembros, como le sucedía siempre que tenía un golpe de suerte. Crawford cerró la puerta del despacho.

—Creo que reconocerá la voz —dijo. Presionó un botón de la grabadora digital y unos segundos después se oyó el mensaje:

«Hola, Lucy. Soy David Swift. He leído en los periódicos que me estás buscando. Supongo que quieres continuar con la conversación que empezamos en Nueva York. He estado un poco liado estos últimos dos días, pero creo que esta mañana podría tener un hueco para ti. Dejaré encendido mi teléfono móvil para que puedas encontrarme. Sólo tengo una petición: no vengas con soldados. Si veo un solo helicóptero o un Humvee, haré pedazos lo que cogí en Fort Benning. Estoy dispuesto a cooperar, pero no quiero ningún comando de gatillo fácil apuntándome con sus armas, ¿está claro?».

A esta cordillera de montañas la llamaban *Great Smokies* [\[21\]](#) a causa del vapor de

agua que emanaba de sus laderas cubiertas de árboles. Mezclado con los hidrocarburos que exudaba el bosque de pinos, el vapor se espesaba formando una niebla azulada que cubría el escarpado paisaje. Esta mañana, sin embargo, una fuerte brisa había despejado la niebla y David podía ver kilómetros y kilómetros de colinas y valles iluminados por el sol, extendiéndose hasta el horizonte como una gran sábana arrugada.

Estaba de pie en lo alto de Haw Knob, mirado hacia la carretera de un carril que serpenteaba a lo largo de la empinada ladera oriental, unos doscientos metros por debajo. Todavía no había visto ningún todoterreno negro por la carretera, pero era pronto. El FBI necesitaría algo de tiempo para obtener las coordenadas GPS de su teléfono móvil, que habían sido transmitidas a la torre más cercana cuando encendió el aparato. Y luego los agentes tenían que formular su plan de asalto y reunir a sus equipos de asalto. Desde la cumbre David tenía unas vistas excelentes del camino que más probablemente utilizarían los agentes, un sendero que salía de la carretera a medio kilómetro hacia el sur. Los vería venir mucho antes de que llegaran.

Graddick había dejado su ranchera en una carretera de tierra, a unos pocos kilómetros hacia el oeste. Los había llevado a Haw Knob y tenía planeado regresar al coche antes de que los agentes se abalanzaran sobre ellos, pero ahora que se acercaba la hora parecía renuente a marcharse. Permanecía de pie delante de Michael, con sus grandes manos sobre la cabeza del muchacho y murmurando palabras ininteligibles, seguramente una bendición. Las pilas de la *Game Boy* se habían agotado pocas horas antes, pero el adolescente había aceptado el hecho con ecuanimidad y era mejor así: parecía estar más alerta de lo habitual, volviéndose de un lado a otro, aunque totalmente indiferente al hecho de que su madre ya no estuviera con ellos. Mientras tanto, Monique miraba con inquietud a David, a la espera de que diera la orden. Aunque ya se habían deshecho del portátil y habían tirado sus restos en el río Tellico, ella todavía guardaba la memoria USB en el puño.

David le estuvo dando muchas vueltas la noche anterior. La *Einheitliche Feldtheorie* era uno de los mayores logros de la ciencia, y borrar sus ecuaciones parecía un acto gratuito, un crimen contra la humanidad. La desaparición de Elizabeth, sin embargo, les había dejado claro que no se podrían esconder para siempre. Tarde o temprano algo más saldría mal y los soldados los encontrarían. Entonces el Pentágono conseguiría la teoría y nada en el mundo impediría que la utilizaran. En pocos años el ejército construiría aparatos que dispararían neutrinos estériles a las dimensiones adicionales y destruirían todos los escondites terroristas de Oriente Medio. Durante un tiempo los generales conseguirían mantener en secreto la teoría, esa nueva arma secreta en la guerra contra el terror. Pero ninguna arma podía permanecer en secreto demasiado tiempo. Al final, el secreto se propagaría de Pekín a Moscú, pasando por Islamabad, y las semillas de la destrucción del mundo se habrían

plantado. No, David no podía permitir que eso sucediera. Tendría que romper la promesa que le había hecho al doctor Kleinman y eliminar hasta el último rastro de la teoría. Hasta ahora se había resistido a tomar ese paso irrevocable, pero no podía demorarlo mucho más.

Dio un paso hacia un afloramiento irregular, gris y semicircular que sobresalía de la cumbre como una tiara gigante. Estiró el brazo hacia el saliente de roca y cogió un trozo suelto de cuarcita. Una herramienta de piedra, pensó, lo que hubiera utilizado un hombre de las cuevas prehistórico. Se volvió hacia Monique.

—Muy bien, estoy preparado.

Ella se acercó a él y sin decir una sola palabra colocó la memoria USB sobre el saliente, que era prácticamente plano. Tenía la cara tensa, casi rígida. Apretaba los labios con tanta firmeza que a David le dio la impresión de que intentaba no gritar. Debía de ser insoportable sacrificar aquello que se había pasado buscando toda la vida. Y sin embargo era su decisión. Si Einstein hubiera podido ver el futuro y comprobar el espantoso inicio del siglo XXI, hubiera hecho lo mismo.

David levantó la pesada roca. Mientras la sostenía sobre la memoria USB, volvió a mirar las deslumbrantes montañas verdes que los rodeaban, plegadas y replegadas en una miríada de formas, como arrugas espacio-temporales. Luego dejó caer el brazo y golpeó el cilindro plateado con la roca tan fuerte como pudo.

La carcasa de plástico se hizo añicos y la placa de circuitos que había dentro se rompió en una docena de pedazos. El segundo golpe de David alcanzó directamente el chip de memoria y el silicio se desintegró en cientos de fragmentos negros, cada uno de los cuales era más pequeño que la punta de un lápiz. Lo siguió golpeando hasta que el chip quedó reducido a polvo y los pins, circuitos e interruptores que lo rodeaban no fueron más que una maraña de piezas metálicas. Luego recogió los restos con la palma de la mano y los tiró por la ladera oriental de Haw Knob. El fuerte viento esparció el polvo y las piezas por el bosque de pinos.

Monique forzó una sonrisa.

—Bueno, ya está. De vuelta a la pizarra.

David tiró la roca por la ladera y luego cogió de la mano a Monique. De repente le sobrevino una extraña mezcla de emociones, una combinación de tristeza, simpatía, gratitud y alivio. Quería agradecerle todo lo que había hecho por él, que hubiera viajado más de mil kilómetros a su lado, que le hubiera salvado el culo cientos de veces. Pero en vez de pronunciar las palabras, se llevó impulsivamente su mano hacia los labios y besó su morena piel entre los nudillos. Ella lo miró extrañada, sorprendida pero no contrariada. Luego vio algo por encima del hombro de David y se le volvió a tensar la cara. Él se dio la vuelta y vio el convoy de todoterrenos que se acercaba serpenteando por la carretera desde el sudeste.

Se apartó del borde del acantilado y empujó a Monique detrás del afloramiento.

—¡Venid aquí! —le gritó a Graddick, que inmediatamente se llevó a Michael a la sombra del saliente de roca. Arrodillado en el polvo, Graddick echó un vistazo por encima del saliente y torció el gesto.

—¡La bestia escarlata! —susurró—. ¡Llena de abominaciones!

Los coches aminoraron la velocidad al llegar al principio del sendero. Estaba claro que los agentes habían estudiado los mapas topográficos de la zona y habían averiguado la forma más rápida de llegar a la cumbre de la montaña. El plan de David era permanecer escondido hasta que el equipo de asalto hubiera ascendido el sendero, de modo que los hombres del FBI no tuvieran tentaciones de dispararles tiros al azar; una vez que los agentes estuvieran suficientemente cerca para oírles, David daría un grito para revelarles dónde estaban escondidos. Entonces, presumiblemente, el líder del equipo les ordenaría que salieran lentamente, con las manos en alto. Parecía la forma más fácil de rendirse. Por supuesto, a los agentes no les haría mucha gracia descubrir el destino de la teoría unificada. Pero a ese respecto no se podía hacer nada.

Mientras los todoterrenos aparcaban en el arcén de la carretera, David se volvió a Graddick. Con cierto retraso se dio cuenta de que desconocía su nombre de pila.

—Esto..., ¿hermano? Ha llegado el momento de que te vayas.

Con los puños cerrados, Graddick se quedó mirando los todoterrenos. Uno a uno abrían sus puertas y hombres de traje gris salían de ellos.

—Sí, son tan numerosos como la arena del mar —recitó—. ¡Pero el fuego bajará del cielo y los devorará!

A David le preocupaba Graddick. No había ninguna razón para que siguiera con ellos. El FBI no sabía su nombre. Si se iba ahora, podría salir de ésta indemne.

—Escucha, hermano. Debemos dar al César lo que es del César. Pero tu lugar es la montaña, ¿comprendes? Tienes que irte.

El hombre hizo una mueca. Seguramente hubiera deseado tener unas cuantas serpientes de cascabel más para tirárselas a los agentes. Pero después de un momento le dio a David una palmada en el hombro.

—Me iré, pero no muy lejos. Si hay algún problema, volveré.

Antes de irse le puso la mano en la frente y pronunció otra bendición ininteligible. Luego se dio la vuelta, se dirigió hacia la ladera occidental de Haw Knob y desapareció por entre las densas sombras de las ramas de los pinos.

Los agentes federales habían comenzado a subir el sendero en fila india. El camino era empinado, estrecho y rocoso, lo cual obligaba a algunos hombres a escalarlo a cuatro patas. David supuso que debían de estar a unos diez minutos. Se volvió a agachar detrás del afloramiento y miró a Michael, que estaba estudiando tranquilamente las fracturas en paralelo del saliente de roca, inconsciente del peligro que se acercaba. Aunque, para ser honestos, David estaba más preocupado por Monique. Como era experta en física teórica, era a ella a quien los agentes

interrogarían más duramente. Tomó de nuevo su mano y la apretó.

—Nos separarán para interrogarnos. Puede que no nos veamos en un tiempo.

Ella sonrió y lo miró burlescamente.

—Oh, quizá no. Puede que nos encontremos en Guantánamo. He oído decir que las playas están bien.

—No les tengas miedo, Monique. Sólo siguen órdenes. No...

Ella se inclinó sobre él y le puso el dedo índice en los labios.

—Shhh, deja de preocuparte, ¿de acuerdo? No pueden hacerme daño, porque no tengo nada que decir. Ya he olvidado las ecuaciones.

Él no la creyó.

—Venga ya.

—De verdad. Se me da bien olvidar cosas —se puso seria—. Crecí en uno de los peores agujeros de Norteamérica, un lugar que normalmente te marca de por vida. Pero olvidé todo eso y ahora soy profesora en Princeton. El olvido puede ser una habilidad muy útil.

—Pero anoche tú...

—Ni siquiera recuerdo el título del artículo. ¿Untersuchik qué? Recuerdo que estaba en alemán, pero eso es todo.

Michael dejó de examinar el saliente de roca y se volvió hacia Monique.

—*Neue Untersuchung über die Einheitliche Feldtheorie* —dijo en un alemán impecable.

David se quedó mirando fijamente al muchacho. ¿Cómo podía ser que conociera el título del artículo de Einstein?

Monique se llevó la mano a la boca y miró a David. Los dos estaban pensando lo mismo. La noche anterior Michael no pudo ver el documento en el portátil, de modo que debía de haber visto el título en algún otro lugar.

David agarró al muchacho por los hombros. Intentó hacerlo de forma suave pero las manos le temblaban.

—Michael, ¿dónde has oído esas palabras?

El adolescente notó el miedo en la voz de David. Entonces volvió los ojos a la izquierda, evitando el contacto. David recordó las habilidades mentales del adolescente, su capacidad para memorizar guías telefónicas completas. Dios, pensó, ¿cuánto sabía?

—Por favor, Michael, esto es importante. ¿Leíste el artículo mientras jugabas al *Warfighter*?

Las mejillas de Michael se sonrojaron, pero siguió sin contestar. David apretó con más fuerza los hombros del muchacho.

—¡Escúchame! ¿Llegaste a descargar el archivo del servidor? ¿Quizá hace mucho tiempo, cuando todavía vivías con tu madre?

Michael negó con la cabeza en movimientos rápidos, como si estuviera temblando.

—¡Era un lugar seguro! ¡Hans me dijo que era un lugar seguro!

—¿Cuánto leíste? ¿Cuánto, Michael?

—¡No tuve que leerlo! —gritó—. ¡Ya me lo sabía! ¡Yo lo pasé al ordenador y lo subí al servidor! ¡Hans me dijo que era un lugar seguro!

—¿Qué?, pensaba que fue Kleinman quien puso el archivo ahí.

—¡No, me hizo memorizarlo! ¡Ahora suéltame!

El muchacho intentó liberarse de su presa, pero David lo tenía bien agarrado.

—¿Qué quieres decir? ¿Memorizaste toda la teoría?

—¡Déjame en paz! ¡No tengo que decirte nada a no ser que tengas la clave! —Entonces, con un tremendo tirón, Michael liberó el brazo y le dio a David un puñetazo en el estómago.

Fue un buen puñetazo, firme y suficientemente fuerte como para dejarlo tumbado. David perdió el equilibrio y cayó de espaldas. El cielo azul pareció dar vueltas encima de él. Y mientras permanecía tumbado en el suelo, intentando respirar, una cadena de números pasó lentamente ante sus ojos. Eran los dieciséis dígitos que el doctor Kleinman le había susurrado en su lecho de muerte, la secuencia que llamó «la clave». Los doce primeros eran las coordenadas del Instituto de Robótica en la Carnegie Mellon; los últimos cuatro eran la extensión telefónica de la oficina del profesor Gupta. Pero David recordó que esa extensión no era la del teléfono directo de Gupta; era el número de la recepción, el escritorio en el que Michael se sentaba. En el mismo momento en el que el aire conseguía regresar a sus pulmones, David se dio cuenta de la verdad. La secuencia de Kleinman no señalaba a Gupta.

Señalaba a Michael.

David se quedó tumbado inmóvil durante varios segundos. Monique se inclinó encima de él y le sacudió el brazo.

—Eh, ¿estás bien?

Él asintió. Mientras se le pasaba el mareo, se arrastró hasta el saliente de roca y miró por encima. Los agentes ya estaban a pocos cientos de metros, recorriendo a toda prisa el tramo final del sendero. Seguramente habían oído los gritos de Michael y ahora se daban prisa para averiguar qué sucedía.

El adolescente estaba encorvado, apoyado contra el afloramiento, mirando fijamente el suelo. David no lo tocó. En vez de eso, empleó la misma técnica que Elizabeth había utilizado para obtener números de teléfono del muchacho: chasqueó los dedos delante de su nariz y recitó los números que el doctor Kleinman le había dado:

—Cuatro, cero..., dos, seis..., tres, seis..., siete, nueve..., cinco, seis..., cuatro, cuatro..., siete, ocho, cero, cero.

Michael levantó los ojos. Todavía tenía las mejillas sonrojadas, pero su mirada ya se había tranquilizado.

—*Neue Untersuchung über die Einheitliche Feldtheorie* —empezó—. *Die allgemeine Relativitätstheorie war bisher in erster Linie eine rationelle Theorie der Gravitation und der metrischen Eigenschaften des Raumes...*

Era el texto del artículo de Einstein, recitado con un acento alemán idéntico al del doctor Kleinman. El viejo físico había encontrado un escondite increíblemente astuto. Michael podía memorizar fácilmente toda la teoría, pero a diferencia de un científico, él nunca tendría la tentación de comprobar las fórmulas o compartirlas con sus colegas, porque no comprendía una sola palabra o símbolo. Y en circunstancias normales, a nadie se le ocurriría buscar las ecuaciones dentro de la mente de un adolescente autista. Sin embargo, las circunstancias ahora eran todo menos normales.

David agarró el brazo de Monique.

—¿Oyes esto? ¡Se sabe toda la puta teoría! ¡Si el FBI nos detiene, interrogarán al chaval, y estoy seguro de que descubrirán que esconde algo!

Mientras Michael seguía recitando de tirón la teoría, David oyó un ruido familiar. Echó un vistazo por encima del saliente de roca otra vez y vio que un par de helicópteros Blackhawk se cernían sobre la carretera. Asustado, cogió el teléfono móvil del bolsillo y lo lanzó al suelo. Luego tiró de Monique y Michael para que se pusieran en pie.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Salgamos de aquí!

La madre que parió al coronel Tarkington, pensó Lucille mientras subía el sendero a toda prisa. El comandante de la Fuerza Delta había prometido mantener a sus soldados en reserva, pero dos de sus helicópteros habían aparecido en el horizonte, a la vista de cualquiera que se encontrara en un radio de ocho kilómetros, y ahora su equipo tenía que subir corriendo hasta la cima de Haw Knob antes de que los sospechosos se asustaran. El último tramo del sendero era una cuesta empinada y resbaladiza, pero Lucille escaló sin romperse los tobillos y consiguió llegar hasta un afloramiento grande y gris que había en medio de un claro con hierba. Una docena de sus agentes movían los brazos de derecha a izquierda, apuntando con sus Glocks en todas direcciones. Sosteniendo su automática con ambas manos, Lucille se acercó sigilosamente al borde del saliente de roca. Nadie se escondía detrás. Luego examinó la ladera occidental de la montaña, y divisó a tres personas que corrían por debajo de los pinos.

—¡Alto ahí! —gritó, pero por supuesto no se detuvieron. Ella se volvió hacia los agentes y apuntó hacia los árboles—. ¡Vamos, vamos, vamos! ¡Están ahí delante!

Los jóvenes agentes se precipitaron ladera abajo, moviéndose al doble de velocidad que Lucille. Ella tuvo la sensación de que su alivio era inminente: de un

modo u otro esta misión terminaría pronto. Pero cuando el equipo de asalto llegó al lindero del bosque, el agente Jaworsky soltó un grito y cayó al suelo. Los demás hombres se detuvieron de golpe, desconcertados. Un momento después, Lucille vio que una piedra del tamaño de un puño salía de entre las ramas y alcanzaba al agente Keller en la frente.

—¡Cuidado! —gritó ella—. ¡Hay alguien en los árboles!

Los agentes se agacharon en la hierba y empezaron a disparar a lo loco. No hubo ninguna orden, ni tampoco había objetivo. El eco de los disparos se oyó por toda la ladera y montones de hojas de pino cayeron de las ramas, pero Lucille no vio nada más moviéndose por entre los pinos. Mierda, pensó, ¡esto es ridículo! ¡Todo el equipo permanecía inmóvil porque alguien había tirado un par de piedras!

—¡No disparen! —gritó, pero nadie pudo oírla en medio del estruendo, de modo que atravesó corriendo el claro. Antes de llegar a donde estaban sus hombres, sin embargo, los helicópteros de la Fuerza Delta llegaron a la cumbre.

Los *Blackhawks* volaban bajo, a sólo sesenta metros del suelo. Los dos helicópteros se colocaron en posición por encima de los agentes agachados y se pusieron en paralelo a la línea de árboles. Luego los artilleros abrieron fuego con sus ametralladoras M-240.

La descarga de fuego, que arrancó ramas de los pinos y astilló sus troncos, duró al menos un minuto. Los agentes del claro se echaron sobre sus estómagos y se taparon los oídos.

Lucille buscó a tientas la radio, pero sabía que era inútil: esas bestias necias no podían ser detenidas. Finalmente vio que caía algo de uno de los árboles. Rebotó contra una rama baja y aterrizó con un ruido seco sobre el suelo del bosque. Las ametralladoras enmudecieron y los agentes salieron corriendo hacia un hombre corpulento y con barba cuyo pecho habían destrozado las ráfagas de ocho milímetros.

Lucille negó con la cabeza. No tenía ni idea de quién era ese hombre.

Monique perdió de vista a David y a Michael poco después de que empezara el tiroteo. En cuanto las Glocks empezaron a disparar y las balas a pasar zumbando por encima de sus cabezas, ella se puso a correr a ciegas entre los árboles, ladera abajo, saltando por encima de las raíces y las piedras y los morones, olvidándose de todo excepto de la necesidad de poner tanta distancia como fuera posible entre ella y el escuadrón de agentes del FBI. Pasó por debajo de ramas de pinos y resbaló sobre pilas de hojas muertas. Cuando llegó a un arroyo poco profundo que había al final de la ladera se metió dentro sin pensárselo dos veces y cruzó al otro lado. Mientras oyera disparos, seguiría corriendo, impulsada por un instinto de supervivencia que creía olvidado, una lección que su madre le enseñó de niña en Anacostia: si oyes disparos, mueve el culo.

Después de lo que pareció una eternidad, el tiroteo cesó. Fue entonces cuando Monique se dio cuenta de que estaba sola. En el bosque no había nadie por ningún lado. Corrió hacia la siguiente cresta, avanzando en la dirección en la que creía que estarían David y Michael, pero cuando finalmente llegó lo único que vio fue, delante de ella, una carretera de tierra y, detrás, los dos helicópteros que se cernían sobre los árboles. Estaban a casi dos kilómetros, pero el veloz repiqueteo de sus aspas todavía se podía oír. Rápidamente buscó el abrigo de un matorral y mientras seguía bajando la ladera oyó otro ruido a la derecha, un alarido distante pero familiar. Era Michael.

Monique esprintó hacia el eco de sus gritos, esperando que no estuviera herido. Le resultaba imposible saber lo lejos que estaba, pero, teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que había pasado, calculaba que tenía que ser menos de media milla. Pasó por encima de otro arroyo y atravesó un matorral cubierto de kudzu.

Entonces, sin previo aviso, sintió un fuerte golpe en la parte posterior de la cabeza. Su visión se volvió borrosa y se cayó al suelo.

Justo antes de perder el conocimiento vio que dos hombres se le acercaban. Uno era un tipo calvo y corpulento vestido con unos pantalones de camuflaje y que sostenía una Uzi.

El otro era el profesor Gupta.

Simon siempre había creído que uno se buscaba su propia suerte. Cuando la noche anterior Gupta recibió la llamada de su hija, Simon y el profesor fueron inmediatamente a las Great Smokies y recogieron a Elizabeth. A cambio de una pequeña dosis de metanfetamina, ella les dijo dónde habían pasado la noche Swift y Monique. Desafortunadamente, los fugitivos ya habían abandonado el lugar de acampada, anticipando correctamente que Elizabeth los delataría. Sin embargo, Simon sospechaba que todavía estaban cerca. Por la mañana se encontró con el agente Brock y le ordenó que pusiera la frecuencia de emergencia en su radio del FBI. Cuando oyó las transmisiones acerca del asalto a Haw Knob, Simon se puso en marcha. Aparcaron sus vehículos en una polvorienta carretera cerca de la montaña y, cuando se dirigían a toda prisa hacia la cumbre, Gupta oyó los gritos de su nieto. El profesor dijo que el destino estaba de su parte, que su éxito estaba predestinado y que ningún poder en la tierra podría detenerlos. Pero Simon sabía que el destino no tenía nada que ver. Él se había buscado su suerte en cada paso del camino, y la recompensa estaba a punto de llegar.

Después de dejar inconsciente a Reynolds, arrastró su cuerpo inerte a través de los árboles hasta la carretera de tierra. Gupta renqueaba a su lado, todavía parloteando acerca del destino. Brock estaba a unos cien metros al norte, buscando a Swift y al adolescente de los gritos. Cuando Simon llegó a la camioneta *pickup*, ató rápidamente las muñecas y tobillos de Reynolds con un cable y luego abrió la puerta del asiento

del acompañante. Elizabeth ya estaba tumbada en el asiento trasero, atada, amordazada y colocada. Empezó a forcejear cuando Simon arrojó a Reynolds a su lado, y sus sacudidas despertaron a la aturdida física. Reynolds abrió los ojos y también empezó a dar sacudidas.

—¡Me cago en Dios! —gritó—. ¡Hijo de puta! ¡Suéltame!

Simon frunció el ceño. No había tiempo de amordazarla; tenía que conducir hacia el norte tan rápido como pudiera para ayudar a Brock a interceptar a los demás. Se sentó en el asiento del conductor y metió la llave en el contacto.

Gupta iba en el asiento del acompañante. Mientras Simon arrancaba el coche, el profesor miró por encima del hombro a las dos mujeres, que no dejaban de retorcerse.

—Lamento las incomodidades, doctora Reynolds, pero hasta que podamos llevarla a la furgoneta, tendrá que compartir el asiento trasero con mi hija.

Reynolds dejó de forcejear y se quedó mirando boquiabierta.

—Dios mío, ¿qué está haciendo usted aquí? ¡Pensaba que estaba con los agentes del FBI!

—No, tardaron demasiado. Mi socio llegó primero —y señaló a Simon.

—¡Pero él es uno de los terroristas! ¡Es el calvo hijo de puta que conducía el Ferrari!

Gupta negó con la cabeza.

—Eso fue un malentendido. Simon no es un terrorista, trabaja para mí. Le encargué hacer lo mismo que usted está haciendo, doctora Reynolds: ayudarme a encontrar la *Einheitliche Feldtheorie*.

Reynolds no respondió. En la camioneta *pickup* se hizo el silencio mientras Simon conducía por la serpenteante carretera de tierra, tan llena de baches y arena que apenas podía pasar de los quince kilómetros por hora. Cuando Monique volvió a hablar, lo hizo con voz quebrada.

—¿Por qué hace esto, profesor? ¿Es consciente de lo que podría pasar si...?

—Sí, sí, lo he sabido durante años. Lo que no sabía eran los términos exactos de las ecuaciones, que son cruciales para el proceso. Pero ahora que tenemos la teoría, podemos dar el siguiente paso. Finalmente podemos desenvolver el regalo de *Herr Doktor* y dejar que transforme el mundo.

—¡Pero ya no tenemos la teoría! Hemos destruido la memoria USB y era la única copia.

—Sí que la tenemos. La hemos tenido siempre, pero yo he sido tan tonto que no me había dado cuenta. Michael memorizó las ecuaciones, ¿a que sí?

Reynolds no dijo ni una palabra, pero la expresión de su rostro la delató. Gupta sonrió.

—Hace varios años le pregunté a Hans qué iba a hacer con la teoría cuando muriera. No quiso decírmelo, por supuesto, pero tras insistirle un poco me dijo: «No

te preocupes, Amil, seguirá en la familia». En ese momento pensé que se refería a la familia de los físicos, algo así. No me di cuenta de la verdad hasta ayer, cuando descubrí que en el *Warfighter* había una copia de la teoría. —Gupta se reclinó en su asiento y apoyó su pierna herida en el salpicadero—. Hans no pudo haberla puesto ahí. Era pacifista. Meter la teoría de *Herr Doktor* en un juego de guerra habría sido un anatema para él. Pero Michael adora el *Warfighter*, y adora hacer copias de todo lo que memoriza. Por eso transcribió todas esas guías telefónicas en el ordenador, ¿recuerda? Y, además, es un miembro de la familia. Tanto de mi familia como de la de *Herr Doktor*.

Reynolds permaneció callada, aparentemente perdida en su desesperación. Pero Simon apartó la vista de la peligrosa carretera un momento y se quedó mirando al profesor.

—¿Cómo? ¿El viejo judío era su padre?

Gupta volvió a reír entre dientes.

—Por favor, no seas ridículo. ¿Acaso me parezco a *Herr Doktor*? No, el parentesco viene por parte de mi esposa.

Simon no tenía tiempo para más preguntas. Acto seguido tomó una curva y vio enfrente el vehículo de Brock, la vieja furgoneta Dodge que previamente había pertenecido al doctor Milo Jenkins. Simon aparcó al lado y vio que el asiento del conductor estaba vacío; Brock había dejado aquí la furgoneta para seguir a pie la búsqueda de Swift y del adolescente. Cuando Simon bajó la ventanilla, oyó los alaridos del adolescente con bastante claridad. Provenían de un barranco que había al este de la carretera.

David no podía hacer que Michael dejara de gritar. Había empezado cuando los agentes del FBI abrieron fuego, y siguió aullando en largas y agónicas rachas mientras él y David corrían por el bosque. Después de cada alarido, el muchacho cogía aire frenéticamente, y mientras tanto seguía atravesando la maleza como una bala. David se tenía que esforzar para poder seguir su ritmo: le ardían los pulmones. Unos minutos después, el ruido de los disparos cesó y Michael aflojó el paso, pero los gritos siguieron surgiendo de la garganta del adolescente, cada uno de ellos tan largo y potente como el anterior.

A juzgar por la posición del sol, David supuso que se dirigían hacia el oeste. Había perdido de vista a Monique, pero no se podía detener a buscarla. Temía que los gritos de Michael hicieran que el FBI los encontrara; aunque por alguna razón los agentes se habían detenido en el lindero del bosque, tarde o temprano seguirían adelante. En un arrebatado desesperado, David alcanzó al muchacho y lo cogió del codo.

—Michael —dijo jadeante—, tienes que... dejar de gritar. Todos... pueden oírte.

El adolescente sacudió el brazo para zafarse y volvió a gritar. David le tapó la boca con la mano, pero el muchacho lo empujó y huyó a toda prisa por una cresta, descendiendo luego hacia un estrecho barranco con riscos a ambos lados y un claro arroyo en medio. El eco de los gritos resonaba por los riscos, provocando que sonaran todavía más alto. Aunque David estaba al límite de su aguante, descendió a toda prisa la ladera y agarró a Michael por detrás. Luego le volvió a tapar la boca al muchacho, intentando impedir que gritara, pero el chaval le clavó el codo en las costillas y David se cayó hacia atrás, aterrizando sobre el barro del margen del río. Dios, pensó, ¿qué diablos voy a hacer? Y mientras negaba con la cabeza, exasperado, miró río abajo y vio un hombre vestido con un traje gris.

David se quedó helado. Éste no era uno de los agentes del equipo de asalto. Aunque estaba a unos cien metros hacia el sur, David lo reconoció de inmediato porque tenía todavía el rostro marcado con grandes moratones morados. Era el agente renegado, el hombre que había intentado secuestrarlos dos días antes en Virginia Occidental. Salvo que ahora llevaba una Uzi en vez de una Glock.

David cogió a Michael de la mano y empezó a correr en dirección opuesta. Al principio, Michael se resistió, pero cuando oyó una ráfaga de la Uzi empezó a correr. Atravesaron un matorral que David creía al lado del arroyo y que parecía ser el mejor refugio posible, pero al cabo de poco se dio cuenta de que habían cometido un error. Mientras se dirigían hacia el norte advirtió que los riscos que tenían a los lados eran cada vez más altos, y unos cientos de metros después descubrieron que el barranco no tenía salida. Estaban atrapados en una hondonada, en un cañón cerrado por tres sitios; enfrente tenían otro risco, pero era demasiado empinado para poderlo escalar.

Frenético, David examinó la pared de roca. Justo encima de la base vio una grieta horizontal que parecía una boca gigante.

La abertura era del tamaño del parabrisas de un coche, pero la fisura era oscura y parecía profunda. Una caverna de piedra caliza, pensó. Graddick dijo que había muchas en la zona. David se encaramó a la grieta tan rápido como pudo, y luego ayudó a subir a Michael. Mientras el muchacho se introducía en las profundidades de la fisura, David se tumbó boca abajo y miró hacia fuera. Luego metió la mano en uno de los bolsillos traseros del pantalón y sacó su pistola, la que le había cogido al agente que ahora iba detrás de ellos.

Michael seguía gritando, y a pesar de que la caverna amortiguaba el ruido, parte se oía fuera. Más o menos un minuto después, David vio que el agente se acercaba al risco, intentando averiguar de dónde provenían los gritos. Estaba unos seis metros por debajo, de modo que todavía no podía ver dentro de la fisura, pero se estaba acercando. David apoyó la Glock en el borde de la grieta, apuntando hacia el suelo, justo delante del agente. Entonces disparó.

El tipo se dio media vuelta y salió corriendo hacia el matorral. Pocos segundos

después comenzó a disparar su Uzi hacia el risco, pero las balas rebotaban inofensivamente contra la roca. David estaba dentro de un búnker natural, una posición defensiva ideal. Podía mantener a raya a este cabrón durante horas. En algún momento los auténticos agentes del FBI ocuparían la zona, junto con unos cuantos regimientos de soldados; y cuando se acercaran, David dispararía para llamar su atención. Entonces él y Michael se entregarían a los hombres del gobierno. No era una perspectiva muy halagüeña, pero sí mil veces mejor que rendirse a los terroristas.

Un rato después, los gritos de Michael comenzaron a disminuir. David echó un vistazo por el borde de la grieta y vio que el agente todavía estaba escondido en el matorral. Entonces divisó a otro hombre, éste calvo, que estaba de pie junto al arroyo, en medio del barranco. Llevaba pantalones de camuflaje y una camiseta negra. Con la mano derecha sostenía un cuchillo Bowie mientras con la izquierda tenía agarrado por el pescuezo a un muchacho que no dejaba de retorcerse. La escena era tan rara que a David le llevó varios segundos reconocer al chico. Cuando lo hizo, el dolor que sintió en el pecho fue tan agudo que dejó caer la pistola y se le encogió el corazón.

—¿Doctor Swift? —gritó el tipo calvo—. Su hijo quiere verlo.

12

Lo más extraño del vicepresidente, pensó Lucille, era que parecía un maldito comunista. Ese pecho fuerte y grueso, esa calva y ese traje azul demasiado holgado le daban un aire de comisario soviético. No se había dado cuenta de esta similitud cuando lo había visto por televisión, pero resultaba difícil no advertirla ahora que estaba sentada en su oficina del Ala Oeste. Con la boca hacía una asimétrica mueca desdeñosa mientras miraba los periódicos que tenía sobre el escritorio.

—Así pues, agente Parker —empezó a decir—. He oído que esta mañana ha tenido un pequeño problema.

Lucille asintió. A estas alturas todo le daba igual. Ya había escrito su carta de dimisión.

—Asumo toda la responsabilidad, señor. En medio de la confusión para capturar a los sospechosos, no supimos coordinarnos debidamente con el Departamento de Defensa.

—¿Qué salió mal, exactamente? ¿Cómo consiguieron escapar?

—Seguramente por una de las carreteras de tierra que se dirigen hacia el oeste. Se suponía que el ejército iba a acordonar el perímetro, pero no se desplegaron con suficiente rapidez.

—Y esto ¿en qué situación nos deja?

—De vuelta al principio, desafortunadamente. Necesitamos más recursos, señor, más botas en el suelo. Tenemos que atrapar a estos hijos de puta antes de que compartan la información con alguien más.

El vicepresidente frunció el ceño e hizo una mueca con sus labios sin sangre.

—La Fuerza Delta se ocupará de ello. El secretario de Defensa y yo hemos decidido que la misión ya no requiere la ayuda del FBI. A partir de ahora la operación será estrictamente militar.

Aunque ella ya se lo esperaba, la destitución le dolió de todos modos.

—¿Y por eso estoy aquí? ¿Para que me eche del caso?

Él intentó sonreír pero no le salió del todo. Se le torció la sonrisa hacia la derecha de la cara.

—No, en absoluto. Tengo una nueva misión para usted. —Cogió un ejemplar del *New York Times* y señaló el titular de la portada: «Periodista asesinada a tiros en Brooklyn»—. Tenemos un problema de contención. El *Times* acusa al FBI de haber asesinado a una de sus periodistas, la que protegía a la esposa de Swift. Al parecer tienen un testigo según el cual el asesino parecía ser un agente. Es una afirmación absurda, pero merece la pena prestarle cierta atención.

—Me temo que podría ser cierto. Uno de nuestros agentes ha desaparecido, y hay pruebas que indican que trabaja para los otros. Puede que haya disparado a la

periodista para atrapar a la esposa de Swift.

Lucille supuso que al vicepresidente le diría algo cuando se enterara, pero no le hizo el menor caso.

—Eso es irrelevante. Ya he convocado una rueda de prensa. Quiero que niegue esta historia con contundencia. Siga con lo de las drogas. Diga que su equipo está investigando la posibilidad de que los socios narcotraficantes de Swift secuestraran a su esposa y asesinaran a la periodista.

Lucille negó con la cabeza. Estaba harta de estas tonterías.

—Lo siento, señor, pero no puedo hacer eso.

El vicepresidente se inclinó sobre su escritorio. Su rostro volvió a adoptar su característica mueca desdeñosa.

—Esto es tan importante como encontrar a los sospechosos, Parker. Necesitamos herramientas para luchar contra los terroristas. Y el Congreso está intentando quitarnos estas herramientas. Lo último que necesitamos es una revelación de esta magnitud.

Ella suspiró y se puso en pie. Había llegado la hora de regresar a Texas.

—Será mejor que me vaya. He de limpiar mi escritorio.

El vicepresidente también se puso de pie.

—Bueno, he de admitir que esto es toda una decepción. El director del Bureau me aseguró que era usted una mujer con pelotas.

Lucille se lo quedó mirando.

—Créame, la decepción es mutua.

La furgoneta se detuvo. Como tenía las manos atadas a la espalda, Karen no pudo mirar la hora, pero supuso que debían de haber dejado el bosque de pinos unas seis horas atrás. Temblando, se acercó a rastras a Jonah. «Dios, por favor, Dios», susurró, «no dejes que esos cabrones se lo vuelvan a llevar». La última vez que se habían llevado a su hijo, Karen casi se vuelve loca, y aunque Brock lo había traído de vuelta a la furgoneta veinte minutos después, luego el niño lloró durante horas.

Brock bajó del asiento del conductor y rodeó la furgoneta. Cuando abrió las puertas traseras, a Karen le llegó un tufo a humedad y vio un garaje grande y oscuro con las ventanas rotas y las paredes medio desmoronadas. Estaban en una especie de almacén destartalado o muelle de carga, un viejo edificio que había sido abandonado años atrás. Tres camiones blancos de reparto estaban aparcados cerca y una docena de jóvenes permanecía de pie junto a los vehículos. Tenían el aspecto inconfundible de estudiantes universitarios: delgados, pálidos y pobremente vestidos. Se quedaron con los ojos abiertos al ver a Jonah y Karen y a las otras dos prisioneras, todos atados y amordazados y tumbados sobre el suelo de la furgoneta. Luego Brock les gritó:

—¿A qué diablos estáis esperando? —Y los estudiantes se acercaron.

Jonah se revolvió frenéticamente cuando dos de ellos subieron a la furgoneta para cogerlo. Karen gritó «¡No!» por debajo de la mordaza mientras otro par de estudiantes iban a por ella. Dobló el cuerpo, pero ellos la cogieron con fuerza, la sacaron de la furgoneta y la llevaron al otro lado del garaje.

Se acercaron a uno de los camiones de reparto. En los laterales tenían impresas las palabras «Acelerador del Laboratorio Nacional Fermi». Un estudiante desgarrado que iba particularmente desaliñado —llevaba una camiseta raída con la tabla periódica— levantó la puerta elevadora del compartimento de carga. El par de estudiantes que sostenían a Jonah metieron al niño en el camión, y luego el par que sostenía a Karen hizo lo mismo. Ella sollozó aliviada cuando la colocaron al lado de su hijo. Todavía estaban juntos. Al menos de momento.

Desde el suelo del compartimento de carga vio cómo transportaban a las otras dos prisioneras, la tranquila mujer negra y su nerviosa compañera, a otro camión. Éste debe de ser un punto de encuentro, supuso Karen, donde los cabrones vienen a buscar nuevos vehículos y suministros. Examinó el lugar en busca de algún signo distintivo, alguna pista que le revelara dónde diantres estaban, pero no vio nada. Y entonces advirtió que había cierta conmoción en el otro extremo del garaje. Dos estudiantes más estaban de pie junto a una camioneta *pickup*, y llevaban con mucho esfuerzo a otro prisionero atado. A Karen se le hizo un nudo en la garganta: era David. Se resistía y retorció con tanta violencia que a los estudiantes se les escapó y se cayó al suelo. Karen volvió a gritar por debajo de la mordaza. Luego un tercer estudiante se acercó a los otros y juntos levantaron a David y lo llevaron al último camión de reparto.

Era tarde, bien pasada la medianoche. Los camiones avanzaban despacio por una carretera sinuosa. Aunque no podía ver el exterior, Monique oía el retumbar de las ruedas y sentía las curvas en el estómago. Seguramente iban por carreteras secundarias para evitar los controles que pudiera haber en la interestatal.

A su izquierda, el profesor Gupta y sus estudiantes rodeaban un ordenador que habían colocado en la esquina opuesta del compartimento de carga. Michael estaba sentado en el suelo a unos metros, jugando de nuevo al *Warfighter* en su *Game Boy*. (Alguien le había recargado las pilas). Gupta se había acurrucado con su nieto durante varias horas, susurrándole preguntas mientras los estudiantes tomaban notas, pero al parecer ahora el profesor ya tenía todo lo que necesitaba. Sonrió triunfante ante la pantalla del ordenador, luego se apartó del grupo y se dirigió hacia donde Monique estaba tumbada. El primer instinto de ésta fue estrujarle la garganta al cabrón, pero desafortunadamente todavía estaba atada y amordazada.

—Quiero que vea esto, doctora Reynolds —dijo—. Para un físico se trata de un sueño hecho realidad. —Y se volvió hacia un par de estudiantes de gruesas gafas,

pálidos y desgarrados—. Scott, Richard, ¿podrías acompañar a la doctora Reynolds al terminal?

Agarrándola por los hombros y los tobillos, los estudiantes la llevaron al otro lado del compartimento de carga y la depositaron en una silla plegable que había delante de la pantalla del ordenador. Gupta se inclinó sobre su hombro.

—Hemos desarrollado un programa que simula la creación de un rayo de neutrinos extradimensional. Después de que Michael nos desvelara las ecuaciones de campo, hemos calculado los ajustes necesarios para el *Tevatron*. Ahora podemos hacer pruebas en el ordenador y cuando llegemos a *Fermilab* ya sabremos cómo proceder. —Presionó el botón ENTER del teclado y señaló la pantalla—. Observe con atención. Lo primero que verá es una simulación de la colisión de partículas en el *Tevatron*.

Ella no tuvo más remedio que mirar. En la pantalla apareció un entramado tridimensional, una cuadrícula rectilínea de tenues líneas blancas que parpadeaban ligeramente. Obviamente se trataba de la representación de un vacío, una región exenta de espacio-tiempo con leves fluctuaciones cuánticas. Pero no permaneció vacía mucho rato. Unos segundos después, Monique vio cómo de los laterales izquierdo y derecho de la pantalla surgían enjambres de partículas.

—Es una simulación de rayos de protones y de antiprotones que se desplazan a través del *Tevatron* —observó Gupta—. Vamos a hacer oscilar las partículas en ondas convexas para que colisionen en un patrón esférico perfecto. ¡Observe!

Mientras Monique miraba con atención las partículas advirtió que en realidad eran diminutos racimos replegados, cada uno de los cuales se deslizaba a través del entramado espacio-temporal como un nudo corredizo en una cuerda. En el momento del impacto, las colisiones iluminaron el centro de la pantalla y todos los nudos se deshicieron simultáneamente, combando violentamente el entramado circundante. Luego la cuadrícula de líneas blancas se rompió y una descarga de nuevas partículas salió disparada a través de la brecha. Los neutrinos estériles.

Gupta señaló con excitación las partículas.

—¿Ve cómo se escapan? Las colisiones combarán el espacio-tiempo lo suficiente como para propulsar un rayo de neutrinos estériles fuera de nuestra brana y hacia las dimensiones adicionales. Mire, deje que amplíe la imagen.

Tecleó de nuevo y la pantalla mostró una lámina arrugada y ondulante de espacio-tiempo sobre un fondo negro. Era la brana de nuestro universo, alojada en el bulk de diez dimensiones. El enjambre de neutrinos surgió de una pronunciada curvatura de la lámina.

—Tendremos que configurar el experimento con una precisión absoluta —dijo—. El rayo ha de apuntarse para que regrese a nuestra brana, preferiblemente a un punto a unos cinco mil kilómetros por encima de América del Norte. De este modo todo el

continente podrá ver el estallido.

Las partículas siguieron un camino recto a través del bulk, iluminando y acelerando a medida que surcaba las dimensiones adicionales. El rayo cruzó el espacio vacío entre los dos pliegues de la brana y luego volvió a entrar en la lámina espacio-temporal, que se retorció, sacudió y se puso al rojo blanco en el punto de impacto. Obviamente, se trataba del estallido al que había hecho referencia Gupta. Éste le dio unos golpecitos a la pantalla del ordenador con una de sus largas uñas.

—Si lo hacemos bien, al volver a entrar, el rayo debería liberar varios miles de terajoules de energía en nuestra brana. Esto viene a ser el equivalente de una explosión nuclear de un megatón. Como apuntaremos el rayo a esas alturas de la atmósfera, no causará daño alguno en la tierra. Pero será una visión espectacular. ¡Durante varios minutos brillará como si fuera un nuevo sol!

Monique se quedó mirando la sección brillante de la brana, que gradualmente se apagaba al disiparse la energía a través del espacio-tiempo. Dios, pensó, ¿por qué diantres quiere Gupta hacer esto? Al no poder formular la pregunta en voz alta, se volvió hacia el profesor y le lanzó una mirada de desprecio.

Él interpretó su mirada y asintió.

—Tenemos que realizar una demostración pública, doctora Reynolds. Si nos limitáramos a intentar publicar la teoría unificada, las autoridades impedirían que la información se publicara. El gobierno quiere la teoría para sí, y poder de este modo construir sus armas en secreto. Pero la *Einheitliche Feldtheorie* no pertenece a ningún gobierno. Y es mucho más que un plano para construir nuevas armas.

Gupta se inclinó sobre el teclado y, tras pulsar unas pocas teclas, en la pantalla del ordenador apareció el dibujo arquitectónico de una planta de energía.

—Al explotar el fenómeno extradimensional podremos producir cantidades ilimitadas de electricidad. Ya no harán falta más generadores de carbón ni reactores nucleares. Aunque esto no será más que el principio. Podremos utilizar los rayos de neutrino para lanzar cohetes y propulsarlos a través del sistema solar. ¡Podremos incluso hacer que las naves espaciales viajen casi a la velocidad de la luz! Se alejó de la pantalla y se quedó mirando a Monique. Había lágrimas en los ojos de ésta.

—¿Es que no lo entiende, doctora Reynolds? Cuando la humanidad se despierte mañana por la mañana, podrá ver la teoría unificada en su máximo esplendor. ¡Nadie podrá ocultarla nunca más!

Monique ya había oído suficiente. No dudaba de la verdad de lo que decía Gupta. La teoría unificada lo abarcaba todo, y podía conducir a muchas invenciones maravillosas. Pero había un precio, un precio terrible. No podía dejar de pensar en el estallido al rojo blanco del centro de la pantalla del ordenador. El profesor había dicho que sería una demostración, un gran anuncio escrito en el cielo, pero Monique se preguntaba qué pensaría al respecto la gente que lo viera desde abajo. Hiroshima

también había sido una demostración.

Por supuesto, no podía exponer todo con una mordaza sobre la boca. En vez de eso se quedó mirando a Gupta fijamente, negando con la cabeza.

El profesor enarcó una ceja.

—¿Qué ocurre? ¿Tienes miedo?

Ella asintió enérgicamente.

Gupta dio un paso hacia ella y le puso la mano sobre el hombro.

—El miedo puede ser una emoción muy debilitadora, querida. *Herr Doktor* también tenía miedo, y mire lo que ocurrió. Kleinman y los demás mantuvieron la *Einheitliche Feldtheorie* oculta durante medio siglo. ¿Y acaso su reserva ayudó a alguien? No, fue una pérdida de tiempo, una lamentable pérdida de tiempo. Tenemos que superar nuestros miedos antes de que podamos entrar en una nueva época. Y esto es lo que he hecho. El mundo nos aclamará como salvadores cuando desvelemos la teoría. Nos perdonarán todo en cuanto vean...

Un crujido de estática interrumpió a Gupta. Éste descolgó una radio de su cinturón, murmuró «perdone», y se fue al otro extremo del compartimento de carga. Unos veinte minutos después regresó con sus estudiantes y alzó los brazos en un gesto de bendición.

—Caballeros, haremos otra parada antes de llegar a *Fermilab*. Tenemos que recoger unos equipos para modificar el *Tevatron*.

David estaba sentado con la espalda apoyada en la pared del compartimento de carga. El camión se había detenido hacía quince minutos y los estudiantes habían cargado una docena de cajas de madera. Como estas cajas ocupaban casi todo el espacio del compartimento, los estudiantes se habían trasladado a otro camión del convoy y ahora David iba solo con el maníaco calvo de los pantalones de camuflaje, que alternaba la limpieza de su Uzi con los tragos de una botella de *Stolichnaya*.

Por enésima vez, David intentó rotar las muñecas para aflojar la cuerda que se las ataba en la espalda. Tenía las manos dormidas pero seguía intentándolo de todos modos, girando las manos hasta sentir que los tendones se tensaban y crujían. El sudor le corría por las mejillas y humedecía la mordaza, que ya estaba empapada. Mientras forcejeaba con la cuerda, David fijó la mirada en el mercenario calvo, el hijo de puta que había sostenido un cuchillo contra el cuello de Jonah, y por un momento la furia fortaleció sus tendones. Un minuto después, sin embargo, David cerró los ojos. Era culpa suya. Debería haberse rendido a los agentes del FBI cuando tuvo la oportunidad.

Cuando volvió a abrir los ojos vio que el tipo calvo estaba de pie junto a él. El mercenario le ofrecía la botella de vodka.

—Relájese, camarada. Dele un respiro a sus valerosos esfuerzos.

Asqueado, David intentó apartarse, pero el tipo calvo se arrodilló a su lado y le puso la botella de *Stoli* debajo de sus narices.

—Venga, tómese un trago. Tiene pinta de necesitar uno.

David negó con la cabeza. El olor del vodka le resultaba nauseabundo.

—¡Que te jodan! —gritó por debajo de la mordaza, pero lo que se oyó fue un balbuceo desesperado.

El mercenario se encogió de hombros.

—Muy bien. Pero me parece una pena. Tenemos toda una caja de *Stolichnaya* y no nos queda mucho tiempo para beberlo. —Sonriendo, inclinó la botella y le dio un largo trago. Luego se limpió la boca con el dorso de la mano—. Me llamo Simon, por cierto. Quiero felicitarle, doctor Swift. El libro que escribió sobre los ayudantes de Einstein me resultó muy útil. Lo he consultado a menudo desde que empecé este trabajo.

David se esforzó para controlar su rabia. Respiró hondo a través de la fétida mordaza y focalizó toda su atención en la voz del asesino. A pesar de su fuerte acento ruso, tenía un gran dominio del inglés. Al contrario de lo que parecía, este tipo no era un matón descerebrado.

Simon tomó otro trago de vodka, y luego metió la mano en el bolsillo.

—Las últimas horas han sido un poco aburridas para mí. Antes de la última parada iba en el camión del profesor, que va delante de nosotros, pero estaba demasiado ocupado hablando con su nieto y dándoles órdenes a sus estudiantes. Para pasar el rato he charlado con la hija de Gupta, y he descubierto algo que le puede interesar.

Sacó un objeto circular del bolsillo de sus pantalones y lo sostuvo en su palma. David lo reconoció de inmediato: era el medallón dorado que Elizabeth llevaba alrededor del cuello. Simon lo abrió y se quedó mirando la fotografía que había dentro.

—En su línea de trabajo supongo que esto se consideraría una prueba. Una adición tardía a su investigación histórica, ¿no? Desde luego explica algunas cosas.

Le dio la vuelta al medallón para que David pudiera ver la fotografía. Era antigua, un retrato en sepia de una madre y una hija. La madre era una belleza de pelo negro y largo; la niña tenía unos siete años. Ambas miraban inexpresivamente a la cámara, sin sonreír.

—Esta foto fue tomada en Belgrado antes de la guerra —indicó Simon—. A finales de los años treinta, seguramente. Elizabeth no estaba segura de la fecha. —Primero señaló a la hija—: Ésta es Hannah, la madre de Elizabeth. Vino a Estados Unidos después de la guerra y se casó con Gupta. Una elección desafortunada. —El dedo pasó ahora a la madre de pelo negro—. Y ésta es la abuela de Elizabeth. Murió en un campo de concentración. Era medio judía, sabe. Mire, se lo enseñaré.

Extrajo la fotografía del medallón y le dio la vuelta. En el reverso de la fotografía, alguien había garabateado «Hannah y Lieserl».

Simon volvió a sonreír.

—Reconoce ese nombre, ¿no? Le puedo asegurar que no es una coincidencia. Elizabeth me lo ha contado todo. Su abuela era la hija bastarda de *Herr Doktor*.

En otras circunstancias, David se habría quedado boquiabierto. Para un historiador de Einstein, esto era el equivalente de encontrar un nuevo planeta. Como la mayoría de los investigadores, David había supuesto que Lieserl murió de pequeña; ahora sabía que no sólo había sobrevivido, sino que tenía descendientes con vida. En su estado actual, sin embargo, David no sintió alegría alguna por la revelación. No era más que otro recordatorio de lo ciego que había estado.

Simon volvió a meter la fotografía en el medallón.

—Después de la guerra, *Herr Doktor* descubrió lo que le había sucedido a su hija. Entonces mandó a buscar a su nieta Hannah, que había estado escondida con una familia serbia, pero nunca reconoció su parentesco con la niña. Como usted bien sabe, el viejo no era un hombre de familia, precisamente. —Cerró el medallón y se lo volvió a meter en el bolsillo del pantalón—. Pero Hannah sí se lo contó a Gupta. Y también a Kleinman. Por eso se pelearon. Los dos se querían casar con la nieta de *Herr Doktor*.

Echó otro trago de vodka, inclinando la botella hasta que quedó en posición casi vertical. Ya se había bebido más de la mitad y empezaba a arrastrar las palabras.

—Probablemente se estará preguntando por qué le estoy contando todo esto. Pues porque es un historiador. Debería conocer la historia que hay detrás de esta operación. Cuando Gupta se casó con Hannah pasó a ser el protegido de *Herr Doktor*, su asistente más cercano. Y cuando *Herr Doktor* confesó que había descubierto la *Einheitliche Feldtheorie*, Gupta supuso que el viejo judío compartiría el secreto con él. Pero *Herr Doktor* debió de notar que, ya entonces, había algo raro en Gupta así que el viejo judío le reveló la teoría a Kleinman y los demás. Y eso volvió loco a Gupta. Pensaba que la teoría tenía que ser suya.

Simon hablaba cada vez más alto. David se inclinó hacia delante y estudió al tipo con atención, en busca de más signos de vulnerabilidad. Quizá se presentara una oportunidad. Quizá el hijo de puta hiciera algo estúpido.

El mercenario se volvió y se dirigió hacia la parte delantera del camión. Permaneció callado durante más o menos medio minuto, mirando fijamente las paredes del compartimento de carga. Entonces se volvió hacia David.

—Gupta lleva años planeando esta demostración. Se ha gastado millones de dólares en armar su pequeño ejército de estudiantes. Está convencido de que van a salvar el mundo, de que la gente comenzará a bailar por las calles en cuanto vea el destello del rayo de neutrinos en el cielo. —Hizo una mueca de disgusto y escupió en

el suelo—. ¿Se puede creer que alguien se trague estas tonterías? Gupta sí, y ahora sus estudiantes también. Como puede ver, está loco. Y los locos pueden resultar muy persuasivos.

Simon tomó otro trago más de *Stoli* y luego le volvió a ofrecer la botella a David.

—Tiene que beber algo, no aceptaré un no por respuesta. Tenemos que brindar. Por la demostración de mañana. Por la nueva era de ilustración de Gupta.

Empezó a deshacer torpemente el nudo que apretaba la mordaza que tapaba la boca de David. El vodka le había entorpecido los dedos, pero finalmente consiguió aflojar la tela. David sintió una oleada de adrenalina. Era la oportunidad que había estado esperando. Ahora que ya no estaba amordazado podía gritar pidiendo ayuda. Pero ¿de qué serviría eso? Con casi toda probabilidad iban conduciendo por carreteras desiertas, a través de los bosques y campos de Kentucky o Indiana. No, gritando no conseguiría nada. Tenía que hablar con Simon. Tenía que convencer al mercenario de que lo liberara. Era su única oportunidad.

Al quitarle la mordaza, David notó lo mucho que le dolía la mandíbula. Dio una boqueada de aire fresco y miró a Simon a los ojos.

—¿Y cuánto te paga Gupta por tus servicios?

Simon frunció el ceño. Durante un segundo, David temió que el mercenario cambiara de opinión y volviera a amordazarlo.

—Ésa es una pregunta descortés, doctor Swift. Yo no le he preguntado cuánto dinero ha ganado con su libro, ¿no?

—Esto es distinto. Sabes muy bien lo que va a pasar después de que todo el mundo vea la explosión. El Pentágono comenzará a investigar y...

—Sí, sí, ya lo sé. Todos los ejércitos del mundo intentarán desarrollar esta arma. Pero nadie investigará nada en el Pentágono. Ni en ningún otro sitio cercano a Washington, D.C.

Desconcertado, David se quedó mirando al mercenario.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

Simon todavía tenía el ceño fruncido, pero en sus ojos había un destello de satisfacción.

—La demostración del profesor Gupta será más impresionante de lo que espera. Voy a modificar la orientación del rayo de neutrinos para que vuelva a entrar en nuestro universo hasta el interior del Monumento a Jefferson. —Señaló la parte trasera del camión con la botella de *Stoli* y cerró un ojo, como si apuntara con el cuello de la botella—. No es que le tenga especial manía a Thomas Jefferson. He escogido este objetivo porque su localización resulta convenientemente central. Equidistante del Pentágono, la Casa Blanca y el Congreso. Los tres quedarán completamente incinerados por la explosión. Junto con todo lo demás en un radio de diez kilómetros.

Al principio, David pensó que el mercenario bromeaba. Tenía un extraño sentido del humor. Pero el rostro de Simon pareció endurecerse al mirar dentro del cuello de la botella de vodka. Torció el labio superior, y al observar la maliciosa mueca del tipo, a David se le secó la boca.

—¿Quién te paga para hacer esto? ¿Al Qaeda?

Simon negó con la cabeza.

—No, esto lo hago por mí. Por mi familia,, en realidad.

—¿Tu familia?

Muy lentamente, Simon dejó a un lado la botella de vodka y volvió a meter la mano en el bolsillo. Esta vez sacó un teléfono móvil.

—Sí, yo tenía una familia. No muy distinta de la suya, doctor Swift. —Encendió el teléfono y lo sostuvo para que David pudiera mirar la pantalla. Un par de segundos después apareció una fotografía: un niño y una niña sonreían a la cámara—. Éstos eran mis hijos. Sergéi y Larissa. Murieron hace cinco años en Argun Gorge, al sur de Chechenia. Supongo que habrá oído hablar del lugar.

—Sí, pero...

—¡Cállese! ¡Cállese y mire! —Se inclinó hacia delante y le puso el teléfono delante de la cara—. Mi hijo, Sergéi, tenía seis años. Se parece un poco al suyo, ¿no? Y Larissa sólo tenía cuatro. Fueron asesinados junto su madre en un ataque con misiles. Un misil *Hellfire* lanzado por un helicóptero de la Fuerza Delta que operaba cerca de la frontera chechena.

—¿Un helicóptero norteamericano? ¿Qué estaba haciendo allí?

—Nada útil, se lo puedo asegurar. Otra chapucera operación de contraterrorismo que asesinó más mujeres y niños que terroristas. —Volvió a escupir al suelo—. Pero me dan absolutamente igual cuáles fueran las razones. Voy a eliminar a todos aquellos implicados en el mando y despliegue de esa unidad.

Por eso mi blanco es el Pentágono y los líderes civiles. El presidente, el vicepresidente, el secretario de Defensa. —Cerró el teléfono de un golpe de muñeca—. Sólo tendré una oportunidad, así que necesito que la zona de la explosión sea bien amplia.

David sintió ganas de vomitar. Esto era exactamente lo que Einstein había temido. E iba a ocurrir en unas pocas horas.

—Pero parece que lo que le pasó a tu familia fue un accidente. ¿Cómo puedes...?

—¡Ya se lo he dicho, me da igual! —Cogió al botella de *Stoli* por el cuello y empezó a blandirla como si fuera un bate—. ¡Es intolerable! ¡Es imperdonable!

—Pero vas a matar a cientos de miles...

David sintió un fuerte golpe en la mejilla. Simon le había golpeado en la cara con la botella. David se cayó de lado y se dio con la frente en el suelo del camión. Se hubiera desmayado, pero Simon lo cogió del cuello y lo volvió a levantar.

—¡Sí, van a morir! —gritó—. ¿Por qué deberían seguir con vida si mis hijos están muertos? ¡Van a morir todos! ¡Los voy a matar a todos!

A David le pitaban los oídos. Le salía sangre del corte de la mejilla y pequeños puntos verdosos nublaban la periferia de su visión. Lo único que podía ver era el enfurecido rostro del mercenario e incluso esa imagen se emborronaba poco a poco, mezclándose con virutas rojas, rosas y negras. Mientras sostenía a David con una mano, Simon levantó la botella de *Stoli* con la otra. Sorprendentemente, no se había roto y todavía quedaba un poco de vodka. Se la metió a David en los labios y le vertió el alcohol en la boca.

—¡Por el final de todo! —gritó—. ¡El resto es silencio!

El vodka le escoció la parte posterior de la garganta y le encharcó el estómago. Cuando la botella quedó vacía, Simon la tiró a un lado y soltó el cuello de David. Entonces éste cayó al suelo y lo envolvió la oscuridad.

El lunes por la mañana, Lucille llegó a la oficina central del FBI a primera hora para no tener que encontrarse con ninguno de sus colegas. Sin embargo, cuando llegó, descubrió que los tontainas de la Agencia de Inteligencia de la Defensa ya habían limpiado su escritorio. Sus expedientes sobre Kleinman, Swift, Reynolds y Gupta ya no estaban. Ni tampoco su ejemplar de *Sobre hombros de gigantes*. Lo único que habían dejado eran sus efectos personales: el talonario de sus nóminas, sus certificados de recomendación, un pisapapeles de cristal con la forma de un revólver tejano y una fotografía enmarcada en la que le está dando la mano a Ronald Reagan.

Bueno, pensó, rae han hecho un favor. Así no me llevará tanto rato recogerlo todo.

Lucille cogió una caja de cartón y en medio minuto metió todo dentro. Era increíble; todo junto no llegaba a los tres kilos. Durante treinta y cuatro años se había entregado en cuerpo y alma al Bureau, pero nadie lo diría. Observó con resentimiento el anticuado ordenador que había sobre el escritorio y la barata bandeja de plástico de entrada de documentos. Era deprimente.

Y entonces vio la carpeta en la bandeja. Uno de los agentes del turno nocturno la debía de haber dejado después de que pasaran por ahí los tontainas de la AID. Durante varios segundos Lucille se la quedó mirando, diciéndose a sí misma que lo dejara estar. Pero al final la curiosidad pudo con ella. La cogió.

Era un listado de las llamadas telefónicas del profesor Gupta. Lucille había solicitado la información desde su teléfono móvil tres días atrás, pero los idiotas de la compañía telefónica se habían tomado su tiempo. El registro era escaso: Gupta no utilizaba mucho su teléfono, sólo dos o tres llamadas diarias. Mientras pasaba las páginas, sin embargo, advirtió algo inusual. Cada día de las últimas dos semanas había realizado una llamada al mismo número. No era el número de Swift, ni el de

Reynolds, ni tampoco el de Kleinman. Lo sospechoso era que Gupta siempre hacía la llamada a las 9.30 en punto de la mañana. Ni un minuto antes o después.

Lucille se recordó a sí misma que ya no trabajaba en el caso. De hecho, ya había rellenado los formularios de su jubilación.

Pero todavía no los había enviado.

Simon conducía el camión a la cabeza del convoy que se dirigía a toda velocidad hacia a la Puerta Este del laboratorio. Eran las cinco en punto de la mañana, había amanecido hacía apenas unos minutos, y la mayoría de las casas de Batavia Road todavía estaban a oscuras. Una mujer solitaria vestida con unos pantalones cortos de color rojo y una camiseta blanca hacía footing por los caminos de entrada y el césped de los patios delanteros. Simon se la quedó mirando un momento, admirando su larga melena rojiza. Luego se pellizcó el puente de la nariz y bostezó. Todavía estaba un poco atontado de la borrachera de anoche. Para despertarse, metió la mano dentro de la cazadora y agarró el mango de su Uzi. El día de la venganza había llegado. Muy pronto todo habría terminado.

Justo al pasar el cruce con Continental Drive, el camión pasó por encima de un paso a nivel y de repente el paisaje se despejó a ambos lados de la carretera. En vez de casas suburbanas y patios con césped, lo que ahora veía Simon eran amplios campos verdes, una muestra de la pradera virgen de Illinois. Ya estaban en propiedad federal, en la frontera oriental de los terrenos del laboratorio. Más adelante había una pequeña caseta, y sentada dentro una mujer extremadamente gorda con un uniforme azul. Simon negó con la cabeza. Era difícil de creer que el laboratorio contratara a una persona tan obesa para realizar tareas de vigilancia. Estaba claro que nadie en estas instalaciones esperaba que hubiera ningún problema.

Mientras Simon reducía la velocidad del camión, la mujer salió trabajosamente de la caseta y se acercó a la ventanilla del camión. Él le ofreció una sonrisa y le dio los papeles que el profesor Gupta había preparado, un grueso fajo de formularios y solicitudes.

—Aquí tienes, cariño —dijo, intentando sonar como un camionero norteamericano—. Hoy tenemos una entrega temprana.

La mujer no le devolvió la sonrisa. Examinó cuidadosamente los papeles, comparándolos con la lista de su portafolio.

—No está en la lista.

—No, pero tenemos el visto bueno.

Ella siguió estudiando los papeles. O leía muy lentamente o disfrutaba haciéndole esperar. Finalmente levantó su enorme cabeza.

—Muy bien, salga del camión y abra la puerta trasera. Y dígalos a los conductores de los demás camiones que hagan lo mismo.

Simon frunció el ceño.

—Ya te lo he dicho, tenemos el visto bueno. ¿No has visto las solicitudes?

—Sí, pero he de inspeccionar todo lo que entra. Apague el motor y...

Él la interrumpió metiéndole dos balas en el cráneo. Luego se dirigió a la parte trasera del camión y dio tres golpes a la puerta.

—Abra, profesor —gritó—. Tenemos que cargar algo más.

Uno de los estudiantes abrió la puerta y ayudó a salir a Gupta del camión. El profesor pareció alarmarse cuando vio a la guarda de seguridad en el suelo.

—¿Qué ha pasado? ¿No te había dicho que no debía haber más víctimas?

Simon lo ignoró y se volvió hacia los estudiantes.

—¡Vamos, meted el cuerpo en el camión!

En medio minuto escondieron el cadáver en el compartimento de carga y limpiaron los restos de sangre del asfalto. Si alguien pasaba por ahí pensaría que la mujer simplemente había abandonado su puesto. Simon regresó al asiento del conductor y Gupta se metió en la cabina del camión y se sentó en el asiento del acompañante. El profesor lanzó una dura mirada al ruso.

—Basta de asesinatos, por favor —dijo—. Yo trabajé con algunos de los físicos de aquí en los ochenta, cuando todavía estaban construyendo el *Tevatron*.

Simon cambió de marcha. No tenía ganas de hablar, así que no dijo nada. El convoy prosiguió su camino hacia el este, pasó cerca de un estanque y de una serie de pequeñas estructuras de un piso.

—De hecho, yo soy uno de los que sugirió el nombre del colisionador de partículas —continuó Gupta—. «Teva» por un trillón de electronvoltios. Es la cantidad de energía más alta que los protones del acelerador pueden conseguir. A esa energía se mueven a un 99,9999 por ciento de la velocidad de la luz —el profesor describió un círculo con el puño y luego lo golpeó con el otro puño, simulando una colisión de partículas. Estaba tan excitado que no podía dejar las manos quietas—. Ahora, claro está, el Gran Colisionador de Hadrones de Suiza puede alcanzar cantidades de energía más elevadas. Pero el *Tevatron* funciona mejor a la hora de comprimir los protones en el rayo. Eso es lo que hace que sea ideal para nuestros propósitos.

Simon apretó los dientes. No podría soportar esta cháchara nerviosa mucho rato más.

—Todo eso no me importa lo más mínimo —gruñó—. Hábleme de la sala de control. ¿Cuánta gente habrá?

—No te preocupes, sólo habrá el personal mínimo indispensable. Cinco o seis operadores, como mucho. —E hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Es por culpa de todos los recortes de presupuesto. Al gobierno ya no le interesa la física. Los laboratorios nacionales necesitan donaciones privadas para mantener los aceleradores

en funcionamiento. —El anciano negó con la cabeza—. El año pasado mi Instituto de Robótica donó veinticinco millones de dólares a *Fermilab*. Quería asegurarme de que no cerraban el *Tevatron*. Algo me decía que podía terminar resultándome útil.

La carretera torcía a la izquierda y Simon vio un edificio de forma extraña en el horizonte. Parecía como si hubieran colocado un par de colchones de hormigón sobre uno de los extremos y los hubieran inclinado uno contra otro. Cerca del edificio divisó un dique bajo que recorría la pradera en un gran círculo.

Gupta señaló primero el inusual edificio.

—Eso es el Wilson Hall, donde están las oficinas centrales del laboratorio. Yo tenía una oficina en la planta dieciséis. Las vistas eran maravillosas. —Bajó ligeramente el brazo y señaló el dique—. Bajo ese montículo se encuentra el túnel acelerador de *Tevatron*. La pista de las partículas, lo llamábamos. Un anillo de seis kilómetros con miles de imanes superconductores que guían los rayos. Los protones van en la dirección de las manecillas del reloj. Los antiprotones en la opuesta. Cada rayo tiene potencia suficiente para agujerear una pared de ladrillos. —Luego señaló otro edificio que estaba más cerca de la carretera. Era una anodina estructura sin ventanas, muy parecida a un almacén, situada directamente encima de una sección del túnel acelerador—. Y eso es el Collision Hall. Ahí los protones y los antiprotones colisionan unos con otros. Y desde ese lugar lanzaremos los neutrinos hacia las dimensiones adicionales.

El profesor calló y se quedó mirando las instalaciones a través del parabrisas del camión. Agradecido por el interludio, Simon siguió conduciendo y pasaron por delante de una hilera de tanques cilíndricos con el cartel «PELIGRO: HELIO COMPRIMIDO». Luego llegaron a una alberca alargada situada enfrente del Wilson Hall y en la que se reflejaba la extraña silueta del edificio.

—Gira por aquí y dirígete a la parte posterior de ese edificio —indicó Gupta—. La sala de control se encuentra al lado del Acelerador de Protones.

El convoy avanzó por el camino de entrada que circunvalaba Wilson Hall hasta llegar a un aparcamiento situado delante de una estructura baja con forma de U. La estimación que había hecho Gupta de la cantidad de gente que podía haber en las instalaciones resultó ser acertada: había menos de media docena de coches aparcados. Este número seguro que aumentaría en las próximas tres horas o así, cuando empezara la jornada laboral, pero con un poco de suerte para entonces ellos ya habrían terminado su trabajo.

Simon aparcó el camión y empezó a dar órdenes. Un equipo de estudiantes descargó las cajas de equipo electrónico mientras otro llevaba a los rehenes al camión que conducía el agente Brock. Simon había decidido que sería mejor mantener a Brock alejado de la sala de control para que no descubriera qué estaba pasando. Al antiguo agente del FBI le habían dicho que la misión era robar materiales

radioactivos del laboratorio. Simon se acercó a grandes zancadas al camión de Brock y se dirigió a éste.

—Lleva a los rehenes a un lugar seguro —ordenó—. No quiero tenerlos en medio. Hay unas estructuras desocupadas un kilómetro al oeste. Ve a una y quédate ahí un par de horas.

Brock le lanzó una mirada beligerante.

—Tenemos que hablar cuando esto haya terminado. No me pagas suficiente para todo el trabajo de mierda que hago.

—No te preocupes, serás debidamente recompensado.

—¿Y para qué narices mantenemos vivos a los rehenes? Tarde o temprano los tendremos que matar. A todos menos a la hija del profesor, quiero decir.

Simon se le acercó y bajó la voz.

—Al profesor le divierte mantenerlos con vida, pero a mí me da igual. Cuando nadie te vea, puedes hacer lo que quieras con ellos.

Los estudiantes habían dejado a David al lado de Monique y Elizabeth en el compartimento de carga, pero en cuanto el vehículo empezó a moverse otra vez, se arrastró hacia Karen y Jonah. Mientras se retorció por el suelo del camión, su hijo se lo quedó mirando con los ojos abiertos y su ex esposa se puso a llorar. Habían vuelto a amordazar a David, de modo que no podía hablar; en vez de eso simplemente se acurrucó junto a su familia. Todavía se sentía mareado por el vodka y la paliza que Simon le había dado, pero por un momento sintió en el pecho una oleada de alivio.

Un par de minutos después el camión se volvió a detener.

David prestó atención y oyó un chirrido disonante, el sonido del metal retorciéndose. Luego Brock abrió la puerta trasera del camión y David vio un montículo con forma de cúpula y cubierto de hierba. Hacía unos cinco metros de altura y unos veinte de ancho, un altozano artificial situado en lo alto de una estructura subterránea, una especie de sótano o búnker de grandes dimensiones. El camión había aparcado enfrente de una entrada cavada en un lateral del montículo. Sobre una persiana que Brock ya había abierto, un letrero indicaba «Acelerador del Laboratorio Nacional Fermi, Detector nº 3».

Mientras Brock subía al compartimento de carga, metió la mano en su americana y sacó un cuchillo Bowie, idéntico al que Simon había sostenido contra el cuello de Jonah. Con una amplia sonrisa, el agente se acercó a la familia Swift. David gritó «¡No!» por debajo de la mordaza e intentó proteger a su hijo, pero con las piernas y los brazos atados apenas se podía sentar, mucho menos eludir un ataque. Brock se quedó ahí de pie unos segundos, girando el cuchillo para que le diera la luz. Luego se inclinó y cortó la cuerda que ataba los tobillos de David.

—Vas a hacer exactamente lo que yo te diga —susurró—. O me cargo a tu hijo,

¿comprendes?

Brock cortó las cuerdas que ataban los tobillos de Jonah, y luego hizo lo mismo con Karen y Monique. Ignoró a Elizabeth, que se había desmayado en un rincón. En una mano sostenía la Uzi, cuya tira le colgaba del hombro, y con la otra ayudó a los demás a incorporarse.

—Salid del camión —ordenó—. Vamos a entrar en esa nave.

Llevaban las manos atadas a la espalda, pero consiguieron descender del compartimento de carga y avanzar en fila india hacia la persiana. El corazón de David latía cada vez con más fuerza a medida que se acercaban a la entrada; estaba claro que el agente los llevaba a un lugar oculto en el que pudiera asesinarlos a su conveniencia. Mierda, pensó David, ¡tenemos que hacer algo rápido!

Entraron en una habitación oscura iluminada únicamente por unos LED parpadeantes. Brock cerró la puerta y les dijo que siguieran avanzando. Al fondo de la habitación había una escalera de caracol descendente. David contó treinta escalones mientras bajaban hacia la oscuridad. Luego Brock encendió una luz y vieron que estaban en una plataforma con vistas a un enorme tanque esférico. Descansaba sobre un foso de hormigón, como si fuera una pelota de golf en una copa, sólo que en este caso la pelota tenía unos doce metros de diámetro. La plataforma estaba al mismo nivel que la parte superior de la esfera de acero, y a ésta la coronaba un panel grande y circular, como la tapa de una boca de alcantarilla gigante. Mientras David miraba el tanque, se dio cuenta de que había leído sobre él en *Scientific American*. Formaba parte de un experimento para el estudio de los neutrinos, unas partículas tan elusivas que los investigadores necesitaban grandes aparatos para detectarlos. En el tanque había un millón de litros de aceite mineral.

—¡Sentaos! —gritó Brock—. ¡Contra la pared!

Ya está, pensó David mientras se encogían en el suelo. Ahora es cuando el cabrón nos dispara. Brock se acercó, apuntando cuidadosamente con su ametralladora. Monique se apoyó en David mientras que Karen cerró los ojos y se inclinó sobre Jonah, que había enterrado la cara en la barriga de su madre. Sin embargo, en vez de disparar, Brock le arrancó la mordaza a David y la tiró al otro lado de la habitación.

—Muy bien, ahora podemos empezar —dijo—. Tenemos cosas pendientes, ¿no?

Brock volvió a sonreír, claramente saboreando el momento. No iba a matarlos rápidamente. Iba a alargar la situación el máximo posible.

—Vamos, Swift, grita —dijo—. Grita tan alto como quieras. Nadie te puede oír. Estamos bajo tierra.

David abrió y cerró la boca para revitalizar los músculos de su mandíbula. Probablemente Brock no lo dejaría hablar demasiado, así que tenía que hacer esto rápido. Respiró hondo un par de veces y luego miró al agente directamente a los ojos.

—¿Sabes lo que sucede en el *Tevatron*? ¿Tienes alguna idea de lo que están

haciendo?

—Para serte sincero, me importa una mierda.

—Pues deberías, especialmente si tienes amigos o parientes en Washington, D.C. Tu socio ruso va a destruir la ciudad.

Brock se rió.

—¿De veras? ¿Como en las películas? ¿Con una nube de hongo?

—No, tiene una nueva tecnología. Va a cambiar el objetivo del rayo de neutrinos de Gupta. Pero el efecto será el mismo. Adiós a la Casa Blanca, adiós al Pentágono. Adiós a la oficina central del FBI.

Monique se asustó y se quedó mirando fijamente a David, pero Brock seguía riendo.

—Espera, deja que lo adivine. Ahora te tengo que liberar, ¿no? Eres el único que puede detenerlo, ¿verdad? ¿Es eso lo que intentas decirme?

—Lo que estoy diciendo es que no vivirás mucho tiempo si tu socio logra su objetivo. Si el gobierno desaparece, el ejército asumirá el poder del país, y lo primero que harán será ir en busca de los cabrones que destruyeron Washington. Si tu plan era cruzar la frontera y desaparecer, olvídate de ello. Te encontrarán y te colgarán.

David habló con la mayor seriedad posible, pero el agente no lo creyó. Parecía divertirse muchísimo.

—Y todo esto sucede por culpa de un... ¿Cómo lo has llamado? ¿Rayo neutral?

—Rayo de neutrinos. Mira, si no me crees ve a hablar con el profesor Gupta. Pregúntale qué...

—Sí, sí, me aseguraré de hacerlo. —Riendo entre dientes Brock se apartó y se quedó mirando el tanque esférico gigante. Entonces avanzó a grandes zancadas hacia la cubierta del tanque y empezó a pisotear el panel de acero. El ruido resonó contra las paredes.

—Y aquí qué hay, ¿más neutrinos?

David negó con la cabeza. Era inútil. Brock era demasiado obtuso para comprender lo que le decía.

—Aceite mineral. Para detectar las partículas.

—¿Aceite mineral? ¿Y para qué narices lo necesitan?

—El detector necesita un líquido transparente con carbono. Cuando los neutrinos impactan en los átomos de carbono, emiten destellos de luz. Pero como has dicho, ¿qué más da?

—El aceite mineral también va bien para otras cosas. Es un buen lubricante.

Brock empezó a manipular los cierres del panel. En pocos segundos logró entender cómo se abrían. Entonces apretó un botón rojo con el pie y un motor eléctrico comenzó a zumbir. El panel se abrió como la concha de una almeja, dejando a la vista una piscina del tamaño de un jacuzzi, llena de un líquido claro.

—Fíjate en esto. Hay suficiente para mucho, mucho tiempo.

Arrodillándose en el borde de la piscina, Brock metió la mano en el aceite mineral. Luego se puso en pie y sostuvo la mano reluciente en el aire. Miró fijamente a David mientras se frotaba los dedos.

—Tenemos cuentas que arreglar, Swilt. En esa cabaña de Virginia Occidental me cogiste desprevenido y me destrozaste la cara. Ahora te voy a joder vivo.

A David se le cerró la garganta. Durante un momento no pudo respirar. Intentó tragar.

—Adelante —consiguió decir—. Pero no les haga daño a los demás.

Brock se quedó mirando a Karen unos segundos, luego a Monique. El aceite mineral le resbalaba de los dedos.

—No, a ellas también les voy a hacer daño.

La toma de la sala de control del *Tevatron* fue fácil. En cuanto Simon entró por la puerta con su Uzi, todos los operadores sentados en sus consolas se apartaron del panel de pantallas de ordenador y pusieron las manos en alto. Mientras los estudiantes del profesor Gupta ocupaban sus sitios, Simon escoltó a los empleados de *Fermilab* a un cuarto de almacenaje cercano y los encerró dentro. A cuatro de los estudiantes les dio una radio y una Uzi y les asignó tareas de vigilancia. A dos de ellos los envió al aparcamiento, mientras que el otro par patrullaría las entradas del túnel acelerador del colisionador. Si aparecían más empleados, Simon había planeado detener a los recién llegados y encerrarlos en el cuarto de almacenaje con los demás. Las autoridades no se darían cuenta de lo que sucedía hasta dentro de al menos dos o tres horas, tiempo más que suficiente para que Gupta y sus estudiantes prepararan su experimento en el *Tevatron*.

El profesor permanecía en el centro de la sala y dirigía a sus estudiantes como un director de orquesta. Sus ojos estudiaban minuciosamente el embrollo de interruptores, cables y pantallas, supervisando todos los indicadores. Cuando algo en particular llamaba su atención, se abatía sobre el estudiante que manejaba esa consola y le pedía un informe de la situación. La intensidad de Gupta era tan extrema que le tensaba la piel alrededor de los ojos y la frente, borrando todo signo de edad y fatiga. Simon tenía que admitir que era una representación impresionante. Hasta el momento todo salía de acuerdo con el plan.

Al cabo de un rato, uno de los estudiantes dijo:

—Iniciando inyección de protones.

A lo que el profesor replicó:

—¡Excelente! —y pareció relajarse un poco. Miró por encima del hombro y sonrió a su nieto autista, que permanecía sentado en un rincón de la sala de control, jugando con su *Game Boy*. Luego, todavía sonriendo, Gupta echó atrás la cabeza y se

quedó mirando el techo.

Simon se le acercó.

—¿Ya queda poco?

Gupta asintió.

—Sí, muy poco. Hemos tenido suerte. Los operadores ya estaban preparando una nueva carga de partículas cuando hemos llegado. —Volvió a supervisar las pantallas de ordenador—. Ahora hemos hecho los ajustes necesarios y empezaremos a transferir los protones del Inyector Principal al anillo del *Tevatron*. Tenemos que mover 36 racimos, cada uno de los cuales contiene doscientos miles de millones de protones.

—¿Cuánto tardará?

—Unos diez minutos, más o menos. Normalmente los operadores insertan los racimos alrededor del anillo, pero tenemos que alterar la colocación para producir el patrón esférico de colisión. También hemos modificado alguno de los imanes del anillo para crear la geometría adecuada para los enjambres de protones. Ésa es la finalidad del equipo que hemos traído en cajas.

—¿O sea que en diez minutos empezarán las colisiones?

—No, cuando terminemos de transferir los protones tenemos que inyectar los antiprotones. Ésta es la parte más complicada del proceso, así que puede que tardemos más, quizá veinte minutos. Hemos de tener cuidado con provocar un enfriamiento.

—¿Un enfriamiento? ¿Qué es eso?

—Algo a evitar como sea. Los imanes que dirigen las partículas son superconductores, lo cual significa que sólo funcionan si se enfrían hasta los 450 grados bajo cero. El sistema criogénico del *Tevatron* mantiene fríos los imanes bombeando helio líquido alrededor de las bobinas.

Simon empezó a sentirse intranquilo. Recordó los tanques de helio comprimido que había visto al pasar al lado del túnel acelerador con el camión.

—¿Y qué puede salir mal?

—La energía de cada partícula del rayo es de diez millones de joules. Si erramos el tiro, el rayo podría atravesar el tubo. Aunque el error sea muy pequeño, las partículas podrían rociar uno de los imanes y calentar el helio líquido de su interior. Si se calienta demasiado, el helio se convierte en gas y explota. Entonces el imán dejaría de ser superconductor y la resistencia eléctrica derretiría las bobinas.

Simon frunció el ceño.

—¿Y podrías arreglarlo?

—Posiblemente. Pero llevaría unas cuantas horas. Y otras cuantas horas más recalibrar la trayectoria del rayo.

Joder, pensó Simon. Debería haber tenido en cuenta que esta operación tenía más

riesgos de los que el profesor había admitido previamente.

—Debería habérmelo dicho antes. Si el gobierno descubre que estamos aquí enviará un equipo de asalto. ¡Podría contenerlos un rato, pero no durante varias horas!

Algunos estudiantes se volvieron y lo miraron con nerviosismo. Gupta, sin embargo, le puso la mano en el hombro.

—Ya te lo he dicho, tendremos mucho cuidado. Todos mis estudiantes tienen experiencia en el manejo de aceleradores de partículas, y hemos llevado a cabo docenas de simulacros en el ordenador.

—¿Y qué hay de la trayectoria de los neutrinos? ¿Cuándo introducirá las coordenadas del estallido?

—Lo haremos cuando inyectemos los racimos de antiprotones. La trayectoria de los neutrinos dependerá del momento exacto en el que... —Se detuvo a mitad de la frase y se quedó con la mirada perdida. Abrió la boca y por un momento Simon pensó que al anciano le había dado un ataque. Pero pronto volvió a sonreír.

—¿Oyes eso? —susurró—. ¿Lo oyes?

Simon prestó atención. Oyó un pitido leve y rápido.

—¡Esto significa que los protones ya circulan por el tubo acelerador! ¡La señal empieza en un tono bajo y va subiendo a medida que lo hace la intensidad del rayo! —Por el raballo de los ojos del profesor asomaron unas lágrimas—. ¡Qué sonido más glorioso! ¿No es bello?

Simon asintió. Parecía un latido inusualmente rápido. El frenético latido de un músculo antes de morir.

Brock se acercó a Karen y Jonah. Aunque el cable se le clavaba en las muñecas, David hizo un último intento desesperado de soltarse las manos, retorciendo frenéticamente los brazos que tenía sujetos a la espalda. Todas las horas que se había pasado la noche anterior forcejeando en el compartimento de carga del camión habían conseguido aflojar unos milímetros el cable, pero no lo suficiente. Gritó de frustración cuando el agente se acercó a Karen, que estaba encorvada sobre Jonah, cubriéndolo con su cuerpo. Inclinandose sobre ella, Brock la agarró por la parte posterior del cuello. Iba a apartarla del niño de un empujón cuando David se puso en pie y se abalanzó sobre ellos.

Su única esperanza era coger suficiente impulso. Bajó el hombro derecho y cargó contra el agente como un ariete, con el torso en paralelo al suelo. Pero Brock lo vio venir. En el último momento se apartó y puso el pie en la trayectoria de David para que tropezara. David salió volando y se dio de frente contra el hormigón. Empezó a salirle sangre de la nariz y se le metía en la boca.

Brock se rió.

—Buen intento, payaso.

La habitación se oscureció y empezó a dar vueltas. David se desvaneció unos segundos y cuando volvió a abrir los ojos vio a Monique corriendo hacia el agente. Su intento también resultó fútil. En cuanto estuvo cerca, Brock le dio un puñetazo en el pecho. Monique cayó hacia atrás y el agente se volvió a reír. Tenía la cara sonrosada alrededor de los moratones y la mirada exultante. Mientras se acercaba a ella, Brock se pasó la Uzi a la mano izquierda y se metió la derecha en el bolsillo de los pantalones. Parecía que iba a sacar otra arma, una navaja, un garrote o un puño americano, pero Brock dejó la mano dentro del bolsillo y comenzó a moverla arriba y abajo. El cabrón se estaba tocando.

De repente Brock se dio la vuelta y regresó al tanque de aceite mineral. Esta vez dejó la Uzi colgando del hombro y metió ambas manos en la piscina.

—¡Vamos, Swift! —exclamó—. ¿Ya no quieres pelear más? ¿Te vas a quedar sentado ahí, mirando?

David apretó los dientes. Levántate, se dijo a sí mismo, ¡levántate! Logró ponerse en pie y avanzó tambaleante, pero ahora parecía moverse a cámara lenta. Brock lo volvió a esquivar y agarró el trozo de cable que ataba las muñecas de David, le hizo dar la vuelta y lo obligó a ponerse de rodillas. El agente tenía las manos aceitosas y frías.

—La negra estará bien —susurró—. Pero no tanto como tu esposa. Le quitaré la mordaza para que la puedas oír gritar.

Brock lo tiró al suelo. David se golpeó la cabeza con el hormigón por segunda vez y el dolor le atravesó el cráneo. Sin embargo esta vez no se desmayó. Se clavó las uñas en las palmas de las manos y se mordió el labio inferior hasta sangrar, intentando permanecer consciente como fuera.

Mareado, con náuseas y aterrado, vio como Brock apartaba a Karen de Jonah y la arrastraba hacia el tanque de acero. El agente le arrancó la mordaza y David pudo oír como ella dejaba escapar un gimoteo apenas audible, más desgarrador que cualquier grito. El sonido puso histérico a David, que se retorció en el suelo intentando ponerse otra vez en pie. Y mientras se esforzaba, la mano derecha se soltó al fin de la atadura del cable. Sin querer, Brock la había mojado con aceite mineral.

David se quedó tan sorprendido que permaneció en el suelo unos segundos, con ambas manos a la espalda. De repente su mareo se disipó y pudo volver a pensar con claridad. Sabía que estaba demasiado débil para pelear. Si intentaba quitarle la Uzi a Brock, el agente lo empujaría y le dispararía. Tenía que incapacitar al cabrón, y, gracias a su renovada claridad mental, supo exactamente cómo conseguirlo. Se metió la mano en el bolsillo y cogió el encendedor que le había cogido a la agente Parker, el Zippo con la bandera de Texas en relieve.

Simulando que todavía tenía las manos atadas, David se puso en pie. Brock sonrió

y soltó a Karen.

—Así me gusta —cacareó, mientras se apartaba de ella y se ponía en guardia—. ¡Vamos, tío duro! ¡Demuestra qué es lo que sabes hacer!

Esta vez no corrió. Se acercó tambaleante hasta quedar delante del agente. Brock negó con la cabeza, decepcionado.

—¿Sabes? No tienes buen aspecto. Pareces...

David encendió el Zippo y se lo tiró a la cara. En un acto reflejo, el agente levantó los brazos para protegerse del golpe, con lo que las dos manos aceitosas prendieron.

Con todas las fuerzas que le quedaban, David agarró a Brock por la cintura y lo empezó a empujar hacia atrás. El agente agitaba las manos, pero esto no hizo más que avivar las llamas. David contó dos pasos, tres pasos, cuatro. Y entonces tiró a Brock dentro del tanque de aceite mineral.

La llamas se propagaron por la piscina en cuanto las manos de Brock tocaron la superficie. Pero independientemente del fuego, el agente habría estado perdido de todos modos. Se hundió en el líquido como una piedra y desapareció inmediatamente. Además de ser altamente inflamable, el aceite mineral es menos denso que el agua. Y como el cuerpo humano está básicamente compuesto de agua, le resulta imposible nadar en un fluido que es mucho más ligero. David se había olvidado de gran parte de la física que había estudiado en la escuela, pero afortunadamente no de esa parte.

La señal de la sala de control ya no parecía un latido. El tono de cada pitido había ido subiendo hasta convertirse en un estridente chillido inhumano. Sonaba como una alarma, una advertencia automática de algún fallo mecánico, pero el profesor Gupta no parecía preocupado. Volvió a levantar la mirada al techo, y cuando se volvió hacia Simon, en su rostro había una boquiabierta sonrisa de éxtasis.

—El rayo está listo —declaró—. Lo sé tan sólo oyendo la señal. Todos los protones están en el anillo.

Maravilloso, pensó Simon. Ahora terminemos la misión.

—¿Entonces estamos listos para introducir las coordenadas del objetivo?

—Sí, ése es el siguiente paso. Y luego cargaremos los antiprotones en el colisionador.

El profesor se acercó a la consola que manejaban Richard Chan y Scott Krinsky, los pálidos físicos con gafas del Laboratorio Nacional de Oak Ridge. Pero antes de que Gupta pudiera darles las instrucciones, Simon lo agarró del brazo y le puso la Uzi en la frente.

—Espere un momento. Tenemos que hacer un pequeño ajuste. Tengo unas nuevas coordenadas para la explosión.

Gupta lo miró boquiabierto, sin comprender.

—¿Qué estás haciendo? ¡Suéltame!

Richard, Scott y todos los demás estudiantes volvieron las cabezas. Algunos se levantaron de sus asientos cuando vieron lo que estaba ocurriendo, pero a Simon no le preocupaban. Nadie en la sala de control iba armado.

—Si valoráis la vida de vuestro profesor, os sugiero que os sentéis —dijo tranquilamente. Para dejar claro este punto, apoyó el cañón de la Uzi en la sien de Gupta.

—¿Para qué me llama? Ya no trabaja para mí.

Lucille casi no reconoció la voz del director del Bureau en el bramido que oyó al otro lado del auricular del teléfono.

—Señor—empezó otra vez—, tengo nuevas...

—¡No, no quiero oírlo! Ya se ha retirado. Entregue su arma y su placa y salga del edificio.

—¡Por favor, señor, escuche! He identificado un número de teléfono móvil que puede pertenecer a uno de los...

—¡No, escúcheme usted a mí! ¡He perdido mi trabajo por su culpa, Parker! ¡El vicepresidente ya ha elegido mi sustituto y ha filtrado su nombre a las noticias de la Fox!

Ella respiró hondo. La única forma de hacer que la escuchara era soltarlo de prisa.

—Este sospechoso podría estar trabajando con Amil Gupta. Su número de teléfono está registrado con un alias, el señor George Osmond. Una identidad falsa, una dirección falsa. De acuerdo con los registros de la compañía telefónica, durante las últimas dos semanas ha encendido su teléfono una vez al día, para recibir una llamada de Gupta, y luego inmediatamente lo apagaba. Pero creo que este tal Osmond cometió un error. A la una en punto de la mañana encendió el teléfono y lo dejó encendido, y desde entonces ha estado dejando constancia de su posición.

—¿Sabe qué, Lucy? Ése ya no es mi problema. Esta tarde volveré a estar en el sector privado.

—Tengo información de los movimientos del portador del teléfono móvil. Parece que el sospechoso viajó a través de carreteras secundarias hasta Batavia, Illinois. Ahí es donde está ahora, en el Laboratorio Nacional Fermi...

—¿Y por qué me cuenta a mí todo esto? Debería hablar con Defensa. Ahora son ellos quienes están al mando.

—¡Lo he intentado, señor, pero no escuchan! ¡Esos idiotas de la ADI no dejan de repetir que ellos no necesitan la ayuda de nadie!

—¡Pues que se las apañen! ¡Por mí como si se van todos al infierno!

—Señor, si pudiera...

—No, ya he tenido suficiente. ¡Que le den al Pentágono, que le den a la Casa Blanca, que le den a toda la administración!

—Pero lo único que tiene que hacer es...

Oyó un clic. El director del FBI le acababa de colgar el teléfono.

David condujo a Karen, Jonah y Monique fuera del laboratorio subterráneo y de vuelta al camión. Aunque el sistema aspersor del laboratorio ya había extinguido el incendio en el tanque de aceite mineral, estaban impacientes por salir de ahí. En cuanto llegaron fuera, David desató las ataduras de sus muñecas. Karen y Jonah se abrazaron a él, llorando, pero Monique volvió corriendo al laboratorio.

—¡Espera un momento! —exclamó David—. ¿Adónde vas?

—¡Tenemos que encontrar un teléfono! ¡Se llevaron nuestros móviles!

Desligándose delicadamente de su ex esposa y su hijo, David regresó a la entrada del laboratorio. Monique cruzó la sala, en busca de un teléfono entre los largos paneles de ordenadores.

—¡Joder! —gritó—. ¿Dónde está el teléfono? ¡Tienen equipos de millones de dólares, pero no un maldito teléfono!

David permaneció en la entrada, reacio a entrar.

—Vamos —apremió a Monique—. Ese cabrón ruso puede enviar refuerzos en cualquier momento.

Monique negó con la cabeza.

—Antes tenemos que llamar y pedir ayuda. Gupta ya ha hecho todos los preparativos para la ruptura espacio-temporal. Si ahora están direccionando el tiro a Washington, van a... ¡Eh!, ¿qué es esto? —Señaló un panel de metal que había en la pared, no muy lejos de la entrada—. ¿Es un interfono?

A su pesar, David entró en la sala para verlo de cerca. Efectivamente parecía un interfono, con una hilera de botones de colores bajo la rejilla de un altavoz. Los botones estaban etiquetados: SALA DE CONTROL, ACELERADOR, INYECTOR PRINCIPAL, TEVATRON Y COLLISION HALL.

—No presiones SALA DE CONTROL —le advirtió David—. Probablemente es ahí donde se encuentra Gupta.

—Quizá podamos ponernos en contacto con una oficina que no hayan tomado todavía. Si encontramos a uno de los ingenieros de *Tevatron*, podríamos convencerle para que cortara la electricidad del colisionador. —Estudió un momento la hilera de botones y luego apretó el que tenía la etiqueta TEVATRON—. ¿Hola? ¿Hola?

No obtuvo respuesta alguna. Pero cuando David acercó la oreja al panel oyó un pitido rápido y agudo.

—Mierda —susurró Monique—. Conozco esta señal —agarró del brazo a David para tranquilizarse a sí misma—. Los rayos ya casi están a punto.

—¿Qué? ¿Qué vamos a...?

—¡No hay tiempo, no hay tiempo! —Y se dirigió a la entrada, llevándolo consigo

—. ¡Tenemos diez minutos, quince como mucho!

Corrió hacia el camión y agarró la manecilla de la puerta del asiento del conductor. Desafortunadamente, estaba cerrada. Probablemente, las llaves todavía estaban en el bolsillo de los pantalones de Brock, en el fondo del tanque de aceite mineral.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Tendremos que ir corriendo!

—¿Adónde? ¿Adónde hemos de ir?

—¡Al túnel acelerador! ¡Por aquí!

Mientras Monique se adelantaba y empezaba a correr hacia el sur en dirección al anillo del *Tevatron*, David se acercó a Karen, que estaba arrodillada en el suelo junto a Jonah. Le aterraba dejarlos solos, pero lo que estaba pasando en el colisionador daba todavía más miedo.

—Tenemos que separarnos —dijo—. Tú y Jonah deberíais salir de aquí lo más rápido que podáis —señaló una franja de asfalto a unos doscientos metros hacia el norte—. Id a esa carretera y torced a la izquierda. Si veis a algún guarda de seguridad o un policía decidle que hay un incendio en el túnel acelerador y que corten la electricidad. ¿Lo has entendido?

Karen asintió. A David le sorprendió lo tranquila que estaba. Ella lo cogió de la mano y la apretó; luego lo empujó hacia el túnel acelerador.

—Ve, David —dijo ella—. Antes de que sea demasiado tarde.

Simon tenía un dilema. Había intentado llamar a Brock por radio, pero no había obtenido respuesta. Lo había intentado tres veces más pero no oía nada más que estática. Era difícil imaginar que un hombre armado con una Uzi hubiera podido ser reducido por un puñado de rehenes atados y amordazados. Pero eso es lo que había.

Simon todavía sostenía a Gupta a punta de pistola, y los estudiantes de la sala de control seguían monitorizando el *Tevatron*, ajustando obedientemente los rayos de protones y antiprotones para que se adaptaran a las nuevas coordenadas del tiro. En unos diez minutos los rayos de partículas estarían listos y tras dos minutos de aceleración empezarán las colisiones. Pero si Swift y Reynolds se habían escapado de Brock, lo más probable era que se dirigieran al túnel acelerador e intentaran interrumpir el experimento. Ahora Simon tenía que elegir entre ir a por ellos o quedarse en la sala de control.

Después de pensárselo unos segundos, apretó el cañón de la Uzi contra el cráneo de Gupta y lo empujó hacia delante. El anciano tenía tanto miedo que apenas se tenía en pie. Sosteniéndolo por el cogote, Simon se dirigió a los estudiantes.

—El profesor Gupta y yo vamos a observar el experimento desde otro sitio, no muy lejano. Espero que todos cumpláis las órdenes que os he dado. Si la demostración fracasa, asesinaré a vuestro profesor de la forma más dolorosa

imaginable. Y luego volveré aquí y os mataré a cada uno de vosotros.

Los estudiantes asintieron y volvieron a sus pantallas. Eran débiles y se les asustaba e intimidaba fácilmente, por lo que Simon estaba seguro de que cumplirían. Fue al fondo de la sala de control y abrió el armario donde estaban las llaves de los puntos de acceso al túnel acelerador. El nieto autista del profesor se lo quedó mirando un momento, sin comprender qué pasaba. Luego bajó la cabeza y volvió a centrar su atención en la *Game Boy* mientras Simon arrastraba al profesor fuera de la sala.

Había casi un kilómetro hasta el *Tevatron*. David y Monique corrieron varios cientos de metros por una carretera pavimentada y luego atravesaron un campo embarrado. Pronto verían el montículo cubierto de hierba que recorría el túnel acelerador y la estructura baja hecha de bloques de hormigón y con una alambrada en la entrada en vez de una puerta. No había ningún vehículo aparcado cerca ni nadie a la vista.

Monique señaló la estructura.

—Ésa es una de las entradas al túnel. El punto de acceso F-Cero.

—Mierda —dijo David, resollando—. Seguramente la entrada estará cerrada. ¿Cómo diablos vamos a entrar?

—Con un hacha contra incendios —contestó ella—. Hay una en cada punto de acceso, por si hay una emergencia en el túnel. Recuerdo haberlas visto la última vez que realicé un experimento aquí.

—Dentro del túnel hay interruptores de cierre manuales, pero probablemente Gupta los habrá inutilizado. Seguro que es una de las primeras cosas que ha hecho.

Con un esprint final llegaron al edificio de bloques de hormigón y rápidamente localizaron el armario contra incendios, que colgaba de una pared exterior. Monique cogió el hacha y corrió hacia la entrada del edificio. A través de la alambrada, David vio una escalera que bajaba al túnel. Agarró el codo de Monique.

—¡Espera un segundo! ¿Cómo vas a apagar el acelerador si han inutilizado los interruptores?

Monique levantó el hacha.

—Con esto. Un corte limpio a través del tubo de aceleración servirá.

—¡Pero si el rayo ya está en funcionamiento, los protones se propagarán por todas partes! ¡Quedarás impregnada de radiación!

Ella asintió apesadumbrada.

—Por eso te vas a quedar aquí arriba a vigilar la entrada. No tiene sentido que nos friamos los dos.

La mano de David apretó con fuerza el codo de Monique.

—Déjame hacerlo a mí. Yo iré.

Ella enarcó una ceja. Se lo quedó mirando como si hubiera dicho una estupidez.

—Eso es ridículo. Tienes un hijo, una familia. Yo no. Es un cálculo sencillo. — Liberó el brazo de su presa y se colocó delante de la entrada.

—¡No, espera! Quizá podamos...

Ella levantó el hacha por encima de su cabeza e iba a dejarla caer sobre la cerradura de la entrada cuando una bala le alcanzó. David oyó el disparo y vio que del costado de Monique salía sangre, justo por encima de la cintura de sus pantalones cortos. Ella dejó escapar un «Uhhh» de sorpresa y dejó caer el hacha. Él la cogió por los hombros cuando se desplomó y rápidamente torció la esquina del edificio con ella a rastras.

—¡Dios santo! —gritó él—. ¡Monique!

Su rostro se contraía de dolor y se aferró al bíceps de David mientras éste la tumbaba en el suelo y le levantaba la camiseta. Había un agujero de entrada a la izquierda del abdomen y otro de salida a la izquierda. La sangre salía profusamente de ambos.

—¡Joder! —dijo ella entrecortadamente—. ¿Qué ha pasado?

Él echó un vistazo por la esquina. A unos cincuenta metros divisó a uno de los estudiantes de Gupta pegado a la pared de otro edificio de bloques de hormigón. Aunque ambos llevaban Uzis, los estudiantes se quedaron ahí, inmóviles, sin duda traumatizados por su primera experiencia con una arma. Uno de ellos hablaba por radio.

David se volvió a Monique.

—Son dos, pero ahora vendrán más —le informó—. Arrodillado junto a ella, deslizó un brazo por debajo de su espalda y otro por debajo de las rodillas.

—Voy a sacarte de aquí. —Pero ella soltó un grito cuando él intentó levantarla y la sangre salió a borbotones del agujero de salida, empapándole los pantalones.

—¡Bájame, bájame! —gimió ella—. Tendrás que hacerlo tú. Hay otro punto de acceso a medio kilómetro al sur.

—No puedo...

—¡No hay tiempo para discutir! ¡Coge el hacha y vete!

Simon encerró al profesor Gupta en un cuarto de almacenaje del Collision Hall. En cuanto estuvieron fuera del alcance del oído de la sala de control podría haberlo matado fácilmente sin que nadie se enterara, pero decidió que sería justo que el profesor viviera para ver los resultados de su experimento.

Justo cuando Simon salía del Collision Hall, recibió una transmisión de radio del par de estudiantes a los que había asignado patrullar el túnel acelerador. Dos minutos después, Simon llegó a la entrada del túnel. Los estudiantes estaban de pie a diez metros de Reynolds, ambos apuntándola nerviosamente con sus ametralladoras a pesar de que estaba claro que no estaba en condiciones de devolver el fuego. Yacía

tumbada sobre la espalda en un charco de sangre, todavía viva, pero no por mucho tiempo.

—¿Estaba sola? —les preguntó Simon—. ¿Habéis visto a alguien más?

El estudiante gordo negó con la cabeza, pero el delgado no estaba tan seguro. Se secó el sudor de la frente y se colocó bien la montura de las gafas en el puente de la nariz.

—Después de que Gary le disparara estoy seguro de que alguien la ha llevado a rastras al otro lado de la esquina. Pero no lo vi bien.

Simon dio un paso hacia el zoquete miope.

—¿En qué dirección se ha ido?

—No lo sé, no lo volví a ver. Estaba ocupado llamándote por radio, y para cuando hemos...

Simon apretó el gatillo y silenció al tontaina. Luego se volvió sobre los talones y ejecutó al gordo. Estos niños grandes eran menos que inútiles. Ahora Swift andaba suelto por ahí, probablemente corriendo hacia otra entrada al túnel, y Simon no tenía ni idea de a qué punto de los seis kilómetros del anillo se dirigía. Enfurecido, pateó la cara del primer estudiante al que había disparado y le rompió las gafas.

Luego la mujer herida dejó escapar un gemido, un gutural y quebrado, «Daaaaavid». Entonces a Simon se le ocurrió que quizá no estaba todo perdido. Podía ser que Reynolds supiera adónde se dirigía Swift.

Simon sacó su cuchillo de combate de su funda y con grandes zancadas se acercó a ella. Tenía los ojos cerrados pero todavía estaba consciente.

Karen no podía creer su buena suerte. Mientras corría con Jonah por la carretera que David le había señalado, se cruzó con tres camiones de bomberos y un Jeep blanco y rojo que iban en su dirección. Agitó frenéticamente los brazos para que se detuvieran. Los camiones pasaron de largo con las sirenas encendidas, pero el Jeep, que tenía las palabras «Jefe de Bomberos de *Fermilab*» escritas en la puerta del asiento del acompañante, sí se paró. Un hombre calvo de cara redonda y jovial bajó la ventanilla.

—¿Puedo ayudarle en algo, señora?

Ella se quedó quieta un segundo para recuperar el aliento.

—¡Hay fuego! ¡En el túnel acelerador! ¡Tienen que cortar la electricidad!

El jefe de bomberos sonrió, imperturbable.

—Tranquila, tranquila. Nos han informado de que se ha activado el sistema de rociadores del Detector Número Tres. Ahí se dirigen los camiones.

—¡No, no, ese fuego ya se ha extinguido! ¡Tienen que ir al túnel acelerador! ¡Tienen que cortar la electricidad antes de que lo hagan saltar por los aires!

La sonrisa del jefe se apagó un poco. Miró a Karen de arriba abajo y luego a

Jonah, que todavía lloraba.

—¿Perdone, señora, tiene su pase de visitante de *Fermilab*?

—¡No! ¡Nos han traído en un camión!

—Me temo que no puede estar en los terrenos del laboratorio sin un pase. Tiene que...

—¡Por el amor de Dios! ¿Un grupo de terroristas ha tomado el lugar y a usted lo que le preocupa es un maldito pase de visitante?

La sonrisa desapareció del todo. El jefe movió el Jeep para aparcarlo y abrió la puerta.

—Está usted infringiendo la ley, señora. Creo que será mejor que venga...

Karen agarró la mano de Jonah y salió corriendo.

David corría por una hilera de robles que le proporcionaban cierta protección mientras seguía la curva del montículo que había sobre el túnel acelerador. No miró hacia donde había dejado a Monique. Había avanzado casi un kilómetro, así que tampoco podría verla ya, pero aun así no quería mirar atrás. Tenía que apartar todo de su mente excepto el rayo.

Con el hacha en la mano, corrió hacia la entrada E-Cero, una estructura de bloques de hormigón idéntica a la anterior. Una voluminosa carretilla eléctrica de color amarillo estaba aparcada junto al edificio; probablemente lo utilizaban los trabajadores de mantenimiento para remolcar material de un punto de acceso a otro, pero los trabajadores todavía no habían llegado. Lo único que oía era el canto de los pájaros y un leve zumbido que provenía de la escalera que bajaba hacia al túnel acelerador.

Rápidamente examinó la entrada que había en lo alto de las escaleras. Estaba cerrada con una cadena y un candado Master, pero la cadena era fina y barata. David cogió el mango del hacha como si fuera un bate de béisbol e hizo un par de movimientos de práctica. Luego la echó hacia atrás del todo y golpeó con la hoja los débiles eslabones de la cadena. La sacudida del impacto en las manos fue tremenda y casi se le cae el hacha, pero cuando volvió a mirar la cadena estaba partida en dos.

Abrió la puerta y bajó corriendo las escaleras. Al final de los escalones, sin embargo, tuvo que detenerse: había otra puerta cerrada que bloqueaba la entrada al túnel. A través de los barrotes de la puerta podía ver el tubo de aceleración, largo, curvado y plateado, a medio metro del suelo del túnel. Esto también lo había leído en *Scientific American*. Los imanes superconductores encajonaban casi todo el tubo, y quedaban ensartados como cuentas en un collar gigante, con la diferencia de que cada imán medía casi tres metros de largo y tenía forma de ataúd. Los imanes mantenían la dirección de los protones y antiprotones, guiaban su recorrido dentro del tubo de acero. Al encender el interruptor, estos mismos imanes harían chocar los rayos y

darían inicio al apocalipsis.

David volvió a levantar el hacha, pero la segunda puerta era un obstáculo más duro que la primera. Estaba cerrada con dos cerrojos de seguridad que salían de las jambas. Cuando las golpeó, la hoja del hacha no les hizo mella. Decidió entonces golpear el centro de la puerta, pero no consiguió siquiera abollar los barrotes. Parte del problema era que el pasillo era demasiado estrecho; no tenía espacio suficiente para golpear bien. Frustrado, volvió a intentar romper los cerrojos, pero esta vez lo que se rompió fue la cabeza del hacha. David dejó escapar un «¡Joder!» y aporreó la puerta con el mango roto. Estaba a dos pasos del tubo de aceleración, pero no podía acercarse más.

No se le ocurrió nada mejor, así que volvió a subir la escalera. Aunque probablemente podría encontrar otra hacha en algún lugar de las instalaciones, sabía que no serviría de nada. Quizá conseguía abrir una brecha en la puerta si se pasaba media hora golpeándola, pero como mucho tenía unos pocos minutos. Al salir fuera miró alrededor en busca que algún tipo de ayuda —una llave, una sierra, un cartucho de dinamita—. Y entonces sus ojos se posaron en el cochecito eléctrico.

Afortunadamente, el motor del cochecito se arrancaba presionando un botón. David se sentó en el asiento del acompañante y condujo el vehículo hacia la entrada del túnel, que parecía ser suficientemente ancha. Pisando el pedal al máximo, aceleró el cochecito hasta los treinta kilómetros por hora. Luego saltó del vehículo y vio cómo bajaba los peldaños a toda velocidad.

El choque fue fortísimo, lo cual hizo que aumentaran las esperanzas de David. Bajó a toda prisa la escalera y vio el cochecito amarillo en equilibrio sobre un montón de escombros. La parte frontal del vehículo estaba dentro del túnel, mientras que la trasera colgaba fuera de la puerta. Las ruedas traseras daban vueltas frenéticamente en el aire —el motor del cochecito todavía funcionaba y seguramente el pedal del acelerador había quedado atascado— pero David consiguió subirse al chasis y cruzar la brecha.

Se deslizó hasta el suelo de hormigón del túnel, que estaba repleto de trocitos de cristal de los faros del cochecito. El tubo de aceleración, sin embargo, parecía intacto. A unos metros David vio un panel de control en la pared. Tras murmurar una rápida oración, abrió el panel y tiró del interruptor de cierre manual. Pero no pasó nada. La larga hilera de imanes superconductores siguió zumbando. Gupta había inutilizado los interruptores, tal y como Monique había predicho.

David cogió un escombros del choque, una pesada barra de acero que había salido despedida de la puerta. Era la única opción que se le ocurría. Era imposible inutilizar los imanes superconductores —las bobinas estaban situadas detrás de gruesas columnas de acero— y los cables eléctricos del colisionador iban por el arqueado techo del túnel, fuera de su alcance. No, la única forma de apagar el *Tevatron* era

abrir una brecha en el túnel de aceleración. Tenía que aporrearlo con fuerza suficiente para interrumpir el flujo de partículas, que luego impregnarían su cuerpo como si de un trillón de dardos diminutos se tratara. David empezó a notar un escozor en los ojos. Bueno, pensó, al menos será rápido.

Se frotó los ojos y susurró «Adiós, Jonah». Luego levantó el barrote de acero por encima de su cabeza. Pero al avanzar hacia una sección del tubo de aceleración entre dos imanes, advirtió que había otro tubo justo por encima, en el que ponía «HE» en letras negras. Era el tubo que suministraba el helio líquido ultrafrío a los imanes. El helio era lo que convertía en superconductores a los imanes; bajaba la temperatura de sus bobinas de titanio hasta que podían conducir la electricidad sin ninguna resistencia. Mientras David lo observaba, se dio cuenta de que había otra forma de detener los rayos de partículas.

Agarró bien el barrote de acero y apuntó al tubo de helio. Sólo necesitaba una grieta. Una vez expuesto al aire, el helio líquido se convertiría en gas y escaparía; entonces, los imanes se sobrecalentarían y el *Tevatron* se apagaría automáticamente. David golpeó con todas sus fuerzas directamente sobre el «HE» negro. Un agudo sonido metálico resonó por todo el túnel. El golpe hizo una abolladura de un par de centímetros; estaba bien, pero no era suficiente. Golpeó el tubo otra vez en el mismo punto, aumentando el tamaño y la profundidad de la abolladura. Un golpe más bastaría, pensó mientras levantaba una vez más el barrote de acero. Entonces alguien le cogió el barrote de las manos y lo apartó del tubo de aceleración.

—No, señora, no pasa nada. Otro maravilloso día más en el laboratorio. Veinticinco grados y ni una sola nube en el cielo.

Adam Ronca, el jefe de seguridad de *Fermilab*, hablaba con un divertido acento de Chicago. Mientras hablaba con él por teléfono, Lucille se imaginó su aspecto: fornido, rubicundo, de mediana edad. Un tío de trato fácil que había encontrado un trabajo no demasiado estresante.

—¿Y qué hay de los informes de incidentes? —preguntó ella—. ¿No hay ninguna señal de actividades inusuales en las últimas horas?

—A ver, veamos —Hizo una pausa y le oyó pasar unas hojas—. A las 4.12 de la madrugada, la guarda de la Puerta Oeste vio algo moviéndose entre los árboles. Resultó ser un zorro. Y a las 6.07, el Departamento de Bomberos respondió a una alarma en el Detector Número Tres.

—¿Una alarma?

—Probablemente no es nada. Suelen tener problemas con el sistema de rociado. La maldita cosa siempre... —Un crepitar de estática lo interrumpió—. Esto, perdone, agente Parker. El jefe de bomberos me llama por radio.

—¡Espere! —gritó Lucille, pero ya la había puesto en espera. Durante casi un

minuto ella tamborileó con los dedos en el escritorio mientras miraba los informes de seguimiento del teléfono móvil de George Osmond. *Fermilab* era un objetivo terrorista muy improbable; en ese laboratorio se guardaba muy poco material radiactivo y ningún diseño de armamento. Pero quizá el señor Osmond estaba interesado en otra cosa.

Finalmente, Ronca volvió a ponerse al teléfono.

—Lo siento, señora. El jefe de bomberos necesitaba mi ayuda en algo. ¿Qué estaba usted...?

—¿Por qué necesitaba su ayuda?

—Oh, ha visto una pareja de intrusos. Una loca que iba con su hijo. Sucede más a menudo de lo que se imagina.

Lucille apretó con fuerza el auricular del teléfono. Pensó en la ex esposa de Swift y el hijo de ambos, que llevaban dos días desaparecidos.

—¿Era una mujer de treintaitantos, rubia, uno setenta y cinco de altura, más o menos? ¿Con un niño de siete años?

—¿Oiga, cómo sabe...?

—Escúcheme atentamente, Ronca. Puede que estén sufriendo un ataque terrorista. Tiene que cerrar el laboratorio.

—Eh, Eh, un momento. No puedo...

—Mire, conozco al director de la oficina del Bureau en Chicago. Le diré que envíe unos agentes. ¡Usted asegúrese de que nadie abandona las instalaciones!

El profesor Gupta sabía exactamente dónde estaba. El cuarto en el que lo habían encerrado no quedaba muy lejos del detector del colisionador, la joya de la corona de *Fermilab*. Sentado con la espalda contra la pared podía oír el leve zumbido del artefacto y sentir las vibraciones en el suelo.

El detector tenía la forma de una rueda gigante, de más de diez metros de altura, y el tubo de aceleración estaba colocado en su eje y rodeado de anillos concéntricos de instrumentos —cámaras de difusión, calorímetros, contadores de partículas—. Durante el funcionamiento normal del *Tevatron*, estos instrumentos siguen las trayectorias de los quarks, mesones y fotones que se desprenden de las colisiones de alta energía. Pero hoy no saltarían partículas del centro de la rueda. En vez de eso las colisiones provocarían un agujero en nuestro universo, desde el que los neutrinos estériles escaparían a las dimensiones adicionales, y ningún instrumento en el planeta podría detectar su presencia hasta que regresaran a nuestro espacio-tiempo. Gupta había podido oír las coordenadas del nuevo blanco que Simon les había dado a sus estudiantes, así que podía prever el punto en el que los neutrinos volverían a entrar en nuestro universo. Aproximadamente a mil kilómetros al este. En algún lugar de la Costa Este.

El profesor bajó la cabeza y se quedó mirando el suelo. No era culpa suya. Él nunca quiso hacerle daño a nadie. Desde el principio fue consciente de que el esfuerzo podía requerir algún sacrificio, claro está. Sabía que Simon tendría que ejercer cierta presión a Kleinman, Bouchet y MacDonald para extraerles la *Einheitliche Feldtheorie*. Pero eso era inevitable. En cuanto las ecuaciones estuvieran en manos de Gupta, él hubiera evitado todo acto violento que pudiera echar a perder su demostración de la teoría unificada. Él no tenía la culpa de que sus órdenes no se hubieran cumplido debidamente. El problema era la mera perversión humana. El mercenario ruso lo había engañado desde el principio.

Mientras Gupta permanecía sentado en la oscuridad oyó un nuevo ruido, una vibración lejana. Era el sonido del sistema RF, que estaba generando un campo magnético oscilante para acelerar los protones y antiprotones. Cada vez que las partículas daban la vuelta al anillo, 50.000 veces por segundo, el campo magnético les daba un nuevo impulso. En menos de dos minutos, los enjambres de protones y antiprotones llegarían a la energía máxima y los imanes superconductores harían que los dos rayos chocaran. El profesor levantó la cabeza y escuchó atentamente. Puede que no pudiera oír la ruptura del espacio tiempo, pero sí se enteraría de si el experimento había funcionado.

David estaba tumbado en el suelo del túnel de aceleración. Simon se acercó amenazante y le puso un pie sobre el pecho, haciéndole difícil respirar e imposible ponerse en pie. Mareado y jadeante, David se agarró a la bota de piel del tipo e intentó apartarla de su caja torácica, pero el mercenario se limitó a hacer todavía más presión y a clavarle el talón. Por si acaso, Simon también apuntaba con su Uzi a la frente de David, pero no parecía particularmente inclinado a disparar. Quizá le preocupaba que una bala perdida pudiera impactar en el tubo de aceleración. O quizá simplemente quería regodearse. Mientras aplastaba con el talón de su bota el esternón de David, el volumen del zumbido de los imanes superconductores era cada vez más alto y el suelo del túnel comenzó a vibrar.

—¿Oye eso? —preguntó Simon mientras una amplia sonrisa le cruzaba la cara—. Es la aceleración final. Sólo quedan dos minutos.

David se retorció, pataleó y golpeó con los puños la pierna de Simon, pero el cabrón permaneció ahí, impertérrito. Parecía un hombre enajenado por la pasión, mirando boquiabierto a la víctima que mantenía inmóvil en el suelo. Después de un rato, las fuerzas de David comenzaron a menguar. Sentía punzadas en la cabeza y le salía sangre de los cortes de la cara. Iba a llorar, a llorar de dolor y desesperación. Todo era culpa suya de principio a fin. Pensó que podría echarle un vistazo a la Teoría del Todo sin sufrir las consecuencias, y ahora estaba siendo castigado por su pecado de orgullo, esta absurda tentativa de querer leer la mente de Dios.

Simon asintió.

—¿A que duele? Y sólo lleva unos pocos segundos. Imagine lo que es vivir así durante años.

A pesar de la presión en el pecho, David consiguió aspirar algo de aire. Aunque fuera completamente inútil, iba a seguir plantándole cara a este cabrón.

—¡Cabrón! —dijo jadeante—. ¡Puto cobarde!

El mercenario se rió entre dientes.

—No me va a estropear el humor, doctor Swift. Ahora soy feliz, por primera vez en cinco años. He hecho lo que mis hijos querían que hiciera. —Miró por encima del hombro el tubo de aceleración—. Sí, lo que querían.

David negó con la cabeza.

—¡Eres un loco de mierda!

—Puede que sí, puede que sí. —Tenía la boca abierta y la lengua le colgaba obscenamente del labio inferior—. Pero de todas formas lo he hecho. Como Sansón y los filisteos. Voy a derribar los pilares de sus casas y hacer que caigan sobre sus cabezas.

Simon cerró el puño de la mano que tenía libre. Volvió un momento la mirada hacia la pared del túnel.

—Nadie se va a reír en mi tumba —murmuró—. Ni risas, ni compasión. Nada excepto... —Su voz se fue apagando. Parpadeó unas pocas veces y se pellizó el puente de la nariz. Luego, retomando el hilo, miró con odio a David y le volvió a clavar el talón—. ¡Nada más que silencio! ¡El resto es silencio!

David sintió una sacudida en el pecho, pero no a causa de la bota de Simon. Miró atentamente el rostro del mercenario. El bastardo parecía estar adormilado. Arrastraba la mandíbula y se le caían los párpados. Entonces David miró el tubo de helio líquido que había intentando perforar. La sección cercana al «HE» todavía estaba intacta, pero el tubo estaba ligeramente torcido en el empalme, unos metros más a la izquierda. Parecía como si hubiera una pequeña filtración en la junta; no suficientemente grande para sobrecalentar los imanes, pero quizá sí para reemplazar parte del oxígeno del túnel. Y como el helio era el segundo elemento más ligero, se habría propagado más rápidamente por la parte superior del túnel que en el espacio cercano al suelo.

Simon parpadeó unas pocas veces más.

—¿Qué hace? ¿Qué mira? —estiró el brazo derecho, acercando la Uzi a medio metro de la frente de David—. ¡Debería dispararle ahora mismo! ¡Debería enviarlo al infierno!

El mercenario respiraba jadeante. Era uno de los síntomas de la falta de oxígeno. Otro era la pérdida de coordinación muscular. David levantó los brazos como si se rindiera. Puede que aún tuviera una oportunidad.

—¡No, no dispaes! —gritó—. ¡Por favor, no!

Simon torció el gesto.

—¡Maldito gusano! Es...

David esperó a que Simon volviera a parpadear, entonces le golpeó con el brazo derecho y de un manotazo le quitó la Uzi de las manos. Cuando la subametralladora saltó volando por encima del suelo de hormigón, Simon levantó la pierna que estaba aplastando el pecho de David. Agarrándole la bota con ambas manos, David se la retorció como si fuera un sacacorchos y Simon cayó al suelo.

El arma, pensó David. He de conseguir el arma. Quedaba menos de un minuto. Se puso en pie pero permaneció agachado para no respirar demasiado helio. Le llevó un par de segundos divisar la Uzi, que había resbalado hasta quedar debajo del tubo de aceleración, a casi seis metros. Empezó a correr para cogerla, pero había esperado demasiado. Antes siquiera de tres pasos, Simon lo atrapó y lo cogió de la cintura. El mercenario lo tiró contra la pared y corrió hacia la Uzi.

Por un momento, David se limitó a mirarlo aterrorizado. Luego se dio la vuelta y empezó a correr en dirección opuesta, de vuelta al túnel de entrada. Corría por instinto, pensando únicamente en huir, pero no había escapatoria a menos que consiguiera apagar el colisionador. Mientras Simon se arrodillaba en el suelo y cogía su Uzi, David miró frenéticamente entre los escombros de la entrada, buscando algo pesado para tirar al tubo de aceleración. Luego levantó los ojos y vio el cochecito eléctrico. Había quedado en medio de la brecha, con el chasis en precario equilibrio sobre la puerta destrozada y el motor todavía impulsando las ruedas en el aire.

Al llegar al cochecito oyó pasos detrás de él. Simon avanzaba por el túnel con su Uzi. Pero no apretó el gatillo; disparar de lejos era demasiado arriesgado por si una bala salía perdida. El cabrón esperó hasta llegar un poco más cerca y David tuvo un precioso segundo más para reaccionar. Agachándose delante del cochecito amarillo, tiró de él con todas sus fuerzas. Pero no se movió. Pesaba mucho, al menos ciento ochenta kilos, y los bajos descansaban sobre un montón de metales retorcidos. David volvió a tirar, pero no sirvió de nada. El maldito bicho estaba atascado.

Cuando Simon estuvo a tres metros de distancia levantó la Uzi y apuntó. David dejó escapar un grito animal, un aullido de desafío. El mercenario disparó, pero David se agachó para hacer un último esfuerzo y las balas le pasaron silbando por encima de la cabeza. En ese mismo instante el cochecito finalmente cedió y se deslizó dentro del túnel.

El vehículo corcoveó como un toro en cuanto sus ruedas traseras tocaron el suelo. Simon dejó caer la Uzi y se abalanzó hacia delante. Se lanzó sobre el cochecito, intentando alcanzar el volante, pero en el último momento una de sus botas resbaló en un trozo de cristal roto. Se cayó delante de la trayectoria del vehículo justo cuando se precipitaba contra el tubo de aceleración.

David saltó por encima de la puerta rota y se echó a un lado, detrás de la pared de hormigón. Luego hubo un flash de luz blanca y una ensordecedora explosión.

El profesor Gupta oyó una explosión lejana. Un momento después el zumbido de los imanes superconductores cesó. En unos pocos segundos el Collision Hall quedó en silencio. El *Tevatron* se había apagado.

Agachado en un rincón del cuarto de almacenaje, Gupta pudo oír los latidos de su corazón. Cerró los ojos y vio una lámina arrugada, ondulante, la misma que había aparecido en la simulación de ordenador que había creado. Vio un enjambre de neutrinos estériles liberarse de la lámina y recorrer sus pliegues como si fueran un billón de cenizas al rojo blanco. Luego se desmayó y no vio nada más que oscuridad.

Le despertaron los agudos gritos de sus estudiantes. Estaban bastante cerca, y gritaban «¡Profesor, profesor!» con voces angustiadas. Incorporándose, Gupta gateó hasta la parte delantera del armario y golpeó la puerta con el puño.

Las voces se acercaron.

—¿Profesor? ¿Es usted?

Alguien encontró la llave y abrió la puerta. Los primeros estudiantes que Gupta vio fueron Richard Chan y Scott Krinsky, que entraron a toda prisa en el armario y se arrodillaron a su lado. Los demás llegaron justo detrás de ellos y abarrotaron el pequeño espacio. Gupta tenía la boca tan seca que apenas podía hablar.

—Richard —dijo con voz ronca—. ¿Qué ha ocurrido?

Richard tenía las mejillas mojadas por las lágrimas.

—¡Profesor! —dijo entre sollozos—. ¡Pensábamos que había muerto! —Y con abandono infantil rodeó a Gupta con sus brazos.

El profesor lo apartó.

—¿Qué ha ocurrido? —volvió a decir, esta vez más alto.

Scott se acercó, llevaba las gafas torcidas y la Uzi le colgaba del hombro.

—Seguíamos las instrucciones de Simon, pero unos segundos antes del impacto ha habido una explosión en el sector E-Cero del túnel de aceleración.

—¿O sea que las colisiones no han empezado? ¿No ha habido ninguna ruptura espaciotemporal?

—No, la explosión ha perturbado el desarrollo del rayo y el *Tevatron* se ha apagado.

Gupta sintió una oleada de alivio. Gracias a Dios.

—Hemos empezado a buscarlo después del apagón —añadió Scott—. Temíamos que Simon hubiera cumplido su palabra y lo hubiera asesinado. —Se mordió el labio inferior—. Ha matado a Gary y Jeremy. Hemos encontrado sus cuerpos fuera de la entrada al túnel F-Cero. Yo he cogido una de sus Uzis.

Gupta echó un vistazo a la fea arma negra.

—¿Dónde está Michael? —Miró por detrás de Scott y Richard, buscando la cara de su nieto—. ¿No ha venido con vosotros?

Se miraron el uno al otro nerviosamente.

—Esto..., no —contestó Scott—. No lo he visto desde que hemos salido de la sala de control.

El profesor negó con la cabeza. Sus estudiantes lo rodeaban como una banda de niños indefensos. Le habían fallado miserablemente y ahora esperaban su perdón y sus siguientes instrucciones. El enfado que Gupta sentía hacia ellos proporcionó fuerzas renovadas a sus extremidades. Estiró el brazo hacia Scott.

—Ayúdame a levantarme —le ordenó—. Y dame esa arma.

Sin vacilar, Scott lo ayudó a ponerse en pie y le dio la Uzi. Gupta se la llevó a la cadera mientras salía del armario.

—Muy bien, volvamos a la sala de control —anunció—. Vamos a encontrar a Michael y reiniciaremos el experimento.

Richard se lo quedó mirando consternado.

—¡Pero el túnel está dañado! ¡Según los indicadores hay media docena de imanes que no funcionan!

Gupta hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Podemos reparar los daños. Tenemos todo el equipo necesario.

Cruzó el Collision Hall hacia una de sus salidas, mientras sus inquietos estudiantes lo seguían rezagados. No era demasiado tarde para realizar otro intento. Puede que les llevara varias horas arreglar el túnel, pero con un poco de suerte podrían acumular otra carga de partículas hacia el final del día. Esta vez los neutrinos estériles apuntarían a las coordenadas originales, cinco mil kilómetros por encima de Estados Unidos. Los preciosos rayos de la explosión iluminarían el cielo justo al caer la noche.

Al salir fuera del edificio, Scott se acercó a él y lo cogió suavemente del codo.

—Hay otro problema, profesor —dijo—. Los guardas de seguridad del laboratorio saben que estamos aquí. Hemos visto a tres dirigiéndose hacia la sala de control justo cuando nosotros nos íbamos.

Gupta, que en aquel momento cruzaba un aparcamiento a grandes zancadas en dirección al montículo que recorría el túnel acelerador, no se detuvo.

—No importa. Cumpliremos con nuestro destino. Vamos a rehacer el mundo.

—¡Pero los guardas tienen armas! ¡Y vendrán más!

—Ya te lo he dicho, no importa. La humanidad lleva más de medio siglo esperando. La *Einheitliche Feldtheorie* no puede permanecer más tiempo oculta.

Scott apretó con mayor fuerza el codo de Gupta.

—¡Profesor, escuche por favor! ¡Tenemos que salir de aquí o nos arrestarán!

El profesor se zafó de la mano de Scott y levantó la Uzi, apuntando el pecho del

tonto con el cañón. Los demás estudiantes se detuvieron de golpe, desconcertados. ¡Imbéciles! ¿Es que no se daban cuenta de lo que había que hacer?

—¡Dispararé a quien intente detenerme! —gritó—. ¡Ahora nada en el mundo me podrá parar!

Scott levantó los brazos pero no se apartó. En vez de eso el tontaina dio un paso adelante.

—Por favor, sea razonable profesor. Puede que lo podamos intentar en alguna otra ocasión, pero ahora debemos...

Gupta lo calló disparándole al corazón. Luego disparó a Richard, que cayó de espaldas al asfalto. Los demás se quedaron inmóviles, con los ojos abiertos. Ni siquiera tuvieron la sensatez de huir corriendo. Enfurecido por su estupidez, el profesor siguió disparando, moviendo su Uzi de un lado a otro ante sus caras de pavor. Caían como marionetas mientras morían. Gupta disparó unas cuantas ráfagas más para asegurarse de que estaban muertos. De todas formas eran unos inútiles, un malgasto de oxígeno. Tendría que regresar y cumplir él solo su destino.

Se dirigió hacia el Wilson Hall, caminando junto al montículo, pero entonces un todoterreno negro aparcó en la carretera y tres hombres vestidos con traje gris bajaron del coche. Se agacharon detrás del vehículo, le apuntaron con sus pistolas y le gritaron tonterías indescifrables. Más estupidez, pensó el profesor. Hoy había raciones extra.

Molesto, Gupta se dio la vuelta hacia los hombres y levantó su Uzi, pero antes de poder apretar el gatillo vio que la boca de una de sus pistolas emitía un destello amarillo. Una bala de nueve milímetros cruzó el aire, en una línea tan recta como la de un protón de alta energía aunque sin su rapidez. La colisión hizo trizas el cráneo de Gupta, eyectando partículas de piel, sangre y hueso. Y entonces la mente del profesor se liberó de nuestro universo y se fundió con el cielo sin nubes.

Una ambulancia y un camión de bomberos estaban parados con el motor en marcha junto a la entrada al túnel F-Cero. David apretó el paso, cojeando tan rápido como podía hacia el edificio de hormigón. Se había desmayado después de la explosión en el túnel acelerador, de modo que no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado desde que dejó a Monique. ¿Veinte minutos? ¿Treinta? Recordó las terribles heridas en su estómago, la sangre que salía a borbotones de ambos agujeros. Esperaba que los paramédicos la hubieran encontrado a tiempo.

Cuando estaba a unos veinte metros vio un cuerpo en el suelo cubierto con una sábana. Dos bomberos con todo el equipo estaban al lado de pie, mirando al cadáver. David se detuvo tambaleante, con las piernas temblando. Sintió una presión en el pecho al ver que a unos pocos metros a la izquierda había un segundo cadáver cubierto con una sábana. Y entonces, todavía más a la izquierda, vio a dos

paramédicos vestidos con monos azules transportando una camilla hacia la parte trasera de la ambulancia. Alcanzó a vislumbrar una cara morena con un respirador de oxígeno sobre la boca.

—¡Monique! —gritó mientras se acercaba dando saltos a la camilla. ¡Todavía estaba viva!

Un tercer paramédico, un muchacho alto con un bigote negro, lo interceptó antes de que llegara a la ambulancia.

—¡Eh, tranquilízate, colega! —dijo el muchacho, cogiéndolo del brazo y mirándolo de arriba abajo—. ¿Qué te ha pasado?

David señaló la camilla.

—¿Cómo está ella? ¿Se pondrá bien?

—No te preocupes, la hemos estabilizado. Ha perdido mucha sangre, pero se pondrá bien. —Se quedó mirando con evidente preocupación los cortes que David tenía en la frente—. Pero a ti parece que te vendría bien algo de ayuda.

David se puso tenso, echó un paso hacia atrás y se zafó del paramédico. Estaba tan preocupado por Monique que se había olvidado de sí mismo. Aunque se había escondido detrás de una gruesa pared de hormigón antes de que el tubo de aceleración explotara, sabía que los protones de alta energía podían generar todo tipo de feas partículas secundarias.

—No me toques —le advirtió—. Estaba en el túnel acelerador, puede que esté contaminado.

Un tic nervioso contrajo el bigote del muchacho. Se apartó de golpe y se volvió hacia uno de los bomberos que estaban con los cadáveres.

—¡Alex! ¡Necesito una lectura de radiación, rápido!

Alex llegó corriendo con un contador Geiger, un grueso tubo de metal conectado a un monitor de mano. Si David había estado expuesto a la ducha de partículas del tubo de aceleración, el contador detectaría material radiactivo en la ropa y la piel. Contuvo la respiración mientras el bombero movía el tubo delante de él, siguiendo un enrevesado patrón, de la cabeza a los pies.

El tipo finalmente levantó la vista.

—No detecto nada —informó—. Estás limpio.

David silbó aliviado. Debía de haber absorbido algo de radiación, pero no la suficiente para matarlo. Gracias a Dios por la protección de hormigón.

—Deberíais enviar una unidad a la entrada E-Cero —le dijo al bombero—. Ese sector del túnel se debería acordonar. Hay otra víctima mortal. Aunque no queda mucho de ella.

Alex negó con la cabeza.

—¡Dios mío! ¿Qué diablos sucede esta mañana? La gente se dispara con Uzis, a un adolescente pirado le da un arrebató, y ahora nos dices que hay otro cadáver en...

—Un momento. ¿Un adolescente?

—Sí, en el aparcamiento al lado de la sala de control. No deja de gritar y aporrear todo el equipo que hay dentro de los camiones... Eh, ¿adónde te piensas que vas?

David empezó a correr. Mientras los bomberos le gritaban y cogían sus radios, él rodeó el edificio de hormigón. Era el último tramo de su viaje, los últimos quinientos metros. Estaba solo y cansado hasta la extenuación, pero aún le quedaban fuerzas suficientes para recorrer la curva que hacía el montículo, pasar por delante del Inyector Principal, la Fuente de Antiprotones, el Acelerador y el Acumulador, hasta llegar al extenso complejo que albergaba la sala de control del *Tevatron*.

Entró a toda velocidad en el aparcamiento en el que estaban estacionados los camiones de Gupta. Lo primero que advirtió fueron los Suburbans negros situados en ambas salidas para evitar que nadie saliera. Entonces, para su alegría, vio a Karen y a Jonah sentados en el capó de uno de los todoterrenos. Una pareja de agentes del FBI estaba al lado, ofreciéndole a Jonah una barrita de desayuno y a Karen un vaso de agua. Estos agentes parecían bastante mansos; ninguno de los dos sacó su arma cuando David se les acercó corriendo. Uno de ellos incluso sonrió cuando Jonah saltó del capó y se echó a los brazos de David.

Después de esperar que padre e hijo terminaran de abrazarse, los agentes llevaron a David a un lado y lo cachearon. Luego su comandante, un caballero de pelo gris con un pin de Notre Dame en la solapa, vino y le dio la mano.

—Soy el agente Cowley —informó—. ¿Está usted bien, doctor Swift?

David se lo quedó mirando con recelo. ¿Por qué diablos era tan amable?

—Sí, estoy bien.

—Su ex esposa ya nos ha contado la terrible experiencia por la que han pasado. Es usted un hombre muy afortunado. —Luego el agente se puso serio y bajó la voz—. Casi todos los demás están muertos, me temo. El profesor Gupta y todos sus estudiantes. Ha sido un baño de sangre.

—Así que conoce a Gupta. ¿Sabe lo que quería hacer?

—Bueno, sí, en líneas generales. La agente Parker me ha hecho un resumen cuando veníamos de camino. Todavía hay cosas que no tenemos claras. Le estaríamos muy agradecidos si pudiera venir a nuestra oficina y ayudamos a clarificar algunas cuestiones. Después de que lo hayan vendado, quiero decir.

El agente le ofreció a David una sonrisa paternal y le puso la mano sobre el hombro. No lo engañaba, claro está; el FBI seguía siendo la misma cosa. Esta falsa educación no era más que un cambio de táctica. Sus intentos previos habían fracasado, de modo que ahora probaban otra cosa.

David le devolvió la sonrisa.

—Está bien, puede contar conmigo. Pero antes me gustaría ver a Michael.

—¿Michael? ¿Se refiere al nieto del profesor Gupta?

—Sí, quiero ver si está bien. Es autista, ¿sabe?

El agente Cowley lo pensó un segundo.

—Sí, claro, puede verlo. Aunque el muchacho no es muy hablador. Cuando lo hemos encontrado no dejaba de gritar, pero ahora no dice una palabra.

Colocándole la mano en la espalda, el agente guió a David hasta uno de los camiones de reparto. Al acercarse, David vio un montón de equipos informáticos rotos que parecían haber sido tirados desde el camión. Los agentes del FBI habían acordonado el área con cinta amarilla, pero no parecía muy probable que pudieran recuperar nada útil de los escombros. Michael había abierto todos los ordenadores de Gupta y les había extraído los discos duros. Por el suelo del aparcamiento había esparcidas astillas brillantes de los discos duros, que habían quedado incrustadas en grietas del pavimento y mezcladas con arenilla de la carretera.

Michael se encontraba a unos tres metros, flanqueado por dos agentes más. Tenía las manos esposadas a la espalda, pero no parecía perturbado. Miraba sonriente a la pila de equipos destrozados como si fuera un regalo de cumpleaños. David nunca había visto al chaval tan feliz.

Cowley los hizo una señal a los agentes que vigilaban a Michael y se apartaron un par de metros.

—Aquí está, doctor Swift. Ha puesto las cosas un poco difíciles, pero ahora ya está tranquilo.

David se quedó mirando maravillado los restos de los circuitos, chips y discos que habían contenido, al menos durante un rato, la teoría del campo unificado. Se dio cuenta de que había subestimado a Michael. Aunque el muchacho había sido presa de las artimañas de su abuelo, David estaba seguro de que Michael nunca revelaría la teoría al FBI, por mucho que lo interrogaran. Él era, después de todo, el bisnieto de Einstein. Del mismo modo que Hans Kleinman había mantenido la promesa que le había hecho a *Herr Doktor*, Michael mantendría la que le había hecho a Hans.

David sonrió al muchacho y señaló el montón de escombros.

—¿Has hecho tú esto, Michael?

El adolescente se inclinó hacia delante y acercó sus labios al oído de David.

—Tuve que hacerlo —susurró—. No era un lugar seguro.

Epílogo

En una cálida tarde de un sábado de octubre era difícil imaginar un sitio mejor para estar que el patio de recreo de la calle 77 oeste. En un rectángulo de asfalto de cincuenta metros de largo unas dos docenas de niños lanzaban pelotas de fútbol, driblaban con pelotas de baloncesto, agitaban palos de lacrosse y empujaban discos de hockey sobre hierba. La mayoría de los padres estaban sentados en los bancos del parque que había a lo largo del perímetro, leyendo periódicos o comiendo pollo a la barbacoa del local de comida rápida que había al otro lado de la calle.

Tras mirar atrás, David lanzó la pelota de béisbol, muy alta, al menos a quince metros de altura. Jonah atrapó la pelota en su guante y se la tiró baja a Michael, que la cogió y rápidamente la lanzó de vuelta a David. La pelota hizo un satisfactorio golpetazo en su guante. No está mal, pensó. Los chicos habían estado jugando a béisbol cada fin de semana desde el pasado agosto y se notaba. Si uno juega a algo el tiempo suficiente, pensó, al final termina por ser bueno. Lo mismo valía para el ajedrez, el piano o la física.

Karen se sentó en uno de los bancos del parque con Ricardo, su nuevo novio. Ricardo era bajista de un grupo de jazz que actuaba en varios clubs pequeños de Manhattan. Llevaba el pelo largo a lo Jesucristo, nunca se ponía calcetines y no tenía prácticamente un centavo, pero Karen estaba loca por él. Y lo cierto era que a David le gustaba mucho más Ricardo que su antiguo novio, el abogado de la tercera edad, Amory Nosequé-nosecuántos. David ya ni se acordaba del nombre del vejstorio.

Monique estaba sentada en un banco cercano, leyendo el *New York Times*. Ella y Michael solían venir a la ciudad con frecuencia desde que había obtenido la custodia del adolescente. Monique había establecido vínculos afectivos con el muchacho durante las dos semanas que pasó en el Centro Médico de la Universidad de Chicago, recuperándose de las heridas de bala. El FBI había permitido a David y Michael visitarla todos los días; por aquel entonces los agentes todavía se comportaban bien, con la esperanza de sonsacarles información. Cuando el Bureau finalmente se rindió, los agentes intentaron devolver a Michael a su madre, pero Beth Gupta no lo quiso. Después de dos semanas en detención, se moría por volver a Victory Drive. Así pues, la jefa del destacamento del FBI —Lucille Parker, la misma mujer que había interrogado a David— sorprendió a todo el mundo recomendando que el muchacho viviera con Monique en Princeton.

David le lanzó otra bola alta a Jonah. Cuanto más pensaba en ello, más se daba cuenta de la suerte que habían tenido. La agente Parker podría haberles tenido detenidos durante meses, agotándolos con interrogatorios diarios, pero en vez de eso los trató bien. A David le dio la impresión de que lamentaba todo lo que había pasado y quería olvidarse de ello cuanto antes. Pero también puede ser que intuyera los

riesgos de hurgar demasiado hondo. De las pruebas de *Fermilab* probablemente debía de haber supuesto que la teoría de Einstein había caído en las manos de un loco que casi provoca una catástrofe. El hecho de que ni David ni Monique dijeran una palabra acerca de la teoría indicaba lo peligrosa que era. Y quizá la agente Parker llegó a la misma conclusión a la que Einstein había llegado medio siglo atrás: la Teoría del Todo debía estar oculta. No se le podía confiar ni siquiera al gobierno.

Mientras jugaban al béisbol, David lanzó una mirada a los bancos y vio que Karen y Ricardo se iban. Iban al centro, a un concierto de Ricardo; Jonah pasaría la noche en el apartamento de David. Karen se despidió con la mano, lanzándole besos a Jonah y recordándole que se lavara los dientes. Y entonces, justo antes de marcharse, se inclinó para darle un beso a Monique. Para David, lo más sorprendente de todo era que su ex esposa y su nueva novia se hubieran convertido en amigas íntimas. El horrible episodio de *Fermilab* había acercado a las dos mujeres, y ahora Karen aconsejaba a Monique sobre cómo manejar las neurosis de David. Desde luego el universo era un lugar extraño y asombroso.

—¡Papá! —gritó Jonah—. ¡Tira la pelota de una vez!

David había estado distraído repasando las costuras de la pelota de béisbol. Se la tiró por lo alto a Jonah y se quitó el guante.

—Juega con Michael un rato, ¿vale? Yo voy a descansar un poco.

Se acercó al banco en el que estaba Monique. Leía con gesto concentrado un artículo de la sección internacional del periódico. David se sentó junto a ella y miró la portada: «EL SECRETARIO DE DEFENSA DIMITE» era el titular. Y justo debajo, en letra más pequeña: EL «VICEPRESIDENTE ELOGIA SU TRAYECTORIA».

—¿Estás leyendo sobre el secretario de Defensa? —preguntó David—. Escuchamos el final de su discurso en Fort Benning, ¿recuerdas?

Monique negó con la cabeza. Extendió las páginas del periódico y señaló una noticia que había casi al final de la página 14. El titular decía «FÍSICOS DESCUBREN UNA NUEVA PARTÍCULA».

—Conozco a estos investigadores —explicó—. Trabajan en el Gran Colisionador de Hadrones de Suiza. Han encontrado un bosón con una masa invariante de 184 de miles de millones de electronvoltios.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Según las teorías clásicas, esta nueva partícula no debería existir. Pero la teoría del campo unificado la predice. Einstein la predijo.

—Todavía no...

—Es una pista, David. Y cuando los físicos ven pistas, empiezan a hacer teorías. —Cerró el periódico y lo tiró a un lado. Tenía el ceño fruncido por la preocupación—. Unos pocos descubrimientos más como éste y empezarán a juntar las piezas. Es sólo una cuestión de tiempo que alguien la formule.

—¿Te refieres a la teoría unificada? ¿Alguien la va a volver a descubrir?

Ella asintió.

—Ya se están acercando. Por lo que sabemos, algún estudiante de posgrado de Princeton o Harvard podría estar calculando las ecuaciones ahora mismo.

David la cogió de la mano. No podía hacer otra cosa. De momento el secreto de *Herr Doktor* estaba seguro en la cabeza de Michael, pero todas sus precauciones serían en vano si otro físico descubría la teoría y la publicaba. Cuando ese día llegara ya sólo les quedaría la esperanza. David se sentó temblando junto a Monique y se quedó mirando el patio lleno de niños frenéticos. Es todo tan frágil, pensó. Todo podría desaparecer en un instante.

Entonces puso la mano sobre la barriga de Monique, extendiendo los dedos sobre el suave algodón de su blusa. Ella se volvió hacia él y le sonrió.

—Es demasiado pronto para notar nada. Nuestra hija no empezará a dar patadas hasta el cuarto o quinto mes.

David le devolvió la sonrisa.

—¿Hija? ¿Por qué estás tan segura de que será niña?

Monique se encogió de hombros.

—No es más que una sensación. Tuve un sueño la otra noche en el que la llevábamos del hospital a casa. La sentaba en el cochecito, la sujetaba en el asiento con la correa y de repente empezaba a hablar. De hecho se me presentó. Me dijo que se llamaba Lieserl.

—Vaya. Un sueño bastante extraño. —Le acarició la barriga por encima del ombligo—. ¿Ése es el nombre que quieres ponerle? ¿Lieserl? ¿Y quizá Albert si es un niño?

Ella hizo una mueca.

—¿Estás loco? Lo último que necesita el mundo es otro Einstein.

David se rió, y aunque sabía que era absolutamente imposible, hubiera jurado que sintió que algo se movía bajo la palma de su mano.

FIN

Nota del autor

Mientras escribía *La clave de Einstein* me di cuenta de lo perfecta que esta novela era para mí. Mi trabajo en *Scientific American* consiste en simplificar ideas asombrosas como la teoría de cuerdas, las dimensiones adicionales y los universos paralelos. En 2004, un artículo que estaba editando para un número especial sobre Albert Einstein despertó mi interés sobre su larga búsqueda de una teoría unificada, una única serie de ecuaciones que incorporara tanto la relatividad como la mecánica cuántica, combinando la física de las estrellas y las galaxias con las leyes del reino subatómico. Einstein trabajó en ello desde la década de los veinte hasta su muerte en 1955, pero todos sus esfuerzos para formular una teoría unificada fueron en vano. Al leer sobre esta parte de la vida de Einstein, empecé a preguntarme qué habría pasado si lo hubiera conseguido. El descubrimiento de una teoría unificada habría sido uno de los mayores logros en la historia de la ciencia, pero también podría haber tenido consecuencias inesperadas. Einstein sabía muy bien que su teoría de la relatividad había sentado las bases para la creación de la bomba atómica. ¿Habría publicado la teoría unificada de sospechar que podía allanar el camino a armas todavía más terribles, o la habría mantenido en secreto?

Mi fascinación por Einstein comenzó en la universidad. Yo me había especializado en astrofísica en la Universidad de Princeton y mi tutor era el renombrado teórico J. Richard Gott III (autor de *Time Travel in Einstein's Universe*). Para mi tesis de licenciatura, el profesor Gott me sugirió que abordara un problema de relatividad: ¿cómo funcionaría la ecuación de campo de Einstein en *Planicie* (un modelo de universo bidimensional, similar a una hoja de papel increíblemente extensa)? Tras llenar un cuaderno hasta el tope con ecuaciones, le mostré la solución al doctor Gott, que me ofreció el mejor elogio que se puede oír de un físico teórico: «¡Esta solución no es trivial!». Cofirmamos un ensayo académico titulado «Relatividad general en un espacio-tiempo bidimensional (2+1)», que en 1984 se publicó en una revista científica llamada *General Relativity and Gravitation*.

Para cuando este artículo apareció, sin embargo, yo había decidido que quería ser poeta en vez de físico, así que me matriculé en un máster de escritura de la universidad de Columbia. Dos años después, al darme cuenta de que la poesía no me iba a pagar las facturas, me hice periodista. Trabajé en periódicos de Pennsylvania, New Hampshire y Alabama antes de regresar a Nueva York y escribir para *Fortune*, *Popular Mechanics* y CNN. Volví al punto de partida en 1998, cuando empecé a trabajar para *Scientific American*. Me sorprendió descubrir lo mucho que habían cambiado la astrofísica y la física desde que dejé el campo. Y para mi gran sorpresa, pronto descubrí que el oscuro artículo que había coescrito con el profesor Gott se había convertido en un ensayo relevante para físicos que continuaban la einsteniana

búsqueda de la teoría del todo. En las últimas dos décadas, el artículo ha sido citado más de cien veces en diversas revistas sobre física. Al parecer, los teóricos están muy interesados en probar sus hipótesis en modelos bidimensionales porque sus leyes matemáticas son más simples.

Este artículo fue la inspiración de *La clave de Einstein*. El ensayo que el protagonista, David Swift, coescribe con su propio tutor, el profesor Kleinman, trata acerca de la relatividad en dos dimensiones. Y, al igual que yo, David es un antiguo estudiante de física que ahora escribe sobre ciencia para el público general. La diferencia es que David es profesor en vez de director de una revista. Y es mucho más valiente y guapo que yo.

He procurado asegurarme de que tanto los principios científicos como los artilugios de alta tecnología presentados en la novela sean auténticos. Por ejemplo, el coche robótico *Highlander* es un vehículo real construido por el Instituto de Robótica de la Universidad Carnegie Mellon. El robot de vigilancia *Dragon Runner*, también desarrollado por el Instituto de Robótica, ha sido probado por los Marines del ejército norteamericano en Iraq. El Simulador de Combate Virtual que aparece en el capítulo 10 es parecido al *VirtuSphere*, un sistema que yo mismo probé durante una visita al Laboratorio de Investigación de la Marina de Estados Unidos. Y la idea de que los neutrinos estériles puedan tomar atajos a través de dimensiones extraordinarias es una hipótesis real que ha sido propuesta para explicar algunos resultados experimentales anómalos obtenidos en el Acelerador del Laboratorio Nacional Fermi en 2007.

Desde muy temprano supe que el clímax de la novela debía tener lugar en *Fermilab*, así que realicé una visita a las instalaciones e hice un recorrido por el *Tevatron*, el túnel circular de seis kilómetros y medio donde protones y antiprotones se aceleran hasta casi la velocidad de la luz y luego colisionan. La mejor parte del recorrido fue la charla de seguridad obligatoria, en la cual el personal del laboratorio nos explicó los diversos peligros que nos podíamos encontrar en el túnel, como restos de radiactividad de las colisiones de protones o la posibilidad de asfixia a causa de la evaporación del helio de los imanes superconductores. Mientras tomaba notas, pensé que se trataba de un material fantástico y que el libro se iba a escribir solo.

Al final, sin embargo, conté con mucha ayuda. Mis colegas en *Scientific American* han sido un apoyo maravilloso. Los miembros de mi grupo de escritura (Rick Eisenberg, Johanna Fiedler, Steve Goldstone, Dave King, Melissa Knox y Eva Mekler) me proporcionaron inestimables consejos y ánimos (especialmente Rick, que se leyó todas las páginas del primer borrador, llenó los márgenes de cuantiosos consejos). Asimismo, soy muy afortunado de poder contar con un agente soberbio, Dan Lazar, de *Writers House*, y un editor maravilloso, Sulay Hernandez, de *Touchstone/Fireside*. La mayor deuda, sin embargo, la tengo con mi familia. Mis padres alimentaron mi amor por la ciencia, y mi esposa, Lisa, apoyó mi sueño de ser

novelista mucho más allá del punto en el que cualquier persona razonable habría perdido la esperanza. Este libro es para ella.

Notas del traductor

[1] Término *yiddish* con el que se designa a una persona muy fuerte.

[2] Término *yiddish*: imbécil, gilipollas.

[3] Término *yiddish*: ladronzuelo, granuja.

[4] *Voiska spetsialnogo naznacheniya* («Unidad de propósitos especiales»), nombre de las fuerzas especiales militares y policiales rusas.

[5] Nombre coloquial para el licor de manufactura casera, generalmente de alta graduación.

[6] Himno de Estados Unidos.

[7] Hada del folclore irlandés, famosa por sus inquietantes alaridos.

[8] Apelativo común para designar a los estadounidenses, pero también nombre de un equipo de béisbol, los *New York Yankees*.

[9] Learjet Corporation (hoy en día Bombardier Inc.) es una compañía dedicada a la fabricación de aviones de uso privado, tanto civil como militar.

[10] Apellidos de dos familias de la zona célebres por una sangrienta rivalidad que mantuvieron a finales del s. XIX y que duraría un par de décadas.

[11] Andrew Carnegie (1835-1919), empresario y filántropo. Financió, entre otras entidades, la Carnegie Corporation de Nueva York, el Fondo Carnegie para la Paz Internacional o la mencionada Universidad Carnegie Mellon.

[12] Ritual de la Iglesia Pentecostal.

[13] Planta nativa del sur de Japón y del sudeste de China. En la actualidad es una planta muy común en el sudeste de Estados Unidos, país en el que fue introducida a finales del s. XIX. El nombre «kudzu» proviene del japonés «kuzu».

[14] Conocida marca de comida preparada.

[15] El Humbee o HMMWV (*High Mobility Multipurpose Wheeled Vehicle*) es un vehículo militar de tracción en las cuatro ruedas.

[16] «Bar o local de las maniobras nocturnas».

[17] Jeremías 3, 2.

[18] «Meta» por la metanfetamina.

[19] Nombre de la Iglesia Pentecostal en cuyos ritos manipulan serpientes y beben su veneno.

[20] *Post-Exchange*, tiendas que operan en las bases militares norteamericanas.

[21] Grandes montañas humeantes («Great Smoky Mountains»).